

GANADOR DEL WORLD FANTASY AWARD

LAVIE TIDHAR

ESTACIÓN CENTRAL



# Índice

Mapa de Jaffa-Tel Aviv / Unión Federal Judeopalestina  
Prólogo

UNO. La indignidad de la lluvia

DOS. Bajo las cornisas

TRES. El olor de los naranjos

CUATRO. El señor de las Cosas Descartadas

CINCO. Strigoi

SEIS. Filamentos

SIETE. Robotnik

OCHO. El librero

NUEVE. El dios artista

DIEZ. Oráculo

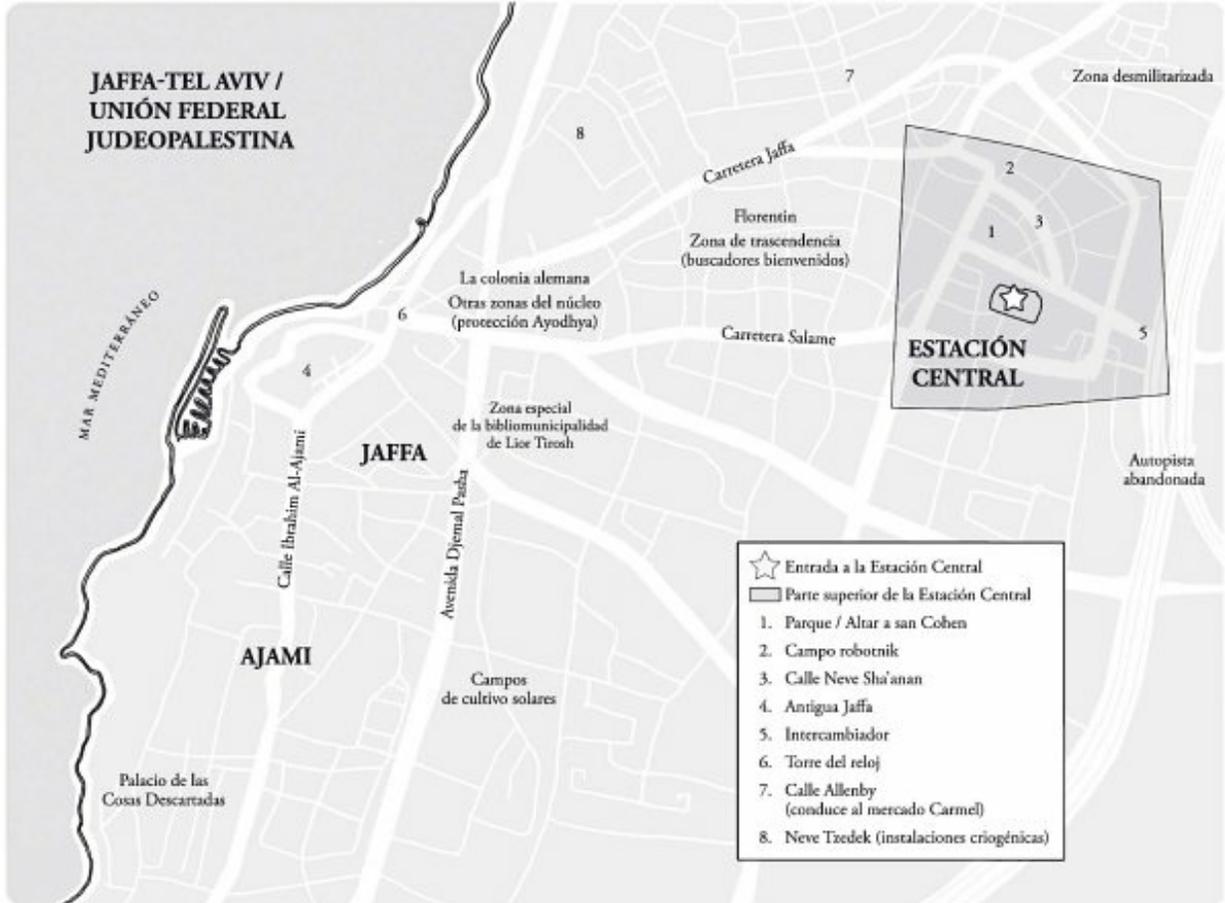
ONCE. El núcleo

DOCE. Vladimir Chong escoge morir

TRECE. Nacimientos

Personajes

Créditos



# Prólogo

Llegué por primera vez a la Estación Central un día de invierno. En el parque se amontonaban refugiados africanos carentes de expresión. Esperaban algo, pero yo no sabía exactamente qué era. A la entrada de una carnicería, dos niños filipinos jugaban a los aviones: daban vueltas con los brazos extendidos y describían círculos, disparando desde las ametralladoras instaladas bajo sus alas imaginarias. Tras el mostrador de la carnicería, un filipino deshuesaba un costillar a golpe de cuchillo. Un poco más adelante se encontraba el puesto de *shawarmas* de Rosh Ha'ir, que hasta en dos ocasiones en el pasado había saltado por los aires gracias a terroristas suicidas, pero que seguía abierto y operativo, como siempre. El olor a grasa de cordero y comino que flotaba en el aire me dio hambre.

Los semáforos cambiaron del verde al amarillo, y de ahí al rojo. Al otro lado de la calle, el género de una tienda de muebles se esparcía por toda la acera en una profusión de sillas y sofás de colores chillones. Un puñado de yonquis se dedicaba a charlar, sentados entre los cimientos calcinados de lo que había sido la antigua estación de autobuses. Yo llevaba gafas oscuras. El sol brillaba en el cielo. A pesar del frío, aquello no dejaba de ser un invierno mediterráneo, claro y seco.

Recorrí la calle peatonal Neve Sha'anán. Me metí en un *shebeen*, uno de los pequeños bares clandestinos de la calle, apenas un par de mesas y sillas un mostrador en el que se vendía cerveza Maccabee y poco más. Detrás del mostrador había un nigeriano que me escrutó sin la menor expresividad. Pedí una cerveza. Me senté, saqué mi cuadernito y un lápiz y me dediqué a contemplar la página en blanco.

Estación Central. Tel Aviv. Presente. Uno de los tantos presentes posibles. Un nuevo ataque en Gaza. Elecciones a la vuelta de la esquina. En el desierto de Arava, al sur, estaban construyendo un gigantesco muro de separación para detener la afluencia de refugiados. Los mismos refugiados que ahora estaban en Tel Aviv, amontonados en el barrio de la antigua estación de autobuses al sur de la ciudad. Alrededor de un cuarto de millón de personas se sumaban a los trabajadores emigrados ya establecidos aquí, los tailandeses, los filipinos y los chinos. Le di un sorbo a la cerveza. Estaba mala. Contemplé la página.

Se puso a llover y yo empecé a escribir:

*El mundo fue joven hace tiempo. Las naves Éxodo acababan de dejar atrás el sistema solar. El mundo de Heven no había sido descubierto. Faltaba mucho para que el doctor Novum regresase de su viaje a las estrellas. La gente aún vivía como siempre había vivido: se enamoraba, se separaba, con sol, con lluvia, bajo el cielo azul o dentro de la Conversación. Una Conversación que, al fin y al cabo, trataba sobre nosotros mismos.*

*Esto pasó en la antigua Estación Central, el enorme puerto espacial que se levanta entre la Jaffa árabe y la Tel Aviv judía. Sucedió entre los arcos y los adoquines, a tiro de piedra del mar. Aún podía percibirse el olor de la sal y el alquitrán en el aire. Aún podían verse las cometas solares con sus surfers alados dando bandazos y giros entre las nubes.*

*Era este un tiempo de nacimientos curiosos, sí. Se ha escrito mucho al respecto. Probablemente os estéis preguntando qué fue de los niños de la Estación Central. Os preguntaréis cómo es que se*

*permitió que una strigoi descendiese a la Tierra. Este es el útero desde el que la humanidad salió arrastrándose con uñas y dientes hacia las estrellas.*

*Pero la Estación Central también es el hogar ancestral de los Otros, los hijos del plano digital. En cierto modo, esta también es su historia.*

*Aquí también hay muerte, por supuesto: siempre la hay. Oráculo está aquí, y también lo está Ibrahim el buhonero, así como muchos otros cuyos nombres deberían sonaros...*

*Pero todo esto ya lo conocéis. Ya habéis presenciado el resurgir de los Otros. Está todo escrito, aunque quienes lo escribieron hicieron que todo el mundo pareciese más guapo de lo que en realidad era.*

*Esto pasó hace mucho tiempo, pero todavía lo recordamos. Y nos susurramos unos a otros las viejas historias a lo largo de los eones, aquí en nuestro refugio entre las estrellas.*

*Todo empieza con un niño pequeño esperando a un padre ausente.*

*Un día, según dicen las viejas historias, un hombre descendió de las estrellas a la Tierra...*

# UNO. LA INDIGNIDAD DE LA LLUVIA

El olor de la lluvia los pilló desprevenidos. Era primavera, en el aire flotaba ese aroma característico del jazmín mezclado con el zumbido de los autobuses eléctricos. Los deslizadores solares atravesaban el cielo como bandadas de pájaros. Ameliah Ko se dedicaba a hacer un *remix* en estilo *kwasa-kwasa* congolés de la versión que Susan Wong hizo de *Do you wanna dance*. Había empezado a caer un chaparrón de gotas plateadas, casi en silencio, engullendo el sonido de los disparos y empapando el coche que ardía calle abajo. El aguacero pilló desprevenido al sintecheo que en aquel momento estaba soltando un zurullo junto a un contenedor, los pantalones grises alrededor de las rodillas y un rollo de papel higiénico en la mano. El tipo empezó a maldecir, aunque sin estridencias. Estaba acostumbrado a la indignidad de la lluvia.

A aquella ciudad la habían bautizado como Tel Aviv. La Estación Central se alzaba hacia la atmósfera en la parte sur, rodeada por una telaraña de autopistas antiguas y enmudecidas. El techo de la estación, que se perdía en las alturas, daba servicio a los vehículos estratosféricos que aterrizaban y despegaban de su pulida superficie metálica. Los ascensores subían y bajaban, rápidos como balas. En el puerto espacial, a los pies de la estación, cociéndose bajo aquel sol

mediterráneo, un ruidoso mercado bullía de comerciantes, visitantes y residentes, amén del acostumbrado surtido de carteristas y ladrones de identiquetas.

De la órbita saltamos a la Estación Central, de la Estación Central vamos al nivel de la calle y del interior acondicionado salimos a la pobreza imperante en el vecindario alrededor del puerto. Justo donde Mama Jones y el pequeño Kranki esperaban, cogidos de la mano.

La lluvia los cogió por sorpresa. La gran ballena blanca que era el puerto espacial, como una montaña viviente que se elevaba desde el lecho urbano, atrajo hacía sí el cúmulo de nubes como si se tratase de su propio sistema climático en miniatura. Del mismo modo que las islas en medio del océano, los puertos espaciales solían aglutinar cielos nublados de lluvia y una creciente industria de pequeñas granjas que crecían como líquenes junto a los enormes edificios.

El chaparrón caía con gotas gordas y templadas. El chico hizo hueco con las manos para atrapar una de ellas.

Mama Jones había nacido de padre nigeriano y madre filipina en aquel mismo país, en aquella ciudad que había recibido tantos nombres, en aquel mismo barrio, cuando las calles todavía traqueteaban bajo el sonido de los motores de combustión interna y la Estación Central daba servicio a autobuses, no a naves suborbitales. Mama Jones recordaba las guerras, la pobreza y el rechazo de no ser querida allí, en la tierra por la que los árabes y los judíos seguían luchando. Miró al niño y sintió un orgullo protector y fiero. Entre los dedos del chico apareció una burbuja fina y brillante parecida a una pompa de jabón. A saber cómo, era capaz de producir energía y manipular los átomos para formar aquella cosa, aquel globo de nieve. Capturó en su interior una solitaria gota de lluvia. La burbuja se movió entre sus dedos, perfecta, eterna.

Mama Jones seguía esperando, aunque empezaba a impacientarse. Era la dueña de un *shebeen* en la antigua avenida Neve Sha'anán, una zona peatonal de los viejos tiempos que se extendía hasta uno de los costados del puerto espacial. Tenía que volver pronto a su negocio.

—Deja eso —dijo con un cierto tono de tristeza.

El chico volvió hacia ella unos ojos de un azul profundo, un color que había sido patentado hacía varias décadas y que de alguna manera habían colado en las clínicas de progenie locales. Allí lo habían copiado, pirateado y vuelto a vender por una fracción de su precio original.

Se decía que Tel Aviv contaba con mejores clínicas de progenie que Chiba o Yunan, aunque Mama Jones lo dudaba bastante.

Debían de ser más baratas, eso sí.

—¿Viene ya? —preguntó el chico.

—No lo sé —dijo Mama Jones—. A lo mejor. Puede que hoy venga.

El chico se giró hacia ella y le mostró una sonrisa que le hizo parecer aún más pequeño. Dejó escapar la extraña burbuja. Aquella cosa flotó hacia arriba entre la lluvia. La gota de agua suspendida en su interior ascendía hacia las nubes de las que había surgido.

Mama Jones dejó escapar un suspiro y lo miró preocupada. Kranki no era un nombre propiamente dicho. Era una palabra en el idioma asteropidgin, que a su vez era una mezcla de las lenguas del Pacífico sur de la vieja Tierra, traídas al espacio por los mineros e ingenieros que las compañías malayas y chinas enviaban como mano de obra barata. Kranki venía del antiguo inglés *cranky*, que podía significar tanto gruñón como loco, o simplemente raro.

Alguien que hacía cosas que el resto de la gente no hacía.

Cosas que, en asteropidgin, se denominaban *nakaimas*.

Magia negra.

A Mama Jones le preocupaba Kranki.

—¿Viene ya? ¿Es ese de ahí?

Un hombre caminaba hacia ellos, un hombre alto con un dispositivo Aum detrás de la oreja. Su piel tenía el tipo de bronceado que solo se consigue artificialmente. Andaba con pasos vacilantes, típicos de quien no estaba acostumbrado a aquel nivel de gravedad. El chico tironeó de la mano de Mama Jones.

—¿Es él?

—Puede —dijo ella, con la acostumbrada congoja que la embargaba cada vez que repetían aquel pequeño ritual, cada viernes poco antes del comienzo del *sabbat*. Iban allí cuando el último cargamento de pasajeros desembarcaba en Tel Aviv procedente de Puertoluna, de Ciudad Tong Yun en Marte, del Cinturón o de alguna ciudad terrestre como Ámsterdam, São Paulo o Post Delhi. La madre del chico le había dicho antes de morir que su padre era rico, que trabajaba muy, muy lejos, en el espacio, y que regresaría algún día, un viernes por la tarde, para no perderse el *sabbat*. Y que cuidaría de ellos cuando volviese.

Luego a la pobre mujer se le ocurrió meterse una sobredosis de crucifichute. La maldita droga la hizo ascender al cielo en una llamarada de luz blanca. Vio a Dios al mismo tiempo que aquí abajo intentaban hacerle un vaciado de estómago que llegó demasiado tarde. Mama Jones, si bien un tanto reacia, tuvo que encargarse del chico. Después de todo, no le quedaba nadie.

En el norte de Tel Aviv, los judíos vivían en sus megarrascacielos; mientras que en el sur, los árabes habían reclamado su antiguo territorio junto al mar. Aquí en medio seguían los oriundos de aquella tierra que algunos habían llamado Palestina y otros Israel, cuyos ancestros habían llegado como jornaleros desde todos los rincones del mundo: desde las islas Filipinas hasta Sudán, pasando por Nigeria, Tailandia o China. Los mismos que criaron aquí a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hablando hebreo y árabe y asteropidgin, aquella lengua que era prácticamente el idioma universal del espacio. Mama Jones acogió al niño porque no había nadie más para hacerlo y porque la regla de oro en esta tierra era la misma que en cualquier otro sitio en que uno se encontrase:

Nosotros cuidamos de los nuestros.

Porque nadie más va a hacerlo.

—¡Es él! —El chico volvió a tironear de su mano. El hombre se acercaba. Había algo familiar en su manera de andar, en su cara, algo

que confundió de repente a Mama Jones. ¿Podría ser que Kranki tuviera razón? Aquello era imposible, el chico ni siquiera había nac...

—¡Espera, Kranki!

Pero él echó a correr hacia el hombre, todavía tirando de ella. El tipo se detuvo, sobresaltado ante aquel niño y aquella mujer que se abalanzaban hacia él. Kranki se detuvo justo delante de él, jadeando.

—¿Eres mi padre? —preguntó a bocajarro.

—¡Kranki! —exclamó Mama Jones.

El hombre enmudeció. Se agachó hasta que su cara quedó al nivel de la del chico. Lo miró con semblante serio y cargado de intención.

—Bueno, es posible —dijo—. Ese azul de ojos lo conozco. Recuerdo que fue bastante popular durante un tiempo. Pirateamos nuestra propia versión de código abierto a partir del código patentado por Armani.

Echó un vistazo al niño y toqueteó el dispositivo Aum que llevaba tras la oreja. Mama Jones se sobresaltó al darse cuenta de que era un Aum marciano.

Había habido vida en Marte. No se trataba de esas antiguas civilizaciones con las que se fantaseó en el pasado, sino una vida microscópica y ya muerta. Entonces a alguien se le ocurrió el modo de invertir el código genético y crear unidades magnificadas de aquella vida microscópica. Simbiontes alienígenas que nadie entendía y pocos querían entender.

Kranki se quedó paralizado y le mostró una sonrisa radiante.

—¡Basta ya! —dijo Mama Jones y sacudió al hombre hasta casi tirarlo al suelo—. ¿Qué le estás haciendo?

—Estoy...

El hombre agitó la cabeza. Toqueteó de nuevo el dispositivo Aum y el chico volvió a la vida. Lanzó una mirada desconcertada alrededor, como si se encontrase perdido de repente.

—No tienes padres —le dijo el hombre—. Te crearon en un laboratorio aquí mismo. Te ensamblaron a partir de genomas públicos y nodos del mercado negro.

Respiró hondo.

—*Naikamas* —dijo, y retrocedió un paso.

—¡Basta! —repitió Mama Jones, desesperada—. El chico no es...

—Ya, ya me he dado cuenta —dijo el hombre, de nuevo calmado—. Disculpa. Puede hablar con mi Aum, sin interfaz. Parece que lo hicimos mejor de lo que pensábamos.

Había algo en esa cara, en esa voz. De repente, la mujer sintió una presión en el pecho, una sensación vieja —extraña y desasosegante— reapareció de pronto.

—¿Boris? —dijo—. ¿Boris Chong?

—¿Qué? —levantó el rostro, por primera vez fijándose en ella de verdad.

Ahora Mama Jones lo reconocía perfectamente, la mezcla de duros rasgos eslavos y aquellos ojos chinos, ya envejecidos, cambiados por el espacio y las vicisitudes de la vida. Pero, al fin y al cabo, era él.

—¿Miriam?

Por aquel entonces, cuando se conocieron, su nombre había sido Miriam Jones. Miriam, por su abuela. Intentó sonreír, pero no pudo.

—Sí, soy yo —dijo.

—No sabía que te habías...

—Me quedé aquí —dijo—. Fuiste tú el que se marchó.

El chico los miraba de hito en hito. Primero la constatación y luego el desengaño quebraron su expresión. La lluvia se arremolinaba sobre sus cabezas y formaba una ondulante cortina de agua que el sol atravesaba creando diminutos arcoíris.

—Tengo que irme —dijo Miriam. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que fue Miriam para nadie.

—¿Adónde? Espera un segundo. —esta vez era el tal Boris Chong quien parecía confuso.

—¿Por qué has vuelto? —dijo Miriam.

Él se encogió de hombros. Tras su oreja, el dispositivo Aum latía como el parásito vivo que era, alimentándose de su huésped.

—La verdad es que...

—Tengo que irme.

Mama Jones había sido en su día Miriam y aquella parte de sí misma que llevaba tanto tiempo enterrada empezó a despertar en su interior. Aquello la hizo sentirse extraña e incómoda. Dio un tirón de la mano de Kranki. La cabeza del chico atravesó la brillante cortina de agua que caía sobre ellos y la esparció alrededor formando un círculo perfecto en el suelo.

Semana tras semana había accedido a la petición muda del chico. Lo había llevado a los pies de la resplandeciente monstruosidad del puerto espacial en el corazón de la ciudad, a esperar y a observar. El chico ya sabía que lo habían creado en un laboratorio, que ningún vientre de mujer lo había albergado. Sabía que había nacido en uno de aquellos laboratorios baratos donde las capas de pintura se desprendían de las paredes y las incubadoras solían fallar. Por otro lado, también existía un mercado para los fetos malformados. Había un mercado para cualquier cosa.

Sin embargo, como todos los niños, nunca se lo creyó del todo. En su mente, creía que su madre había ascendido al cielo a través del crucifichute y que su padre volvería tal y como ella le había dicho. Descendería de los cielos de la Estación Central y vendría hasta su barrio, aquella zona incómoda encajada entre el norte y el sur, entre judíos y árabes. Allí lo encontraría y le otorgaría su amor.

Por eso cada semana Mama Jones volvía a tirar de la mano de Kranki y él la seguía, con el viento soplando a su alrededor como una bufanda. Mama Jones sabía lo que el chico pensaba entonces:

«La próxima semana a lo mejor sí que viene».

—¡Miriam, espera!

Boris Chong había sido atractivo en una época pasada en que ella también lo fue. Durante aquellas dulces noches de primavera, ambos construyeron una guarida entre los paneles solares y las bocas de ventilación de un edificio viejo ocupado por inmigrantes que servían en las casas de los ricos del norte. Un paraíso en miniatura hecho de sofás usados y un colorido toldo de calicó indio cubierto de eslóganes políticos escritos en un idioma que ninguno de los dos entendía. Allí los dos habían disfrutado del cuerpo del otro, cuando el aire de la

primavera era caliente y transportaba el aroma de las lilas y los arbustos de un jazmín tardío que se abrían de noche, bajo las estrellas y las luces del puerto espacial.

Miriam continuó caminando, su *shebeen* no estaba muy lejos. El chico la siguió, y aquel hombre, que ahora era un extraño, que en su día fue joven y hermoso y le susurró en hebreo su amor al oído para después abandonarla, hacía tiempo, hacía mucho tiempo...

Aquel hombre la estaba siguiendo, aquel hombre que ella ya no conocía. El corazón empezó a galoparle en el pecho, un corazón viejo hecho de carne que nunca había necesitado reemplazar. Siguió avanzando: dejó atrás puestos de verduras y frutas; clínicas de progenie; centros de carga y descarga en los que se vendían sueños de segunda mano; zapaterías, porque la gente siempre necesitaría zapatos; una clínica autónoma, un restaurante sudanés y varios contenedores de basura. Finalmente llegó al «Shebeen de Mama Jones», un tugurio encajado entre una tapicería, porque la gente siempre necesitaría que les tapizasen los sofás y los sillones viejos, y un nodo de la Iglesia Robot, porque siempre necesitaría fe, fuera del tipo que fuera.

«Otra cosa que siempre necesitarían era la bebida», pensó Miriam Jones mientras entraba en su establecimiento. La luz era convenientemente mortecina. Las mesas estaban hechas de madera y cubiertas por manteles. El nodo más cercano debería haber emitido una selección de canales si no hubiera quedado atascado hacía tiempo en una emisora sur-sudanesa que solo programaba una mezcla de sermones, informaciones del tiempo que nunca cambiaban y reposiciones dobladas del culebrón marciano *Cadenas de Montaje*.

La oferta del bar incluía la cerveza palestina Taiba, así como la israelí Maccabee, ambas de barril, amén de vodka ruso de elaboración local, más una selección de refrescos y cerveza rubia embotellada. Los clientes también disponían de cachimbas y de tableros de *backgammon*. Se trataba de un sitio decente; no se ganaba mucho dinero, pero alcanzaba para pagar el alquiler, la comida y los gastos del niño. Mama Jones estaba orgullosa de su negocio. Era suyo.

Un puñado de clientes se sentaba dentro a esta hora. Dos trabajadores del astillero charlaban amigablemente entre cervezas y una cachimba, recién terminado su turno en el puerto espacial. Un pulpado chapoteaba en un cubo de agua y bebía arak. Isobel Chow, la hija de su amiga Irena Chow, estaba sentada frente a un vaso de té a la menta, completamente abstraída. Miriam la tocó en el hombro con la punta de los dedos, pero la chica no reaccionó. Estaba sumergida en el plano virtual, es decir, en la Conversación.

Miriam se metió detrás de la barra. El incesante tráfico de la Conversación surgió a su alrededor y se desplegó con un zumbido. Ella descartó de su mente la mayor parte.

—Kranki —dijo—. Deberías irte arriba y terminar tus deberes.

—Están terminados —replicó el chico.

Volvió su atención a la cachimba que los dos trabajadores compartían y abarcó un poco de humo azul entre sus manos, convirtiéndolo al instante en una bola suave y redonda. La contempló absorto. Mama Jones, ahora detrás del mostrador y mucho más cómoda entre sus dominios, oyó pasos y vio una sombra acercarse. El hombre que había conocido como Boris Chong se agachó para pasar por aquel dintel demasiado bajo para él.

—Miriam, ¿podemos hablar?

—¿Quieres beber algo?

Hizo un gesto hacia las estanterías a su espalda. Las pupilas de Boris Chong se dilataron. Un escalofrío recorrió la columna de Mama Jones. Se estaba comunicando en silencio con su dispositivo Aum marciano.

—¿Y bien? —el tono le salió más afilado de lo que pretendía.

Los ojos de Boris se ensancharon. Parecía sobresaltado.

—Un arak —dijo, y de pronto sonrió.

La sonrisa transformaba su rostro entero, le hacía parecer más joven. «Más... humano», pensó ella. Asintió. Echó mano de una botella en la estantería y le sirvió un vaso de arak, esa especie de anís tan querido en aquella tierra. Añadió hielo y se lo llevó hasta la mesa, acompañado de agua. Lo normal era añadirle agua al arak. La bebida

aguada cambiaba de color y adquiría la tonalidad turbia y pálida de la leche.

—Siéntate conmigo —pidió él.

Al principio ella permaneció de pie con los brazos cruzados, pero acabó transigiendo. Se sentó, y él la imitó después de unos segundos de vacilación.

—¿Qué? —espetó ella.

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—Ya sabes que tuve que marcharme. Aquí no quedaba trabajo, ni futuro...

—Ya. Aquí solo estaba yo.

—Pues sí.

La mirada de Miriam se reblandeció. Entendía lo que quería decir, por supuesto. No podía culparlo. Ella lo animó a marcharse y, una vez lo hubo hecho, no les quedó mucha más alternativa que seguir adelante. Después de todo, ella tampoco lamentaba la vida que había llevado.

—¿Este sitio es tuyo?

—Paga el alquiler y las facturas. Me permite cuidar del chico.

—¿El chico es...?

—De los laboratorios —dijo, y se encogió de hombros—. Podría ser uno de los que diseñaste tú, tal y como dijiste antes.

—Es que hubo tantos... —replicó él—. Los ensamblábamos a partir de todos los códigos genéticos libres de los que podíamos echar mano. ¿Conoces a más como él?

Miriam negó con la cabeza.

—No lo sé... es difícil seguirles la pista a todos los niños. Claro, tampoco siguen siendo niños para siempre —se dirigió al chico—. Kranki, ¿me traes un poco de café, por favor?

El chico se giró hacia ellos. Sus ojos serios los escrutaron a ambos de arriba abajo. La bola hecha de humo aún seguía en su mano. La lanzó al aire, y el humo recuperó sus propiedades naturales y se dispersó.

—Eh... —empezó.

—Kranki, café —dijo Miriam—. Gracias.

El chico fue hasta la barra y Miriam se volvió hacia Boris.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

Él se encogió de hombros.

—Pasé algún tiempo en Ceres, en el Cinturón, trabajando para una de las compañías malayas —sonrió—. Nada de bebés. Solo... arreglábamos a la gente. Luego pasé tres años en Tong Yun. Allí me agencié esto.

Señaló a la masa de biomateria que latía tras su oreja.

Miriam preguntó, curiosa:

—¿Te dolió?

—En realidad crece dentro de ti —dijo Boris—. Te inyectan la, digamos, semilla. Se aloja bajo la piel y empieza a crecer. Puede resultar... incómodo. Físicamente no; más bien cuando empiezas a comunicarte, a establecer una red.

La mera visión del dispositivo Aum hacía que Miriam se sintiera incómoda. Se sorprendió a sí misma cuando preguntó:

—¿Puedo tocarlo?

Una repentina timidez pareció adueñarse de Boris. «Siempre había sido tímido», pensó Miriam, y el pensamiento hizo que la atravesase una potente ráfaga de afecto y cierto orgullo.

—Por supuesto —dijo él—. Adelante.

Ella alargó la mano con cautela y lo acarició con la punta de los dedos. Pensó sorprendida que tenía el tacto de la piel, quizá un poco más cálido. Apretó. Era como tocar un furúnculo. Apartó la mano.

El chico, Kranki, apareció con una cazuela de mango largo llena de café negro hecho con semillas de cardamomo y canela. Ella echó un poco en una pequeña taza de porcelana y la sujetó entre los dedos.

Kranki dijo:

—Puedo oírlo.

—¿Qué es lo que puedes oír?

—Eso —insistió el chico, señalando al Aum.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que dice? —Miriam dio un sorbo de su café. Boris miraba atentamente al chico.

—Está confundido —dijo Kranki.

—¿Y eso por qué?

—Le llega una emoción rara desde su huésped. Una mezcla de emociones. Amor, deseo, remordimiento, anhelo, todo junto... nunca ha experimentado nada parecido.

—¡Kranki! —Miriam disimuló una sonrisa sorprendida. Boris se puso todo rojo. El rostro de Boris enrojeció.

—Bueno, ya basta por hoy —dijo Miriam—. Vete a jugar afuera.

El chico dio un brinco.

—¿En serio? ¿Puedo?

—No te alejes mucho. Quédate donde pueda verte.

—Yo puedo verte a ti siempre —dijo, y echó a correr sin mirar atrás. Miriam vio el apagado eco que dejó su paso en medio del caudal digital de la Conversación. Desapareció en el bullicio del exterior. Ella suspiró.

—Chicos —dijo.

—No pasa nada. —Boris sonrió. Volvió a parecer más joven y a recordarle otros días, otro tiempo—. A veces pensé en ti. Muchas veces, de hecho.

—Boris, ¿por qué estás aquí?

Él volvió a encogerse de hombros.

—Después de Tong Yun, encontré trabajo en las Repúblicas Gaélicas, en Calisto. La gente del Sistema Exterior es muy extraña. Quizá es porque pueden ver a Júpiter en el cielo. Tienen una tecnología muy rara y no entendí ni una de sus religiones. Demasiado cerca de Abandono y de Mundo Dragón... demasiado lejos del sol.

—¿Por eso has vuelto? —preguntó, con una risotada de asombro—. ¿Porque echabas de menos el sol?

—Echaba de menos estar en casa —dijo él—. Encontré trabajo en Puertoluna. Era increíble estar otra vez de vuelta, tan cerca, ver la Tierra alzándose en el cielo... el Sistema Interior es como estar en casa. Al final me dieron vacaciones y aquí estoy.

Extendió los brazos y ella sintió una especie de dolor escondido en las palabras que él no dijo, pero entrometerse en los asuntos ajenos tampoco era su estilo.

Boris dijo:

—Echaba de menos esta lluvia que, para variar, cae de las nubes.

—Tu padre sigue por aquí —dijo Miriam—. Lo veo de vez en cuando.

Boris sonrió, aunque la telaraña de pequeñas arrugas que apareció alrededor de sus ojos sugería una suerte de tristeza antigua. Miriam pensó, con un apunte de emoción, que esas arrugas no estaban ahí antes, la última vez que se vieron.

—Sí, he oído que se ha jubilado.

Miriam recordaba al padre de Boris, un enorme sinorruso embutido en un exoesqueleto. Él y su equipo de constructores trepaban como arañas metálicas por los muros aún incompletos del puerto espacial. Verlos allí arriba era magnífico, tenían el tamaño de insectos. El sol brillaba sobre el metal, sus pinzas destrozaban la piedra y levantaban muros que —según le parecía por aquel entonces— podrían sujetar el mundo entero.

Ahora lo veía de vez en cuando. Se sentaba en las cafeterías, jugaba al *backgammon* y bebía café negro y amargo en tazas de porcelana. Lanzaba los dados una y otra vez a la sombra del edificio que ayudó a construir y que acabó por volverlo innecesario.

—¿Vas a ir a verlo? —dijo.

Boris hizo un gesto de indiferencia.

—Quizá. Sí. Más tarde. —Le dio un sorbo a su bebida, arrugó el rostro y luego sonrió—. Arak. Había olvidado su sabor.

Miriam le devolvió la sonrisa. Se sonreían el uno a la otra sin mayor razón o remordimiento y, por ahora, aquello era suficiente.

El *shebeen* estaba tranquilo. El pulpado se repantigaba en su cubeta de agua, con los bulbosos ojos cerrados. Los dos trabajadores charlaban en voz baja en sus asientos. Isobel continuaba inmóvil, todavía perdida en el plano virtual. De pronto, Kranki apareció a su lado. Miriam no lo había visto venir, pero el chico tenía la maña, como

todos los niños en la estación, de aparecer y desaparecer cuando se le antojaba. Kranki los vio sonreír y los imitó. Miriam lo cogió de la mano. Estaba templada.

—No hemos podido jugar —se quejó el niño. Una aureola rodeaba su cabeza, pequeños arcoíris refractarios en las gotas de agua prendidas de su pelo corto y puntiagudo—. Ha empezado a llover otra vez.

Los miró, lleno de una sospecha infantil.

—¿Por qué sonreís?

Miriam observó a Boris, aquel hombre a quien la persona que ella fue había amado una vez.

—Será por la lluvia —dijo.

## DOS. BAJO LAS CORNISAS

Isobel vio a Mama Jones hablando con aquel extraño hombre alto que, de alguna manera, le resultaba conocido, como si se tratase de un familiar lejano. Sin embargo, su mente estaba en otra parte. ¿Volvería a verlo? Su corazón bailaba un tango rápido e irregular. Nunca se había sentido así, estaba hecha pedazos, el anhelo la reconcomía. En su otra vida resultaba mucho más fácil; dentro de la virtualidad uno podía reinventarse a placer. Mama Jones miraba a aquel hombre de un modo tan extraño, casi como si...

Pero la misma idea era ridícula. Como si estuvieran enamorados.

Amor. ¡No había nada más confuso que el amor!

Isobel guardó sus cosas y fue hacia la puerta del *shebeen*. ¿Volvería a verlo? ¿Acudiría a la cita? Pasó junto a Kranki antes de cruzar la cortinilla de cuentas de la entrada y le revolvió el pelo. Él la miró con seriedad desde aquellos ojos grandes y azules. Isobel salió y la estación se desplegó a su alrededor, inmensa y familiar. La lluvia se arremolinaba en torno a ella como purpurina en un vestido de noche.

«Aquello era una locura», pensó. Y, sin embargo, sus mejillas enrojecieron y el vértigo de la anticipación la embargó. ¿Acudiría a la cita? ¿Volvería a verlo?

—Veámonos mañana —había dicho Isobel.

Motl el robotnik miró furtivamente a ambos lados, con rapidez. — Mañana por la noche. Bajo las cornisas.

Ambos susurraban. Ella reunió todo el coraje que pudo. Se le acercó, puso la mano en su pecho. El corazón le latía con rapidez; lo sentía a través del metal. Desprendía un olor a aceite de máquina mezclado con sudor humano.

—Vete —dijo él—. Tienes que...

Dejó morir la frase, inacabada. Su corazón era un gorrión en su mano, asustado e indefenso. De repente, ella se daba cuenta de su poder. La idea de tener este tipo de influencia sobre alguien la emocionaba. El dedo de él recorriendo su mejilla, caliente, metálico. Se estremeció. ¿Y si los veía alguien?

—Tengo que irme —dijo él. Su mano se separó de ella, retrocedió. La ausencia de su contacto dolía.

—Mañana —susurró ella.

—Bajo las cornisas —dijo él, y se alejó de la sombra del almacén con pasos apresurados, en dirección al mar.

Ella lo vio irse y se deslizó a su vez entre las sombras de la noche.

A primera hora de la mañana, la solitaria capilla de san Cohen de los Otros, en la esquina de la calle Levinsky, se levantaba imperturbable y abandonada, junto al parque. Los robots de limpieza se arrastraban por las calles succionando la suciedad, limpiando con agua y cepillo. Un zumbido de gratitud llenaba el aire a medida que acometían la tarea para la que habían sido creados, la contención momentánea de la entropía.

Una figura solitaria se arrodilló frente a la capilla. Miriam Jones, Mama Jones, la del «Shebeen de Mama Jones», encendió una vela y depositó una ofrenda: un circuito electrónico roto perteneciente a un viejo mando a distancia de televisión, tan inútil como obsoleto.

—Líbranos de las Plagas y del Gusano. Líbranos de la atención de los Otros —susurró Mama Jones—. Danos el valor para atravesar nuestro propio camino tortuoso por el mundo, san Cohen.

La capilla no respondió, aunque Mama Jones tampoco esperaba respuesta. Se irguió lentamente. Sus rodillas cada vez protestaban más. Aún tenía las rótulas con las que nació. En realidad, conservaba casi todas sus partes originales. No era algo de lo que enorgullecerse, pero tampoco de lo que avergonzarse. Respiró el aire matinal, oyendo el zumbido juguetón de los robots de limpieza y el silbato imaginario de alguna nave en el cielo. Las naves suborbitales descendían desde la atmósfera, resplandeciendo como arañas paracaidistas antes de aterrizar en el techo de la Estación Central.

El día de ayer había sido muy confuso. «Estaba de vacaciones», eso era lo que Boris había dicho. Aunque Mama Jones estaba segura de que había algo más, algo que no le había contado. Obligaciones, vínculos. Circunstancias.

Aun así, no le apetecía pensar en todo aquello. Ahora no, al menos. La mañana estaba fresca. El bochorno del verano todavía no había descendido sobre la ciudad. Se alejó de la capilla y atravesó el parque. La sensación de la hierba bajo sus pies la reconfortó. Recordaba el parque cuando ella era joven, en aquellos tiempos en que ella y otros como ella, refugiados somalíes y sudaneses, llegaron a esta extraña tierra a través de desiertos y fronteras. Venían buscando algo remotamente parecido a la paz y solo encontraron rechazo y aislamiento en medio de aquel enclave de judíos. Miriam recordaba cómo su padre se despertaba cada mañana, caminaba hasta el parque y se sentaba junto a otros en su misma situación. Los envolvía un aire de callada desesperación que prácticamente los convertía en estatuas. A la espera, siempre a la espera. A la espera del tipo que llegaba a lomos de una camioneta para ofrecerles un trabajo de jornaleros. A la espera del autobús de las Naciones Unidas. A la espera, quizá, de que la Agencia Oz de la policía israelí apareciese en cualquier momento a comprobar sus papeles, lo cual solía desembocar en arresto o deportación.

Oz significaba «fuerza» en hebreo, pero la verdadera fuerza tal y como Miriam la entendía no radicaba en intimidar a gente indefensa sin sitio alguno al que ir. La verdadera fuerza radicaba en sobrevivir,

como lo habían hecho sus padres, como lo había hecho ella: aprendiendo hebreo, trabajando, componiendo una vida insignificante y tranquila a medida que el pasado se desgranaba en presente y futuro. Ya solo quedaba ella, era la única que seguía viviendo aquí, en la Estación Central.

Ahora el parque estaba en silencio, solo había un robotnik solitario, sentado con la espalda apoyada en un árbol y del que Miriam no sabría decir si estaba despierto o dormido. El tráfico se desperezaba por las calles; los barredores robóticos se movían al compás de pequeños murmullos que tenían un soniquete decepcionado. Los coches utilitarios se deslizaban por la carretera con sus paneles solares desplegados como alas. Había paneles solares por todas partes, en los tejados y los laterales de los edificios; todo el mundo intentaba arañar algo de energía gratis en este, el más soleado de los lugares. Tel Aviv. Mama Jones sabía que había granjas solares más allá de la ciudad, enormes extensiones de tierra donde los paneles se apilaban hasta donde alcanzaba la vista, absorbiendo con fruición los rayos de sol y convirtiéndolos en energía que se derivaba a las plantas de toda la ciudad. Le gustaba verlos; incluso en términos de moda estaban a la última: hasta la ropa de Mama Jones contaba con pequeños paneles y su sombrero de ala ancha absorbía la energía del sol. Además, le daban estilo.

Salió del parque y cruzó la calle. Isobel Chow pasó en bicicleta justo a su lado, camino de la Estación Central. Mama Jones la saludó, pero Isobel no la vio, así que se encogió de hombros. Ya iba siendo hora de abrir el *shebeen* y preparar las cachimbas y las bebidas. Los clientes empezarán a llegar en breve. En la Estación Central siempre había clientes.

Isobel pedaleaba por la avenida Salame. Su bicicleta abría sus alas como una mariposa, alimentándose del sol. Se comunicaba con ella a través de un nodo de conexión. La voz somnolienta y susurrante de la bicicleta se mezclaba con un millar de otras voces, canales, música, idiomas, el *toktok* indescifrable de los Otros, informes del tiempo,

programas confesionarios, emisiones ultraterrenas que llegaban con desfase desde Puertoluna, Tong Yun y el Cinturón; Isobel iba saltando de un canal a otro en el torrente infinito de la Conversación.

Sonidos y formas se arremolinaban ante ella: la imagen de una araña solitaria del espacio profundo que escarbaba la superficie de una roca helada en la nube de Oort, creando una madriguera desde la que empezar a reproducirse; la reposición de un episodio de *Cadenas de Montaje*; una emisora congoleña que emitía siempre canciones de nuevo *kwasa-kwasa*; un programa de entrevistas desde Tel Aviv norte donde se discutía sobre la Torá cada vez más acaloradamente. Desde un lado de la calle, un tintineo se abrió paso hasta ella, perentorio y repetitivo: «una ayuda, por favor. Busco trabajo a cambio de repuestos».

Redujo la velocidad de la bicicleta. Había un robotnik en un lado de la calle, donde empezaba la zona árabe. Tenía mal aspecto. Estaba cubierto de manchas de óxido, le faltaba un ojo y una pierna le colgaba, inútil. El otro ojo, que aún conservaba aspecto humano, la miraba con algo que podría ser una súplica muda o mera indiferencia, no estaba segura. Emitía en banda ancha, de forma mecánica y desesperada. Sobre una manta a su lado descansaba un montoncito de piezas de repuesto y una lata de gasolina casi vacía. Los robotniks no solían funcionar con energía solar.

No, no podía, no debía pararse. Continuó pedaleando con un punto de culpabilidad. Echó una mirada por encima del hombro. Los viandantes ignoraban al robotnik como si no estuviera ahí. El sol continuaba ascendiendo en el cielo. Un día como otro cualquiera. Isobel encontró el nodo del robotnik en la Conversación y le envió algo de dinero que sirvió más para calmar su conciencia que como verdadera ayuda. Los robotniks habían sido soldados en las guerras perdidas de los judíos, humanos mecanizados y enviados a luchar. Luego, al finalizar las guerras, fueron abandonados a su suerte. Tuvieron que buscarse la vida en las calles, mendigar partes mecánicas que los mantuvieran con vida...

Isobel había oído que muchos robotniks emigraron a Tong Yun en Marte. Otros se habían adueñado del Complejo Ruso abandonado en Jerusalén. Mendigos. Casi nunca se les prestaba atención.

Encima eran viejos. Algunos habían luchado en guerras de las que ya no quedaba ni el nombre.

Isobel siguió pedaleando por Salame en dirección a la estación.

«Esta noche —pensaba—, bajo las cornisas. Esta noche», pensaba, y su corazón aleteaba de anticipación como una cometa solar ansiosa de que la lanzaran al aire.

El sol ascendió por detrás del puerto espacial, trazando un arco que terminaría en el mar al final del día.

Isobel trabajaba en el interior de la Estación Central, así que normalmente ni siquiera llegaba a ver el sol.

El Nivel Tres comprendía una mezcla de restaurantes, estadios droide, colmenas con conch de mundojuegos, franquicias de Louis Wu, nakamales vanuatuenses y prostíbulos virtuales y carnevera hasta prostitutas; así como un bazar multirreligioso.

Isobel había oído que el bazar multirreligioso más grande conocido se encontraba en la ciudad de Tong Yun, en Marte. El del Nivel Tres no pasaba de ser un bazar de medio pelo. Contaba con una misión de la Iglesia Robot, un templo de los goreanos, un centro elronita para el avance de la humanidad, un templo baha'i, una mezquita, una sinagoga, una iglesia católica, otra armenia, un santuario de Ogko y un templo budista *theravada*.

Antes de llegar al trabajo, Isobel fue a la iglesia. Se había criado en el catolicismo. La familia de su madre, compuesta de chinos emigrados a Filipinas, había adoptado esa religión hacía mucho tiempo. Y sin embargo, Isobel no encontraba consuelo alguno en la quietud silenciosa de la amplia iglesia, ni en el olor de las velas, la penumbra entre los vitrales nacarados o la mirada doliente de Jesucristo en su cruz.

Un pensamiento terrorífico se coló en su mente: la Iglesia prohíbe lo que estoy haciendo. La quietud en aquel lugar era opresiva, el aire estático. Se le antojó que cada elemento de la iglesia le clavaba la mirada, consciente de su presencia. Giró sobre sus talones.

Al salir apresuradamente casi tropezó con el reverendo Remiendo.

—Hija mía, estás temblando —dijo el reverendo Remiendo en tono compasivo.

Isobel conocía lejanamente al reverendo Remiendo. El robot había sido una constante en la Estación Central —tanto en el puerto espacial como en el barrio a su alrededor— durante toda su vida. Entre sus funciones también estaba la de circuncidar a los recién nacidos judíos.

—Estoy bien, de verdad —dijo Isobel.

El robot la miró desde aquel rostro carente de expresión. La mayoría de los robots se diseñaban sin genitales ni pechos, de modo que se tendía a asignarles género masculino. En realidad, todo el mundo sabía que la misma existencia de los robots no era más que un error. Hacía siglos que nadie los producía. Eran un eslabón perdido, una rama podrida de la evolución entre la raza humana y los Otros.

—¿Te apetece una taza de té? —preguntó el robot—. ¿A lo mejor un trozo de tarta? Me consta que el azúcar ayuda a los humanos a paliar la angustia.

De alguna manera, el reverendo Remiendo se las arregló para adoptar un tono timorato.

—No, de verdad que estoy bien. —Y entonces, en un impulso—: ¿Crees que... o sea, los robots pueden...? Quiero decir...

Isobel vaciló. El robot volvió a mostrarle aquella cara sin expresión. Una cicatriz de óxido le cruzaba la mejilla, desde el ojo izquierdo hasta la comisura de la boca.

—Puedes preguntarme lo que quieras —dijo el robot con amabilidad.

Isobel se preguntó a qué humano, ya muerto, había pertenecido la voz utilizada para sintetizar la del robot.

—¿Los robots se enamoran? —preguntó.

La boca del robot se movió. Quizá aquello pretendía ser una sonrisa.

—Lo único que los robots sentimos es amor —contestó.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Cómo podéis... cómo podéis sentir? — casi le gritó, aunque nadie les prestó la menor atención. Al fin y al cabo, aquello era el Nivel Tres.

—Somos antropomorfos —dijo el reverendo Remiendo con la misma gentileza—. Nos han dado forma y costumbres humanas. Vuestro físico y vuestros sentidos. Es la cruz que lleva el hombre de hojalata —su voz era ahora triste—. ¿Conoces el poema del hombre de hojalata?

—No —dijo Isobel—. ¿Y qué pasa... qué pasa con los Otros?

El robot sacudió la cabeza.

—Cualquiera sabe. Para nosotros es impensable existir como entidad digital pura, no conocer el plano físico. Y al mismo tiempo, ansiamos escapar de nuestra existencia física, alcanzar el cielo aun sabiendo que no existe, que es un constructo, un mundo parcheado y remendado. ¿Era eso lo que querías preguntarme realmente, Isobel, hija de Irina?

—No sé —susurró, y de pronto fue consciente de la humedad en sus mejillas—. La Iglesia dice...

Volvió la cabeza levemente hacia la iglesia católica a su espalda.

El robot asintió, comprendiendo.

—Los sentimientos de la juventud siempre son poderosos —dijo con suavidad—. No tengas miedo, Isobel. Permítete sentir ese amor.

—No sé... —repitió Isobel— No lo sé.

—Espera...

Pero ella ya se alejaba del robosacerdote, parpadeando para contener unas lágrimas salidas de quién sabe dónde. Llegaba tarde al trabajo. «Esta noche», pensó. «Esta noche, bajo las cornisas». Se restregó los ojos.

El atardecer cubrió la Estación Central con un esperado frescor. Mama Jones encendió las velas en el *shebeen*. Al otro lado de la calle,

un nakamal sin nombre preparaba el kava para la velada. La calle, que era el mismo corazón del barrio, estaba invadida por un olor terroso y fuerte de raíces de kava. Primero se pelaban y se cortaban, se mezclaban con agua y carne picada y luego se exprimían para liberar los kavalactones, que eran la misma esencia de la planta del kava.

Los robotniks se apelotonaban en el parque alrededor de un fuego improvisado en un tambor de lavadora. Las llamas se reflejaban en sus rostros, carne y metal mezclados de cualquier manera, desechos aún vivos de guerras olvidadas. Conversaban en un curioso yidis de batalla que nadie hablaba ya, un idioma secreto y susurrante implantado en ellos por algún desarrollador militar con buenas intenciones.

Dentro de la Estación Central, los pasajeros cenaban y bebían y jugaban y trabajaban y esperaban. Mercantes lunares, chinos marcianos en plenas vacaciones programadas a la Tierra, judíos de los asteroides kibutz del Cinturón; la escandalera de una humanidad para la cual la Tierra ya no bastaba y aun así continuaba siendo el centro del universo. Todos los planetas y lunas y hábitats seguían rotando alrededor de aquel planeta azul, siguiendo un modelo aristotélico que se había terminado imponiendo al de Copérnico.

Isobel estaba embutida en su estación de trabajo, presente tanto en el espacio físico como en el plano virtual del juego *Guilds of Ashkelon* (GA), como si del gato de Schrödinger se tratase.

En el plano virtual del GA, ella era Isobel Chow, la capitana del Gato de Nueve Colas, una nave milenaria que se actualizaba y reformaba con cada Ciclo Universal. Allí Isobel era la capitana y comandante, en constante búsqueda de artefactos del mundo de Ashkelon que luego vendería en el Intercambio...

Una cantidad ingente de tesoros aguardaba dentro de Betty Orbitaoscuro, una singularidad universal dentro del juego *Guilds of Ashkelon*. Betty estaba plagada de enigmáticas ruinas abandonadas por una raza alienígena extinta. Flotaba ahí, en mitad de asteroides y piedras muertas que una vez formaron parte de un imperio galáctico. Sus tesoros se traducirían en agua y comida y alquiler en este mundo, aunque qué demonios significaba ya estar en este mundo o en aquel.

Isobel coexistía en el plano real o en el virtual como el gato proverbial, o lo que era lo mismo, en GA y en lo que llamaban Universo-Uno. Era su trabajo.

La noche cayó sobre la Estación Central. Se encendieron las luces alrededor del vecindario, esferas flotantes que emitían un brillo festivo.

La Estación Central cobraba vida por la noche. Las floristas recogían sus puestos al final de la jornada en el extenso mercado. El chico, Kranki, jugaba solo entre tallos de cultivo hidropónico y oscuras rosas lunares a punto de marchitarse. Nadie se le acercaba; era demasiado extraño.

Las conversaciones en asteropidgin se sucedían a su alrededor. Él jugaba a hacer brotar tallos del suelo. Los capullos de rosa negra se abrían y cerraban ante él en una danza un tanto torpe. El chico tenía *nakaimas*. Magia negra. La maldición cuántica. Sí, las conversaciones se sucedían a su alrededor, algunos comercios cerraban después de la jornada diurna y otros abrían para empezar la nocturna. El mercado cambiaba de cara pero permanecía abierto. Los comerciantes cenaban o dormían bajo sus quioscos. El aire hervía con el aroma del pescado frito, del chili y el vinagre, de la soja y el ajo, del comino y la cúrcuma y del zumaque en polvo violeta que hasta podía emplearse de colorete. El chico jugaba como juegan los chicos. Las flores se movían en silencio.

—*Yu stap go wea?*

(¿Adónde vas?)

—*Mi stap go baklonghaos.*

(Voy de vuelta a casa).

—*Yu no save stap smoltaem, dring smolsmol bia?*

(Tómame antes una cervecita conmigo).

Risas. Y luego:

—*Si, mi save stap smoltaem.*

(Sí, me quedo un rato).

La música brotaba desde diferentes nodos emisores. En alguna parte, un autoestopista *ladyboy* cantaba y rasgueaba una guitarra acústica. Calle abajo, un pulpadicto aporreaba varios tambores mientras añadía distorsiones en tiempo real a la vez que emitía su concierto, una diminuta contribución al infinito patrón fractal de la Conversación.

—*Mi lafem yu!*

—*Awo, yu drong!*

Más risas. (¡Te quiero, tío! ¡Estás borracho!). Los dos hombres se alejan juntos, las manos entrelazadas.

—*Wan dei bae mi go long spes, bai mi go lukluk olbaot long ol star.*

—*Yu kranki we!*

(Algún día viajaré al espacio y veré todos los planetas desde allí. ¡Tú estás loco!).

Los dos se ríen. En un rincón, alguien regresa a Universo-Uno desde el plano virtual. Ojos que parpadean y se reajustan a este lado. Más allá, unas pinzas voltean un pescado sobre una parrilla. Alguien bosteza, alguien sonríe, unos se pelean, dos amantes se encuentran, la luna emerge del horizonte. Las sombras de las arañas espaciales tremolan sobre la superficie lunar.

Bajo las cornisas. Bajo las cornisas. Donde siempre está seco y donde siempre está oscuro, bajo las cornisas.

Aquí, bajo las cornisas de la Estación Central, al otro lado del edificio principal, una zona de seguridad separa el puerto espacial y el vecindario. En la Estación Central se puede comprar de todo y lo que no se puede comprar se consigue aquí, entre las sombras.

Isobel había terminado de trabajar, había vuelto a Universo-Uno. Atrás quedaban por hoy la nave y la tripulación y la capitania. Había salido de su conch y vuelto a apoyar los pies en el suelo. La sangre le bombeaba en los oídos, la notó galopando en la muñeca al apretar los

dedos contra ella. El corazón quiere lo que quiere, nos recuerda que somos humanos y frágiles y débiles.

Atravesó un túnel de servicio entre plantas. Salió por la esquina norte del puerto espacial, delante de la avenida del kibutz Galuyot y el intercambiador antiguo.

Todo estaba oscuro y silencioso, apenas un par de comercios: un carnicero *kosher*, un encuadernador, naves abandonadas hacía tiempo y ahora convertidas en clubs insonorizados, clínicas de progenie y tiendas de componentes sintéticos. Isobel esperó a la sombra del puerto, pegada a la pared. Notaba el calor emanando a su espalda. La Estación Central casi parecía viva, latía como un corazón. Así que esperó. Su nodo escaneaba a su alrededor en busca de intrusos, identidades digitales, calor, movimiento. Isobel era una chica de la Estación Central. Podía cuidar de sí misma; tenía un cuchillo. Era cautelosa, aunque no le daban miedo las sombras. Esperaba, sí, esperaba a que él llegase.

—Me has esperado.

Isobel se apretó contra él. Su contacto era cálido, le era imposible distinguir dónde terminaba el metal y empezaba lo orgánico. Él dijo:

—Has venido.

Había asombro en sus palabras.

—Tenía que venir. Tenía que verte otra vez.

—Yo tenía miedo.

Su voz no era más que un susurro. Su mano en la mejilla de Isobel. Ella se volvió y besó aquella mano. El sabor del óxido, como sangre en sus labios.

—Somos mendigos —dijo—. Mi gente. Somos máquinas rotas.

Ella lo miró. Un soldado abandonado. Sabía que había muerto, que lo habían recompuesto, una mente humana insertada en un cuerpo extraño y ajeno. Un cibernético. Entonces lo habían enviado a luchar y a morir. Una y otra vez. Ahora vivía de desechos, de chatarra, de la caridad de otros...

Robotnik. Aquella palabra antigua que significaba «trabajador». Pero que ahora se usaba como una maldición.

Isobel lo miró a los ojos. Sus ojos eran casi humanos.

—No me acuerdo —dijo él—. No me acuerdo de quién era yo antes.

—Pero todavía lo eres... todavía eres —dijo ella, como si de pronto hubiese descubierto esa verdad sencilla y patente. Se echó a reír, una risa que la abrumaba y la llenaba de gozo. Él se inclinó hacia adelante y la besó, al principio suavemente, luego con fruición. Ambos se dejaron derretir en aquel deseo compartido que los unía casi del mismo modo que un humano irremediabilmente unido a un Otro.

En su extraño y obsoleto yidis de batalla, él dijo:

—Ich lieba dich.

Y ella respondió en asteropidgin:

—Mi lafem yu.

El dedo de él en su mejilla, caliente, metálico. Su olor de aceite de máquina y gasolina y sudor humano. Ella lo apretó contra sí, contra la pared de la Estación Central, en las sombras. Una nave aterrizó, resplandeciente, en algún punto sobre sus cabezas, venida de alguna tierra extraña y lejana.

# TRES. EL OLOR DE LOS NARANJOS

Arriba, en el tejado, Boris seguía despierto. Le pareció distinguir, bajo los toldos de la estación, dos figuras furtivas que en aquel momento se separaban; sin embargo, tenía la cabeza en otra parte.

Encontrarse con Miriam había sido muy extraño. En cierto modo, seguía igual y, al mismo tiempo, había cambiado. Debía de sospechar la razón de su regreso, pero había decidido no entrometerse y dejarlo lidiar con su dolor secreto.

Los paneles solares del tejado estaban plegados, como si durmiesen. Sin embargo, su suave traqueteo anticipaba el alba inminente. Los vecinos de su padre, los habitantes de aquel edificio, habían ido plantando allí un auténtico surtido de plantas en vasijas de arcilla, aluminio y madera. Con los años, el tejado se había convertido en un jardín tropical en las alturas.

Allí arriba se estaba tranquilo y, de momento, fresco. A Boris le encantaba el olor del jazmín tardío que trepaba tenazmente por los muros del edificio y se extendía por prácticamente todo el barrio alrededor de la Estación Central. Inspiró hondo aquel aire nocturno y lo dejó escapar lentamente, mientras contemplaba las luces del puerto espacial resplandecer como estrellas en el cielo.

Le encantaba el aroma de aquel sitio, de aquella ciudad. El olor del mar al oeste, la esencia salvaje de mar abierto, de agua salada y algas, de crema solar y humanidad. Adoraba el olor del aire acondicionado que se escapaba de las ventanas, de la albahaca entre los dedos, el olor a *shawarma* ascendiendo desde la calle con aquella mareante mezcla de especias, el olor fantasma de los naranjales que un día se extendieron más allá de los bloques urbanos de Tel Aviv y Jaffa.

«Antes todo esto eran naranjales.», Boris le echó un vistazo al viejo barrio, las paredes desconchadas, los bloques de apartamentos de arquitectura soviética apelotonados junto a magníficas construcciones de estilo Bauhaus de principios del siglo XX. Bloques que imitaban la forma de barcos, con balconadas picudas y elegantes, pequeñas ventanas redondas, techos planos a modo de cubiertas. Justo como el tejado donde estaba Boris.

En medio de los edificios antiguos se levantaban construcciones recientes de estilo marciano, viviendas-cooperativa con canaletas en lugar de ascensores y pequeñas habitaciones que se subdividían a su vez. Muchas de ellas ni siquiera tenían ventanas.

La ropa recién lavada colgaba de cordeles y ventanas como lo había hecho durante cientos de años; blusas descoloridas y calzoncillos meciéndose grácilmente al viento. El resplandor de las farolas que pendían en la calle empezaba a menguar. Boris distinguió una franja entre rosada y rojiza en el horizonte. Se dio cuenta de que la noche retrocedía y el sol llegaba.

Había pasado la noche velando a su padre. Vlad Chong, hijo de Weiwei Zhong (o Zhong Weiwei, dicho a la manera china) y de Julia Chong, Rabinovic de soltera. Siguiendo la tradición familiar, a Boris también le dieron un nombre ruso. Y siguiendo las mismas tradiciones, le pusieron un segundo nombre, esta vez judío. Se le escapó una sonrisa sardónica al pensar en ello. Boris Aharon Chong. El peso y el patrimonio de tres historias antiguas y compartidas caía sobre sus estrechos y no tan jóvenes hombros.

Había sido una noche difícil.

«Antes todo esto eran naranjales...», inspiró hondo; el olor gastado del asfalto y las expulsiones de los motores de combustión se habían extinguido tanto como el de las naranjas. Y sin embargo, de alguna manera permanecían, como un aroma en la memoria.

Había intentado romper con los recuerdos familiares, lo que entre ellos llamaban a veces «la maldición de la familia Chong». Lo que otras veces denominaban «la locura de Weiwei».

Todavía lo recordaba. Por supuesto que lo recordaba. Un tiempo no tan lejano en que Boris Aharon Chong no era ni siquiera una idea, un identibucle que aún no se había formado...

*Sucedió en Jaffa, en la ciudad vieja que descansa en la colina, sobre el puerto. El hogar de los Otros.*

*Zhong Weiwei subió la colina en bicicleta, sudando por el calor. No se fiaba de aquellas calles serpenteantes y estrechas, ya fuera en la misma ciudad vieja o en Ajami, el último barrio en reclamar su patrimonio. Weiwei entendía a la perfección los conflictos de este lugar. Árabes y judíos querían la tierra y luchaban por ella. Weiwei entendía la tierra y que la gente estuviera dispuesta a morir por ella.*

*Pero también sabía que la noción de tierra había cambiado. Esa tierra era ahora un concepto mucho menos físico y más metal. Hacía poco, había invertido algo de dinero en comprar todo un sistema planetario dentro del mundojuego Guilds of Ashkelon. Pronto Weiwei tendría hijos; Yulia ya estaba de tres meses y, más tarde, nietos y biznietos. Las generaciones se sucederían, pero todos recordarían a Weiwei, su progenitor. Le agradecerían lo que había hecho, sus tierras y propiedades tanto reales como virtuales. Y le agradecerían también por lo que esperaba conseguir hoy.*

*Él, Zhong Weiwei, se disponía a iniciar una dinastía aquí, en esta tierra dividida. Solo él había comprendido el aspecto más básico, la relevancia de aquel enclave extranjero que era la Estación Central. Judíos en el norte (los propios hijos de Weiwei serían judíos; una idea extraña e inquietante) y árabes en el sur, árabes que acababan de regresar y que no solo habían reclamado Ajami y Menashiya, sino*

que estaban construyendo una nueva Jaffa, una ciudad de acero y piedra y cristal que poco a poco iba elevándose hacia el cielo.

Árabes y judíos necesitaban de inmigrantes, de trabajadores extranjeros, de tailandeses, filipinos, chinos, somalíes y nigerianos. Y ellos necesitaban su zona franca, ese lugar de paso que era la Estación Central, en la parte vieja del sur de Tel Aviv. Un lugar pobre pero vibrante. Y, sobre todo, un espacio intermedio.

*Una ciudad fronteriza.*

Un lugar que él convertiría en su hogar. El suyo, el de sus hijos y el de los hijos de sus hijos. Al menos, judíos y árabes entendían lo que era la familia. En eso eran muy parecidos a los chinos y justo lo contrario de los anglos, con sus familias nucleares, sus relaciones tensas, sus vidas independientes que se desarrollaban separadas y en soledad. Algo así, se juró Weiwei, jamás les sucedería a sus hijos.

Se detuvo en lo alto de la colina y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo de tela que llevaba consigo con ese único propósito. Los coches pasaban a su lado. El soniquete de la construcción se extendía por todas partes. Él mismo trabajaba en uno de los edificios que estaban levantando aquí; con una cuadrilla de albañiles que era pura diáspora: vietnamitas pequeños y nigerianos altos y transilvanos compactos y pálidos; todos ellos comunicándose por gestos o en asteropidgin (aunque en aquella época no estaba tan extendido), o bien a través de los traductores automáticos de sus nodos. Weiwei trabajaba embutido en un exoesqueleto. Trepaba como una araña por los asideros de los bloques y observaba la ciudad allá abajo, con el mar y los barcos en la distancia.

Hoy, sin embargo, era su día libre. Había ahorrado algo de dinero, un poco para enviárselo cada mes a su familia en Chengdu y un poco para la familia que pronto tendría aquí. Y el remanente era para esto: para la gracia que iba a pedirles a los Otros.

Dobló con cuidado el pañuelo y lo devolvió a su sitio. Luego empujó la bicicleta a un aparte de la carretera y se internó en el laberinto de callejuelas que era la ciudad antigua de Jaffa. Allí podían verse los restos de una vieja fortaleza egipcia. Hacía un siglo

*que habían sustituido los portones. A la sombra de los muros, un naranjo colgaba de cadenas dentro de una especie de cesta de piedra de forma ahuevada; una instalación de arte. Weiwei no se detuvo. Continuó hasta llegar por fin al lugar donde habitaba Oráculo.*

Boris contempló la salida del sol. Estaba agotado después de pasar toda la noche junto a su padre. El viejo, Vlad, casi no dormía. Se sentaba durante horas en su butacón, un armatoste gastado y lleno de agujeros que había traído desde el mercadillo de Jaffa hacía años, a rastras, con mucho esfuerzo y no menos orgullo. El recuerdo permanecía cristalino en la cabeza de Boris.

Las manos de su padre se movían ahora en el aire como si ordenase y reordenase un puñado de objetos invisibles. Boris no podía acceder a su canal visual dentro de la Conversación. Su padre apenas se comunicaba, pero Boris sospechaba que aquellos objetos intangibles eran recuerdos. De alguna manera, Vlad intentaba volver a ponerlos en el orden correcto.

Pero Boris no podía estar seguro de que fuera así.

Al igual que Weiwei, Vlad había sido trabajador de la construcción. Era uno de los muchos hombres que habían construido la Estación Central, trepando por la estructura de aquel gigante a medio hacer, aquel puerto espacial que ahora era una entidad en sí mismo. La Estación Central, mitad centro comercial y mitad nación. Ni Tel Aviv ni Jaffa podrían jamás reclamarla para sí en su totalidad.

La construcción de la Estación Central había terminado largo tiempo atrás. Aunque los humanos eran ahora más longevos, la mente envejecía de la misma manera. Y la mente de Vlad era mucho más vieja que su cuerpo. En el tejado, Boris caminó hasta la esquina junto a la puerta. La sombra de una pequeña palmera caía sobre ella. Los paneles solares ya se estaban abriendo. Sus delicadas alas se extendían para absorber la luz de aquel sol recién nacido y proteger con su sombra a las plantas.

Hacía algún tiempo, la asociación de vecinos había instalado allí una mesa comunal con un samovar. Los apartamentos se iban

turnando para mantenerla surtida de azúcar, té y café. Boris arrancó con cuidado un par de hojas de una planta de menta y se hizo una taza de té. El sonido del agua hirviendo al caer en la taza era relajante. El aroma de la menta se esparció por el aire, fresco y limpio, y lo despejó un poco. Mientras el té se asentaba, él se acomodó taza en mano en la cornisa del tejado. Desde ahí arriba se veía el bullicio con el que la Estación Central se despertaba, aunque en realidad nunca llegaba a estar del todo dormida.

Le dio un sorbito al té. Pensaba en Oráculo.

*En su día, el nombre de Oráculo había sido Cohen. Se rumoreaba que tenía algún tipo de relación con san Cohen de los Otros, aunque nadie lo sabía con seguridad. Esto lo recuerda muy poca gente hoy en día. Durante tres generaciones, Oráculo había residido ella sola en la ciudad. Dentro de aquella silenciosa casa de piedra. Sola con su Otro.*

*Nadie conocía el nombre de su Otro, su identiqueta. Lo cual no era inusual cuando se trataba de los Otros.*

*Independientemente de cualquier vínculo familiar, fuera de la casa de piedra había un pequeño santuario a san Cohen. Algo modesto, con objetos dorados repartidos al azar por todo alrededor. Circuitos rotos y cosas por el estilo, amén de velas que siempre estaban encendidas. Weiwei se detuvo un momento frente al santuario. Encendió una vela y dejó una pequeña ofrenda: un chip difunto de un ordenador de tiempos pasados, que había comprado por bastante dinero en el baratillo bajo la colina.*

*«Ayúdame a conseguir mi objetivo», pensó. «Ayúdame a unificar a mi familia, que mi mente se quede con todos ellos cuando ya no esté aquí».*

*No había viento en la ciudad vieja, pero los antiguos muros de piedra de la casa irradiaban una especie de agradable frescor. Weiwei, a quien acababan de instalar su propio nodo, tocó a la puerta. Un momento después, se abrió. Weiwei entró.*

Boris recordaba aquel momento como una especie de serenidad y, aunque fuera paradójico, al mismo tiempo como una exaltación. Un desconcertante cambio de perspectiva. El recuerdo de su abuelo destelló en su mente. A pesar de su afectación, Weiwei era como un explorador que se adentra en tierra desconocida, palpando en el aire a medida que el instinto lo hace avanzar. Al haber crecido sin tener un nodo instalado le resultaba difícil seguir la Conversación, aquella cháchara inacabable de canales humanos y artificiales sin la cual cualquier persona se sentiría sorda y ciega. Sin embargo, Weiwei era el tipo de hombre capaz de sentir el futuro del mismo modo en que la crisálida siente la adultez a punto de eclosionar. Weiwei sabía que sus hijos serían diferentes y los hijos de sus hijos, a su vez, pero también sabía que sin pasado no puede haber futuro.

*—Zhong Weiwei —dijo Oráculo. Weiwei hizo una reverencia. Oráculo era sorprendentemente joven o, al menos, lo parecía. Tenía el pelo negro y corto, facciones anodinas y piel pálida. Una prótesis dorada ocupaba el sitio donde debería haber estado su dedo pulgar. Weiwei se estremeció al ver aquella cosa dorada: ahí residía su Otro.*

*—Vengo a pedirte una gracia —dijo Weiwei. En un primer momento vaciló. Luego tendió hacia Oráculo una pequeña cajita—. Son bombones.*

*Oráculo sonrió. ¿O fue quizá efecto de su imaginación?*

*La habitación estaba en silencio. Weiwei tardó un momento en darse cuenta de que la Conversación se había detenido. Oráculo tomó la cajita y la abrió. Eligió con cuidado uno de los bombones y se lo puso en la boca. Tras masticar pensativamente, indicó su aprobación inclinando la cabeza. Weiwei hizo otra reverencia.*

*—Siéntate —dijo Oráculo—, por favor.*

*Weiwei obedeció. El sillón tenía el respaldo alto, aunque era viejo y estaba gastado. «Debía de ser del mercadillo», pensó Weiwei. La idea de Oráculo comprando en los tenderetes le resultó extraña, casi como si Oráculo fuera humana. Aunque por supuesto que era*

humana. Aquello debería haberle hecho sentir más cómodo pero por algún motivo no fue así.

Los ojos de Oráculo cambiaron de pronto de color. Su voz se volvió diferente, más brusca, un tanto más grave de lo que había sido hasta entonces:

—¿Qué gracia deseas pedirnos, Zhong Weiwei?

Weiwei tragó saliva. Quien hablaba era el Otro de Oráculo. El Otro copilotaba aquel cuerpo humano, unido de alguna manera a Oráculo a través de los procesadores cuánticos dentro de aquel pulgar dorado.

Haciendo acopio de todo su coraje, Weiwei dijo:

—Busco un puente. —El Otro le animó a seguir con un gesto de asentimiento—. Un puente entre pasado y futuro. Una... continuidad.

—Inmortalidad —dijo el Otro, y suspiró. Su mano ascendió hasta rascarse la barbilla. El pulgar dorado escarbó en la pálida piel de la mujer—. Todo lo que desean los humanos es la inmortalidad.

Weiwei negó con la cabeza, aunque era incapaz de negarlo. La idea de la muerte, de morir, lo aterrizzaba. Sabía que le faltaba fe. Muchos pensaban que la fe era lo que hacía que la humanidad siguiera adelante. La reencarnación, la vida después de la muerte, la mítica Subida a la Nube, lo que algunos denominaban «ser Traducido». Todas las interpretaciones hablaban en esencia de lo mismo. Todas requerían una creencia de la que Weiwei carecía, por mucho que la anhelase. Sabía que cuando le llegase su día, ahí se acabaría todo. El identibucle con la personalidad de Zhong Weiwei dejaría de existir. Así de simple, sin dramas, y el universo continuaría exactamente como hasta entonces. Era terrible contemplar la propia insignificancia. Los identibucles humanos se creían el centro del universo, el punto alrededor del cual todo giraba. La realidad era subjetiva. Y, sin embargo, esa idea era una ilusión, del mismo modo que lo era la identidad del identibucle. La personalidad humana era una máquina compilada a raíz de billones de neuronas, frágiles redes que operaban de manera semiindependiente en la materia gris de un cerebro humano. La

*tecnología podía optimizarlo, pero no conservarlo. Al menos, no para siempre. Así que la respuesta era sí. Aquello que Weiwei buscaba era fruto de la vanidad, pero también del pragmatismo. Respiró hondo antes de decir:*

*—Quiero que mis hijos me recuerden.*

Boris contemplaba la Estación Central. El sol se elevaba ahora detrás del puerto espacial. Allá abajo, los robotniks se colocaban en sus puestos, despleaban sábanas y carteles bastos con consignas escritas que pedían donaciones, repuestos, gasolina o vodka.

Atisbó al reverendo Remiendo, de la Iglesia Robot, realizando su ronda matutina. La Iglesia intentaba cuidar de los robotniks del mismo modo que de su reducida congregación humana. Los robots eran un extraño eslabón perdido entre la humanidad y los Otros: seres digitales anclados a su condición física, a sus cuerpos. Muchos se negaban a Subir a la Nube en favor de aquella extraña fe que profesaban. Boris recordaba al reverendo Remiendo de su infancia. El robot los había circuncidado tanto a él como a su padre. La cuestión de «quién es judío» se había planteado no solo en relación a la familia Chong, sino también con respecto a los robots, aunque hacía tiempo que había sido resuelta. Boris conservaba algunos de los recuerdos que asaltaban a Weiwei por línea materna: las protestas en Jerusalén; los laboratorios de Matt Cohen y los primeros criaderos, tan primitivos, donde las entidades digitales desgranaban salvajemente un ciclo evolutivo tras otro; carteles en una manifestación masiva en King George Street: «¡No a la esclavitud!», «¡Destruid el campo de concentración!» y similares; una masa furibunda concentrada para protestar contra lo que entendían como confinamiento de esos primeros Otros, tan frágiles en sus redes cerradas, el asedio a los laboratorios de Matt Cohen, cómo iban expulsando a su deslavazado grupo de científicos de un país a otro hasta desembocar finalmente en Jerusalén.

Ahora lo llamaban san Cohen de los Otros. Boris fue a dar un sorbo de la taza y se dio cuenta de que estaba vacía. La bajó y se

restregó los ojos. Debería haber dormido algo. Ya no era tan joven, no podía empalmar varios días sin dormir a base de estimulantes y la energía que da una juventud implacable. Se habían esfumado los días que él y Miriam pasaron en aquel mismo tejado, abrazados, haciéndose promesas que, incluso entonces, sabían que no podrían cumplir.

Pensó en ella e intentó distinguirla en la calle de camino a su *shebeen*. No era fácil acordarse de Miriam, sentir esa suerte de dolor como si fuera... como un chaval. Miriam no era la razón de su regreso, pero en algún lugar de su cabeza, el rescoldo de un pensamiento permanecía.

El dispositivo Aum respiraba con suavidad en su cuello. Se lo habían instalado en Tong Yun, en una clínica sin nombre situada en un callejón aledaño a la avenida Arafat. La regentaba un chino marciano de tercera generación llamado Mr. Wong que fue quien se la instaló.

Se suponía que lo habían producido con restos de formas de vida microbacterianas de Marte, pero uno nunca podía estar seguro de esas cosas. Resultaba extraño tenerlo. El Aum era un parásito, se alimentaba de Boris y latía suavemente contra su cuello. Se había convertido en parte de él, un apéndice más, pero uno que le enviaba pensamientos extraños, foráneos. Se nutría de su perspectiva humana al tiempo que la iba *cambiando* sutilmente. Era como ver las propias ideas a través de un caleidoscopio.

Pasó la mano sobre el Aum. Sintió el tacto sorprendentemente áspero y cálido de su superficie. Lo notaba respirar con suavidad bajo sus dedos. A veces, el Aum sintetizaba sustancias extrañas que causaban un efecto a traición en Boris, como si fueran drogas. Otras veces, alteraba su perspectiva visual o interactuaba con su nodo, el componente de red instalado en su cerebro justo después de nacer. Carecer de nodo suponía algo peor que ser ciego o sordo: era estar desconectado de la Conversación.

No podía negarse que Boris había intentado huir. Había escapado de la memoria de Weiwei, al menos por un tiempo. Se había internado

en la Estación Central y subido en sus ascensores hasta la misma cúspide. Y más lejos. Boris se había marchado de la Tierra, había viajado más allá de su órbita, a Marte y al Muro, al Exterior. Pero los recuerdos de Weiwei, su puente eterno entre el futuro y el pasado, lo habían seguido.

*—Quiero que mi memoria perviva cuando me haya ido.*

*—Eso es lo que quieren todos los humanos —dijo el Otro.*

*—No, lo que yo quiero... —reunió todo el valor que pudo antes de añadir—: lo que quiero es que mi familia recuerde. Que aprendan del pasado, que planeen el futuro. Quiero que mis hijos alberguen mis recuerdos y que sus hijos hereden sus recuerdos, a su vez. Quiero que mis nietos y los nietos de mis nietos recuerden este momento, con el paso de las generaciones.*

*—Así será —dijo el Otro.*

Y vaya si así fue, pensó Boris. El recuerdo aparecía claro en su mente, suspendido como una gota de rocío, perfecto, inalterado. El deseo de Weiwei había sido concedido y sus recuerdos eran ahora los de Boris, como en su día fueron los de Vlad y como en su día los recuerdos de su abuela fueron los de Yulia y los de su madre. El resto de la familia, primos y primas y tíos, sobrinos y tías; todos compartían un mismo banco central de recuerdos de los Chong. Cada uno de ellos era capaz de pescar recuerdos al instante en ese profundo estanque de la memoria, del océano del pasado.

La «locura de Weiwei», como aún la llamaban en la familia, funcionaba de las formas más extrañas. Incluso estando muy lejos — cuando trabajaba en las clínicas de progenie de Ceres o si caminaba por una avenida de Tong Yun, en Marte—, de pronto, un súbito recuerdo se formaba en su cabeza. Por ejemplo, el nuevo recuerdo de la prima Oksana dando a luz por primera vez al pequeño Yan, dolor y felicidad mezclados con pensamientos aleatorios: preguntándose si le habían dejado comida al perro, la voz de la matrona gritando «¡Empuja! ¡Empuja!», el olor a sudor, los pitidos de los monitores, la

cháchara distante de la gente detrás de la puerta del paritorio y la indescriptible sensación del bebé emergiendo de su cuerpo.

Dejó la taza sobre la mesa. La Estación Central ya se había despertado del todo, el mercado había cobrado vida: productos frescos en los tenderetes, el olor del humo y de los pollos asados, los gritos de los niños de camino al colegio...

Boris pensó en Miriam, en cómo se habían querido en su día, cuando el mundo era joven. Se habían amado en hebreo, que era la lengua de su niñez; pero habían terminado separados, no a causa de catástrofes o guerras sino, simplemente, por la vida. Eso es lo que la vida le hacía a la gente. Boris había trabajado en las clínicas de progenie de la Estación Central, pero los recuerdos se le acumulaban como fantasmas. Al final, había terminado rebelándose contra ellos y huido más allá de la órbita de la Estación Central a aquel lugar que llamaban Pórtico, y de ahí a Puertoluna.

Era joven y tenía ansias de aventura. Había intentado alejarse de todo. Puertoluna, Ceres, Tong Yun... pero los recuerdos lo perseguían. Y los peores eran los de su padre. Lo seguían a través de la cháchara de la Conversación, memorias comprimidas saltando de un servidor a otro, a través del espacio, a la velocidad de la luz. Y mientras, en la Tierra lo recordaban a él del mismo modo que él los recordaba a ellos. Al final, el peso de los recuerdos fue tan insoportable que tuvo que regresar.

Ya había vuelto a Puertoluna cuando sucedió. Se miraba al espejo mientras se cepillaba los dientes (ni viejo ni joven, una cara anodina, ojos chinos, rasgos eslavos, cada vez menos pelo) cuando un recuerdo se cernió sobre él. El cepillo de dientes se le cayó al suelo.

No era un recuerdo de su padre, sino uno muy reciente de su sobrino Yan. Vlad sentado en el sillón de su apartamento. Más viejo y delgado de lo que Boris recordaba. Y algo que lo hirió de una manera difusa, algo que atravesó el espacio y se clavó dolorosamente en su pecho: esa mirada nublada en los ojos de su padre. Vlad, sin hablar, sin percatarse de la presencia de su sobrino o del resto de la familia, que habían venido a visitarlo.

Su padre se sentaba allí y sus manos se movían en el aire, ordenando y desordenando objetos que nadie podía ver.

—¡Boris!

—Yan.

La sonrisa tímida de su sobrino.

—Creía que no eras real.

Transmisión. Imagen congelada, señal entre Luna y Tierra, de nodo a nodo.

—Has crecido mucho.

—Pues sí.

Yan trabajaba en la Estación Central, en un laboratorio del Nivel Cinco donde se manufacturaban anuncios virales: pequeños agentes microscópicos que se transmitían por el aire de persona a persona y se desarrollaban en ambientes cerrados como los sistemas de aire de la Estación Central. Estaban programados para enviar ofertas orientadas específicamente al sujeto en el que anidaban. Sus partes orgánicas se completaban con nodos diseñados para gritar: «¡Compra! ¡Compra! ¡Compra!».

Yan llevaba tiempo saliendo con un chico, Youssou, pero últimamente no les iba muy bien.

—Se trata de tu padre.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sabemos.

Admitir eso no debió de ser fácil para Yan. Boris aguardó al otro lado de la línea. El silencio devoraba el ancho de banda en su viaje entre Tierra y Luna.

—¿Lo habéis llevado al médico?

—Ya sabes que sí.

—¿Y?

—No saben qué le pasa.

Silencio entre los dos, silencio a la velocidad de la luz, viajando por el espacio.

—Vuelve a casa, Boris —dijo Yan, y Boris se maravilló de lo mucho que el chico había crecido, del hombre que había surgido de él, aquel extraño que no conocía y cuya vida, empero, recordaba a la perfección.

*Vuelve a casa.*

Aquel mismo día, metió en una maleta sus escasas posesiones, dejó su habitación en el hostel Libra del bulevar Armstrong y tomó la lanzadera de órbita lunar. Desde ahí viajó en nave hasta Pórtico y, por fin, abajo: a la Estación Central.

La memoria como un cáncer en pleno desarrollo. Boris era médico progenista, había visto el puente de Weiwei con sus propios ojos. Era un extraño tejido semiorgánico que se pegaba al córtex de los Chong y se introducía en sus cerebros, interactuando con sus nodos, creciendo en delicadas espirales de materia alienígena. Una tecnología evolucionada, *verboten*, de origen Otro. De algún modo, este tejido había desbordado la mente de su padre, crecía fuera de control como un cáncer. Los recuerdos habían paralizado a Vlad.

Aunque tenía sus sospechas, Boris no sabía qué había pagado Weiwei por la gracia de Oráculo. El recuerdo de la prenda a pagar había sido extraído de él, erradicado por completo. Lo único que perduraba era la imagen del Otro diciendo: «que así sea». Un momento después, Weiwei se encontraba fuera, al otro lado de la puerta cerrada, parpadeando entre aquellos muros de piedra vieja y preguntándose si había funcionado.

«Antes todo esto eran naranjales...», recordaba haber pensado al salir de las puertas de la Estación Central, recién llegado a la Tierra. Aquella incómoda gravedad terrestre y el aire caliente y húmedo del exterior lo confundían. Inspiró hondo allí mismo, bajo las cornisas. La gravedad tironeaba de él hacia el suelo, pero no le importó. Era el mismo olor que recordaba y las naranjas, desaparecidas o no, seguían allí. Las famosas naranjas de Jaffa que crecían allí cuando todo esto — Tel Aviv, la Estación Central— ni existía. Cuando todo esto eran naranjales y arena y mar.

Cruzó la carretera dejándose llevar por la memoria de sus propios pies. Atravesó las grandes puertas de la Estación Central y se internó en la avenida peatonal, el corazón del barrio viejo. Era mucho más pequeño de lo que recordaba. De niño le parecía tan grande como el mundo y ahora había encogido.

Allí se agolpaban montones de personas, tuk-tuks solares pasaban por la carretera, los turistas miraban embobados a todas partes, un memocordista repasaba las estadísticas de su canal a medida que emitía en directo a las redes todo lo que veía, oía y sentía. Su retransmisión capturó a Boris en una mirada de refilón que fue enviada a millones de espectadores indiferentes a lo largo y ancho del sistema solar.

Rateros, vigilantes de CS Security que intentaban mantenerse alerta a pesar de su aburrimiento, un mendigo robotnik tuerto y con manchas de óxido en el pecho, mormones con trajes oscuros que sudaban bajo aquel calor y repartían panfletos mientras los elronitas hacían lo propio al otro lado de la calle.

Empezó a caer una lluvia fina.

Desde el mercado a la vuelta de la esquina llegaban los gritos de los vendedores del mercado que anunciaban granadas fresquísimas, melones, uvas, plátanos. Un par de viejos jugaba al *backgammon* en un café un poco más adelante. El reverendo Remiendo se desplazaba con lentitud entre todo aquel caos. El robot era un oasis de calma en medio de aquella masa escandalosa y sudada de pura humanidad.

Boris miraba, olía, escuchaba, recordaba; todo con tanta intensidad que no vio a la mujer y el niño, al otro lado de la calle, hasta que casi se chocó con ellos.

Miriam y el chico.

Boris sintió la tentación de acercarse ahora a Miriam. El mundo había despertado y él seguía solo allí arriba, en el tejado del viejo edificio. Solo y libre. Atisbó a Ibrahim, el viejo buhonero. Su carro atravesaba la calle allá abajo. El Señor de las Cosas Descartadas, lo llamaban. Boris se sorprendió de que aún estuviera vivo. A su lado se

sentaba un chico con cierto parecido a Kranki. Un caballo de paciencia infinita tiraba del carro. Los ojos de Boris los siguieron hasta que se perdieron de vista.

No sabía qué iba a hacer con respecto a su padre. Recordaba cierta vez en que iba con él de la mano, cuando era pequeño. Vlad parecía tan grande, tan seguro y lleno de vida. Era un día de verano en que habían ido a la playa de Menashiya, allí judíos, árabes y filipinos se mezclaban sin problemas: las mujeres musulmanas en sus ropajes largos y oscuros; sus hijos corriendo y chillando en calzones; las chicas de Tel Aviv tumbadas plácidamente al sol en sus bikinis minúsculos, alguien fumaba un porro y el olor flotaba en el aire marino. Ibrahim el buhonero también andaba por allí, pasaba por la carretera con su caballo, uno distinto en aquel entonces. El socorrista gritaba en tres idiomas distintos: «¡Manténganse en las zonas señaladas! ¿Alguien ha perdido un niño? ¡No se alejen de los puestos de socorro! Tú, el del bote, tira para el puerto de Tel Aviv y no te acerques a la parte de los bañistas». La cháchara de la gente ahogaba sus palabras. Alguien había aparcado por ahí su coche y el estéreo resonaba atronador. Unos refugiados somalíes asaban carne en una barbacoa sobre el césped del paseo marítimo. Un chaval blanco con rastas tocaba la guitarra. Vlad sujetaba la mano de Boris mientras los dos entraban en el agua, tan fuerte, tan seguro. Boris sabía que nada le podría pasar, que su padre siempre estaría ahí para protegerlo, sin importar qué pasara.

# CUATRO. EL SEÑOR DE LAS COSAS DESCARTADAS

Todavía quedaban buhoneros en Jaffa y en la Estación Central, como siempre, y el líder de todos ellos era Ibrahim, aquel al que ocasionalmente apodaban el Señor de las Cosas Descartadas.

Por aquel entonces, todavía quedaban buhoneros en Jaffa. Los nómadas siempre habían estado ahí, una mezcla entre judíos, árabes y alguna otra cosa. No pasó mucho tiempo hasta que llegó el Mesías del Asesinato, del que ya habrás escuchado hablar, y sobre quien el historiador Elezra (progenitor de Miriam Elezra que, junto al autómata Golda Meir, viajó al antiguo Marte-que-no-fue y cambió el rumbo del planeta) ha escrito: «Eran tiempos de fervor e incertidumbre, tiempos de odio y paz, en los que la aparición del Mesías y la subsecuente ejecución fueron casi accidentales».

Lo habrás visto acercarse unas mil veces. Aparece de fondo, siempre de fondo, en las fotos de los turistas, en gran cantidad de transmisiones. Primero la carreta: una superficie plana sustentada en cuatro ruedas de un antiquísimo coche robado. En los vertederos de Jaffa proliferaban los vehículos con motor de combustión apilados en torres que formaban una ciudad de desechos donde se escondían los

desafortunados de la urbe. El carro lo tiraban un par de caballos, nacidos y criados en la ciudad: gris y blanco, estos caballos palestinos de razas entremezcladas eran primos lejanos de las nobles estirpes árabes. Pequeños, fuertes y pacientes, jalaban de la carreta sobrecargada de artilugios rotos sin queja alguna y los fines de semana se vestían con campanillas y trajes coloridos para que los niños los montaran por el paseo marítimo por un módico precio.

Los buhoneros, como los antiguos guardas portuarios, tenían una *lijana*, un consejo secreto de gobernantes (una legión escogida a base de tiempo y experiencia) entre los cuales el más poderoso era Ibrahim.

¿Quién era Ibrahim y cómo había llegado a la ciudad de Jaffa a través de las espumosas aguas azules del mar Mediterráneo?

Lo cierto es que nadie lo sabía. Siempre había estado allí. El antiguo y futuro rey de los descartados. Los rumores sostenían que era primo lejano de Oráculo de la colina. Ibrahim también estaba unido a través de un pulgar prostético dorado, una unión de los Otros con su nodo, mentes humanas y digitales mezcladas. Nadie conocía el nombre del Otro. Quizá ambos se llamaban Ibrahim.

Su ruta rara vez cambiaba. Por los estrechos callejones de la antigua Ajami, las casas de piedra se cernían sobre el mar y el puerto, lejos de los nuevos rascacielos de los retornados; al pie de la colina de la antigua torre del reloj, junto a la calle Salame, le gritaban al pasar: «¡Buhonero! ¡Buhonero!».

Los trastos se apilaban en la carreta. Los desechos descartados durante siglos. La gente sabía esperar a Ibrahim. Colchones rasgados y con manchurriones, mesas con patas rotas, un antiquísimo reloj de pie industrial de origen chino que en alguna década olvidada estuvo de moda. Autómatas descartados, muñecas de batalla vietnamitas utilizadas en una guerra ya pasada. Pinturas. Libros de ilustraciones con las páginas deformadas y amarillentas como hojas secas. Motores para unidades de refrigeración de peces gigantes. Alfombras turcas descoloridas.

Una vez, un bebé.

Había encontrado aquella cosa diminuta en una de sus rondas. Era temprano, apenas había amanecido. Ibrahim había llegado hasta Salame y se dirigía a la Estación Central.

En los barrios superiores, las adaptoplantas se mecían con la brisa. Crecían por toda la Estación Central como hierbajos. En las afueras del antiguo barrio, crecían junto a las viejas autopistas abandonadas de Tel Aviv, rodeando la inmensa estructura del puerto espacial y alzándose hacia el cielo. Las casas brotaban como árboles, floreciendo. Las adaptoplantas se alimentaban de la lluvia y del sol, enterrando las raíces en el terreno arenoso y quebrando el vetusto asfalto. Barrios de adaptoplantas de temporada, inestables, brotaban de paredes, puertas y ventanas, de sumideros agujereados que colgaban en el aire, cañerías de bambú expuestas, apartamentos que se alzaban unos sobre otros, sin orden ni sentido, generando pavimentos suspendidos sobre el vacío, casas sustentadas en ángulos imposibles, chozas y casuchas con puertas parcheadas, ventanales que se asemejaban a ojos...

Durante el otoño los barrios mudaban, las puertas se secaban, las ventanas decaían lentamente, las cañerías languidecían. Las casas caían al suelo como hojas y las máquinas que limpiaban las calles ronroneaban alegres, devorando las hojas resacas de las antiguas residencias. Sobre el suelo, los propietarios de aquellos flotantes suburbios caducifolios salían con precaución, tanteando el suelo a cada paso para ver si soportaba el peso, migrando con nerviosismo a través de la silueta de los edificios hacia otros brotes más frescos, nuevas adaptoplantas que florecían con delicadeza, ventanas abriéndose como frutas...

Metal y plástico descartado en la calle. Ibrahim no pudo discernir de qué había formado parte: puede que de coches y botellas de agua convertidas en esculturas abandonadas. El arte brotaba como tecnología salvaje en la Estación Central.

Estaba tirado cerca. Era un diminuto paquete en el que no había reparado hasta que se movió. Ibrahim se acercó cauteloso, a veces se escapaban cosas en la Estación Central. De entre toda la basura, en

ocasiones encontraba serpientes, muñecas de batalla todavía con vida, mobiliario de adaptoplantas con una programación hostil, antiguas armas y munición creadas por ultrausuarios, artefactos religiosos virtuales de poderes inciertos...

Ibrahim se aproximó al paquete y este emitió un sonido. El ruido lo dejó de piedra. Era aquel tipo de sonido. En una ocasión hubo un cachorro de lobo que habían traído de contrabando desde Mongolia. Murió en cautividad. El ruido del paquete había sido el mismo.

A pesar de todo, Ibrahim se acercó. Echó un vistazo.

Un bebé le devolvió la mirada. Un bebé común como los que podían verse en cualquier sitio a todas horas: Jaffa y la Estación Central estaban repletas de infantes. Sin embargo, este estaba dentro de una caja de zapatos.

Ibrahim se arrodilló junto al bebé. La caja era de una marca barata. El bebé tenía los ojos chispeantes de un verde claro, la piel oscura y la cabeza sin cabello. Ibrahim lo contempló. No había nadie cerca. El infante eructó.

Ibrahim acercó la mano al niño (era un niño) con cuidado, cauteloso. Uno nunca era lo suficientemente precavido en la Estación Central. La manita del pequeño se alzó hacia la suya. Más vieja que sus años. Como si quisiera estrecharle la mano. Los dedos se rozaron. Una descarga, una especie de información por banda ancha de alta velocidad, golpeó a Ibrahim. Imágenes anegaron su mente. Cosas imposibles. Visiones de los anillos de Saturno. Una batalla de marcianos de cuatro brazos y piel rojiza renacidos en su imperio virtual. Un rabino en una nave espacial rumbo al Cinturón, rezando en el campo de asteroides, en el interior de una pequeña cámara fría y húmeda dentro de una vetusta nave minera.

En el contacto con el bebé hubo el *toktok blong narawan*, el lenguaje de los Otros.

El Otro de Ibrahim despertó. Dijo: «*Pero ¿qué...?*»

La mente de Ibrahim no pudo hacer frente al embate. El torrente de información se propagó con rabia, desviándose hacia su Otro. Este se apagó como si tratara de lidiar...

Una palabra flotó con claridad por encima de la vorágine, lo hizo encogerse...

«*Mesías*».

«*¡Aparta tus manos!*».

El toque de luz del niño lo aprisionó. Luchó...

El bebé eructó y rio. El contacto se rompió.

Ibrahim: «¿Has visto todo eso?».

Nada de su Otro.

Ibrahim: «¿?».

Su Otro, al fin: «*¡!*».

Ibrahim observó al bebé, y su Otro, a través de los ojos del buhonero, hizo lo mismo.

Un pensamiento en ambas mentes:

«*Otro no*».

Ibrahim podría haber hecho una llamada de emergencia. Una retransmisión de alarma desde su nodo, brincando a través de las redes infinitas que entrecruzaban esta ciudad, su planeta, el espacio habitado por humanos que lo rodeaba, planetas y lunas y anillos y naves Éxodo. Las máquinas pacificadoras se habrían materializado, semejantes a arañas. *Mechas* de la Policía científica con doble codificación, ya que esta era la zona neutral, la Estación Central separando la Jaffa árabe de la Tel Aviv judía. Una disputa de datos encriptados sobre territorios, análisis del ADN del niño, aunque solo con el color de ojos (de la marca Bose, pirateado, con varias décadas de antigüedad, pero todavía ferozmente protegido por leyes de patentes) Ibrahim lo supo. El chico había sido engendrado artificialmente, era la especialidad de la Estación Central.

«¿*El programa de crianza del Mesías?*». Preguntó el Otro, que ya se recuperaba.

—No lo sé.

Pronunció las palabras, pero en voz baja. El bebé gorgoteó.

«¿*Es prudente?*».

—¿Tienes alguna otra idea?

«*Esto no me gusta nada*».

La comunicación se aceleraba, un discurso que daba paso a códigos de imagen, nubes de significados. Ibrahim lo interrumpió y recogió al bebé.

—El niño —dijo a nadie en particular. Recuerdos de la matanza de Jerusalén todavía recientes en la memoria—. Se merece un destino diferente.

Aquello había ocurrido hacía años. Al chico lo llamaron Ismail. Lo criaron lo mejor que pudieron.

Ibrahim vivía en el vasto vertedero que abarcaba los límites de Jaffa y lo que solían ser los suburbios judíos de Bat Yam. Diminutas máquinas semiconscientes vivían allí, también robotniks, todos los sintecho y los perdidos.

El vertedero.

El Palacio de las Cosas Descartadas.

Parecía lo apropiado para el chico.

Ismail creció hablando el árabe de Ajami y el yidis de batalla de los robotniks. Hablaba asteropidgin, que *toktok blong spes*. Hablaba el hebreo de la ciudad vecina. Al hacerse mayor, a veces, ayudaba a Ibrahim en sus rondas.

A través de Ajami hasta la torre del reloj, por Salame a la Estación Central... Ibrahim recogía cosas heridas, robotniks que habían sido descartados en las calles de la Estación Central. Los había recuperado, reparado y estos le habían concedido su lealtad, era lo único que les quedaba para ofrecer. Eran muñecas de carne sintética, tenían órganos desiguales, el tamaño de un crío, rostros macilentos; algunos eran refugiados de los pozos de carne, otros eran soldados miniatura en las guerras urbanas, todos habían sido importados en masa de fábricas lejanas y descartados cuando su utilidad se agotó.

Animales modificados, frankensteinizados por críos entusiastas con laboratorios caseros, un kit genético y una incubadora. El dragón mascota de Ismail, una criatura triste modificada a partir del *lagarto gigante de La Gomera*, de las islas Canarias, mecanizado con un

aparato para soplar fuego. El chico le había puesto el mote de Chamudi al lamentable bicho que tosía fuego, a pesar de que todo lo evidente señalaba lo contrario, ya que para nada era adorable.

Toda la tribu vivía en el vasto vertedero, siglos de capas sepultadas, un lugar arqueológico en el que se podía encontrar todo, los restos de las eras.

El chico tenía algunos hábitos inquietantes.

Podía predecir el clima local. «No tanto predecir», pensaba Ibrahim a veces algo incómodo, «sino hacer que ocurriera».

A veces, dormido, sus sueños se materializaban sobre su cabeza, vaqueros e indios que se perseguían los unos a los otros en una neblinosa y onírica burbuja gris hecha de la condensación del aire, evaporándose cuando el sueño REM cedía ante los estados más profundos del NREM.

Tenía afinidad con las máquinas. Había recibido, como todos los niños, un nodo al nacer. No estaba unido a un Otro, no estaba ligado, y aún así, en ocasiones, Ibrahim y su Otro tenían la perceptible sensación de que el niño los podía oír hablar.

*«Por supuesto que sabes de qué se trata»*, dijo el Otro.

Ibrahim asintió.

Estaban de pie en el patio. El sol pegaba fuerte, y más allá de las casas de piedra de Ajami, la superficie del mar parecía un espejo, salpicada de surfistas solares nadando y alzándose gracias al viento.

*«Hay otros»*, dijo el Otro. *«Niños nacidos en laboratorios de la Estación Central»*.

—Lo sé.

—Deberíamos hablar con el Oráculo...

Ibrahim la conocía desde hacía mucho. Incluso sabía su nombre verdadero. Nadie nacía oráculo... y tenían lazos de sangre, como aquellos que comprendían a los Otros.

—No —dijo.

*«Ibrahim...»*.

—No.

*«Estamos cometiendo un error»*.

—El pequeño trazará su propio camino. Tiempo al tiempo.  
—¡Baba! —El chico llegó hasta Ibrahim corriendo—. ¿Puedo ir contigo en la carreta?  
—Hoy no —respondió él—. Quizá mañana.  
El rostro del niño se descompuso, decepcionado.  
—Siempre dices mañana —acusó.  
«*Aquí es seguro*», dijo el Otro en silencio. «*Aquí está protegido*».  
—Pero necesita estar con otros niños de su edad.  
—¿Qué dices, Baba?  
—Nada, Ismail —respondió Ibrahim—. Nada.  
Pero no era nada.

Chamudi, el dragón, murió unos meses más tarde. Tuvo lugar un funeral, el mayor que jamás se había celebrado en el Palacio de las Cosas Descartadas. La guardia de honor del dragón fueron muñecas de batalla remendadas y robotniks, la gente del barrio acudió ataviada con vestidos solemnes a pesar del calor. Los chatarreros cavaron un hoyo en el suelo, retiraron tesoros enterrados, una bicicleta oxidada, una caja con piezas de ajedrez talladas a mano en madera oscura y una calavera de metal. Noah, el mendigo ciego amigo de Ibrahim, estaba tras él mientras hacían descender el pequeño ataúd. Una sacerdotisa, renacida marciana de los seguidores del Camino, ofició la ceremonia. Su piel roja resplandecía de sudor debido al sol. Movía los cuatro brazos en posturas complejas mientras verbalizaba palabras de pérdida y consuelo. Habló sobre el emperador del Tiempo y su aceptación de este regalo. Ismael estaba de pie a un lado, los ojos secos de lágrimas.

Noah, el mendigo ciego cuyos ojos eran piedras preciosas, observó la ceremonia a través de múltiples transmisiones de nodos. Pym, el famoso memocordista, estaba allí, el funeral se unió como una hebra en la narrativa de su vida. Se retransmitía a los suscriptores de Pym, cuya cifra fluctuaba entre millones a través del sistema solar. A fin de cuentas, era una conmovedora y solemne ocasión.

—¿Quién es el joven que está junto a Ismail? —preguntó Noah.

Ibrahim miró y respondió:

—¿Qué joven?

—El chiquillo silencioso —dijo Noah. Ibrahim arrugó el entrecejo. Su Otro le susurró en la cabeza. Ibrahim cambió, los ojos podían traicionarlo. Observó la escena del mismo modo que Noah, a través de la Conversación.

Ahora podía ver al joven, pero fragmentado. En algunos canales no aparecía, en otros tan solo era un borrón. Únicamente la vista multifacética de Noah le otorgó la imagen completa. El chico e Ismail no conversaban y aun así tuvo la sensación de que se estaban comunicando a gran velocidad.

El joven tenía los ojos azules. Eran Armani. Ibrahim se preguntó si lo había visto antes. Uno de los chicos de la Estación Central. Este levantó la mirada como si de algún modo imposible percibiera su atención. Una sonrisa le asomó en los extremos de la boca.

La tierra cubrió al dragón en miniatura. La sacerdotisa renacida entonó las palabras finales de la despedida. Los invitados suspiraron. Los robotniks saludaron aturcidos. Era un día caluroso.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Ibrahim, más tarde, cuando estaban bebiendo limonada fría a la sombra de una pila de coches.

Los dos chicos sonrieron con malicia y el joven respondió:

—Nem blong mi Kranki.

*Me llamo Kranki.*

Era difícil ver al chico. No dejaba de cambiar por los canales visuales, un fantasma en las redes entrecruzadas.

—Hola, Kranki —saludó Ibrahim.

—Mamá me llama —dijo el chico de improviso. Su voz provenía de todas partes y de ningún sitio—. Será mejor que me vaya.

Se desvaneció e Ibrahim se sintió afligido.

—El impulso mesiánico es más fuerte cuando está concentrado —dijo Noah con un tono filosófico. El funeral había terminado e Ismail no estaba por ningún lado. Ibrahim sabía que el chico había ido a la

playa con otros críos. En esta ocasión eran corpóreos—. Esta tierra que pisamos siempre ha sido un imán para aquellos en busca de la fe.

Mucho quedó por decir entre ellos. Ibrahim, cuidando mucho sus palabras, dijo:

—Quiero que el chico tenga una vida normal.

Noah se encogió de hombros y las piedras preciosas que tenía por ojos brillaron en la luz tenue.

—¿Qué es normal? —preguntó—. Tú y yo somos reliquias de un pasado lejano. Cascarones fosilizados enterrados en las arenas del tiempo.

Ibrahim no pudo evitar reír.

—Suenas como un renacido —exclamó.

Noah sonrió y se encogió de hombros.

—Los renacidos creen en un pasado que nunca existió —dijo él—. Cavan en busca de fósiles virtuales.

Ibrahim había perdido su sonrisa.

—¿Y en cambio? —inquirió.

—En cambio los niños representan el futuro —respondió Noah—. No quizá *el* futuro, sino *un* futuro. Los fragmentos del presente. Ambos podemos sentirlo. Los futuros se ramifican como los brotes de un árbol.

—¿Cuántos? —dijo Ibrahim, nervioso.

Noah se encogió de hombros.

—¿Niños?

Ibrahim asintió.

—Pregunta al hombre en las clínicas de parto. —Noah se levantó con rigidez—. Será mejor que me marche —dijo—. Ophelia estará esperándome.

Ibrahim se quedó solo en el vertedero. Era como si la ciudad estuviera preparándose para una cruzada. Todavía recordaba al Mesías, un descendiente genuino del rey David, genéticamente certificado. Llegó a Jerusalén en un burro blanco, todos los presagios allí y presentes. No *el* Final de los Días, sino *un* Final de los Días. Entonces alguien lo abatió con un rifle de francotirador.

Un mesías caído.

Esta parte del mundo siempre había necesitado un mesías. Como otros lugares. Corrieron rumores... el proyecto Singularidad de Jesús, en Laos. Los Sacerdotes Negros. Dijeron que en Marte, en Nueva Israel, preparaban una enorme virtualidad en la que el Holocausto nunca sucedió. Seis millones de fantasmas multiplicándose. Dijeron que el asteroide Sion se dirigía hacia todo el sistema solar, en pos del haz del sueño de un dios alienígena. Ibrahim era anciano. Deambulaba por allí cuando todavía quedaban naranjas. En una ocasión, barcos de vapor atracaron en Jaffa y los camellos transportaron las naranjas *shamouti* hasta el puerto, donde pequeños botes las cargaron en los barcos que aguardaban. Siempre había sido el núcleo en las redes globales. Las naranjas iban a Inglaterra, a los puertos de Manchester, Southampton y Plymouth. Las habitantes de aquellos lugares todavía recordaban la naranja de Jaffa.

«Pero la Estación Central era nueva», pensó. Era un nuevo núcleo en una nueva red. En algún lugar de aquel microcosmos de alienación nacían insólitas religiones, eclosionaban mesías. Quería normalidad para el niño. Pero la normalidad jamás había sido un hecho, era una ilusión pactada y el chico de ojos distintivos podía verlo con claridad.

Habían dado a luz a los infantes. Alguien había planeado el nacimiento. Algún día él cambiaría, pero Ibrahim no sabía en qué se iba a convertir.

Aquella noche, tras el funeral, mientras estaba sentado en el Palacio de las Cosas Descartadas, Ismail volvió de la playa. Su cuerpecillo nervudo aún resplandecía por el agua salada, sus ojos refulgían y se reía. Ibrahim, que nunca había tenido hijos propios, abrazó al chico.

—¡Baba! —dijo él—. ¡Mira qué he encontrado!

El amor era ansiedad y orgullo entremezclados. Ibrahim observó al chico ir al patio y volver con un cachorro, un pequeño perro negro de nariz blanca que lamió el dorso de su mano.

—Voy a llamarlo Suleiman —anunció.

Ibrahim rio.

—Tendrás que alimentarlo —le avisó.

—Lo sé —contestó—. Cuidaré de él. Ya verás.

Ismail corrió por el vertedero y el perro lo siguió con la lengua colgando. Ibrahim los vio marcharse y le sobrevino la preocupación.

Aquella noche tuvo un sueño. Los dos chicos estaban de pie junto a un fuego cercano que ardía dentro de un cilindro. Incluso sabiendo que Ismail estaba dormido y que su amigo, Kranki, estaba en la lejana Estación Central, no pudo evitar sentir que el sueño tenía un extraño punto de realidad. Los dos chicos hablaron, movieron los labios; pero no surgió ningún sonido e Ibrahim no pudo entender qué decían. Se desveló de súbito, el corazón latiendo con fuerza, su Otro despertó en la mente.

«*Está viniendo*», dijo el Otro. «*Ella está viniendo*».

Ibrahim percibió la confusión del Otro. Las palabras procedían del sueño.

Pero quién venía, por qué, y con qué propósito era algo que desconocían.

# CINCO. STRIGOI

Un día de primavera, una strigoi llegó a la Estación Central.

Una *shambleau*. Llevaba el pelo en un estilo popular en Tong Yun por aquel entonces: largas rastas entrelazadas con cables de metal flexible que respondían a una carga invisible y que se movían en el aire como serpientes, extendiéndose alrededor del cráneo de la chica.

Tenía ojos sintéticos de un tono violeta. Su pelo era cobrizo, con unas trenzas doradas que reflejaban la luz del sol.

Su nombre era Carmel.

Quizá el suave parche de piel nueva en la parte inferior de su brazo fue un tatuaje en el pasado. Quizá ese tatuaje era la prueba de que la habían capturado y marcado. Desembarcó del transporte suborbital junto con el resto de pasajeros y se detuvo en mitad del tejado de la Estación Central. Inspiró y el aire terrestre se le antojó extraño.

Aquellos de vosotros que habéis estado en Cunahombre, recordad las palabras del poeta Bashō, que escribió:

*Sip blong spes*

*Planet Es hemia!*

*Ea blong hem i no semak*

## *Ol narafala ples*

Que se puede traducir más o menos cómo: «nave del espacio / ¡ahí está la tierra! / su aire no se parece / a ningún otro». Si bien es cierto que el término Cunahombre ha caído en desuso, una denominación más adecuada sería Humanitas Prima o, como los Otros lo llamaban, el Núcleo.

En cualquier caso, la *shambleau* llamada Carmel llegó a la Estación Central en primavera, cuando el olor del aire es de verdad embriagador. En esa época el aire alberga el olor del mar, el sudor de muchísimos cuerpos, su calor, su calentura. Es el olor de las especias de la humanidad y la fría esencia de su numerosa maquinaria. Es el aroma de la resina o la savia que a veces brota de un corte en las adaptoplantas que crecen sin cesar por los barrios, el del asfalto antiguo bajo el calor del sol, el de las naranjas fantasmas, de la citronela recién cortada. El olor de Humanitas Prima, el más rico y concentrado de los olores. No hay nada que se le parezca en los mundos exteriores.

La chica, Carmel, permanecía de pie en el tejado de la Estación Central, ojos cerrados, absorbiendo todo a su alrededor, procesándolo. La extraña y desacostumbrada gravedad, la implacable presión del sol, la caricia grácil y ajustada del viento. Todo en su conjunto era una sorpresa impredecible, un sistema atmosférico, planetario, que no existía en la digitalidad.

Entonces, la corriente pulsátil de la Conversación la golpeó. Durante el lento transcurso de los meses de viaje desde Tong Yun en Marte hasta la órbita terrestre de Pórtico, había conseguido reducir la Conversación hasta un mínimo casi famélico. Había viajado en el Gel Blong Mota, la nave de carga más antigua que aún atravesaba el sistema solar. Lo que más deseaba durante su viaje era silencio, pero ahora la Conversación había explotado a su alrededor con una fuerza abrumadora. Aquí en la Tierra era mucho más intensa y, en cierto modo, diferente. Protocolos arcaicos y extravagantes se mezclaban con la intensidad del *toktok blong narawan*. Aquí, parte de

la conversación que llegaba desde el Sistema Exterior, ya fuera Jettisoned o la nube Oort o Titán y las Repúblicas Galileas, lo hacía diluida. En el Cinturón, la Conversación se deshacía en docenas de filos sueltos. En Marte era apenas un quedo murmullo. En Puertoluna se asemejaba a un llanto en plena noche. Pero en la Tierra... ¡oh, en la Tierra!

Nunca había imaginado la Conversación del modo en que la percibía ahora. Su cercanía y, a la vez, su distancia. Por no mencionar su complejidad. Billones de humanos, incontables billones de dígitos, de máquinas que hablaban todas a la vez en un cacareo simultáneo y compartido. Imágenes, textos, voces, grabaciones, flujo inmersivo memocorde, una profusión del mundojuegos. Todo se volcó sobre ella a la vez y la hizo tambalearse.

—Querida, ¿te encuentras bien? —dijo una voz amable. Era una mujer chinomarciana, con ojos vivaces de un brillante (¿era natural? Un escaneo rápido no indicó ninguna firma patentada) color verde—. ¿Es la gravedad? La primera vez suele ser difícil acostumbrarse a ella.

Le tendió el brazo a Carmel para que se apoyara. Ella lo aceptó, agradecida, aunque no sin cierta cautela. Se escudó de ella tanto como fue capaz. Estar tan cerca del nodo de un ser humano suponía una tentación en la que temía caer. Su debilidad y el hambre que sentía le hacían cada vez más difícil resistir. Necesitaba alimentarse lo antes posible.

Y la Tierra era como uno de esos bufés veinticuatro horas de Ciudad Tong Yun.

—Gracias —le dijo.

La mujer le respondió con una sonrisa. Ambas echaron a andar por el mercado en dirección a Desembarques. Los sistemas de control de las puertas la escanearon. Carmel se puso en tensión. Sus redes internas se esforzaban por esconder lo que era en realidad.

Un tintineo en su nodo interno: aceptada. Dejó escapar el aire de los pulmones. Carmel y la señora entraron en los ascensores que llevaban a los niveles inferiores.

—Es la tercera vez que vengo a la Tierra —dijo la mujer.

Se dirigía a Carmel con despreocupación, como si estuvieran acostumbradas a hablar todos los días. No era de procedencia Tong Yun, sino de China Roja; una de las incontables comunas que a lo largo de los siglos se habían extendido por el valle Marineris en Marte, a la sombra del monte Olimpo.

—Es la tercera vez que vengo a la Tierra. ¿No le parece asombroso? El viaje es caro, por supuesto, pero mis antepasados están aquí, en la Estación Central. —Le dedicó una sonrisa breve pero radiante—. Resulta muy raro, ¿verdad? Por aquel entonces vinieron desde China y las Filipinas a trabajar para los judíos de Tel Aviv y, al final, se acabaron quedando. Aquí mismo, en el barrio antiguo. Todavía tengo familiares por aquí. Me llamo Magdalena Wu, pero mi familia son los Chong de la Estación Central. Es muy raro, sí... yo crecí en Marte. Plantábamos tomates, sandías, marihuana medicinal, *waetbun kabij*... Nuestros invernaderos cubrían millas y millas bajo tierra. Ocuparse de tantos cultivos infunde una especie de alegría que no se puede imaginar. Dicen que Marte es rojo, pero cuando pienso en mi casa, en lo que pienso es en verde. ¿Le parece raro?

Carmel no contestó. Pudiera ser que el parloteo de aquella señora china la hubiera abrumado o quizá no. Magdalena cabeceó.

—Bueno, dejemos los *waetbun kabij* —dijo. *Waetbun kabij* era la forma de llamar al repollo de jardín en asteropidgin—. Mi familia emigró en el siglo del Dragón.

Carmel sabía que aquello fue cuando el Dragón estableció su/sus extrañas colonias en Hydra. Por puro reflejo, un flujo de imágenes pasó por su cabeza: instantáneas oficiales de Mundo Dragón, miles de maniqués desechables que atravesaban innumerables trincheras como agujeros de termita, quién sabía con qué propósito. Cada uno de ellos era un nodo que conectaba el resto de la red para formar algo mucho más grande que la suma de sus partes: el Otro conocido como Dragón: una entidad digital extrañamente obsesionada con el plano físico, con Universo-Uno.

—No éramos ricos, pero tampoco pasábamos penurias. La cría de repollo era la base de nuestra economía. ¡El repollo es una planta de lo más provechosa! Es una fuente riquísima de vitamina C y de I3C. Está presente en cualquier cocina. Luego, un vecino que tenía una fábrica de *kimchi* se casó con una de mis hermanas y unió su fábrica a las nuestras. —Se encogió de hombros—. Vamos tirando, lo suficiente para haberme podido permitir otros dos viajes a la Tierra. Quería ver el sitio donde comenzó todo. Empezamos en la Estación Central y llegamos hasta las estrellas, ¿no le parece increíble? Es muy raro, el Exterior aquí no parece real de todo, ¿no cree? Bueno, usted todavía no lo ha visto, pero el aire libre aquí parece de algún modo más pequeño que en nuestros invernaderos. Todos esos kilómetros... me encanta pasear por ellos.

Se detuvieron en un nivel dentro de aquel puerto espacial gigante. Las puertas se abrieron y ambas las atravesaron.

—Nivel tres —dijo la mujer—. Es como una versión en miniatura de la Explanada Nivel Tres de Tong Yun, ¿no le parece? Es muy pintoresco.

Carmel recordaba el Nivel Tres. El bazar multirreligioso. Los nodos del mundojuegos. Los estadios droide. En su día había... había vagado por allí. Tantas, tantísimas iglesias, y tantos fieles que habían decidido cazar strigois.

En cierta ocasión casi la pillaron. Se formó una multitud. Ella estaba enganchada a la Conversación, embriagada por el flujo de información. «*iShambleau!*», le gritaron. Señalaron en su dirección. La insultaron. Tanto asco, tanta repulsión. Le tiraron piedras y algo mucho peor: ataques digitales, truculentos pero efectivos. Servicio denegado, la bloquearon en la Conversación. La excluyeron de cualquier canal.

—¿Va usted a Tel Aviv? —preguntó Magdalena al ver la expresión confundida de Carmel—. ¿O a Jaffa? ¿Tampoco? ¿Más lejos?

—No, aquí —dijo Carmel. Se le antojó raro volver a hablar. No había hablado durante todo su viaje en la nave—. Nada más que aquí.

—¿Afuera?

Carmel se limitó a encogerse de hombros. Ni ella lo sabía.

Magdalena asintió, como si se apiadara de ella. Tomó su mano con cuidado entre las suyas.

—Hay un pequeño templo por aquí —dijo—. Es un templo de Ogko, pero... podríamos ir juntas, si le apetece. ¿Adónde se dirige usted? ¿Sabe adónde va?

—Es que... —el impulso que la había llevado a través del espacio hasta este lugar foráneo y alienante desapareció por un momento.

—Usted no habla mucho, ¿verdad? —dijo Magdalena. Carmel le sonrió, cosa que ella misma no esperaba.

Magdalena le devolvió la sonrisa.

—Vamos a ver a Ogko —dijo—. Luego veremos qué podemos hacer con usted.

Colgadas del brazo, las dos atravesaron la enorme explanada de camino al bazar multirreligioso.

Hoy en día hay templos de Ogko por todas partes, incluso a pesar de que el dios no aprueba su uso. Ogko es de las deidades más irascibles; un mesías reticente. Si uno cree en la Teoría Alienígena de los Seres Espirituales (TASE), que fue brevemente popular durante el asunto Shangri-La, Ogko sería considerado una entidad alienígena, en la misma categoría que Jesús, Mahoma, Uri Geller y L. Ron Hubbard. Ogko era la respuesta directa a la paradoja de Fermi. La razón por la que no vemos alienígenas, argumentan los adscritos a la TASE, es porque ya están aquí. Se mueven (y predicán) entre nosotros.

En el *Libro de Ogko* se cuenta la historia de un hombre que encuentra un alienígena, una criatura de energía llamada Ogko. «En realidad me lo inventé todo», dice el hombre en el libro. «Me inspiré en el agua y las hojas, en la tierra húmeda del Mekong y en el vuelo de los drones de batalla salvajes del Triángulo Dorado. Ogko no es real. Yo tampoco».

Ogko admitía de buena gana que era un mentiroso. Y sin embargo, su filosofía o falta de ella, su visión extrañamente deliciosa de una humanidad insignificante que era «una lluvia de chispas

brillantes en una inabarcable oscuridad» —como él mismo la describió en uno de sus momentos álgidos de prosa púrpura— terminó arraigando.

El culto a Ogko permaneció. Su mensaje: «ninguno de nosotros importa; solo somos relevantes para nosotros mismos», resonó de alguna manera extraña. Y así, pequeños templos dedicados a esta deidad ficticia y juguetona empezaron a extenderse como si realmente hubiese existido. Aparecían en los lugares más extravagantes, desde naves Éxodo hasta túneles subterráneos de Marte, desde solitarias naves mineras en los asteroides hasta los mundojuegos y las virtualidades de la Conversación.

Incluso en la Estación Central había un pequeño santuario, encajado entre un templo elronita y una iglesia católica. Aquí y allí se repartían macetas con plantas en una profusión de colores y aromas, de flores y parras. Varas de incienso ardían en un pequeño pedestal, acompañadas de velas en diferentes estados de derretimiento, algunas apagadas, otras no. Magdalena encendió una vela pequeña. Entonces llamó a su equipaje de mano. En la distancia apareció de pronto una maleta que enfiló hacia el santuario sobre sus ruedas motorizadas. Se detuvo junto a Magdalena, que la palmeó distraídamente al tiempo que sacaba un paquetito de su interior. Lo abrió y lo depositó junto a una maceta de geranios y una atrapamoscas venusiana medio muerta de hambre. Dentro había, por supuesto, un repollo blanquecino.

Carmel contempló horrorizada la atrapamoscas venusiana. Mirar la planta carnívora era como asomarse a un espejo. Aquella planta estaba hambrienta. Y hablando de estar hambrienta, la proximidad de aquella mujer marciana, Magdalena, se lo estaba poniendo cada vez más difícil. El nivel de protección de su nodo se le antojaba ridículo. No dejaba de captar fragmentos de imágenes, paquetes de datos y ruido blanco provenientes de la mujer. Era como oler de pronto pan recién hecho; se le hacía la boca agua. Sería tan fácil...

Dio un paso atrás de manera inconsciente. Magdalena se dio la vuelta.

—¿Se encuentra usted bien?

—Mejor me voy —dijo Carmel. Las palabras le salieron a borbotones. El pánico subió por su cuerpo como si de pequeñas burbujas de aire se tratase. Todo el ruido, todo el sonido de la Conversación que había intentado mantener a raya, empezó a penetrar en ella—. Tengo que...

No pudo ni terminar la frase. Dio media vuelta y echó a correr.

—¡Espere! —gritó Magdalena, pero Carmel ya se alejaba corriendo por la Explanada del Nivel Tres en busca de una salida. De una manera de escapar.

La noche había caído sobre Polipuerto, Titán. Más allá de la cúpula de la estación, una tormenta desgranaba una lucha a muerte de tonos rojos y púrpuras. Aire caliente y húmedo dentro de los muros de puerto Polifemo. Una mujer caminaba entre las sombras, por las calles estrechas y laberínticas sin llegar a acercarse a los portales que daban a los niveles inferiores.

Los canales de información en Titán eran mucho más difusos. Las redes locales se apelotonaban; repetidores que flotaban en la inmensidad del espacio capturaban y reemitían señales que aquí, sin embargo, llegaban débiles. De cualquier modo, ella necesitaba algo más inmediato. Algo mucho más íntimo.

Polipuerto estaba construido en piedra áspera y lleno de flora extranjera; profusas matas que se extendían por los edificios de una y dos plantas. Ella había huido hasta aquí en una nave de carga que la trajo a dedo a través del Cinturón de camino al Sistema Exterior. Fue entonces cuando sucedió.

Nadie nace siendo *shambleau*.

El Salvador Exhausto era una nave vieja y sucia, un vehículo transsolar de casi dos kilómetros de piedra y metal. Lo habían construido hacía siglos en los muelles de roca estelar de la órbita marciana. La viruela de innumerables impactos en el espacio se extendía por su casco. Los pasillos estaban atestados de humedad, muchas veces las luces ni funcionaban, el aire reciclado nunca salía

fresco y el mantenimiento de los jardines de cultivo hidropónico iba a trancas y barrancas.

En el vientre de la nave crecía una auténtica jungla. Servidores antediluvianos habían intentado controlar su crecimiento y habían fallado. Ratas de tipo terrestre habían conseguido extenderse por todas partes. También había hormigas rojas, pequeños organismos cuya mordedura quemaba como el fuego y resultaba imposible calmar.

Las mercancías llegaban de todas partes. En el espacio, la mercancía era una religión en sí misma. Llegaba de la Tierra, enviada desde la órbita terrestre a través de aquel hábitat masivo que llamaban Pórtico. Venía de Puertoluna y de la parte rica del Cinturón, Ceres y Vesta. Venía de la ciudad de Tong Yun y de todo Marte. Mercancía del Sistema Interior, en tránsito a los mundos exteriores.

Para ella, todo iba bien hasta aquel largo viaje a través del espacio. Después del Cinturón se detuvieron solo en un par de anillos y hábitats de lo más anodinos. A partir de ahí, siguieron sin paradas hasta las lunas de Júpiter, desde donde hicieron un salto aún más grande al segundo gigante gaseoso, Saturno. No se atrevió a bajar cuando llegaron a Ganímedes; las Repúblicas Galileas tenían un estricto control de inmigración y para entonces ya estaba infectada.

Al final la expulsaron de la nave en Titán.

Había viajado en el Salvador Exhausto como autoestopista. Sitio no faltaba y el miembro de la tripulación que la recogió parecía lo bastante legal como para fiarse. Era renacido marciano y tenía cuatro brazos al estilo de los seguidores del Camino. Por suerte, no le pidió que se convirtiese a su fe. Se llamaba Moisés. Ella se acostumbró pronto a su terroso olor a sudor, a su voz, a su trato agradable. Sexualmente tampoco le exigía mucho. La mayor parte del tiempo podía dedicarse a pasear por la nave, a explorar aquel laberinto de pasillos e internarse en la jungla hipodrónica. Después de haber pasado su infancia en el Cinturón, la nave se le antojaba inmensa, un mundo entero contenido en un recipiente.

El ataque llegó de repente, cuando ya estaban en pleno salto. Por supuesto, Carmel estaba conectada a su nodo. El ruido de fondo de la

Conversación la envolvía allá donde fuera. Como muchos otros de su generación, había experimentado con el memocordo antes de darse cuenta de que valoraba demasiado su intimidad y, de todos modos, poca gente estaba interesada en ver un canal abierto y continuo de su vida. También, como muchos otros de su generación, se había acercado a los mundojuegos en su día. Incluso había llegado a trabajar como responsable de comunicaciones y entretenimiento en la base lunar del universo de *Guilds of Ashkelon*. Había cambiado las divisas mundojuego que había ganado por dinero real de Universo-Uno. El universo GA albergaba una ingente cantidad de especies alienígenas y, a veces, el puesto de responsable de comunicaciones y entretenimiento era muy exigente, aunque al mismo tiempo se aprendía mucho.

A parte de eso, en el nodo de Carmel y la red de filamentos que surgían de él no había más información que la usual. Probablemente no sumaba más de unos pocos *exabytes*.

Pero eso estaba a punto de cambiar.

Carmel paseaba por un pasillo de servicio que parecía abandonado. Hacía más frío de lo normal. Motas de polvo flotaban en el aire. Estaba oscuro y las luces que se veían más adelante se encendían y apagaban de un modo sincopado, como si deletrearan un mensaje secreto.

La mujer surgió de una puerta que ni siquiera estaba ahí. La pared se abrió como si el metal no fuera más que un grumo de telaraña. Carmel no llegó a distinguir del todo a la mujer. Era menuda, casi enclenque, más pequeña que ella. Difícilmente podía ser una amenaza. Entonces dijo:

—*Shamleau*.

En su voz había algo aterrador y, al mismo tiempo, aterrado. La palabra atravesó la mente de Carmel hasta su nodo. Allí se multiplicó como un virus, se rompió en fragmentos que mutaron y se combinaron unos con otros, expandiéndose, desdoblándose, creciendo a través de su nodo, de su red, de su mente. Carmel se quedó paralizada. No podía moverse. La mujer se le acercó. La abrazó. Su boca en el cuello de Carmel. La mordió. El mordisco no dolió. Primero frío, luego caliente.

Carmel se tambaleó. La mujer la sostuvo con delicadeza mientras caía. Se arrodilló a su lado, la boca todavía en su cuello.

Una sensación terrible y a la vez exultante. Como si la mujer le hubiera hecho un Louis Wu, una corriente eléctrica de baja intensidad que estimula los centros de placer del cerebro y produce cantidades ingentes de dopamina. Carmel se desvanecía a medida que su mente iba siendo devorada. Toda su información, sus datos, todo el conocimiento íntimo y secreto asociado a ella fue absorbido, consumido.

En la nave minera, su padre le deja coger los controles, solo un momentito...

La visita a los jardines botánicos de Ceres, maravillada por la cantidad de flores que existían.

El episodio de *Cadenas de Montaje* donde Johnny Novum le da un beso a Tempest Tetera-Jones, mientras el conde Víctor los espía furibundo...

Su primera experiencia sexual con un chico en el estanque salado que, en su pequeño mundo de origen, el asteroide Ng. Merurun, llaman «mar». Las puntas de los dedos de él en su pecho, ese calor desacostumbrado por dentro...

El saludo al primer alien que encontró en el universo de *Guilds of Ashkelon*, ocupando un avatar abstracto en deferencia al visitante, un embajador de un poderoso gremio norteño. Él ocupaba un avatar insectoide, pero el contacto de sus antenas parecía más la caricia de un niño asustado de su misma edad. Ella le da la bienvenida y lo guía. Se siente poderosa...

El intento de aprender a tocar la guitarra, sin éxito...

Aquella vez que flotó en gravedad cero dentro de la nave minera, mientras cantaba a solas una canción de Sivan Shoshanim que estaba de moda ese año...

El día en que cocinó para toda la familia en el pequeño habitáculo cerca de sus dependencias en la casa grande un festín singular por el nacimiento del primer hijo de su hermana. Incluso mataron un cerdo...

«*Strigoi*».

La palabra surgió en su mente paralizada como una burbuja. Estaba perdiendo sus recuerdos, su mismo ser se desvanecía en medio del abrazo placentero de aquella mujer. La corriente de electricidad que atravesaba su nodo le estaba arrebatando la información y se la daba a aquella... a aquella cosa de nombre terrible. Un nombre que una vez oyó pronunciar a su hermana. Un nombre que hizo que su madre la mandara callar al instante...

«*Shambleau*».

La palabra despertó en ella una repulsión repentina, un terror que ni siquiera la dopamina llegó a contrarrestar. De pronto pudo mover los brazos; se resistió al abrazo de la mujer. Ya no se acordaba de quién era, de quién había sido. Pero la mujer era fuerte, la sujetó en el suelo. Carmel olió el miedo y el hambre y la excitación que manaba de aquella criatura con forma humana. Intentó gritar, pero su voz había desaparecido.

Los dientes de la strigoi se separaron de su cuello. Entonces, como si tomase una decisión difícil, una decisión que Carmel solo entendería mucho más tarde, la strigoi volvió a morderla.

Esta vez fue diferente. Carmel volvió a hundirse en el frío y duro suelo del corredor de servicio. Ahora el torrente de información fluyó hacia ella, dentro de ella, una avalancha sensorial que la dejó entumecida, sin aire virtual. Bits de información, no solo suyos, sino de otras personas y entidades trenzadas, recuerdos sin la menor referencia. Por un fugaz momento se convirtió en una sucesión de seres humanos: fue una tendera en Puertoluna y un agricultor marciano. Fue un renacido en el antiguo Marte-que-no-fue, con sus cuatro brazos y su rojiza piel de bronce, de pie en medio de los relucientes canales marcianos. Fue una humana controlada por un Otro. Fue un sacerdote robot en un templo de san Cohen. Fue una cazadora hagiratec en Jettisoned. Fue una nave Éxodo que abandonaba el sistema solar. Fue un humano del mismísimo Cunahombre nadando en medio de un vasto océano alienígena.

Volvió en sí rodeada de oscuridad. La strigoi había desaparecido. Estaba sola. Le dolía la cabeza. Se llevó los dedos a la boca y la sintió en carne viva, frágil. La piel le tiró al separar los labios; dolía. Le habían crecido los dientes, tenía los caninos más grandes. Sintió miedo.

Descubrió que tenía una nueva conciencia de sí misma, una percepción que fue haciéndose más grande a ráfagas en los días siguientes. Ahora se conocía por dentro, el susurro de los filamentos que desde su nodo se extendían y la invadían como un cáncer. Su nodo creció, se convirtió en ella misma. Volvió a la cabina donde Moisés dormitaba. Se tumbó a su lado y se durmió. Cuando despertó, Moisés no estaba. Corrió a la ducha y se contempló en el espejo, aunque ya no lo necesitaba. Podía ver su reflejo en la virtualidad, cada una de sus partes. Estaba llena de los fantasmas de otra gente.

La noche había caído sobre Polipuerto y ella tenía hambre. Las palabras de un poema concreto giraban en bucle dentro de su cabeza.

El poeta Bashō, que supuestamente encontró una *shambleau* en un puesto fronterizo de Marte durante su lento viaje a través del sistema solar, escribió:

*Oli saksakem save blong yumi  
Oli saksakem maen blong yumi  
Oli haed long sado*

*Awo!*

*Olgeta kakai faea blong yumi  
Olgeta kakai save blong yumi  
Oli go wokabaot long sado*

*Awo!*

*Sambelu. Sambelu. Sambelu.*

*Oli kakai faea.*  
*Oli haed long sado.*  
*Olgeta Sambelu.*

Que podía traducirse más o menos como: «Ellos te roban la información. / Ellos te roban la mente. / Ellos se esconden en las sombras. / ¡Oh! / Ellos se comen tu fuego. / Ellos se comen tu conocimiento / Ellos rondan por las sombras. / ¡Oh! / *Shambleau*. *Shambleau*. *Shambleau*. / Se comen el fuego. / Se esconden en sombras. / Son los *shambleau*».

Ahora, en Polipuerto, Carmel tenía hambre. Se había escondido en el Salvador Exhausto durante meses. Moisés la había evitado todo el tiempo y la tripulación la repudiaba, pero había más presencias en la nave y no llegaron a perseguirla. Había *shambleaus* en la nave y había fantasmas en la digitalidad y había rituales sangrientos en las entrañas de la nave, terribles actos de *nakaimas*.

La expulsaron de la nave en Titán. Echaron a todas las presencias oscuras, ella incluida. Las soltaron en puerto Polifemo, tan lejos de casa, el sol frío y distante en el cielo. Y allí se dedicó a cazar, confundida, los recuerdos de Carmel conviviendo con otros recuerdos. Tras sus ojos anidaba el conocimiento de muchos otros.

Vio a un tipo que caminaba por la calle con andares de borracho. Su nodo estaba abierto, vulnerable, emitiendo a bajo nivel a quienquiera que quisiera escuchar. Carmel se le acercó, las manos temblorosas y las piernas débiles. Él se volvió hacia ella y sonrió.

—Hola, preciosa —la piropeó—. ¿Qué haces en medio de esta luna desolada?

Ella alargó la mano hacia él. Su contacto en el hombro bastó para vulnerar su sistema y paralizarlo. Se le acercó y le hundió sus nuevos colmillos en el cuello. Se alimentó de él.

Su mente era abundante y procelosa. Era un artista, un *meteohacker*. Su mente estaba llena de tormentas bullentes, de lluvia, de viento y energía. Su nombre era Stolly, «como el vodka». Era

poliportuense, titanita de nacimiento. Carmel absorbió de él el conocimiento de crear algoritmos meteo; recuerdos de una fiesta en la que coincidió con el memocordista Pym; fragmentos de poesía; la agalmatofilia que constituía su deseo sexual más potente, una atracción inevitable hacia muñecas, maniquíes y estatuas; un talento pasable para la jardinería, un gusto por aquel vino tinto y fuerte que se hacía de las uvas subterráneas de Titán.

De repente se dio cuenta de que se estaba alimentando demasiado. Lo estaba dejando seco. Se separó de él, salió de su interior. Sus dientes se retrajeron y levantó una barrera entre su nodo y el de él.

—Espera —dijo el hombre con tono drogado, parpadeando—. Te... te necesito.

Ahí empezó una etapa de interdependencia. Se mudó a casa de Stolly. El artista era adicto a ella, se plegaba a sus deseos. «*Shambleau*», le decía, su voz era una mezcla de deseo y maravilla. Pasaban días enteros en la cama, las sábanas blancas manchadas de sudor. Él le acariciaba el pelo, la adoraba, y ella se alimentaba de él. Intentaba controlar su hambre, medirla con cuentagotas, darle tanto como le quitaba. Él sobrevivía, apagado pero vivo.

Aquello no era otra cosa que un crimen y lo peor era que Carmel no podía controlarse. Los filamentos ya se habían extendido por su cuerpo. Se había convertido. Podía ser que la mujer que la convirtió en la nave lo hiciera por pura maldad. Quizá anhelaba transmitir la maldición de los strigoi. Luego llegó a la conclusión de que quizá la mujer se había alimentado demasiado de ella y convertirla había sido el único modo de salvarla. Ahora Carmel se había transformado en un espejo, una cosa que reflejaba a los demás pero que no tenía reflejo en sí misma. Esa hambre sempiterna la impulsaba a consumir las mentes de otros, su información. ¿Quién creó al primer strigoi? No lo sabía. Quizá hubiera sido un arma antigua que se escapó de las manos a su creador. Un strigoi en cautividad podía ser algo muy valioso. Los cazarrecompensas los buscaban y algunas facciones militares les

daban a veces usos de lo más crueles. En la cabeza de Carmel destellaban imágenes de muchedumbres coléricas que desmembraban *shambleaus*. No sabía si era un recuerdo real o una imagen formada de la superposición de información que le llegaba de la Conversación. En cualquier caso, la gente le daba miedo.

Había historias de *shambleaus* que habían sido poco menos que musas para la gente de la que se alimentaban. Habían inspirado su trabajo. Ciertamente, había algo oscuro e íntimo, quizá incluso único, en compartir información a ese nivel. Stolly parecía feliz en su adoración. Ahora trabajaba en una nueva instalación: «Quietud en la Tormenta». Y sin embargo...

Se iba apagando lentamente ante sus ojos.

Carmel lo estaba vaciando y no era capaz de detenerse. Sabía que la única salida era convertirlo, pero se resistía. Crear una copia de sí misma se le antojaba obsceno. Había tenido que madurar a la fuerza. Su huida de casa no le trajo la libertad que ansiaba, solo un nuevo tipo de prisión.

Su vida en Titán se acabó la misma noche en que Stolly presentó su nueva instalación.

Carmel parpadeó. Estaba sola en la Explanada del Nivel Tres. Luces brillantes, sonido de explosiones y gritos de júbilo procedentes de los estadios droides. Una multitud de personas de aquí para allá, hileras de restaurantes de los que emanaban olores extraños. Distinguió el bazar multirreligioso en la distancia. Había perdido de vista a la mujer marciana, Magdalena Wu...

Estaba en la Estación Central.

Se sentía como si estuviese en un mundo alienígena.

No estaba segura de lo que había fuera. Se trataba de un planeta extraño y ella era la exploradora recién aterrizada, temerosa de poner pie en su superficie, de respirar su aire alienígena. No habría banderas que plantar aquí. Ya podía distinguir en la Conversación ciertas pistas, señales que la llevarían hasta la persona que buscaba. Había otro

mundo ahí fuera, un barrio antiguo, más viejo que cualquier cosa que la humanidad hubiese mandado al espacio. La edad de aquel sitio la aterrizzaba. Ella era una criatura de una era distinta; había crecido bajo un cielo diferente. Avanzó casi a ciegas, guiándose por un mapa virtual de la Explanada del Nivel Tres que cargó frente a sus ojos, hasta dar con las conch del mundojuego.

Un pasillo estrecho en el que se repartían rincones oscuros. Decenas de conch de inmersión completa, la mitad de ellas ocupadas. Había gente que trabajaba en los mundojuegos, y también gente que vivía y soñaba y hacía el amor en ellos.

Un dependiente humano, solo. Joven, delgado, con pinta nerviosa. No la miraba directamente, aunque el pelo de Carmel, que se movía por voluntad propia, iba tentaculando en su dirección. Carmel pagó por una noche y se metió en una conch, exhausta.

La conch se cerró sobre ella. Silencio y oscuridad la rodearon y se echó a dormir, conectada y al mismo tiempo desconectada de todo.

Polipuerto, al anochecer.

La ceremonia de presentación se celebró en el lugar establecido junto a la membrana de la cúpula. Era el final del laberinto de calles estrechas, en la cara este.

Más tarde, su recuerdo se volvería difuso...

Stolly estaba allí de pie, tan pálido con su sonrisa desvaída. Su imagen era retransmitida por las redes a través de todo puerto Polifemo y otros asentamientos titánicos. E incluso más allá, hasta el espacio de Saturno. Gradualmente, gracias a los repetidores espaciales, llegaría a todas partes, a sitios donde nadie se molestaría en mirar la retransmisión. Datos que se movían con la lentitud de la velocidad de la luz.

Stolly estaba allí de pie, diciendo unas palabras. No sé qué, no sé cuántos, mi Musa (con *m* mayúscula). Las manos de Stolly temblaban, gesticulaba en el aire para activar las últimas subrutinas y protocolos incrustados que darían vida, por fin, a su creación.

La explosión le voló la cabeza y bañó de sangre a los asistentes allí reunidos.

Los gritos se intensificaron tras la segunda explosión. Se abrió una brecha en el muro de la cúpula. El aire venenoso de Titán empezó a entrar en el puerto. De pronto el pánico, los chillidos, el súbito incremento de un mil por cien en el tráfico de datos a medida que todo Polipuerto y la gente del espacio cercano sintonizaba el canal para ver qué sucedía.

Para contemplar la última obra maestra de Stolly.

«Quietud en la Tormenta» todavía puede verse en la parte este de Polipuerto, pero solo con un permiso especial. Se pueden comprar entradas a través de los canales habituales. La brecha en el casco de la cúpula nunca se ha reparado pero, de algún modo, la artista Stolichnaya Birú ha conseguido formular un tipo de tormenta localizada en la cual la presión interior y exterior se cancelan mutuamente.

La tormenta presenta una estructura vagamente globular. Parece contraerse y expandirse periódicamente. Alrededor del recinto se ha establecido un corredor de seguridad, así como filtros de emergencia listos para ser activados a la menor señal de peligro.

Pero el *meteohacker* sabía lo que hacía.

La tormenta combina la atmósfera interna y la propia de Titán. Se trata de una esfera de tonos púrpuras y blancos que contiene una compleja tempestad en perpetuo estado activo.

Aunque una presión cancela la otra, los filamentos de gas y polvo se alinean, dentro de esa calma, para crear una forma que recuerda a un rostro. Mucho se ha hablado sobre ese rostro, aunque todos los intentos de interpretarlo han fracasado. Es humanoide, posiblemente femenino. Sus ojos son explosiones de un tono violeta. Su boca se abre para revelar dos vetas blancas parecidas a colmillos. Da la impresión de que el rostro hace una mueca que podría ser sardónica. Entonces empieza a rotar con lentitud, se desvanece y vuelve a aparecer. Durante meses puede permanecer totalmente quieto, paralizado.

Luego se desintegra y vuelve a renacer, una y otra vez, como una especie de quietud capturada en una tormenta.

La imagen de la cabeza del artista explotando en el momento en que la brecha se abre se ha convertido en un *meme* poco relevante dentro de la Conversación. La sangre y materia cerebral del artista han pasado a ser parte de la instalación, incorporándose al enigmático rostro.

En cuanto a Carmel, consiguió llegar al campo de embarque y tomó la primera nave de transporte disponible. No volvió a ser vista en Titán.

Carmel abrió la conch de un tirón. El brillo súbito de la luz eléctrica la hizo parpadear. Le dolía la cabeza y tenía la boca llena de saliva. La máquina se había encargado del resto de sus funciones corporales, de sus desechos. Tenía un hambre voraz. Hambre de strigoi y hambre humana. Salió de la conch. Las piernas apenas la sujetaban; la gravedad pesaba sobre sus hombros. Entonces recordó dónde estaba. La Tierra. Estación Central.

Salió a trompicones de la sala de conch. Devoró una doble ración en una hamburguesería cercana; carne roja, patatas fritas, hidratos, sal y grasas. Los strigoi podían comer comida normal, pues su hambre verdadera era un ansia que no tenía nada que ver con lo físico.

Volvió a pensar en Marte, en la razón por la que había venido hasta aquí. De repente, una terrible sensación de soledad se abatió sobre ella, como un viento cósmico frío y desolador, que sopla entre las estrellas.

El puerto espacial de la Estación Central le parecía una prisión, quizá incluso un útero. En cualquier caso, algo de lo que salir, de lo que escapar. Se limpió sendas manchas de ketchup y mostaza, hizo una bola con la servilleta y se levantó. Fue casi a la carrera hasta los ascensores, hacia el nivel de la calle.

Las puertas se abrieron. El aire caliente le sopló en la cara; las unidades de aire acondicionado no eran rivales para el viento. Carmel

sintió la humedad del sudor formándose en sus labios. Se los lamio mientras trasponía las puertas. Por fin estaba fuera.

El sol mediterráneo era caliente, su luz atravesaba las sábanas colgantes en los tejados como reflejos de cristal. Impregnaba el mundo entero, delineando los contornos de objetos y personas al azar, creando aureolas, erradicando las sombras. Carmel parpadeó. En sus ojos surgieron diminutas pantallas de material transparente que filtraba la radiación del sol. Volvió a parpadear y soltó un estornudo que la pilló por sorpresa, tanto que por un momento se quedó de una pieza. Luego se le escapó una risa inesperada, desacostumbrada y, precisamente por ello, auténtica.

La gente la miraba, pero le daba igual. Cruzó la calle con la sensación de que se encontraba en otro mundo. El puerto espacial a su espalda pareció menguar y perder importancia ante aquel viejo barrio de edificios desportillados al aire libre.

Aquí era donde vivía la gente, al igual que en Titán o en Marte o en los asteroides, solo que allí la cúpula sobre sus cabezas era más grande y cubría el mundo entero. El puerto espacial rompía con la cualidad protectora y reconfortante de las cúpulas.

Echó a andar por la antigua avenida peatonal. Una señal anunciaba que se encontraba en Neve Sha'anán. Sobre ella caía la sombra de los edificios a ambos lados de la calle, construcciones de tejados planos con tiendas a pie de calle. Pasó junto a un grupo de ancianos que jugaban al *backgammon* y al *bao* en la acera mientras bebían café y soltaban bocanadas de humo dulce de sus narguilés. Dejó atrás una frutería repleta de sandías, naranjas y narafikas, aquella fruta del Pacífico sur que algunos llamaban manzana malaya o *ricchi syzygium*. Se detuvo un momento a echar un vistazo en una zapatería e incluso se probó unos zapatos que captaron su atención.

No sabía dónde encontraría a quien buscaba, pero sospechaba que estaba cerca. Tampoco estaba segura de qué diría cuando lo encontrase o cómo iba a explicar el motivo de haber viajado hasta aquí. Ni siquiera ella lo sabía a ciencia cierta.

Lo había conocido en Tong Yun.

—¡Hola! —la sobresaltó una voz repentina. Se giró e hizo visera con la mano. La mujer marciana, Magdalena, le hacía señas desde una pequeña tienda con un cartel que simplemente decía: «Shebeen».

Magdalena, aquella mujer tierna y rellenita, se acercó a ella. Irradiaba calidez, como una cabeza nuclear lanzada directamente al sol.

—No llegó a decirme su nombre —le dijo, casi como una acusación.

—Me llamo Carmel —dijo ella.

La mujer le mostró una sonrisa radiante.

—¡Qué nombre tan bonito! —dijo.

—Gracias —dijo Carmel, un tanto incómoda.

No se sentía a gusto entre humanos normales. Siempre temía que pudieran descubrir lo que era realmente, en lo que se había convertido, y al mismo tiempo pensaba que deberían saberlo. Magdalena, por su parte, ya estaba tirando de ella como si Carmel no fuera más que un trozo de meteorito atrapado en la fuerza gravitacional de un planeta. Antes de que pudiera reaccionar, ya la había llevado hasta la puerta del *shebeen* y empujado dentro.

En el interior se estaba fresco. Era un espacio pequeño y oscuro, parcamente amueblado. Botellas llenas de polvo en las estanterías de las paredes. Magdalena Wu arrastró una silla para Carmel y se sentó en otra frente a ella. Una tercera mujer salió de detrás de la barra y se les acercó, limpiándose las manos en un trapo. Les sonrió.

—Miriam —dijo Magdalena—, esta es Carmel.

—Encantada.

—Igualmente —respondió Carmel. Aquella mujer pequeña y compacta le gustó al instante, no estuvo muy segura de por qué.

—¿Qué os pongo?

—Vamos a tomar unas limonadas —dijo Magdalena—. Hoy hace muchísimo calor.

—Y tanto que lo hace. —Miriam fue un segundo detrás de la barra y volvió con una jarra helada de cristal. Puso tres vasos en la mesa y se sentó junto a ellas dos.

Las rastas de Carmel se movían lentamente en el aire sobre su cabeza, como serpientes atontadas por el calor.

—Gracias —dijo Carmel—. Quería... estoy buscando a un conocido.

—¿Aquí, en la Estación Central? —preguntó Miriam—. Aquí la mayoría de la gente está de paso. Y tú también, ¿no?

—No. O sea, sí. En realidad no lo sé. —Carmel, azorada, dio un sorbo al refresco.

Entonces una persona entró en el *shebeen*. Vino hasta ellas y puso una mano en el hombro de Miriam con gesto afectuoso. Miriam le apretó la mano y saludó:

—Hola, Boris.

Las manos de Carmel temblaron al oír aquel nombre. Dejó el vaso con cuidado. No se atrevió a mirar al recién llegado.

—Hola, Magda —dijo Boris.

La mujer marciana saludó:

—Hola, primo —había calidez en su voz—. Te presento a una amiga. Se llama Car...

—Carmel —interrumpió Boris en tono sorprendido.

Por fin Carmel alzó la mirada. Su pelo se agitó en el aire como una aureola oscura alrededor de su rostro.

—Boris —dijo al verlo por fin. Era alto y delgado. El Aum marciano que ya era parte de él latía con suavidad.

—¿Qué haces tú aquí?

Magdalena, Miriam y Boris la miraban con un abanico de emociones que iban de la preocupación a la sospecha pasando por el miedo, la desconfianza o el desconcierto. Sus nodos no dejaban de emitir.

—Boris, ¿de qué conoces a esta chica? —preguntó Magdalena.

—No es una chica —se limitó a decir Boris, en un tono neutro que partió a Carmel por la mitad—. Es una strigoi.

Ella y Boris Aharon Chong se habían conocido dos meses después de regresar a Tong Yun.

Ciudad de Tong Yun, Marte: calles sucias y atestadas bajo una cúpula alta. La mayor parte de la ciudad se extendía bajo tierra, niveles y niveles que descendían hasta el mar Oscuro, el océano del Refugio, Solwota blong Dak, o Solwota blong Doti. Carmel había estado viviendo en una especie de hostel en el Nivel Cinco, que en realidad era una enorme extensión de túneles y cuevas de alquiler donde los precios eran bajos y no se hacían preguntas.

Aquel día había subido a la superficie. Se tomó un batido a la sombra en la avenida Julius Nyerere mientras veía los tranvías pasar. Un robotnik oxidado mendigaba componentes de repuesto en la calle. Allí había robotniks por todas partes.

Marte había resultado ser muy distinto a como ella se imaginaba. Le daba miedo salir de la ciudad. Más allá de Tong Yun y su ascensor espacial, el planeta era una extensión desconocida y salvaje ocupada por facciones como el Soviet Rojo, Nueva Israel, las redes subterráneas chinas, así como multitud de kibutz y caseríos aislados. Sitios diminutos donde cualquiera detectaría a una strigoi al momento. Carmel prefirió quedarse en la ciudad, escondida entre el gentío. Se alimentaba aquí y allá, y aunque se exponía a cierto riesgo, no era raro que la gente desapareciera en los niveles inferiores. Desde luego no era la única cazadora que se amparaba en las sombras.

Sin embargo, no era muy buena cazando, o eso pensaba. A menudo deseaba que aquella *shambleau* desconocida del Salvador Exhausto hubiese elegido a otra víctima. A cualquier otro. Lo único que Carmel había deseado era irse de casa. Solo quería ver cómo era el resto de los mundos que se extendían por el espacio. Y en lugar de eso, lo que había conseguido era infectarse antes incluso de bajar de la nave. Una infección, por cierto, sin cura. Una enfermedad de la que una solo se libraba con la muerte.

En una mesa cercana a la suya, un hombre le daba sorbos a un zumo de coco. Carmel se fijó en él. Un hombre solo, alto y pálido, con un dispositivo Aum instalado, uno de esos parásitos artificiales marcianos. Carmel no podía apartar la mirada de él. Entonces el tipo se dio cuenta y le mostró una sonrisa leve y fugaz que hizo que le

gustara al instante. No se le acercó, ni ella tampoco. Pero cuando el hombre pagó y se fue, Carmel salió tras él. El resto del día se dedicó a seguirlo por las calles de Tong Yun, desde Nyerere a Ho Chi Minh, pasando por Mandela y la maraña de calles con nombre de líderes polvorientos sacados de una historia más que olvidada. El tipo vivía en un edificio-cooperativa, algo muy común en una ciudad como Tong Yun, donde la vivienda era un lujo. Lo siguió adentro. La escasa seguridad del edificio no fue rival para sus redes internas y cancerígenas. Subió tras él hasta la cuarta planta y forzó la cerradura de su habitación. Entró.

Él se giró. El recuerdo era nítido en la cabeza de Carmel. Se giró con una mueca de sorpresa. No dijo nada. La tomó en sus brazos, no sin cierta conmiseración en la mirada. Quizá eso fue lo peor de todo. Por aquel entonces Carmel llevaba el pelo corto, sin rastas.

—*Shambleau* —dijo él en tono suave.

Ella se pegó a su cuerpo. Él no retrocedió. La mente de Carmel, su nodo, sus sentidos, se lanzaron a por él. El hambre bullía en su interior, tan poderosa que podía visualizar los filamentos saliendo de su carne como gusanos, temblando por el ansia de alimentarse. Él no se resistió. Carmel hundió los dientes en su cuello, lista para alimentarse. Y entonces...

Notó algo podrido, aunque no del todo desagradable. Algo oscuro, sin forma. No conseguía entender qué era. No podía penetrar en él, su mente era como una prisión cerrada a cal y canto, rodeada de una barrera de tejido alienígena. No pudo liberar la descarga de dopamina, no hubo información alguna que fluyera hacia ella. Parecía que estaba mordiendo un trozo de cartón en vez de a una persona.

Él la apartó casi con suavidad. Le sujetó los brazos. Ella le miraba a los ojos, confundida. Temblaba de hambre. El Aum marciano latía en su cuello.

—Ya tengo un parásito —dijo el tipo, casi en tono de disculpa.

—La conoces —afirmó Miriam.

Boris esquivó su mirada. Los ojos de Carmel pasearon entre ambos. Parecía asustada y enfadada a partes iguales.

—Nunca me lo contaste —una nota dolida vibró en su voz.

—Tengo un pasado, sí —se enfurruñó Boris, o eso le pareció a Carmel—. Como todo el mundo.

—Sí, pero tu pasado te ha seguido hasta aquí —replicó Miriam. Y añadió, mirando a Carmel—: mírala, la pobre está temblando.

—¿*Shambleau*? —La mirada de Magdalena Wu rebotó entre Carmel y su primo Boris—. ¿Cómo... cómo te has atrevido a...? —Y al ver que Miriam se aproximaba a Carmel lanzó un grito aterrorizado—: ¡No! ¡No te acerques a ella! ¡Es capaz de...!

—Está enferma, Magda —dijo Boris en tono neutro—. No es culpa suya.

—No. —Magdalena negó con la cabeza—. No... puedo... tiene que irse...

Echó hacia atrás la silla hasta volcarla.

—Vete tú, si no puedes soportarlo —dijo Miriam—. Pero ella no.

Hubo una pausa entre ellos, un momento en el que las miradas se cruzaron, indescifrables para Carmel. Luego Magdalena dio media vuelta y se fue.

—Me trató bien, fue buena conmigo —dijo Carmel. Miriam le puso una mano en la frente. Su contacto era cálido, reconfortante. El nodo de Miriam estaba abierto; Carmel podría haberla devorado en un momento.

—¿Cómo has podido, Boris? —acusó Miriam—. ¡No es más que una niña!

La primera noche, en aquel pequeño apartamento de Tong Yun, en la estrecha cama de Boris, hicieron el amor. Resultaba muy extraño tener esa cercanía con alguien, esa intimidad física y, sin embargo, no poder acceder a su mente, no poder compartir quiénes y qué eran ambos.

Carmel tuvo que aprender a conocerlo desde fuera, montar el puzle que era él a base de huellas, cosas que él le contaba, cosas que no. Era incapaz de leerlo; el Aum siempre se interponía. Le dijo que era médico. Había trabajado en las clínicas de progenie; se había especializado en diseño. Pero lo había dejado. Había nacido en la Tierra, en una región que llamaban Oriente Medio (¿pero oriente respecto a qué? ¿en medio de qué?), en un sitio llamado Estación Central. Le resultaba tan exótico como probablemente ella a él. Lo estudió a la manera antigua, con sus dedos, con su lengua, con olor y sabor. Se exploraron mutuamente, crearon mapas el uno de la otra. Lo único que él no podía hacer era calmar su hambre.

Ahora estaba sentado frente a ella, sus dedos le acariciaban el mentón, levantaban suavemente su cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo, Carmel? —Su pregunta sonó exasperada, condescendiente.

Ella lo miraba a él en silencio; y a Miriam, esa mujer pequeña y compacta. Casi podía ver las líneas de historia compartida y afecto que unían a Boris con la dueña de aquel *shebeen*. Sintió la mordedura de los celos.

—¿Por qué has venido aquí?

Había curiosidad en su voz.

—Déjala en paz —la protegió Miriam, como una madre.

Carmel sintió ganas de sisear de rabia en su dirección, casi como la caricatura de una strigoi, una *shambleau* estereotípica salida de aquellas películas clásicas de los estudios Phobos en las que Elvis Mandela interpretaba a un intrépido cazador de strigois que terminaba enamorado de su presa. Por más secuelas, versiones y copias descaradas que se hubieran hecho, aquellas películas siempre terminaban igual: la strigoi moría.

—¿Por qué? —preguntaba siempre la *shambleau* en la penúltima escena de la película. Una curiosa serie de circunstancias llevaban a

Elvis Mandela a cazar y capturar a la strigoi, volverse adicto a ella, huir de un grupo de asesinos (siempre comandados por Shirkan Goodbye, el villano clásico de las películas de la Phobos), guarecerse en un nodo de la Iglesia Robot, escapar de nuevo, toparse con un grupo de renacidos marcianos y, finalmente, desembocar en esta escena dentro de la virtualidad del antiguo Marte-que-no-fue.

El Marte-que-no-fue. Una vieja tierra de canales y junglas vaporosas gobernados por el emperador del Tiempo. Un constructo de la fe de los renacidos creado con la ayuda de los Otros. Un «sofisticado universo digital», decían algunos. «Una realidad en la que el *yo* no era más que una sombra», según afirmaban los renacidos. En la típica penúltima escena en el Gran Canal, Elvis Mandela siempre tomaba a la *shambleau* en sus brazos mientras el sol se ponía.

—¿Por qué? —preguntaba la *shambleau*.

Elvis Mandela extraía su catana de la guarda. De un golpe certero cortaba la cabeza de la *shambleau*, los filamentos nodales de su pelo.

—Porque es mi deber —decía.

Carmel sabía que su amorío estaba condenado. La diferencia entre ambos fascinaba a Boris y su Aum lo protegía de algún modo; era un *buffer* alienígena que sus propios nodos cancerígenos no conseguían penetrar. Boris quería ayudarla, rehacerla. Estudiarla. Al mismo tiempo era consciente de su propia debilidad, de aquella fijación sexual con ella, aquella perversión que hacía que algunos humanos se obsesionaran con los strigois. Con aquellos monstruos que tanto daño podían hacerles.

La relación no duró mucho. Tres, cuatro meses, siempre en su apartamento. Carmel no se atrevía a salir. Boris le hacía el amor, le sacaba sangre, la diagnosticaba. Llegó un momento en que hasta él mismo tuvo que admitir que lo que estaba haciendo estaba mal. Aquel juego de médico y paciente era inmoral, deshonesto, nocivo en todos los sentidos.

Sin embargo, nunca la dio por imposible. No la traicionó ni una sola vez. Pero ella acabó abandonándolo, porque aquello estaba mal y

porque ella estaba hambrienta.

Volvió al Nivel Cinco, a cazar en los túneles. A veces se cruzaba con otros strigois, pero algo los repelía mutuamente. Algún fallo técnico o efecto incorporado a su sistema impedía que cazaran juntos y se aseguraba de que siempre estuviesen solos.

¿Qué la impulsó a viajar a la Tierra? ¿Qué la llevó a embarcarse en otro viaje espacial, a subir a una nave en la que podrían descubrirla, a exponerse a los sistemas de verificación de la vieja Tierra, a llegar a aquel extraño lugar donde Boris había nacido? Sabía que él había vuelto allí. Espiaba sus evoluciones de tanto en tanto a través de la Conversación. Sabía que se había ido de Tong Yun y, más tarde, oyó que había regresado a la Tierra, a su hogar.

Pero, ¿qué era un hogar? ¿El asteroide en el que Carmel había nacido? ¿La casa grande, la multitud de parientes que allí se hacinaban, las solitarias naves mineras, las interminables reposiciones de *Cadenas de Montaje*?

—A lo mejor es solo que quiero ver la Tierra —dijo—. No conozco a nadie más en este planeta.

—¿Cómo has conseguido pasar los controles? —preguntó él—. Los sistemas de inmigración deberían haberte detectado y arrestado.

—Me compré una identiqueta nueva en Tong Yun, de un conch llamado Shemesh.

Boris se levantó. Miriam, sentada frente a Carmel, la contemplaba.

—Entonces eres... ¿una *shambleau*? —preguntó—. Nunca había conocido a una.

—No pertenecemos a este sitio —se revolvió Carmel. Miriam la hacía sentirse a un mismo tiempo cómoda e incómoda—. Somos criaturas del espacio.

Era una frase de aquella película de Elvis Mandela. Le sonó ridícula incluso a ella.

—No puede quedarse aquí —dijo Boris. El Aum latía en su cuello. En aquel momento, Carmel lo odió con toda su alma. Al Aum. A él. A

ambos. No existía ningún Boris sin el Aum, ni viceversa. Eran un mismo ser, unidos para siempre.

Miriam no dijo nada, se limitó a mirar a Boris. Él le dio la espalda. No cruzaron ni una palabra. Tampoco se transmitieron datos. Solo una mirada que decía mucho más de lo que cualquier mensaje encriptado jamás podría.

—Es peligrosa —insistió Boris, aunque ya se sabía derrotado.

—Hay otras maneras de saber —dijo Miriam—. Hay quien llama a este sitio Cunahombre, pero se equivocan. Esto es Cunamujer. El útero de la humanidad. Aquí hay poderes extraños y antiguos, Boris.

—¿Ah, sí? —saltó él, de pronto amargo—. ¿Como cuál, por ejemplo? ¿Dios? ¡Siempre os las arregláis para que vuestro dios salga por algún lado!

—Hay que tener fe —dijo Miriam, pero lo dijo en tono amable—. La vida de por sí ya es lo bastante dura. Mejor tener un poquito de fe.

Boris negó con la cabeza, pero Miriam ya lo había despachado. Se volvió hacia Carmel. Una pregunta anidaba en sus ojos.

—¿Quieres quedarte aquí?

Carmel no supo qué responder.

Se rumoreaba que el poeta Bashō se había enamorado de una *shambleau* cerca de un templo de Ogko situado a los pies del monte Olimpo, en Marte. Sin embargo, Bashō nunca había contado nada de aquella relación, si es que la hubo. ¿Acaso acabó como en las películas de la Phobos? ¿O quizá había terminado de otra manera, con un amor mutuo y la constatación de que una strigoi no es una criatura ni más ni menos depredadora que el ser humano? ¿Quizá Bashō había escapado de aquel amor, o se había lanzado sobre él, como un espíritu embarcado en un viaje que no tenía más destino que el camino en sí mismo?

No lo sabremos jamás. Pero esto es Cunamujer, Humanitas Prima, y hay otras maneras de saber y de ver. Hay misterios más grandes, como pronto comprobaremos. En cuanto a Bashō, la única

pista que nos queda es este poema que escribió y nunca llegó a publicar. Y dice así:

*Sambelu.*

*Taem yu save lafem hem, hemi kilim yu. Sambelu. Awo!  
Sambelu,*

*Sambelu blong mi. Mi lafem yu. Mi lukluk yu. Yu kilim mi,  
Mi kilim yu. Yu lafem mi, mi lafem yu. Sambelu. Sambelu.  
Sambelu.*

Que se puede traducir como: «*Shambleau*. / Cuando la amas, te hace daño. *Shambleau*. Oh, *Shambleau*, / *Shamblau* mía. Yo te amo, yo te contemplo. Tú me haces daño, / yo te hago daño. Tú me amas y yo te amo. *Shambleau*. *Shambleau*. / *Shambleau*».

—Sí —dijo Carmel—. Me quedo.

# SEIS. FILAMENTOS

—La realidad —dijo el robosacerdote—, es algo débil y frágil.

El reverendo Remiendo contempló a su pequeña congregación. Explanada del Nivel Tres, Estación Central: nodo de la Iglesia Robot. Quedaban pocos que siguieran la verdadera fe. En ocasiones, Remiendo pensaba que ya solo los robots creían. Los Otros, aquellas ominosas e incorpóreas inteligencias digitales, habían renunciado a la fe en favor de mundos de matemáticas puras, una infinidad de posibilidades virtuales. Mientras que los humanos necesitaban y, en ocasiones, ansiaban la fe; pocas veces sabían qué camino escoger, y la competición era feroz cuando el judaísmo había convivido con el catolicismo romano, el budismo con el elronismo, los marcianos renacidos con el islam.

Y la Iglesia Robot era austera, los robots se veían a sí mismos como carcasas de metal, el extraño enlace entre la corporeidad humana y la trascendencia de los Otros. El Reverendo Remiendo tosió con la voz de un hombre muerto largo tiempo atrás y retomó el sermón.

—La realidad —dijo, y titubeó. La congregación observaba atenta. Vio a la anciana Missus Chong en uno de los bancos del fondo, y a su amiga Esther. Ambas eran compradoras de religiones, dividiendo en

muestras cada fe como expertas, cubriendo sus apuestas con mayor rigurosidad según se hacían mayores. Un grupo de electrodomésticos disgustados observaba el sermón en la virtualidad (cafeteras, refrigeradores, un par de retretes). Estos aparatos necesitaban más que nadie la orientación de los robots y, aun así, a menudo eran tercos, amargados, propensos a dar argumentos baladíes, tanto con sus dueños como consigo mismos. Nunca habían existido tantos robots. Humanoides, incómodos, no pertenecían a ningún mundo, ni al real ni al irreal, y no se había fabricado ninguno desde hacía un siglo o más. Para llegar a fin de mes, el reverendo Remiendo hacía turnos extra como *mohel* para los judíos en la Estación Central. Era valorado en aquella labor. Era un buen *mohel*, había sido ordenado como tal, por lo que podía llevar a cabo la delicada cirugía de eliminar el prepucio con gran habilidad. Jamás había recibido ni una sola queja. De joven, el reverendo Remiendo había considerado la idea de la conversión. Ser un robot judío no era algo inverosímil, en Marte hubo un rabino así, uno de los primeros robots fabricados. Pero no era fácil convertirse al judaísmo. Era una fe que desalentaba a los foráneos.

—La opinión general es como una tela —comenzó de nuevo. La congregación lo escuchó. A su alrededor el sonido del óxido seco en la pequeña y oscura iglesia, el olor del metal y de la resina de pino—. Se compone de las hebras de muchísimos individuos, todas ellas una realidad en sí mismas, un mundo autocodificado. Todos experimentamos nuestra propia realidad, un mundo construido por nuestros sentidos y nuestras mentes. El tapiz de la realidad consensual es, por lo tanto, un esfuerzo grupal. Requiere cierta concordancia por parte de nosotros para decidir qué *es* la realidad. Para determinar el tapiz, si lo deseáis.

Al reverendo Remiendo aquella coletilla le gustó: «Si lo deseáis». Otorgaba cierto peso a los argumentos.

—Si lo deseáis —repitió, saboreando las palabras—. Pues para que exista la realidad debemos desear que esta sea. Soñamos...

Dudó de nuevo. Lo robots no soñaban, no de por sí. Y la credibilidad del argumento viraba hacia el budismo. Remiendo, a

menudo, había considerado la reencarnación. Muchos digitales eran budistas practicantes. Los digitales nacidos en los criaderos eran parte de un especializado identibucle responsable de que una cafetera pudiera, en su próximo ciclo, ser una mente con la capacidad de calcular la difusión de nebulas lejanas, o una conch submarina que va y viene de ciudades humanas subacuáticas, o incluso podría trascender, convertirse en un Otro verdadero, incorpóreo, mutando y cambiando constantemente en busca de la verdad y, por lo tanto, de la belleza en lo irreal.

«Pero los robots casi nunca cambiaban», pensó el reverendo Remiendo, apenado. Como los humanos, se limitaban a ser más de lo que ya eran.

—Soñamos con una realidad consensuada —dijo entonces. Tosió de nuevo. Disponía de un abanico de toses cuidadosamente seleccionadas—. Imaginad que el mundo es una vasta red, todos los seres vivos son nodos conectados entre sí por finos hilos. Sin la red estaríamos solos, nodos aislados, puntadas de luz en una vasta oscuridad intergaláctica. El Camino del Robot es el camino de los que buscan unirse con todas las cosas. No es una senda sencilla. A menudo es solitaria. Todo lo vivo y vuestra propia vida conforman la realidad. Dejad que os guíe, ahora...

El reverendo Remiendo bajó la cabeza y la congregación lo imitó, humanos y digitales.

—Nuestro creador de las artes de la energía del punto cero, santificado por los nueve mil millones de nombres...

La congregación repitió entre murmullos lo que sermoneaba el robosacerdote. Entonces, uno a uno, se alinearon para recibir el sacramento. La hostia digital contenía rutinas de crucifichute encriptadas. Los humanos la tomaron con la lengua, donde se deshizo lentamente y terminó absorbida por el sistema sanguíneo para llegar a la interfaz del nodo biológico. Los digitales la recibieron directamente. Por un instante, el nodo de la pequeña congregación de la Iglesia Robot estuvo unido realmente, formando un identibucle, aceptándose en una realidad consensuada; sin importar la brevedad de sus vidas.

Remiendo tuvo la sensación de que el *bris* había salido bien. Se trataba del más joven de los Chong, Levi. Remiendo conocía a los Chong desde hacía generaciones, desde Zhong Weiwei, el fundador de la familia, hasta todos los primos y sobrinos y sobrinas y tías que habitaban alrededor de la Estación Central. El abuelo del chico, Vlad, estaba sentado en el lugar de honor, el *sandak* o padrino del joven. El anciano mecía un bebé, pero su rostro era pálido, ciego. Una enfermedad que afectaba a la memoria afligía a Vlad Chong. Remiendo estaba preocupado por él.

Pero era un momento de celebración. Con cuidado, el robot separó el prepucio del pene del infante con su cuchillo especial, el *izmel*, mientras llevaba a cabo la primera bendición. Entonces realizó el *pira*, poniendo al descubierto los glándes del niño al separar el prepucio epitelio interior, de nuevo con el cuchillo. El orgulloso padre realizó la segunda y la tercera bendición. Después, el robot —con los ojos de todos los reunidos en la pequeña sinagoga puestos en él— efectuó el *metzitza ba `peh*, absorbiendo la herida hasta que no quedó sangre.

El bebé lloraba. Vertiendo con delicadeza el vino para la bendición —contenido en la copa que el robot sostenía en su mano derecha—, anunció el nombre de bebé, Levi Chong, y el nombre del padre, Elad. El robot bebió el vino. Por las antiguas leyes, el niño ahora era judío. El reverendo Remiendo hundió un dedo metálico en el vino y lo puso en la boca del infante. El bebé chupó el dedo y dejó de llorar. Todos lo celebraron. La anciana Missus Chong la Vetusta, cibernético casi por completo pero de mente atenta, lloró lágrimas saladas.

La ceremonia terminó, los familiares admiraron al bebé, la muchedumbre pasó a la siguiente habitación y se desperdigaron para tomar el desayuno. Pastas y panecillos, *shakshuka* (huevos fritos sobre una buena capa de salsa de tomate y pimienta), café de samovar, una tabla de quesos, pastas *burkeas* rellenas de queso o patatas o champiñones, tortillas, jamones cocidos. Los hambrientos Chong se abalanzaron sobre el bufé de desayuno como si estuvieran muertos de hambre. El robot paseó entre la familia y los amigos, estrechando

manos, conversando. Sujetaba una taza de café negro al que daba sorbos de vez en cuando.

Remiendo se detuvo ante un hombre que le resultaba familiar. Parecía un Chong, pero al robot le costó situarle. El hombre estaba callado, cómodo en aquel contexto, pero también tenía algo de tímido, quizá reservado. Estaba junto a una mujer que el robosacerdote conocía bien: Mama Jones, y su hijo, Kranki.

—Miriam —le dijo Remiendo a la mujer—. Es un placer verte, como siempre.

—Hola, hombre de hojalata —dijo el chico.

Miriam, consternada, dijo:

—¡Kranki!

—Está bien —contestó el robot. Se dio cuenta de que el hombre Chong junto a Miriam apenas podía contener una sonrisa—. ¿Cómo estás, Kranki? ¿Te acuerdas de mí?

El robosacerdote había sido el *mohel* en el *bris* de Kranki.

El chico contestó:

—Ayer fui a la playa con Ismail. ¡Pescamos un pez! —Abrió las manos, mostrando el tamaño—. Era *así* de enorme.

Miriam acarició la cabeza del chico. El robosacerdote estuvo a punto de decir algo pero el chico se le adelantó:

—¡Te lo enseñaré!

Ofreció su manita al robosacerdote, con confianza. El robot extendió la suya sin pensarlo...

El dedo del niño rozó la palma metálica del sacerdote.

«¿Qué es real?».

Las palabras eran susurros en el cerebro del robot. Miles de millones de ciclos, incontables millones de ramificaciones en un árbol binario cuántico, cambiando y mezclándose, un pequeño mundo aristocrático interconectado como un planeta o un cerebro humano, miles de millones de elementos discrepantes que conformaban uno solo, un maravilloso identibucle, una ilusión del ser.

«¿Qué es real?».

Las palabras eran susurros en el cerebro del viejo robot, autotraducidas a una docena de idiomas, predominando el hebreo y el asteropidgin: «*Ma amiti? Wanem ia i tru?*».

Las imágenes le inundaban la cabeza como un torrente, una arremetida de información de alto nivel en la que una sola imagen permeó: el chico, Kranki, y el que parecía su gemelo, un niño cuyos ojos eran de un verde de la marca Bose, contrastados con el azul Armani de Kranki. Los dos chicos en la playa de Jaffa, paseando sobre el agua, pescando con sus manitas, metiéndolas en el claro azul del mar Mediterráneo...

El cual explotó en estrellas, torbellinos de galaxias, planetas que orbitaban soles amarillos parecidos a ojos siniestros, vastas naves espaciales de casco negro que se desplazaban como motas de polvo entre los planetas; la vista se centra, se desplaza, anillos rotando en el espacio más allá de Titán, drones asesinos luchando en silencio en las Repúblicas Galileas, minas inteligentes que rastrean la órbita de Calisto, en el espacio de mucho más allá, la melodía de arañas mientras plantan semillas en la nube Oort con nuevos nodos, o Mundo Dragón, una luna helada lejos de Plutón, los millones de cuerpos del dragón que se desplazan en los túneles de sus misteriosos alrededores, toda la luna helada como un vasto hormiguero...

«*Wanem ia i tru?*».

En Marte, en la ciudad de Tong Yun, en un altar de madera bajo la gran cúpula, el poeta Bashō traducía a Shakespeare al pidgin:

*Blong stap o no blong stap*  
*Hemi wan gudfala kwesjen ia*

Y a través del espacio, lejos del inquieto Marte y sus lunas gemelas incendiadas con luces artificiales, a lo largo de *solwota blong spes*, las imágenes bailan, *solwota blong wori*, el mar de la angustia y estos arrojos *bunaro* de la atroz fortuna...

En la luna de la Tierra las gigantescas arañas terraformadoras se movieron, opaco metal plateado silencioso, dos chicos de pie en la

superficie, sin casco, riéndose de alguna broma compartida y haciéndose señas con las manos:

«*Wanem ia i ril?*».

Remiendo quedó aturdido por el torrente de información. Permaneció quieto, contemplando al chico mientras la tormenta remecía lentamente.

—¿Reverendo Remiendo? —dijo Miriam Jones—. ¿Se encuentra bien?

El identibucle devolvió a Remiendo a la vida, o a la red, o al ser.

—Soy un robot —contestó—. En raras ocasiones me pongo enfermo.

Mama Jones sonrió con amabilidad. El hombre tras ella habló.

—No sé si se acuerda de mí, reverendo. —Alargó la mano—. Boris —dijo, de pronto algo avergonzado—. Boris Chong.

Remiendo lo miró.

—¿Boris Chong? —dijo, asombrado. Imágenes perfectas en su memoria: un chico tímido, alto, desgarrado, sonriente, siempre sonriente, callado; antes del bebé, Remiendo también había sido el *mohel* de su *bris*—. Pero te marchaste, fue...

El robot se detuvo, de haber querido habría podido recordar al detalle el día, la hora, el minuto. ¿Cómo no lo había reconocido? Pero Boris se había marchado siendo niño y había vuelto como hombre. El robot vio que la subida y la salida lo habían cambiado.

Remiendo había estado en el espacio, por supuesto. En una ocasión, hacía ya un siglo, había realizado un peregrinaje, el *hajj* del robot, a Marte, a la Explanada Nivel Tres de Tong Yun bajo arenas marcianas, donde existía el mayor bazar multirreligioso. Fue allí a visitar al mismísimo Paparrobot en el Vaticano robot. ¡Fue un momento glorioso! Cientos de robots, algunos de ellos antiguos drones de batalla, otros refugiados medio desguazados; todos ellos congregados, habían llegado de todas las lunas y planetas habitables, desde Polipuerto en Titán y los desiertos de los Kibutz marcianos; desde Puertoluna en Moscú, desde Post Delhi hasta los anillos Baha'i

en órbita alrededor de Saturno. Y uno de la Estación Central: *Hajji Remiendo*, ordenado en aquella gran comunión de corporeidad y de lo digital.

En aquel encuentro algunos escogieron ir incluso más allá. Acompañar a las naves *Éxodo* en sus lentos viajes sin retorno fuera del sistema solar. Y algunos decidieron quedarse para, en las profundidades de Marte, mejorar a los suyos, crear niños...

¡Niños!

«Quizás todo se reducía a eso», pensó Remiendo, cuyo torrente de datos se difuminaba, la imagen de estos dos chicos de la Estación Central en la Luna, Kranki y su amigo.

Niños. El robot había circuncidado a cientos de niños, pero nunca había tenido uno propio.

—¿Reverendo?

La voz humana lo devolvió al presente.

—Boris Chong —dijo el robot, asombrado—. ¿Dónde has estado todos estos años?

Boris se encogió de hombros. El robot se fijó en que su mano se deslizó hacia la de Miriam, las puntas de los dedos se rozaron. Remiendo les recordó juntos, el chico y la chica que habían sido. El amor hacía brillar a los humanos como filamentos metálicos calentados por una corriente eléctrica.

El humano respondió:

—Fui a Marte, al Cinturón, yo... volví no hace mucho. Mi padre...

«Sí», quiso decir Remiendo. Vlad Chong estaba sentado al otro lado de la sala, con sus ojos vacíos fijos en la nada. «Algunos humanos sufrían una pérdida gradual de memoria, pero para Vlad era todo lo contrario», pensó el robot. La mente de Vlad estaba inundada literalmente de recuerdos, perfectos y duraderos como diamantes; recuerdos almacenados desde los tiempos de Weiwei. Vladimir Chong no podía ver porque su mirada estaba enfocada completamente hacia su interior.

El robot asintió, estrechó la mano de Boris, tocó suavemente el hombro de Miriam. El chico, Kranki, se había marchado a jugar con

otros críos. Remiendo recordó que Boris había trabajado en las clínicas de parto. ¿Qué tipo de bebés se habían concebido allí a partir de genoma pirateado y código robado?

El robot se sintió (si es que se puede decir que los robots sienten) agotado. Su cuerpo funcionaba por debajo de la capacidad óptima. Su cuerpo era viejo, remendado; era complicadísimo renovar las partes antiguas ya que nadie manufacturaba robots desde hacía décadas. Remiendo tan solo quería enchufarse a la corriente, como una clavija humana en una franquicia de Louis Wu. Los humanos habían descubierto un modo de estimular los centros de placer cerebral con una leve corriente eléctrica. A veces Remiendo anhelaba el cuerpo, por las sensaciones. Los humanos eran adictos a las sensaciones.

—¿Reverendo?

El café se había enfriado en la taza. Remiendo la dejó sobre una mesa y fue a por otra. El café era energía, un robot podía transformar la comida y la bebida en energía con tanta eficiencia como cualquier humano. Pero ¿podía obtener placer de ello?

El placer era un concepto complicado y desconcertante. Remiendo se dio la vuelta. Dos hombres sonrientes, agarrados de la mano, se plantaron ante él.

—Yan —dijo Remiendo—. ¡Youssou!

«Ellos también formaban una atractiva pareja», pensó. Yan era un Chong; Youssou era de los Jones de la Estación Central.

—¿Es oficial? —preguntó.

El rostro de los dos hombres se iluminó todavía más.

—Lo es —respondió Youssou.

—Nos peleamos... —dijo Yan, tímido pero orgulloso. «Igual que su primo Boris», pensó Remiendo.

—Iba a hacerlo aquella noche... —continuó Youssou.

—Lo tenía todo listo. Estábamos en el Gran Salón...

—No estaba preparado —intervino Youssou—. No creo que estuviera listo.

—Se marchó. No nos hablamos en todo un mes. Pero...

—Lo echaba de menos —dijeron ambos al unísono, y soltaron una risita.

—*Mazal tov!* —exclamó el robot. Les dio una palmada en el brazo a ambos. Tanto amor, joven y viejo, en aquella sala. Remiendo pensó que debía de ser primavera de nuevo. Casi se había olvidado. La primavera tiene ese efecto en los humanos.

—Hicimos las paces, yo no podía dormir, vivía en los apartamentos de adaptoplantas —dijo Youssou.

—Yo dormía en el laboratorio —añadió Yan—. Trabajaba a todas horas.

—Quedamos y...

—*Mazal tov* —repitió el robot.

—Reverendo —dijo Yan—. Queríamos preguntarle algo.

—Lo que sea —dijo Remiendo. Lo decía en serio.

—Nos gustaría que nos casara usted —pidió Youssou.

Ambos lo observaron expectantes. El robot les devolvió la mirada.

—Sería un honor —dijo Remiendo, al fin.

Había oficiado bodas en otras ocasiones. Bodas, circuncisiones y también funerales. Un robot, más que ninguna otra cosa, necesitaba un propósito, pensó Remiendo. Estrecharon las manos, metal contra carne.

—¡Gracias, reverendo!

Los familiares se reunieron para felicitar a la joven pareja.

—Reverendo Remiendo —dijo una voz. Era la anciana Missus Chong. Se acercó al robot. Se miraron. Ella era más que mitad máquina. Sonrió—. Sería un honor para mi familia que oficiaras la boda —dijo.

La ceremonia se llevaría a cabo al modo de la Iglesia Robot. La Estación Central era una amalgama de distintas fes. Los Chong judíos eran una mezcla de judaísmo chino e israelí; los Chow eran católicos romanos; los Jones eran, bueno, no estaba seguro, aunque Miriam Jones solía estar en el altar de san Cohen de los Otros.

—Gracias —dijo el robot—. Gracias por pedírmelo.

¿Podía sentir un robot? Si pinchabas a uno, no sangraba. «Pero si sentían, entonces él sentía y, en aquel momento, estaba abrumado», pensó. Cansado, eufórico. De pronto la habitación repleta de humanos le pareció opresiva, necesitaba espacio, soledad, tiempo para extraer la corporeidad. Algunos de los robots que dejaban la Iglesia también abandonaban la corporeidad por completo, se metían de lleno en lo digital, en la incorporeidad, en el reino de los Otros. Algunos se iban a las naves Éxodo y otros se transformaban, reencarnándose en cascarones más humildes. A veces podías encontrarte a una antigua cafetera que previamente había sido un robot y que buscaba la senda de la iluminación a través de la servidumbre.

—¿Reverendo?

—Discúlpeme, Missus Chong —dijo el robot—. Debo retirarme.

Ella lo examinó con ojos inhumanos, comprensiva. Un día de estos la anciana Missus Chong mudaría el último pedazo de humanidad que le quedaba y se convertiría en una buscadora como él. Había esperanza para Missus Chong, era la novicia más prometedora del reverendo Remiendo.

Ella asintió levemente, de forma apenas perceptible. El robosacerdote salió de la estancia. No estaba claro qué había ocurrido con el niño, Kranki. Comprendió que no era humano por completo. Era posible que, de algún modo, fuera en parte un Otro: y aquella incógnita desconcertaba a Remiendo.

El robot llegó a los ascensores y subió al Nivel Cuatro donde, durante incontables años, había alquilado un pequeño apartamento. Túneles de servicio, taquillas, pasillos que conducían a niveles más profundos de la estación en los que se extendían los vastos almacenes y donde latía el corazón de la estación a un ritmo constante. El robot lo sentía en las articulaciones.

Remiendo abrió la puerta de su espacio privado: era un armario pequeño y oscuro, uno más en una hilera de hábitats idénticos. Aquí podía estar realmente solo.

Era su hogar.

Se encerró dentro y abrió su mente a la Conversación, la interminable lluvia de diálogos que se movía entre mundos, y las palabras flotaron de nuevo en su mente, sin respuesta: «*Wanem ia i tru?*».

El reverendo Remiendo flotó por el espacio, observando varios canales a través de varios nodos. Un bebé nacía en un kibutz marciano; en el espacio alrededor de Io una mina estallaba, suicidándose, en Titán un muecín llamaba a los fieles a la oración. El espacio estaba repleto de preguntas, la vida era una frase que siempre terminaba en una elipsis o en un signo de interrogación. No podías responderlo todo. Tan solo podías creer que existían respuestas para todo.

Remiendo pensó que para ser un robot se necesitaba fe.  
También para ser humano.

# SIETE. ROBOTNIK

Motl necesitaba fe y la necesitaba con toda su alma. ¿Cómo había llegado a la Estación Central? Echó un vistazo alrededor. Le picaba el cuerpo, uno de sus brazos estaba oxidado y las juntas chirriaban al moverlo. Necesitaba algo de vodka para activarse. A esas juntas corroídas les hacía falta aceite. Pero, sobre todo, lo que necesitaba era religión. Necesitaba algo que tomarse como una píldora y lo ayudase a mitigar el dolor.

Hacía un rato, se había vuelto a encontrar con Isobel. En la oscuridad, bajo las cornisas, podían estar tranquilos. Los dos habían...

Motl sabía que Isobel lo amaba.

Y el amor era peligroso, una droga oscura y adictiva que le había estado prohibida durante mucho tiempo. Motl estaba obsesionado con su pasado y, a la vez, carecía de él. Hacía mucho tiempo, tuvo un nombre. Hacía mucho tiempo, estuvo vivo.

—Te quiero.

—Y yo... y yo a ti.

Y *yo te quiero* a ti. Esas dos palabras faltaban en medio. Su mismo ser no le permitía pronunciarlas. Isobel era humana. Su cuerpo cálido olía a vinagre de arroz y soja y ajo, al cuero falso y sudado de las conch

de inmersión. A un perfume que Motl no sabía nombrar, hecho de feromonas y hormonas y sal. Isobel lo había mirado a los ojos.

—Soy viejo —había dicho él.

—¡No me importa!

Aquella fiereza que a la vez estaba a la defensiva lo hizo sentirse extraño, vulnerable. Su vieja programación se activó para detener esos sentimientos, intentó llenarle el cuerpo de represores de hormonas. Sin embargo, su sistema se había secado hacía mucho tiempo. Ahora era libre de sentirse como le viniera en gana.

—Creo que... —no sabía qué decir, y terminó susurrando su nombre—: Isobel.

Ella tenía un nombre real, un nombre que le pertenecía.

—*Ich lieba dich* —añadió en aquel obsoleto yidis de batalla que le habían instalado, como el navajo que los antiguos oficiales de comunicaciones usaban para encriptar mensajes en una guerra largo tiempo olvidada. Motl ya no recordaba las guerras en las que había estado. Suponía que tenían nombre, que aparecían en algún registro que atesoraba su recuerdo con reverencia, datadas, puestas en contexto.

Lo único que Motl recordaba de ellas era el dolor.

El desierto del Sinaí, el Mar Rojo resplandeciendo bajo el calor. Su pelotón había acampado en las ruinas de Sharm el-Sheikh. No había humanos a la vista. Ellos eran todos robotniks, los mejores entre los mejores. Esperaban un ataque que no llegaba a producirse.

Motl ya no recordaba contra quién luchaban ni por qué. El otro bando tenía drones semiconscientes, aparatos depredadores que caían del cielo en silencio con garras capaces de destrozar una armadura. «Pájaros jubo-jubo», los llamaban. Aquel mismo día habían visto un leviatán alzarse de las profundidades del mar Rojo. Sus torres ametralladoras orgánicas resplandecían a la luz del sol. Barría el horizonte con sus pedúnculos oculares en busca de rastros infrarrojos de calor.

Otro pelotón compuesto de humanoides acorazados se había internado en las aguas para enfrentarse al leviatán. Se comunicaban en yidis de batalla a través de sensores subvocales. Pegaron sus cuerpos a la refulgente carne de la criatura como si fueran percebes. Albergaban cargas de profundidad instaladas en sus exoesqueletos. Motl y sus compañeros vieron la explosión desde lejos. Presenciaron la agónica muerte del leviatán, aquel cuerpo enorme desplomándose fatalmente en el agua. El aullido de muerte de la criatura les hizo sangrar los oídos. De su cuerpo muerto se alzaron nubes de esporas que se esparcieron a lomos del viento. Motl rezó a quienquiera que lo escuchase para que aquellas esporas no albergasen los embriones del monstruo. Las esporas de leviatán podían eclosionar en el agua y producir nuevas bestias mecánicas que continuaran la lucha. Motl sintió una envidia repentina por los compañeros que se habían inmolado para acabar con el leviatán. Al menos ellos habían alcanzado una muerte verdadera.

Aquí, en las ruinas de Sharm, todo estaba en calma. Esto había sido en su día un pueblo pesquero. Durante la breve ocupación de Israel su nombre había sido Ofira. Motl ni siquiera estaba seguro de quién lo ocupaba ahora. Los beduinos no habían llegado hasta aquí.

En aquellos días, Motl era una máquina de matar bien engrasada, aunque eso no lo hacía inmune al reflujo. Así lo llamaban. El reflujo era el torrente de pensamientos y emociones de la persona que fueron antes, del humano que habían sido, la carne a partir de la que habían ensamblado el cibernético que ahora eran, la cosa muerta que uno era antes de renacer como robotnik. Recuerdos de un muerto. Se suponía que no debían aparecer, y sin embargo...

El leviatán terminó de morir más allá de la orilla. En la lejanía, un convoy de jubo-jubos sobrevolaba la línea de costa de la península arábiga en busca de presas.

*Motl se apoyó en una palmera. Se aseguró de que sus armas, que eran parte de él, estuvieran cargadas y a punto; de que todo funcionase a la primera y sus sistemas estuviesen listos. Entonces, el reflujo se abatió sobre él. De pronto le costó pensar. Un recuerdo...*

*Una palmera casi idéntica a esta, un oasis en el desierto, un convoy armado que se aproximaba, él y sus compañeros esperando a cubierto...*

*Las llamaradas y explosiones iluminaban el cielo, podía ver los misiles, algo se estrelló contra el suelo a pocos metros, una avalancha de arena llovió sobre ellos, los gritos se sucedieron...*

*El dolor brotó de su cuerpo como una erupción, el aire se llenó de moscas, insectos que trepaban por su piel, se metían en su boca, en su nariz, en sus oídos, en su recto, se arrastraban por dentro y por fuera, lo consumían, y el dolor...*

Motl, ahora, parpadeó. Intentó resistirse al reflujo. Sus sistemas internos, por aquel entonces funcionales al cien por cien, inyectaron sedantes en sus venas. Pero no era suficiente, no bastaba para contener el reflujo.

*Se revolcó por la arena. Intentaba gritar, pero de su boca no salía sonido alguno. La luna llena lo miraba impasible desde el cielo. El olor de la sangre y las entrañas expuestas y la orina impregnaba el aire. Aquellos insectos no le permitían morir. Lo cubrían por entero, lo violaban, ponían huevos en su corriente sanguínea, se arrastraban hasta el mismo centro de su cerebro.*

*De pronto, algo cambió. Minutos, horas, días después. Los vio llegar, podía ver de nuevo. Un pelotón, uniformes con tonos ocres de desierto. No sabía a cuál de los ejércitos pertenecían. Tampoco a cuál pertenecía él.*

*—Aquí hay uno vivo —dijo uno de ellos.*

*—Cogedlo.*

*El tipo puso una mueca de disgusto. Sacó algo, un objeto... ¿un cuchillo? Algo de aspecto arcaico. La hoja descendió sobre él. El dolor desapareció y ya no sintió nada más.*

«¿Cómo explicarle todo aquello a Isobel?», se preguntó. Estación Central, las estrellas en el cielo, un alargado gajo de luna. Le temblaban las manos. Echó a andar por Neve Sha'anán, dejó atrás el *shebeen* de Mama Jones y la iglesia Robot. Llegó hasta el centro de la

antigua estación de autobuses, aquellos viejos túneles donde hace tiempo los pasajeros subían a los transportes de motor. Un tiempo donde tanto vehículos como robots funcionaban con petróleo.

«¿Cómo podía explicarle el ansia?».

En el Sinaí, en aquella campaña olvidada hacía tiempo, Motl había ido a buscar al sacerdote. El sacerdote era un robotnik, como él, pero al mismo tiempo era distinto. En sus manos descansaba el consuelo de la religión que dan las ofrendas a Dios.

Encontró al sacerdote en la duna de arena al otro lado de las ruinas de la ciudad. El sol se estaba poniendo y el sacerdote predicaba de cara al desierto:

—¡Desaparezca el día en que nací y la noche que se dijo: «un varón ha sido engendrado»!

Y dijo:

—¡Que aquel día se convierta en tinieblas, que Dios se despreocupe de él desde lo alto y no brille sobre él ni un rayo de luz!

—Que lo reclamen para sí las tinieblas y las sombras —recitó Motl en un susurro—, que un nubarrón se cierna sobre él y lo aterrice un eclipse de sol.

Motl contempló al sacerdote mientras el ansia lo reconcomía.

El sacerdote continuó:

—Porque no me cerró las puertas del seno materno ni ocultó a mis ojos tanta miseria.

Y Motl respondió:

—¿Por qué no me morí al nacer? ¿Por qué no expiré al salir del vientre materno?

La pregunta del robotnik quedó sin respuesta, en medio del sermón de Job en aquel desierto, mientras el leviatán terminaba de morir en las templadas aguas del mar Rojo.

—Por favor —le suplicó Motl al sacerdote—. Necesito un poco de fe.

El sacerdote descendió de la duna. Ambos medían lo mismo. Motl se arrodilló para recibir su bendición. Abrió la boca y sintió los dedos

del sacerdote dentro de ella, el metal templado al sol sobre su lengua orgánica.

—Dios —dijo el sacerdote. Motl cerró la boca y tragó. La pequeña pastilla que el sacerdote había introducido en ella se disolvió en su interior.

Crucifichute.

Le subió como una ola. Los cielos se abrieron.

Caminaba solo. La Estación Central se alzaba a su espalda. Al oeste estaba el mar, aquel olor a piélagos y sal capaz de despertar recuerdos desnortados. Motl atravesó el mercado nocturno. Lo envolvió su aroma a jazmín, empanada frita y kebab asado, aunque la comida no le interesaba.

Isobel no podía entenderlo. Nunca había muerto. Nunca había renacido.

«Ahora yacería tranquilo, estaría dormido y así descansaría», volvió a citar en un susurro. El temblor no abandonaba sus manos. Lo guiaba el impulso del ansia. Su pierna izquierda repiqueteaba al caminar. Algunos se volvían a mirarlo, pero apartaban la vista enseguida. Después de todo, no era más que otro robotnik roto, otro mendigo que recorría las calles de noche en busca de un remiendo o un chute o ambos.

Llegó hasta los túneles. Sobre su cabeza se amontonaban los detritos, el anillo negro de un fuego antiguo, las ruinas destartadas de las dársenas de los autobuses. Aquí abajo, Motl se detuvo frente a la reja de un conducto de ventilación. La abrió de un tirón y se introdujo. Al otro lado había una escalera oxidada que descendía hacia los pasadizos inferiores.

En la plataforma abandonada había tres figuras estáticas junto a una fogata encendida en un bidón metálico. Las llamas destellaban contra su piel también metálica. Motl se acercó. El sonido pesado de sus pasos y el repiqueteo que lo acompañaba era lo único que se oía en aquella caverna subterránea.

—Motl.

—Ezequiel. Samuel. Jeremías.

Una rata se deslizó entre sus piernas inmóviles. Las llamas se reflejaron en aquellas tres caras sin expresión. Un recuerdo se abrió paso...

Arrodillado en la orilla del mar Rojo, al alba. El sol arrancaba destellos tanto en el agua como en el cuerpo de Motl. El brillo lo aturdió. Allí la fe no era más que pequeñas pastillas que se disolvían en la lengua, la propia carne de Dios canibalizada por los hijos de los hombres. Motl había rezado durante toda la noche. Aquel Dios manufacturado en los laboratorios de Jerusalén lo abarcaba todo; era capaz de calmar el reflujo, de volverlo irrelevante.

Dios dijo: «Estás cumpliendo mi obra, tu existencia tiene un propósito, eres querido, puede que seas una herramienta pero eres una herramienta útil».

Los efectos del crucifichute disminuían. Aún había luz en el mundo, pero ya no brillaba con tanta intensidad. Lo que restaba era el recuerdo de ser amado por Dios, de ser necesitado. Eso tendría que bastar.

*La arena explotó de pronto como un géiser.*

*Motl se dio la vuelta, armas dispuestas...*

*El leviatán había muerto durante la noche, su cuerpo gigantesco flotaba, las corrientes lo arrastraban hacia Aqaba.*

*Órdenes directas en yidis de batalla.*

*Motl se levantó.*

*Abrió fuego.*

*Aquella cosa emergió de entre las arenas. Una película mucosa cubría su cabeza abombada. Vermes sinaitici gigantes, gusanos de arena gigantes del Sinaí. El monstruo atrapó a Ebenezer entre sus fauces. Los dientes destrozaron el metal como si fuese mantequilla. Luego volvió a hundirse en las arenas.*

*Silencio. Los robotniks se dispusieron en formación por toda la ciudad en ruinas. Tensos, a la espera. Ahora nadie hablaba. La*

presencia difusa de Dios aún aturdiría a Motl, pero el miedo y el olor a pólvora y a refrigerante eran mucho más patentes.

Motl no sabía quién había traído los gusanos de arena gigantes al Sinaí. Los habían dejado allí del mismo modo en que uno planta minas, por si acaso, para futuros conflictos. Pero las minas no se reproducían ni se multiplicaban. Los gusanos sí. Los beduinos los cazaban y sintetizaban medicinas a partir de su veneno.

—¡Ahí viene de nuevo!

El gusano de arena emergió justo delante de Motl. Uno de sus compañeros, Isidoro, saltó encima del bicho y hundió sus cuchillos en él. Pero cuando uno cortaba un *Sinaiticus gigans*, este no moría. Se dividía.

Justo entonces, un grupo de pájaros jubo-jubo que debían de haberlos estado acechando desde cerca, cayó sobre ellos. Ojos rojos, garras extendidas. El hedor a basura y excremento que los envolvía se mezcló con la peste dulzona de los gusanos.

Alguien lanzó una bomba incendiaria al pájaro que guiaba la bandada de jubos-jubos. La criatura se convirtió en un fénix alado, envuelta en llamas, y lanzó un último graznido.

«El infierno —pensó Motl mientras corría y disparaba— es un lugar aquí mismo, en la tierra. Un lugar muy concreto al que Dios no puede llegar».

Un nuevo gusano emergió de la arena y lo arrojó al suelo. Atisbó a Ismael activar su lanzallamas. Las llamas envolvieron al monstruo gigante. Se desplomó sobre la arena con un chirrido agudo, incapaz ya de enterrarse para apagarlas. Motl rodó sobre sí mismo; la pierna no le respondía. Se levantó con dificultad, rígido, y disparó a un jubos-jubos que planeaba directo hacia él. Sharm el-Sheikh entero ardía a su alrededor. Le descerrajó a uno de los pájaros un tiro digno de un francotirador. La bala atravesó el cerebro del ave y Motl lo vio caer en las llamas. «De todo lo que los antiguos escritores dijeron sobre el infierno —pensó Motl— la parte del fuego la clavaron».

El silencio reinaba en los túneles abandonados de la estación de autobuses. Abandonados, claro está, por todos menos por los robotniks. «Desahuciados», fue el pensamiento que apareció con vehemencia en la cabeza de Motl. Mendigos, sintecho, inservibles, infieles... solo eran fieles a sí mismos.

Los robotniks se ocupaban de los suyos.

No había nadie más que lo hiciera.

¿Cómo había llegado a estar aquí? ¿Cómo había llegado a la Estación Central?

Le temblaban las manos. Necesitaba un chute.

Después de aquella batalla lo habían parcheado y mejorado, para luego volverle a enviar al frente. Una y otra y otra vez. Siempre había una última batalla, una guerra definitiva más. Luego pasó un largo periodo sin enfrentamientos directos y le hicieron esperar en la base, donde se ocupaban de que no les faltase su chute de fe; así se aseguraban de que no cayesen en la herejía. Y entonces, un día, algo sucedió. Algo a lo que ni siquiera pusieron nombre. Simplemente las puertas se abrieron y todos los humanos de la base se fueron y ahí se acabó todo. Al parecer, los robotniks habían quedado obsoletos.

Poco después ellos también se fueron, a veces solos, a veces en parejas. El mundo fuera de la base era extraño y desacostumbrado, hostil de un modo muy distinto al del frente. Motl tuvo que realizar trabajos de lo más raros. Al principio la libertad le sentó bien. Incluso dejó de chutarse.

Pero entonces sus componentes empezaron a fallar.

—Motl.

Era Ezequiel quien había hablado. Ezequiel gobernaba a los robotniks de la Estación Central. Aquí, era su capitán.

Algunos robotniks habían acabado en Jerusalén, atraídos allí como sanguijuelas a una vena. Otros habían conseguido dar el salto a las estrellas, a Tong Lun o Puertoluna. Motl se había quedado aquí.

Le dio un golpe inesperado de reflujo: recuerdos que no deberían estar ahí, de épocas que nunca pasaron. Una mujer de pelo azabache le sonreía, un lápiz detrás de una de sus delicadas orejas, una niña pequeña se reía, sus dedos rosados y regordetes se alzaban hacia él para que la cogiera en brazos, el sonido de la campanilla de una bicicleta, el olor de la hierba recién cortada.

Le temblaban las manos.

—Motl.

—Necesito fe, Ezequiel. La necesito.

—Te han visto con una chica.

El silencio alrededor del cubo se volvió patente. Motl también guardó silencio.

—¿Con una humana, Motl? ¿En serio?

El silencio de los demás, como espadas envainadas.

Motl pensó en Isobel, bajo las cornisas de la Estación Central. El calor que emanaba de su cuerpo, su mano diminuta al tocarle el rostro. Algo debió de romperse en su aparato lacrimal, tenía que ser eso, porque de pronto sus ojos estaban húmedos. Su imagen llegó hasta él a través de una especie de niebla, una película borrosa.

Se habían conocido en el Nivel Tres de la Estación Central, donde Isobel trabajaba como capitana en la virtualidad del juego *Guilds of Ashkelon*. Entablaron conversación por casualidad, Motl había empezado a trabajar de friegasuelos. Movía la fregona por las baldosas de los niveles más atestados. Había mucho que limpiar, era un trabajo estable.

Después de ocho horas seguidas en la conch, en el mundo virtual, a Isobel le costaba mantenerse de pie. Al verla tambalearse, Motl se acercó a ella y la sujetó. El contacto de sus manos le causó una extraña sensación, piel humana contra su brazo de metal. Ella afianzó los pies y le sonrió. Ojos marrones, dientes blancos un tanto descolocados. Una sonrisa sin la menor inseguridad o incomodidad. Como si ya fueran buenos amigos.

—Perdone —murmuró Motl. La soltó para alejarse, pero ella lo detuvo.

—¡Espera! —Motl la miró. Era más alto que ella. Viva, tan viva—. Te he visto por aquí.

No supo qué responder a aquello. Quería salir corriendo.

—No sé tu nombre —añadió ella.

—Me llamo Motl.

—Motl. —El nombre sonaba extraño al salir de los labios de aquella chica—. Bonito nombre. Yo me llamo Isobel.

—Ya... ya lo sé.

Tenía el pelo negro y la piel pálida. Sonreía con facilidad. Era muy joven.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también te he visto por aquí.

Compartieron una breve risa y, de pronto, nada de aquella situación resultó incómodo. De repente, conversar juntos parecía lo más natural del mundo. Él nunca había experimentado algo parecido. O quizá sí, pero en otra vida, en otro tiempo ya perdido.

Aquello lo asustó. Sus sistemas internos empezaban a fallar, no conseguían bloquear sentimientos como antes.

Le temblaban las manos.

—Necesito un poco de fe, Ezequiel —dijo. Su propia voz le chirriaba en los oídos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Motl?

Aquella voz calmada, fría. Un soldado solo no tenía razón de ser. La estructura de ejército mantenía un cierto orden. Ezequiel recibía un porcentaje del trabajo de Motl y, a su vez, Motl recibía su parte tanto del trapicheo de crucifichute como del poco pillaje que hacían, de las mordidas por protección de ciertos negocios o de cualquier otro asunto que cayese en sus manos metálicas. Motl respetaba a Ezequiel. El capitán cuidaba de sus tropas.

Nadie más lo hacía.

—Ha sido sin querer, Ezequiel —dijo—. No ha sido algo que...

Dejó morir la voz. ¿Qué era lo que sentía en realidad? Antes de Isobel, Motl no había tenido sentimientos o, al menos, no tan intensos. Los sentimientos eran una de las cosas que te arrebataban al rehacerte. Cuando tu antiguo yo moría, el humano que fuiste, el que tenía una vida y un nombre, era erradicado. En su lugar aparecías tú. Te regulaban las emociones, al menos cuando tus sistemas funcionaban, cuando todavía había mantenimiento. Se permitía cierta cantidad de miedo y de ira, de hecho era aconsejable, pero el amor y el afecto te reblandecían. Y mucho peor que eso, te hacían vulnerable.

Motl miró a sus compañeros soldados. Los vio de manera diferente, como si los destellos que arrancaba el fuego de sus exoesqueletos metálicos brillasen con una luz nueva. Los vio nuevos, recién creados, y luego como viejas antiguallas. Aquellas pieles metálicas, oxidadas, deslucidas. Aquel suave repiqueteo desesperado que salía de las juntas rotas y los apéndices remendados de mala manera. Se le ocurrió que siempre habían sido débiles. Siempre habían sido vulnerables.

—¿Quieres a esa chica? —preguntó Ezequiel. Motl percibió la pregunta con otros oídos, con un entendimiento nuevo. Allí estaba entre hermanos, con su gente.

—Pues... —empezó, y luego pensó: «vamos. Ten valor». El valor era algo que casi había olvidado—. Pues sí. La quiero.

Un murmullo recorrió a los robotniks mudos junto al fuego. La pesada cabeza de Ezequiel se movió en un único asentimiento.

—Entonces ve con ella.

Aquella noche en el Sinaí, bajo una luna menguante, Motl se había arrodillado en la arena y había hundido sus manos en las cálidas aguas del mar Rojo. Había contemplado cómo el leviatán expiraba en la lejanía. Aquella droga, el crucifichute, lo poseía por completo. Un rayo de luz bajó de los cielos y lo elevó. Su espíritu caminó sobre las aguas. Motl necesitaba fe. Todos ellos la necesitaban. Fe para seguir adelante.

«Acudiría con Isobel —pensó—, iría con ella ahora mismo». No le importaba quién los viera juntos. Las manos le temblaban y el ansia seguía ahí, pero se obligó a ignorarla. Al menos lo intentó. A veces uno tenía que creer que podía creer. A veces había que pensar que podías ascender al cielo a través de otro ser humano, y no gracias a una pastilla.

A veces.

# OCHO. EL LIBRERO

La claridad de la mañana cubrió la Estación Central mientras Ibrahim, el buhonero, caminaba por Neve Sha'anán con el carro tirado por el caballo. Se detuvo al ver a Achimwene de pie, fuera de la diminuta guarida que hacía las veces de su tienda, y levantó una mano a modo de saludo.

Nada le gustaba más a Achimwene Haile Selassie Jones que la vista del sol alzándose tras la Estación Central. Resaltaba a los trabajadores sexuales exhaustos y a las máquinas de limpieza, y a las oscilantes linternas flotantes que con el amanecer comenzaban a alejarse hacia sus propios hábitats a esperar el próximo anochecer. En los tejados, los paneles solares se desplegaban, dando la bienvenida al sol. El aire todavía era fresco a esta hora. Pronto sería caluroso, el sol pegando fuerte, los aires acondicionados se encenderán con un rugido de aire frío en los comercios, en los restaurantes y en los abarrotados apartamentos de todo el viejo vecindario.

—Ibrahim —dijo Achimwene, saludando al buhonero mientras este se acercaba.

Ibrahim estaba subido en su carro con el chico, Ismail, a su lado. El vehículo estaba lleno hasta los bordes, con muebles adaptoplantas, pedazos de plástico y, metal, cajas descartadas de cerámicas para el

hogar y, tirado a su lado, un busto de piedra desechado de Albert Einstein.

—Achimwene —dijo Ibrahim, sonriendo—. ¿Qué tal el tiempo?

—Tirando a regular —contestó Achimwene, y ambos soltaron una carcajada, una risa agradable en aquel ritual casi diario.

Este es Achimwene: no era la persona más impresionante, no destacaba en la multitud. Era delgado, andaba algo encorvado y vestía gafas pasadas de moda para corregir un pequeño defecto de visión. Su cabello de rizos fuertes había terminado en una triste calvicie. Tenía facilidad de habla y mirada paciente y confiable, con finas líneas de decepción en las esquinas. Su nombre significaba «hermano» en chichewa, un idioma dominante en Malawi, aunque él era de los Jones de la Estación Central, y el hermano, por supuesto, de Miriam Jones, propietaria del «Shebeen de Mama Jones». Cada mañana se despertaba temprano, se bañaba de prisa y salía a las calles a tiempo para alcanzar el sol del amanecer y al buhonero. Se frotó las manos como si tuviera frío y dijo con su voz suave y calmada:

—Ibrahim ¿tienes algo para mí?

Ibrahim se llevó la mano a la calva y sonrió. A veces la respuesta era un simple «no». A veces contestaba con un dubitativo «quizá».

Hoy era un «sí», y Achimwene alzó la mirada, hacia él o hacia los cielos, y preguntó:

—¿Me lo enseñas?

—Ismail —dijo Ibrahim. El chico que estaba sentado tras él en silencio hasta ese momento bajó del carro con una sonrisa fugaz y segura, y se dirigió a la parte trasera del vehículo.

—¡Pesa mucho! —se quejó.

Achimwene se apresuró hasta el chico y le ayudó a bajar una caja que, desde luego, pesaba lo suyo.

La miró mudo, expectante.

—Ábrela —dijo Ibrahim—. ¿No te valen?

Achimwene se arrodilló a un lado de la caja. Sus dedos la palparon, buscando una apertura. Despacio, retiró las tapas de la caja. Saboreó el momento en que la luz inundaría el contenido de la caja y el

olor de aquellas cosas preciosas y frágiles se esparciría, liberado al fin, en el aire, y le haría cosquillas en la nariz. No existía otro olor como aquel en el mundo: el del papel envejecido y ajado.

Abrió la caja. Miró en el interior.

Libros. Por eso la caja era tan pesada. Por el papel.

Ni los infinitos pergaminos de papel e imágenes, moviéndose y estáticos, ni las narrativas de inmersión completa que entendía que otros experimentaran en lo que él llamaba con su idioma obsoleto «las redes» y que otros llamaban tan solo «la Conversación». De todas formas, tampoco disponía de acceso. Tampoco eran los libros algo decorativo, objetos físicos hechos por artesanos, de vitela, con grabados en oro, compuestos a mano y vendidos a precios altísimos.

No.

Los contemplaba en la caja, libros frágiles, raídos, desgastados, endeble, de papel barato. Olían a polvo, a humedad y a tiempo. Olían ligeramente a pis, y a tabaco, y a café derramado. Olían a cosas que habían *vivido*.

Olían a historia.

Sacó un libro, meticuloso, y pasó las páginas con suavidad. Desde luego aquello no tenía precio. Se quedó sin aliento, como solían decir en los propios libros.

Era un «*Ringo*».

Un Ringo de verdad.

La cubierta del frágil libro mostraba un pistolero de rostro curtido de cara a un desierto rojizo. «RINGO», ponía en letras enormes y, debajo, el nombre ficticio del autor: Jeff McNamara. Y entonces el título individual del libro, que formaba parte de una larga serie *western*. Este se llamaba *De camino a Kansas*.

¿Eran todos así?

Era consciente de que no había existido un tal «Jeff McNamara». «Ringo» era una serie *western* escrita en hebreo, todos los volúmenes firmados con seudónimos de escritorzuelos que necesitaban un trabajo en la antigua Tel Aviv. También contribuyeron con cuentos similares de aventuras espaciales, emociones sexuales o romances empalagosos,

si la ocasión (y el bolsillo de los editores) lo requerían. Achimwene pasó por el resto de libros con cuidado. Todos de tapa blanda, impresos sobre papel de pulpa fino y barato de hacía siglos. ¿Cómo habían aguantado? Algunos de estos solo aparecían mencionados en catálogos de subastas, por lo que su existencia, aquí y ahora, era nada menos que un milagro. Había un romance entre enfermeras; un asesinato misterioso; una aventura en la Segunda Guerra Mundial; un relato erótico cuya cubierta estridente hizo que Achimwene se sonrojara. Eran imposibles, no podían existir.

—¿Dónde los has encontrado? —preguntó.

Ibrahim se encogió de hombros.

—En una cámara acorazada centenaria —contestó.

Achimwene soltó un suspiro. Había oído acerca de aquello: estancias subterráneas seguras construidas durante una antiquísima guerra que libraron los judíos, refugios de hormigón armado como burbujas atrapadas bajo la superficie de la ciudad. Pero jamás hubiera esperado...

—¿Hay... hay más? —preguntó.

Ibrahim sonrió.

—Muchas más —respondió. Entonces se compadeció de Achimwene y añadió—: Muchas cámaras, pero la mayoría inaccesibles. De vez en cuando las obras de construcción destapan alguna, los propietarios me llaman ya que para ellos es basura. Al fin y al cabo, ¿qué pensaría una persona moderna de uno de estos? —Hizo un gesto hacia la caja y dijo—: Los salvé para ti. El resto de la kipple está en el vertedero, esta era la única caja de libros.

—Puedo pagarte —dijo Achimwene—. Quiero decir, que se me ocurrirá alguna cosa, le pediré... —El pensamiento se le quedó atascado como un hueso en la garganta (como decían en aquellos libros)—. Se lo pediré prestado a mi hermana.

Pero Ibrahim, para alegría e incompreensión de Achimwene, negó con la mano y una risa.

—Págame lo de siempre —dijo—. Al fin y al cabo, es solo una caja y esto es mero papel. No me costaron nada y ya le he sacado

beneficios. El valor extra que le añadas tú es solo para ti.

—¡Pero son valiosísimos! —exclamó Achimwene, confundido—. Los coleccionistas pagarían... —La imaginación le falló.

Ibrahim sonrió con calidez.

—Eres el único coleccionista que conozco —dijo—. ¿Puedes permitirte lo que crees que valen?

—No —contestó Achimwene en un suspiro.

—Entonces paga lo que te pido yo —continuó Ibrahim, y con un movimiento de la cabeza, como si negara la locura de su compañero, arreó los caballos. Las pacientes bestias pasaron de largo chascando sus colas para espantar las moscas y siguieron adelante sin prisa. El chico, Ismail, se quedó allí un instante más, con la mirada fija en los libros.

—¡Hay un montón de cachivaches viejos en las cámaras! —dijo. Abrió los brazos para describirlos—. ¡Estuve allí, los vi! ¿Son... libros? —Miró con incertidumbre a Achimwene, entonces siguió con lo suyo —: Y cosas grandotas y cuadradas que llamaban televisiones, las cogimos por los trozos de plástico; y armas antiguas, ¡un montón de armas! Pero la policía se las llevó. A ver, ¿por qué alguien enterraría esas cosas? —concluyó el chico. Miró a Achimwene con aquellos ojos de un evocador verde artificial—. Tantísimo kipple —dijo el chico, al fin, de modo terminante. Entonces, riendo, corrió tras el carro y saltó en la parte trasera con la facilidad de la juventud.

Achimwene observó el carro hasta que desapareció tras una curva. Después, con la delicadeza de un padre alzando a su recién nacido, cogió la caja de libros y la llevó de vuelta a su guarida.

La vida de Achimwene estaba a punto de cambiar, pero él todavía no lo sabía. El resto de la mañana la pasó feliz, catalogando, conservando y colocando en las estanterías los libros antiguos. Las ilustraciones estridentes de las cubiertas le encantaban. Cogía los libros con solo la punta de los dedos, pasando las páginas con delicadeza, casi con reverencia. Había muchas fes en la Estación Central, pero en esta Achimwene estaba solo. La veneración de los

libros viejos y obsoletos. La veneración, como le gustaba pensar, de la propia historia.

Se pasó la mañana muy feliz, ya que tuvo un solo cliente. Achimwene no se sentía solo con esta... ¿obsesión? ¿Fervor?

Había otros como él. Casi todo hombres, y casi todos, como él, rotos de algún modo fundamental. Provenían de todas partes, peregrinos que daban pasos inseguros a través de calles desconocidas del barrio viejo, y que al fin llegaban a la guarida de Achimwene, una tienda sin nombre. No necesitaban señal. Simplemente lo sabían.

Había un sacerdote armenio de Jerusalén que iba una vez al mes, un devoto de las novelas *pulp* hebreas, tan desconocidas que incluso a Achimwene le costaba seguirle la conversación: panfletos impresos en veinte o treinta pliegues de páginas cosidas, repletas de anhelos y fervores sionistas, tan raros y frágiles que en el mundo quedaban poquísimos. Una extraña mujer, cuyo nombre era Nur, viajaba desde Damasco una vez al año, su especialidad eran los extrañísimos libros de poesía y ciencia ficción del escritor Lior Tirosh. En otra ocasión, un hombre de Haifa que coleccionaba libros eróticos, y un hombre de Galilea que compilaba obras de misterio.

—¿Achimwene? ¡*Shalom*!

Achimwene se puso recto en la silla. Se había pasado la última media hora sentado ante la mesa, tecleando en lo que era su orgullo y alegría: un objeto de coleccionista raro, una genuina máquina de escribir hebrea. Era su paz y su escape en los momentos de calma, sentarse a la mesa y escribir —en palabras de aquellos antiguos y desaparecidos escritorzuelos— historias igual de intensas, repletas de osadía, rescates y fugas.

—*Shalom*, Gideon —saludó, y suspiró. El hombre que se cernía sobre la puerta entró. Era una figura encorvada, de largo cabello blanco y ojos húmedos. Llevaba una botella de arak barato que sujetaba en una mano como si se tratara de una ofrenda.

—¿Tienes vasos?

—Claro.

Achimwene llevó dos vasos, ninguno limpio, y los puso sobre la mesa. El hombre, Gideon, hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa.

—¿Escribiendo de nuevo? —preguntó.

—Ya me conoces —respondió Achimwene.

El hebreo era su lengua materna. Los Jones habían sido inmigrantes nigerianos. Se rumoreaba que llegaron con visados de trabajo y acabaron quedándose. Otros decían que habían escapado de una guerra civil olvidada tiempo ha, habían cruzado ilegalmente la frontera con Egipto y se habían quedado. De un modo u otro, los Jones, como los Chong, habitaban la Estación Central desde hacía generaciones.

Gideon abrió la botella y sirvió ambos vasos.

—¿Agua? —preguntó Achimwene.

Gideon negó con la cabeza. Achimwene suspiró de nuevo y Gideon levantó el vaso lleno de líquido transparente.

—*L'chaim* —dijo.

Brindaron. Achimwene bebió, el arak le quemó la garganta. El sabor anisado le provocó cosquillas en la nariz. Le hizo recordar el *shebeen* de su hermana.

—Y bien, ¿*nu*? —dijo—. ¿Qué nuevas traes, Gideon?

Decidió de pronto y con una claridad dolorosa que no compartiría el nuevo botín con Gideon. Iba a quedarse los libros para él —un secreto privado— durante algún tiempo más. Quizá más tarde vendería uno o dos. Pero todavía no. De momento eran suyos y solo suyos.

Charlaron durante una hora o dos. Dos ancianos de otro tiempo en una guarida oscura daban sorbos al arak, recordaban libros hallados y perdidos, tratos en los que habían salido ganando y otros que se les escaparon de las manos. Al final, Gideon se marchó tras comprar un pequeño *western*, en buenas condiciones según los estándares en aquellos círculos. Es decir, que se caía a trozos. Achimwene soltó un suspiro de alivio, la cabeza embotada por el arak, y volvió a su máquina de escribir. Pulsó un *heh* experimental, luego un *nun*. Comenzó a teclear.

La c.

La chica.

La chica estaba en apuros.

Una multitud la rodeaba. Los rostros, retorcidos por el fulgor de las antorchas, estaban agitados. Sostenían piedras, cuchillas. Gritaron una palabra, un nombre, como si de una maldición se tratara. La chica los miró y el miedo se plasmó en su delicado rostro.

—¿Nadie me salvará? —suplicó—. Un héroe, un...

Achimwene frunció el entrecejo irritado, ya que se escuchaba un tumulto que venía de fuera, y el ruido le impedía concentrarse. Escuchó, pero el fragor no hacía más que incrementarse, por lo que suspiró, molesto. Se levantó y fue hasta la puerta.

Quizá así es como cambian las vidas. Una decisión momentánea, la suerte de hacer girar una moneda. Podría haber vuelto a su mesa y completar la frase, o haber escogido ordenar las estanterías, o hacerse un café. En vez de todo aquello escogió abrir la puerta.

«Las puertas son cosas peligrosas —dijo Ogko en una ocasión—, nunca sabes qué vas a encontrar al otro lado.

Achimwene abrió la puerta y salió afuera.

La c.

La chica.

La chica estaba en apuros.

Es lo que pudo ver Achimwene, aunque por ahora desconocía el porqué.

Esto es lo que vio:

La multitud estaba compuesta de gente que Achimwene conocía. Vecinos, primos, familiares. Le pareció ver al joven Yan por ahí y a su prometido, Youssou (el primo segundo de Achimwene); el verdulero de la esquina; habitantes de las adaptoplantas que conocía de vista aunque no sus nombres, y otros. Era simples personas. Eran de la Estación Central.

La chica no era de por allí.

Achimwene no la había visto nunca antes. Era delgada. Caminaba con un andar extraño, como si no estuviera acostumbrada a la gravedad. Tenía el rostro afilado y delicado. Llevaba un peinado que parecía de otro mundo, largas rastas que se mecían como serpientes sobre el cráneo. Achimwene recordó un nombre.

Medusa.

La mirada de pánico de la chica pasó de un lado a otro, observando. Durante un instante, sus ojos se encontraron. Pero su mirada no lo (como se decía de la de Medusa) convirtió en piedra.

Ella se dio la vuelta. La multitud la rodeó en un semicírculo. La joven estaba de espaldas al librero. El montón de gente evocó en Achimwene la palabra «tumulto». Estaba nervioso, agitado. Algunos sostenían piedras en las manos, pero desconcertados, como si no supieran muy bien por qué, o qué debían hacer con ellas. Una intención de energía negativa los animaba. Y ahora Achimwene pudo oír la palabra que gritaban, un nombre que se alzaba y se precipitaba desde diferentes entonaciones según la chica giraba y giraba, desamparada, buscando una ruta de escape.

—*¡Shambleau!*

Un escalofrío le recorrió la columna a Achimwene al escuchar aquella palabra (una sensación que había leído a menudo en los libritos, aunque en realidad nunca la había experimentado). Comenzaron a aparecersele imágenes vagas, amenazantes, paisajes desolados de Marte, kibutz aislados en la tundra marciana, rojizos atardeceres del color de la sangre.

—*¡Strigoi!*

Y ahí estaba aquella otra palabra, una que conjuraba casi de la nada imágenes de siniestras montañas, oscuros castillos, efímeras sombras con forma de murciélago en el viento contra el poniente sol rojo sangre. Imágenes de un conde atemporal, con colmillos que se alargan sobre la calavera hambrienta, hundiéndose al tocar piel para chupar sangre...

—*¡Shambleau!*

—*¡Atrás! ¡Vuelve al lugar del que provengas!*

—¡Dejadla en paz!

El grito hendió la noche. El tumulto se amedrentó, confuso. La voz era una cuchilla que había cortado el día y la chica, asustada y sorprendida, se giró para buscar el origen de la voz.

¿Quién había sido?

¿Quién se había atrevido a enfrentarse contra la ira del tumulto?

Achimwene tuvo un presentimiento de la realidad que se le medio aferraba, con un leve estremecimiento, un delicioso escalofrío de reconocimiento al darse cuenta de que el origen del grito era él mismo.

Estaba claro que había salido del umbral, una pequeña figura encorvada que se enfrentaba a la multitud de familiares, conocidos y, quizá, algunas amistades.

—Dejadla en paz —repitió, saboreando las palabras, y para variar, quizá por primera vez en su vida, la gente lo escuchó. Descendió el silencio. La chica, atrapada entre sus agresores y la misteriosa nueva figura, parecía insegura.

—Vaya, si es Achimwene —dijo alguien, y otro alguien, de pronto, soltó una vulgar risotada que rompió el silencio.

—Ella es *shambleau* —exclamó otro alguien, y el primero que había hablado (no pudo discernir de quién se trataba) dijo—: Bueno, a él no le causará daño alguno.

Aquella vulgar risotada otra vez y, como si se tratara de un acuerdo tácito o de una orden, la muchedumbre comenzó a dispersarse.

Achimwene se percató de que su corazón latía a toda velocidad; de que le sudaban las palmas de las manos; de que de pronto le picaban los ojos. Sintió un súbito estornudo. Muy despacio la chica flotó hasta él. Eran de la misma altura. Ella lo miró a los ojos. Los tenía violetas. Se contemplaron al mismo tiempo que el tumulto se dispersaba. Pronto estarían solos en la silenciosa calle. Achimwene daba la espalda a la tienda.

Ella le dedicó una mirada burlona; movió los labios pero no emitió sonido alguno, lo miró de arriba abajo, analizándolo. Parecía confundida, luego aturdida. Dio un paso atrás.

—¡No, espera! —exclamó.

—Tú... tú no eres...

Comprendió que trataba de comunicarse con él. Su silencio la había desconcertado. Casi repelido. Era un tullido.

—No tengo nodo —dijo.

—¿Cómo es eso posible?

Él rio, aunque no contenía ni una nota de humor.

—No es tan inusual aquí en la Tierra —respondió.

—¿Sabes que no soy...? —preguntó ella, y titubeó.

—¿De por aquí? Lo he supuesto. ¿Eres de Marte? —concluyó él.

Una sonrisa torció sus labios, pero duró solo un instante.

—De los asteroides —admitió.

—¿Cómo es ahí fuera, en el espacio? —La emoción lo había animado.

Ella se encogió de hombros.

—*Olsem difren* —contestó, en el pidgin de los asteroides.

(Lo mismo, pero diferente).

Se miraron, eran dos desconocidos, ojos artificiales contra ojos naturales.

—Me llamo Achimwene —se presentó.

—Vaya.

—¿Y tú?

La misma media sonrisa torciendo sus labios. Entendió que estaba perpleja por su presencia. Apabullada. Algo en él aleteó, como un pájaro enjaulado, moribundo por la falta de oxígeno.

—Carmel —respondió ella en voz baja—. Me llamo Carmel.

Él asintió. El pájaro estaba libre, batía las alas en su interior.

—¿Te gustaría pasar dentro? —preguntó.

Hizo un gesto hacia la tienda. La puerta todavía estaba entreabierta.

Decisiones que fragmentan universos cuánticos. Ella se mordió el labio. No había sangre. Se fijó en sus caninos: largos y afilados. La inquietud volvió a sobrevenirle. ¿Verdad en las antiguas historias? ¿Una *shambleau*? ¿Aquí?

—¿Te apetece una taza de té? —preguntó, desesperado.

Ella asintió, distraída. Achimwene vio que todavía intentaba hablar con él. No entendía por qué no le respondía.

—No dispongo de nodo —repitió. Se encogió de hombros—. Es...

—Sí —interrumpió.

—¿Sí?

—Sí, me gustaría pasar. Para tomar... té. —Dio un paso hacia él. Achimwene no consiguió interpretar su mirada—. Gracias —dijo con voz suave y aquel extraño acento—. Por... ya sabes.

—Sí. —Sonrió de pronto, sintiéndose bravo, casi invencible—. No ha sido nada.

—No... nada no. —Su mano le tocó el hombro brevemente, un suave roce. Entonces pasó ante él y entró por la puerta entreabierta.

Las estanterías estaban organizadas por géneros.

Romance.

Misterio.

Detectives.

Aventuras.

Y más.

Que la vida no era tan simple como aquel sistema de clasificación era algo que Achimwene había aprendido con el tiempo. La vida consistía en tramas a medias, héroes abandonados, moribundos a mitad de sus misiones, amores recíprocos y no correspondidos, algunos que se apagaban sin explicación, otros que ardían con intensidad pero por poco tiempo. Había un relato sobre un hombre que se enamoró de una vampira...

Carmel se sentía fascinada por él, pero cada vez más distante. No lo entendía. No tenía sabor, nada donde pudiera hincarle los dientes. Ella era una depredadora, necesitaba alimento y Achimwene no se lo podía proporcionar.

Aquella primera ocasión en que había entrado en la tienda, había pasado los dedos por los lomos de los vetustos libros, fascinada, tímida.

—Tenemos libros en el asteroide —admitió, avergonzada por lo que parecía una historia compartida—. En Nungai Merurun disponemos de una biblioteca de libros físicos, llegaron en una de las naves, en una ocasión un gran-tío los intercambió por algo...

Dejó a Achimwene con el sueño de ir al espacio, de visitar este Ng. Merurun, de descubrir un recóndito tesoro incalculable.

Él le ofreció té, no muy convencido. Lo preparó en una cacerola abollada sobre el pequeño y antiquísimo fogón, con hojas de menta fresca en el agua. Disolvió el azúcar en las bebidas. Ella miró con incomprensión el té. Fue más tarde cuando comprendió que ella trataba de comunicarse de nuevo con él.

Carmel arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza. Temblaba un poco.

—Por favor —pidió—. Bebe.

—Yo no —dijo—. Tú no.

Se rindió.

Achimwene a menudo se preguntaba cómo era la Conversación. Era consciente de que fuera por donde fuera, casi todo lo que veía o tocaba tenía nodos. Los humanos, claro, pero también las plantas, los robots, los electrodomésticos, las paredes, los paneles solares... Casi todo estaba conectado en el sistema Pequeño Mundo Aristocrático, siempre en expansión y que crecía de forma orgánica, que se expandía a través de la Estación Central, por Tel Aviv y Jaffa, por las entidades interconectadas que eran Israel y Palestina, por la región que llamaban Oriente Medio; por la Tierra; por el espacio trasolar y más allá, donde las solitarias arañas se cantaban las unas a las otras mientras construían nodos y núcleos, expandiendo más y más su intrincada red. Sabía que un humano estaba rodeado en cada instante de su vida por el constante murmullo de otros humanos. En sus mentes sonaba una infinita conversación que tenía lugar de modos que Achimwene no

podía siquiera concebir. Su vida era silenciosa. Era un nodo de uno. Movi6 los labios. Acudi6 la voz. Eso era todo.

—Eres una strigoi —dijo.

—SÍ. —Sus labios en aquella media sonrisa—. Soy un monstruo.

—No digas eso. —El corazón le latía veloz—. Eres hermosa —dijo.

La sonrisa desapareció. Ella se le acercó, el té olvidado. Se inclinó sobre él. Puso los labios sobre su piel, contra el cuello. Achimwene sintió su respiración, la delicadeza de los labios sobre la piel caliente. De improviso el dolor le mordió. Ella apretó los labios sobre la herida, con los dientes perforando la piel. Él suspiró.

—¡Nada! —dijo ella. Se apartó de golpe—. Es como... ¡No lo sé! —Negó con la cabeza.

Achimwene entendió que estaba asustada. Se tocó la herida en el cuello. No sintió nada.

—Para comprar amor, para comprar obediencia, para comprar veneración, debo alimentarme, siempre —explicó—. Absorber sus preciados datos, drenarlos, y pagarles con dopamina, con éxtasis. Pero no tienes nada almacenado, no hay transmisión, no hay cortafuegos. No hay nada. Eres como un simulacro —dijo. La palabra le gustó—. Un simulacro —repitió en voz baja—. Tienes el aspecto de un hombre pero no hay nada tras tus ojos. No transmites.

—Eso es ridículo —replicó Achimwene, cuya ira se inflamaba repentinamente—. Hablo. Puedes escucharme. Tengo mente. Puedo expresar mis...

Pero ella se limitó a negar con la cabeza y a temblar.

—Estoy hambrienta —dijo—. Necesito alimentarme.

—¿De dónde vienes? —le preguntó mientras se estiraban en la estrecha cama. La ventana estaba abierta y el calor les hacía sudar. Ella le contó sobre Ng. Merurun, el diminuto asteroide donde creció y del cual escapó.

—¿Y cómo llegaste aquí? —preguntó, y casi antes de hablar sintió su inquietud, su reticencia a contestar. Los celos prendieron en él y no pudo comprender el motivo.

Su hermana vino de visita. Entró en la librería mientras él estaba sentado tras la mesa tecleando. Cada vez escribía menos; su nueva vida se parecía a una novela.

—Achimwene —dijo ella.

Él levantó la cabeza.

—Miriam —dijo con pesadez.

No se llevaban bien.

—La chica. Carmel. ¿Está contigo?

—Dejo que se quede —contestó con precaución.

—Ay, Achimwene, ¡eres un idiota! —exclamó.

Su hijo iba con ella.

—Hola, Kranki —saludó Achimwene.

—*Anggkel* —respondió el chico, que significaba «tío» en pidgin—.

*Yu olsem wanem?*

—*I gud* —contestó Achimwene.

(¿Cómo estás? Bien).

—*Fren blong mi Ismail I stap aotside* —dijo Kranki—. *I stret hemi kam insaed?*

(Mi amigo Ismail está fuera. ¿Puede entrar?).

—*I stret* —contestó.

Miriam parpadeó.

—Ismail —dijo—. ¿De dónde has venido?

Kranki se giró para lo que parecía a todas luces jugar con un amigo invisible. Achimwene dijo, precavido:

—Ahí no hay nadie.

—Claro que sí —espetó su hermana—. Es Ismail, el niño de Jaffa.

Achimwene sacudió la cabeza.

—Escucha, Achimwene. La chica. ¿Sabes por qué ha venido?

—No.

—Siguió a Boris.

—Boris —murmuró Achimwene—. ¿Tu Boris?

—Mi Boris —respondió ella.

—¿Lo conocía de antes?

—De Marte. Se conocían de Tong Yun.

—Ya veo.

—No ves nada, Achi. Estás más ciego que un gusano.

Viejas palabras que todavía podían herirlo. De todas formas, nunca habían sido cercanos.

—¿Qué quieres, Miriam? —preguntó.

Su expresión se suavizó.

—No quiero... no quiero que te haga daño.

—Soy un adulto —replicó—. Puedo cuidar de mí mismo.

—¡Que te lo crees tú!

¿Era aquello una nota de afecto en su voz? Sonaba a frustración.

—¿Está aquí? —preguntó ella.

—Kranki —dijo Achimwene—. ¿Con quién estás jugando?

—Ismail —Kranki hizo una pausa a mitad de la historia que le estaba contando a alguien que solo él podía ver para contestar.

—No hay nadie —insistió Achimwene.

—Claro que sí. Está justo aquí.

Achimwene hizo una o con los labios, ahora lo entendía.

—¿Es virtual? —preguntó.

Kranki se encogió de hombros.

—Supongo —respondió.

Se sentía claramente incómodo con la pregunta o, quizá, no la entendía. Achimwene lo dejó estar.

—Me gusta la chica, Achi —dijo su hermana.

Aquello le pilló por sorpresa.

—¿La has conocido?

—Está enferma. Necesita ayuda.

—¡Estoy ayudándola! ¡Lo intento!

Pero su hermana se limitó a negar con la cabeza.

—Márchate, Miriam —dijo, se sentía exhausto, deprimido.

—¿Está aquí? —insistió su hermana.

—Está descansando.

Había un diminuto apartamento sobre la tienda, accesible por unas escaleras estrechas y retorcidas. No era mucho, pero era un hogar.

—¿Carmel? —llamó su hermana—. ¡Carmel!

Se escuchó un ruido arriba, como de algo moviéndose. Después, ningún sonido. Achimwene observó a su hermana levantarse impasible. Entendió que estaba hablando con Carmel como lo hacía la otra gente. Comunicándose de un modo que a él le estaba vetado. El ruido normal de nuevo, pisadas en las escaleras y Carmel entró en la habitación.

—Hola —dijo, incómoda. Se acercó a Achimwene y le cogió una mano. La sensación de sus pequeñas y frías manos lo desconcertó e hizo que un escalofrío de placer le recorriera el cuerpo, una especie de calidez en la sangre. No dijeron nada más. El movimiento físico ya era una forma de comunicación.

Miriam asintió.

Entonces Kranki los sorprendió a todos.

Carmel se había pasado la noche anterior alimentándose. Había víctimas dispuestas en la Estación Central. Conseguir alimento le proporcionaba placer.

Achimwene se dijo a sí mismo que no le importaba. Cuando Carmel volvía se movía de forma letárgica y sabía que era porque estaba ebria de datos. Había intentado describírselo en una ocasión, pero él no lograba comprender la sensación.

Se había quedado tumbado sobre la estrecha cama junto a ella, mirando la luna ahí fuera y las linternas flotantes con su rudimentaria inteligencia. Con el brazo rodeaba a la adormecida Carmel, nunca antes se había sentido tan feliz.

Kranki se giró y contempló a Carmel. Le susurró algo al aire, hacia el lugar donde Ismail estaba de pie, supuso Achimwene. Soltó una risita con la respuesta y se volvió hacia Carmel.

—¿Eres una vampira? —preguntó.

—¡Kranki!

Achimwene quiso reír ante la mirada horrorizada de Miriam.

—No pasa nada —dijo Carmel en pidgin. *I stret nomo.*

Pero observaba al niño con intensidad.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó con un tono suave.

—Ismail. Vive en Jaffa, sobre la colina.

—¿Y qué es? —preguntó Carmel—. ¿Qué eres tú?

El chico no pareció entender la pregunta.

—Él es él. Yo soy yo. Somos... —titubeó.

—*Nakaimas...* —susurró Carmel. Achimwene sintió escalofríos con el sonido de su voz. Aquel mismo frío helado que le recorría el espinazo, como en los viejos libros, como cuando Ringo el pistolero se encontraba a un pavor alzándose de la tumba en una llanura solitaria.

Conocía la palabra, aunque nunca había entendido la manera en que la gente la usaba. Creía que significaba que, de algún modo imposible, trascendía la Conversación.

—Kranki... —El tono de advertencia en la voz de Miriam era ineludible. Pero ni Kranki ni Carmel le prestaron atención.

—Podría enseñarte —dijo el chico. Sus ojos de un azul claro parecían curiosos, ingenuos. Dio un paso adelante y se colocó justo frente a Carmel, acercó una mano hacia ella con confianza. Carmel, por un instante, dudó. Entonces tocó la manita cálida del chico.

El imaginar es, quizá, una prerrogativa de todo hombre o mujer y, de este modo, imponer una forma, un significado en la narrativa salvaje y dispersa de sus vidas al escoger un género. Una princesa rescatada por un príncipe; un vampiro que acecha a una víctima en la negrura; un alumno que se convierte en maestro. El círculo está completo. Y así sucesivamente.

Fue a la mañana siguiente cuando la historia de Achimwene cambió para él. Quizá había sido en cierta manera un romance, pero ahora se convertía en un misterio.

Puede que lo escogieran ellos con un tácito acuerdo, como un amarre para que esta curiosa relación, esta unión de dos individuos que no encajan, funcionara de algún modo. O puede que el motor de todo fuera la curiosidad, uno de los primeros incentivos, el más

humano y el más sospechoso, el que llevó a Adán hasta el árbol en los albores de la historia.

A la mañana siguiente, Carmel descendió las escaleras. Achimwene había dormido en la librería aquella noche, enrollado en una fina manta y encima de un colchón que guardaba en una pared normalmente recubierta de libros. Los libros formaban un desordenado muro a su alrededor mientras dormía, una guarida dentro de una guarida.

Carmel bajó. El cabello se movía como serpientes extendiéndose por el cráneo. Llevaba un fino vestido de algodón; él pudo apreciar su fina silueta.

—Cuéntame qué pasó ayer —pidió Achimwene.

Carmel se encogió de hombros.

—¿Queda café?

—Ya sabes dónde está.

Se levantó, sintiéndose cohibido y malhumorado. Se quitó la manta de las piernas. Carmel fue a los antiguos fogones, llenó la cazuela con agua del grifo y añadió con delicadeza unas cucharadas de café negro. Lo puso al fuego.

—El chico es... una especie de strigoi —explicó—. Quizá. Sí. No. No lo sé.

—¿Qué hizo?

—Me dio algo. Se llevó algo. Un recuerdo. Mío o de alguien. Ya no está ahí.

—¿Qué te dio?

—El conocimiento de que él existe.

—*Nakaimas*.

—Sí. —Se rio, un sonido tan amargo como el café—. Magia negra. Como yo. No como yo.

—Tú eras un arma —dijo él.

Ella se giró bruscamente. Había dos tazas sobre la mesa. Cristal sobre madera barnizada.

—¿Qué?

—Lo he leído.

—Siempre tus libros.

No acabó de captar el tono con que lo decía.

—Hay silencios en tu Conversación. Agujeros. —No podía imaginarlo del todo bien, para él solo había un silencio—. Los libros tienen respuestas —dijo.

Se sirvió café y mezcló azúcar en las tazas. Se acercó y se sentó junto a él, muy cerca. Le pasó una de las tazas.

—Dime —dijo.

Achimwene dio un sorbo. El café le quemó la lengua. Dulce. Comenzó a hablar deprisa.

—Me documenté sobre la dolencia. Strigoi. *Shambleau*. Hay referencias desde la era del virus Shangri-La, e informes contemporáneos. Los laboratorios Kunming desarrollaban armas genéticas, pero la guerra concluyó antes de que la cepa pudiera desplegarse. La vendieron fuera del planeta, se perdió, se dispersó. Nunca funcionó correctamente. Quedan pistas a seguir, pero necesito acceso a una biblioteca mayor. Tan solo hay rumores. Notas crípticas a pie de página.

—¿Y qué dicen?

—Sugieren un propósito más profundo. O que el strigoi fue un efecto colateral de otra cosa. Un propósito secreto.

Quizá querían creer. Todos necesitamos un misterio.

Ella cambió la postura tras él. Se giró para mirarlo. Sonrió. Puede que fuera la primera vez que le sonreía con sinceridad. Sus dientes eran alargados y afilados.

—Lo descubriremos —aseguró ella.

—Juntos —añadió Achimwene. Se bebió el café para esconder su emoción. Aunque era consciente de que ella podía leer sus emociones.

—Podríamos ser detectives.

—Como el juez Di —dijo él.

—¿Quién?

—Un detective.

—De los libros —dijo ella quitándole importancia.

—Pues como Bill Glimmung —añadió él solemnemente, y soltó una risotada.

—Como Glimmung —repuso ella.

Y entonces los amantes, por acuerdo cómplice, se convirtieron en detectives.

—Hubo algo más —dijo Carmel.

—¿Qué? —preguntó Achimwene.

Caminaban juntos por el pavimento de la Estación Central.

—Cuando llegué —dijo Carmel—, descendí. —Negó con la cabeza de frustración y una rasta solitaria se le metió en la boca. Sopló para apartarla—. Al llegar a la Tierra.

Aquellas pocas palabras evocaron en Achimwene un anhelo que no lograba identificar. Tanto por inferir, tanto sugerido a un hombre que jamás había salido de aquella ciudad.

—Compré una nueva identidad en Tong Yun antes de venir —explicó Carmel—. La mejor posible. La obtuve de un conch.

Lo miró para asegurarse de que comprendía. Achimwene así lo hizo. Un conch era un humano reforzado con un traje exoesqueleto de datos. Era mitad humano y mitad digital por extensión. No era muy diferente, en cierto modo, de los eunucos de la antigua Tierra.

—¿Y luego? —dijo Achimwene.

—Funcionó —respondió Carmel—. Al cruzar la seguridad de la Estación Central me permitieron el paso sin problemas. Los... los digitales no identificaron mi... naturaleza. Aceptaron la falsa identidad.

—¿Y bien?

Carmel suspiró, una rasta le cosquilleó el cuello a Achimwene y este notó que la sangre se le calentaba.

—¿Es posible? —preguntó ella.

Dejó de caminar y Achimwene también se detuvo, luego comenzaron de nuevo a andar, al mismo ritmo. Una linterna flotante se meció cerca durante unos instantes, como si sintiera su intensidad, y luego se alejó a la deriva dejándolos en la oscuridad.

—No hay strigoi en la Tierra —concluyó Carmel.

—¿Cómo podemos estar tan seguros? —preguntó Achimwene.

—Es una de esas cosas que todo el mundo sabe.

Achimwene se encogió de hombros.

—Pero tú estás aquí —señaló.

Carmel alzó un dedo y se lo llevó a la cara.

—¿Y qué posibilidades había de ello? —gritó, mirándolo con fijeza—. Creí que había funcionado porque quería creerlo. ¡Pero seguro que lo saben! ¡No soy humana, Achi! ¡Mi cuerpo está repleto de un revoltijo filamentado de nodos, *exabytes* de datos, protocolos hostiles! ¿Me quieres hacer creer que no lo saben?

Achimwene negó con la cabeza. Se acercó a ella, pero Carmel se apartó.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—Me dejaron pasar. —Su voz no admitía duda.

—¿Por qué? —preguntó Achimwene—. ¿Por qué harían eso?

—No lo sé.

Achimwene se mordisqueó el labio. La intuición apareció de golpe en su mente, neuronas cantando a neuronas.

—Crees que es cosa de esos niños —concluyó.

Carmel se detuvo. Achimwene observó su pálido rostro, su fragilidad.

—Sí —respondió ella.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Entonces debes preguntarle a un digital —dijo—. Debes preguntar a un Otro.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué querrían hablar conmigo? —preguntó.

Achimwene no tenía una respuesta.

—Podemos seguir adelante como habíamos acordado —dijo, algo taciturno—. Conseguiremos las respuestas. Tarde o temprano lo descubriremos, Carmel.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Él la atrajo hacia su cuerpo. Ella no se resistió. Las palabras de un viejo libro despertaron en la memoria de Achimwene, y aprovechando la escena dijo:

—Llegaremos al fondo del asunto.

Otro día sofocante y caluroso en el que Achimwene y la strigoi Carmel se alejaron de la Estación Central a pie y, poco después, cruzaron la barrera invisible que separaba el barrio viejo de la ciudad de Tel Aviv. Achimwene caminaba despacio; un cigarrillo electrónico le colgaba del labio, otro artificio de época, sumado al sombrero de fieltro que le proporcionaba sombra a pesar de que aun así seguía sudando a goterones. Carmel iba más fresca con un fino vestido azul. Llegaron a la calle Allenby y siguieron por el mercado Carmel.

—Se llama como yo —dijo Carmel, meditabunda.

—Es un antiguo nombre —explicó Achimwene.

Pero su atención estaba puesta en otro tema.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carmel.

Achimwene sonrió, mostrando sus dientes blancos alrededor del recubrimiento metálico del cigarrillo.

—Un buen detective que se precie —dijo—, necesita un buen informador.

Allenby era una calle larga y sucia, con oscuras tiendas que vendían objetos de imitación con cierto aire de desuso sobre ellos. Carmel se entretuvo ante una tienda de magia. Achimwene negoció con un vendedor de zumos de fruta y regresó con dos vasos llenos de jugo de naranja fresco. Le ofreció uno a Carmel. Pasaron frente a una pastelería donde los bollos rellenos de crema reclamaban su atención. Dejaron atrás un nodo de la Iglesia Robot en el que un oxidado predicador intentó llamar su atención con aire distraído y triste. Pasaron ante unos puestos de *shawarma* donde el aire era denso debido al olor de especias y grasa de ternera. Pasaron frente a una máquina limpiadora que gorjeó alegre cuando se los cruzó y ante un centro de reclutamiento del movimiento kibutz marciano. Pasaron un

grupito de judíos ortodoxos ataviados de negro; al igual que Achimwene, no tenían nodos.

Carmel miraba aquí y allá, sonreía, observaba, *se alimentaba* — supo Achimwene— de canales no adulterados. Algo que él no podía experimentar, que no podía conocer, pero que, de todas formas, sabía que estaba ahí, invisible aunque presente. Como Dios. Algunos versos de un poema de Mahmoud Darwish flotaron en su cabeza. Algo sobre un país donde uno solo veía lo invisible.

—Mira —señaló Carmel sonriente—. Una librería.

Así era. Se acercaban al mercado y el torrente de personas se intensificaba, autobuses solares se desplazaban como insectos, con las alas desplegadas bien alto por encima del asfalto de Allenby. Llevaban pasajeros y el olor de verduras frescas, de pimientos y tomates; y el suave pero fuerte olor de las naranjas también inundaba el aire. De hecho, la librería era un llano a cielo abierto, los libros bajo los toldos, apilados aquí y allá en montones desordenados. Era el tipo de tienda que no disponía de precios y donde siempre tenías que preguntar el valor, el cual dependía del propietario, y de su estado de ánimo, y del clima, y del alineamiento de los astros y de si le gustabas o no.

El propietario en cuestión estaba de pie bajo la sombra de las alargadas estanterías metálicas que formaban una pared. Fumaba un cigarro, el potentísimo aroma llenaba el aire y Carmel estornudó. El hombre alzó la vista y los vio.

—Achimwene —saludó, no parecía sorprendido. Entonces entrecerró los ojos y dijo en un tono de voz más bajo—: He oído que conseguiste un buen lote no hace mucho.

—Viajes por el mundo —contestó Achimwene.

Mientras tanto, Carmel curioseaba distraída, cogiendo libros y revistas frágiles, dejándolos para tomar otros. Achimwene vio de una ojeada algunas primeras ediciones de Yehuda Amichai, una primera edición de Yoav Avni, varios ejemplares de tapa blanda algo desgastados de Ringo que ya tenía y una colección *samizdat* de Lior Tirosh.

—Shimshon, ¿qué sabes sobre vampiros? —preguntó.

—¿Vampiros? —repuso Shimshon. Dio una buena calada al cigarro—. ¿En la tradición literaria? Está el *Neshikat Ha'mavet Shel Dracula* (*El beso de la muerte de Drácula*), de Dan Shocker, en las series de terror de 1972; o *Laila Adom* (*Noche roja*), de Gal Amir, posiblemente la primera novela de vampiros hebrea, o *Dam Kachol* (*Sangre azul*), de Vered Tochterman, que data del mismo periodo. No sabía que estabas interesado en esta área en particular, Achimwene. — Shimshon sonrió—. Pero estaré encantado de venderte una copia. Creo que tengo un Tochterman firmado por algún sitio. Aunque es caro. A menos que quieras intercambiar...

—No —dijo Achimwene, aunque arrepentido—. No busco novelas ahora mismo. Ando tras no ficción.

Shimshon alzó las cejas en señal de sorpresa y estudió a Achimwene, ahora ya sin sonrisa.

—¿Historia militar? —preguntó, incómodo—. ¿Robotniks? ¿El Código Nosferatu?

Achimwene le devolvió la mirada, inseguro.

—¿El qué?

Pero Shimshon negaba con la cabeza.

—No tengo ese tipo de mercancía —dijo—. *Verboten. Hagiratec.* Lárgate, Achimwene. Vuelve a la Estación Central. La tienda está cerrada. —Le dio la espalda, tiró el cigarro al suelo y lo pisó—. ¡Tú, querida! —dijo—. Estoy cerrando. ¿Vas a comprar ese libro? ¿No? Entonces déjalo donde estaba.

Carmel se giró, su dignidad herida se podía ver en la mirada violeta.

—¡Pues quédate con él! —espetó, y tiró una copia (de valor incalculable, pensó Achimwene) de la primera (y única) colección de poesía de Lior Tirosh, *Remanentes de Dios*, a las manos de Shimshon. Siseó, un sonido que Achimwene sospechó que no solo existía en el rango audible, sino que iba más profundo, hasta la comunicación digital sin sonido, ya que la cara de Shimshon palideció.

—¡Oye... lárgate! —dijo con un susurro ahogado, al mismo tiempo que Carmel sonreía mostrándole los afilados dientes.

Se marcharon. Cruzaron la calle y se quedaron frente a una caseta de cirugía estética de mala calidad. Ofrecían borrado de arrugas o injertos de tentáculos junto a letreros escritos a mano en los que se podía leer: «He salido a comer».

—*¿Verboten?* —preguntó Achimwene—. *¿Hagiratec?*

—Prohibido —respondió Carmel—. El tipo de tecnología avanzada que termina en Jettisoned, de las naves Éxodo.

—Lo que tú eres —dijo él.

—Sí. Miré, yo misma, ya me entiendes. Pero es como tú comentas. Agujeros en la Conversación. ¿Hemos aprendido algo útil?

—No —respondió él. Bueno... sí.

Ella sonrió.

—¿Qué?

«Historia militar», había dicho Shimshon. Y nadie sabía mejor que él como clasificar algo en un género concreto. Y «robotniks».

—Tenemos que encontrar —comenzó Achimwene— a un exsoldado. —Sonrió sin humor—. Más te vale desempolvar tu yidis de batalla —concluyó.

—Ezequiel.

—Achimwene.

—He traído vodka. Y piezas de recambio.

Las había comprado en Tel Aviv, en Allenby, y le habían salido bastante caras. Las partes de robotnik no eran fáciles de conseguir

Ezequiel lo miró inexpresivo. Su rostro era de metal pulido. Nunca sonreía. Casi todo su cuerpo era metálico. Estaba oxidado. Rechinaba al caminar. Ignoró las ofrendas mencionadas. Giró la cabeza.

—¿La has traído a ella? —exclamó—. ¿Aquí?

Carmel miró con curiosidad al robotnik. Estaban en el corazón de la antigua estación, una antigua estación de autobuses chamuscada a cielo abierto. Achimwene sabía que las plataformas continuaban por debajo, que los robotniks (exsoldados y humanos cíborgs reprogramados en mendigos y traficantes de crucifichute y materiales

robados) montaron su base ahí abajo. Pero no podía descender. Ezequiel se reunió con él en la superficie.

—He visto a los de tu tipo —dijo Carmel—. En Marte. En Tong Yun. Mendigando.

—Yo también he visto a los que son como tú —espetó el robotnik—. En las arenas del Sinaí, durante la guerra. Suplicando. Suplicaban por sus vidas mientras los decapitábamos y atravesábamos sus corazones con estacas para verlos morir.

—¡Jesús Elron, Ezequiel!

El robotnik ignoró la queja.

—Escuché una vez —continuó el robotnik— que una llegó. Aquí. Strigoi. ¡Pero no quise creerlo! Los sistemas de defensa la habrían detenido. Deberían haberla eliminado.

—No fue así —dijo Achimwene.

—Ya...

—¿Sabes por qué?

El robotnik se quedó mirándolo. Entonces soltó una breve carcajada y aceptó la botella de vodka.

—¿Supones que la dejaron pasar? ¿Otros?

Achimwene se encogió de hombros.

—Es la única respuesta que tiene algún sentido.

—Y quieres saber por qué.

—Llámame curioso.

—Curioso no, idiota —dijo el robotnik, sin malicia—. Y ni siquiera llevas nodo. A pesar de eso ¿ella surte efecto en ti?

—Ella tiene nombre —dijo Carmel ácidamente.

Ezequiel la ignoró.

—Eres un verdadero coleccionista de viejas historias, Achimwene —repuso—. ¿Ahora vienes a por la mía?

Achimwene hizo un gesto de desdén. El robotnik dio un largo trago al vodka y dijo:

—¿Y bien? ¿Qué quieres saber?

—Háblame de Nosferatu —pidió Achimwene.

—Nunca descubrimos de dónde procedía Nosferatu —explicó Ezequiel.

El cascarón de la antigua estación abandonada estaba en silencio. Un suborbital descendió y tomó tierra, y de los barrios de adaptoplantas, muy por encima, llegaba el sonido de risas y de alguien tocando la guitarra.

—Fue introducido en el campo de batalla durante la tercera campaña del Sinaí por un bando, o el otro, o ambos. —Guardó silencio—. No estoy seguro siquiera para quién peleábamos —dijo. Dio otro trago al vodka. El alcohol casi puro era nada más que combustible para el robotnik. Continuó—: Al principio no le dimos la importancia debida. Descubríamos víctimas en las patrullas de madrugada. Hombres, mujeres, robotniks. Deambulaban perdidos por las dunas o por las orillas del mar Rojo, sus mentes habían sido drenadas por completo. Las heriditas en los cuellos. Todavía estaban vivos. No habían quedado destrozados por pájaros jubo-jubo. Pero los datos.... Comenzamos a ver que el enemigo sabía dónde encontrarnos. Sabía dónde íbamos. Comenzamos a tenerle miedo a la oscuridad. No salíamos solos. Patrullábamos en equipos. Fue todavía peor, aquellos que habían sido mordidos y traíamos de vuelta, se habían transformado en el arma del enemigo. Nosferatu.

Achimwene sintió el sudor en la frente y se alejó un paso del fuego. A cierta distancia, las linternas flotantes ondeaban en el aire. Alguien gritó a lo lejos y el chillido se interrumpió de golpe. Achimwene se preguntó si las máquinas limpiadoras descubrirían otro cadáver a la mañana siguiente, tirado en las alcantarillas de la calle.

—Crecieron entre nuestras filas. Se alimentaban en secreto. Los robotniks no dormimos, Achimwene. No como los humanos. Pero nos apagamos. Cerramos los ojos. Y nos cazaban, drenando nuestras mentes, alimentándose de nuestras transmisiones. ¿Tienes idea de lo que supone algo así? —El robotnik no alzó la voz, pero siguió con el relato—. Fuimos humanos. El ejército nos llevó al campo de batalla, rotos, moribundos. Nos injertaron en cuerpos nuevos, nos convirtieron en brillantes y casi invulnerables máquinas de matar. No

teníamos derechos legales, ya no. Técnica y clínicamente estábamos muertos. Teníamos un puñado de recuerdos —algunos, los que tuvimos suerte— de lo que habíamos sido. Pero los que conservábamos algún recuerdo nos aferrábamos a él con celo. Eran pistas de nuestra antigua identidad. El recuerdo de los pies bajo la lluvia. El olor de la resina de pino. El abrazo de un recién nacido cuyo nombre ya no recordaba.

—Y los strigoi os estaban quitando también eso.

Achimwene observó a Carmel, pero ella no miraba a ningún lugar, tenía los ojos cerrados y los labios apretados.

—Al final espabilamos —dijo Ezequiel—. Comenzamos a cazarlos. Si encontrábamos una víctima no la traíamos de vuelta. Por lo menos no viva. Los empalábamos, los decapitábamos, quemábamos los cuerpos. ¿Alguna vez has abierto las entrañas de un strigoi, Achimwene? —Hizo un gesto hacia Carmel—. ¿Quieres saber cómo es por dentro?

—No —respondió él, pero Ezequiel el robotnik lo ignoró.

—Como cáncer —continuó—. Los strigoi son como robotniks, un cuerpo humano subvertido, transformado en cibernético. No es humana, Achimwene, por mucho que quieras creerlo. Recuerdo el primero que abrimos. Los filamentos del interior se movían. Todavía intentaban propagarse. Lo llamamos «protocolo Nosferatu». Lo que debíamos hacer era seguir el protocolo Nosferatu. ¿Quién creó el virus? Lo desconozco. Nosotros. Ellos. Los laboratorios Kunming. Alguien. Solo san Cohen lo sabe. Lo único que yo sé es cómo matarlos.

Achimwene miró a Carmel. Tenía los ojos muy abiertos. Miraba con fijeza al robotnik.

—Yo no lo pedí —dijo—. No soy un arma. ¡No hay ninguna puta guerra!

—Hubo...

—¡Miles de cosas!

Silencio. Al fin, Ezequiel se removió.

—¿Y qué es lo que queréis? —preguntó. Parecía cansado. La botella de vodka estaba casi vacía.

—¿Qué más puedes contarnos? —contestó Achimwene.

—Nada, Achi. No puedo contarte nada. Solo que vayas con cuidado. —El robotnik soltó una risotada—. Pero ya es demasiado tarde para eso, ¿no es así? —concluyó.

Achimwene ordenaba sus libros cuando Boris vino a visitarlo. Escuchó los suaves pasos y la tos dubitativa y se enderezó, quitándose de las manos el polvo de los frágiles libros, y miró al hombre por —o tras— el que Carmel había venido a la Tierra.

—Achi.

—Boris.

Lo recordaba como un adolescente de miembros larguiruchos y flacos. Verlo así fue una conmoción. Había algo que crecía en el cuello de Boris. Parecía respirar tranquilamente, de forma independiente a su huésped. El rostro de Boris tenía arrugas, todavía era delgado, pero había cierta naturaleza insana en aquella delgadez.

—Me enteré de que habías vuelto —dijo Achimwene.

—Mi padre —murmuró Boris, como si con aquello lo explicara todo.

—Y siempre pensamos que fuiste tú quien se libró —exclamó Achimwene. La pura curiosidad le hizo añadir—: ¿Cómo era? ¿Ahí, en el Exterior?

—Extraño —contestó Boris—. Parecido. —Se encogió de hombros—. No lo sé.

—Así que estás con mi hermana de nuevo.

—Sí.

—Ya le hiciste daño una vez, Boris. ¿Vas a hacerlo de nuevo?

Boris abrió la boca y la volvió a cerrar. Se quedó allí plantado y le trajo años de recuerdos a Achimwene.

—He oído que Carmel se está quedando contigo —dijo Boris al fin.

—Así es.

De nuevo un incómodo silencio. Boris estudió las estanterías de libros, cogió uno cualquiera.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¡Con cuidado!

Boris pareció sorprendido. Contempló el pequeño libro de tapa dura que tenía en las manos.

—Ese es un Capitán Yuno —explicó Achimwene, orgulloso—. *Capitán Yuno en una peligrosa misión*, el segundo de la trilogía de novelas Sagi. Debo admitir que es la menos rara de las tres, pero incluso así, su precio es incalculable.

Boris observó con diversión el libro.

—¿Era un chico *taikonauta*? —preguntó.

—Sagi concibió un sistema solar repleto de vida alienígena inteligente —dijo Achimwene, con delicadeza—. Imaginó un Gobierno mundial y a la gente de la Tierra trabajando unida en paz.

—No fastidies. Seguro que quedó decepcionado cuando...

—Este libro es anterior al viaje espacial —interrumpió Achimwene.

Boris silbó.

—¿Tan antiguo?

—Sí.

—¿Y valioso?

—Muchísimo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Leo.

Boris dejó el libro en la estantería con cuidado.

—Escucha, Achi —comenzó.

—No —interrumpió de nuevo—. Escucha tú. Lo que fuera que ocurrió entre Carmel y tú en el pasado, no diré que no me importa porque mentiría, pero no es asunto mío. ¿Tienes derecho sobre ella?

—¿Qué? —exclamó Boris—. No. Achi, solo intento...

—¿Intentar qué?

—Alertarte. Sé que no estás acostumbrado a... —De nuevo volvió a dudar.

Achimwene recordaba a Boris como un hombre de pocas palabras incluso de niño. Hablar no le resultaba tarea fácil.

—¿Acostumbrado a las mujeres? —terminó Achimwene, con la ira bien reprimida.

Boris tuvo que sonreír.

—Tienes que reconocer que...

—No soy un, un...

—No es una mujer, Achi. Es una strigoi.

Achimwene cerró los ojos. Exhaló. Los volvió a abrir y estudió a Boris con compostura.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Boris le sostuvo la mirada. Tras un instante pareció rendirse.

—Está bien —dijo.

—Sí.

—Supongo que ya te veré.

—Supongo.

—Por favor, dale recuerdos a Carmel de mi parte.

Achimwene asintió. Boris se encogió de hombros, se dio la vuelta y salió de la tienda.

Llega un momento en la vida de un hombre en que se da cuenta de que las historias son mentiras. Las cosas no terminan bien. Las narrativas impuestas a los vulnerables humanos en el caótico desastre que es la vida se vuelven etiquetas vacías, como las mazorcas de maíz secas que caen en los meses de verano desde los hábitats de adaptoplantas y se amontonan en las calles.

Despertó en mitad de la noche, el aire era húmedo y no soplaba nada de viento. La ventana estaba abierta. Carmel estaba junto a él, dormida. Su pequeño cuerpo desnudo enredado en las sábanas. Observó su pecho subir y bajar, la respiración calmada. Una mancha de lo que parecía sangre teñía sus labios.

—¿Carmel? —dijo en voz baja. Ella no lo escuchó.

Le acarició la espalda. Su piel era cálida y suave. Se removió adormecida bajo el tacto de su mano, murmuró algo que él no entendió y volvió a dormirse.

Achimwene se quedó mirando por la ventana la Luna bien alta sobre la Estación Central. Un misterio ya no era un misterio cuando se resolvía. ¿Qué cambiaba el saber cómo había llegado Carmel hasta allí? Los hechos no importaban, en cambio, sí los sentimientos. Contempló la Luna y pensó en los primeros humanos que aterrizaron allí hacía tantísimos años, aquella primera huella humana en polvo alienígena.

Dentro, Carmel estaba dormida y él despierto. Fuera, los perros aullaban a la Luna y de algún lugar le vino a la cabeza la imagen de un hombre con un traje espacial que se giraba hacia el sonido. Un hombre que bailaba claqué sobre la Luna, sobre la polvorienta Luna.

Se estiró y abrazó a Carmel, ella se giró hacia él, confiada, y se acomodó entre sus brazos.

# NUEVE. EL DIOS ARTISTA

**B**oris se topó con Motl bajo las cornisas de la estación espacial, a la entrada de la calle Salame.

—Motl —lo saludó con un desacostumbrado apretón de manos. El contacto metálico del robotnik era cálido; notaba las cicatrices oxidadas en la palma.

—Boris. Cuánto tiempo.

—Me he enterado de lo tuyo con Isobel. Felicidades.

—Gracias. —El robotnik no podía sonreír, pero Boris adivinó auténtica felicidad en su voz—. Todavía me cuesta creerlo. Quiero decir, que Isobel quiera...

Lo dijo con una timidez casi chocante. Boris se preguntó con un punto de inquietud cuántos años tendría Motl. A base de recambios chapuceros para sus partes rotas y de reparar sus componentes orgánicos con nanoparches baratuchos manufacturados en China, algunos robotniks podían llegar a calcular su edad en siglos. Aquellos duros exsoldados eran expertos en no morir.

—Entonces —dijo Boris—, ¿vosotros dos os vais a...?

Motl se encogió de hombros. Boris se preguntó quién habría sido aquel robotnik antes de morir. Cuál habría sido su nombre real. Si habría tenido hijos. Recordaba a Motl de cuando él mismo era un

niño. Los robotniks de la Estación Central habían estado allí durante décadas; siempre los mismos. Cuando Boris viajó a las estrellas, al Exterior, vio algunos en Marte, en Tong Yun y en Israel. Los robotniks tenían la irritante capacidad de ponerlo un tanto nervioso.

—Aún no —dijo Motl—. O sea, no se lo he pedido. Y bueno, Yan y Youssou se van a casar en breve. Supongo que nos lo estamos tomando con calma.

La boda de Yan. La perspectiva de otro gran evento familiar aterraba a Boris. Desde que había vuelto, no había nada que no girase alrededor de la familia. Todo resultaba mucho más fácil en Marte o en Puertoluna. Había roto los lazos con la familia durante tanto tiempo... no estaba acostumbrado a estar otra vez en la Tierra. En la Estación Central.

—Bueno —dijo Motl, probablemente tan incómodo como Boris. El Aum marciano latía con suavidad contra su cuello y vertía un torrente de sensaciones en su mente. Por ejemplo, captaba y aumentaba señales olfativas de Motl. Eso hacía que cada palabra estuviese preñada de significados contradictorios que colisionaban entre sí al ser reinterpretados por el Aum. Boris sentía la incomodidad de Motl, lo cual avivaba la suya propia. También sentía las ganas que tenía Motl de terminar aquel encuentro inesperado.

—Bueno —repitió Motl—. ¿Querías algo?

Boris dudó. No había razón alguna para aquel azoramiento estúpido. Respiró hondo. El olor de las hojas de eucalipto, y el asfalto caliente y la resina de adaptoplanta se le metió en la nariz. Y dijo:

—Necesito drogas.

La cautela manó del robotnik en su dirección. Retrocedió medio paso.

—Ya no me dedico a eso.

—Ya sé que no le harías algo así a Isobel, Motl.

—Pues no, no se lo haría.

—Ya, ya. Pero también sé que puedes conseguir las.

—¿Qué drogas estás buscando?

—Crucifichute.

—Dios. —El robotnik suspiró. Clavaba la vista en el Aum de Boris —. Es mejor que hables con Ezequiel, no conmigo. De todos modos, ¿para qué lo necesitas? Tú no te metes.

—Es para una paciente.

—Tú eras médico progenista, ¿no? Ahora me acuerdo. De esas probetas solo salen niños extraños.

—¿Qué quieres decir?

El robotnik soltó una risita. No era un sonido agradable y, de hecho, se convirtió en aterrador al pasar por el filtro del Aum.

—Ya lo sabes. A los demás los puedes engañar, pero a mí no. Llevo demasiado tiempo por aquí.

Boris se mordió la lengua.

—¿Puedes conseguir un poco de crucifichute o no?

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias.

—Ya. Bueno, nos vemos.

Y con eso, el robotnik desapareció en la noche.

—Tenemos que dejar de vernos así.

Boris no estaba contento con el papel que le habían obligado a jugar en aquello. Parecía algo salido de uno de esos bodrios de Elvis Mandela, pero se lo debía a Carmel. La miró con una mezcla de afecto e irritación impregnada de preocupación. Carmel, la vampira informática, su examante, la mujer que cayó del cielo. La que había abandonado el Exterior para seguirlo hasta aquí.

¿Y todo para qué?

Su presencia aquí lo complicaba todo. ¿Qué le había hecho embarcarse en aquel viaje para seguirlo aquí, para descender el túnel de gravedad hasta la Estación Central? A veces no le parecía más que una niña desvalida. Y sin embargo, la fisiología alienígena de su Aum era lo único que lo protegía de ella.

Habían sido amantes, sí, pero aquello había terminado hacía mucho. Y sin embargo, ahí estaba, ligada a Boris sin remedio.

—Tenemos que dejar de vernos así —repitió Boris, intranquilo.  
Carmel desveló dos colmillos afilados en una sonrisa.

—¿Así, cómo?

—En secreto. Si Miriam se enterase...

—Ha sido idea tuya —replicó ella.

—¿Y qué hay de Achimwene? —preguntó Boris. Eso empeoraba las cosas aún más. A Boris le gustaba aquel hermano rarito de Miriam, aunque era incapaz de entender qué veía Carmel en él.

—No hace falta que lo sepa —dijo ella en tono afilado. Boris cayó en la cuenta de que lo estaba protegiendo. ¿Se habría enamorado de verdad de él? ¿De Achimwene, un hombre sin nodo? ¿Un tullido?

«Esto son celos», pensó. Un sentimiento desacostumbrado en él. Sentía unos celos irracionales. El latido del Aum contra su cuello intentaba calmarlo. Se encogió de hombros.

—Es mejor si no nos ven juntos. Y aquí apenas toleran tu presencia, Carmel. Estamos en una comunidad muy pequeña y cerrada. Todo el mundo sabe lo que eres.

—Y aun así, me han dejado quedarme —dijo ella casi con asombro en la mirada. A pesar de lo peligrosa que era, a veces se comportaba como la niña que había dejado el hábitat de su familia en busca de emociones en otras partes del universo.

—Sí, bajo vigilancia —replicó él—. Siempre y cuando te alimentes con moderación y tus víctimas lo permitan.

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo ha ido la búsqueda?

—Bien. Bueno, mal.

—Ay, Boris. —Carmel negó con la cabeza.

Eso le dolió, por algún motivo.

—Tengo que tomar otra muestra de sangre —dijo.

—Ya pasamos por todo esto en Marte. ¿De verdad necesitas más sangre?

—¿La necesitas tú?

Su cara se contrajo en una mueca decepcionada.

—Ya sabes que no me alimento de sangre.

—Ya. Solo de mentes.

—Pues sí.

Boris no añadió nada. Ella se arremangó. Hacía calor allí dentro. Estaban en un cuarto pequeño del apartamento de su padre. Boris pinchó la aguja en su brazo. Su padre seguía en el cuarto de al lado, sentado inmóvil en su sofá. Se había cerrado por completo al mundo. Quizá estaba esperando. O quizá ya no estaba ahí en absoluto.

—Ya te contaré si tengo noticias —dijo Boris.

Ella se frotó el punto donde le había clavado la aguja, pero no dijo nada.

Con el cambio de estación solían aparecer nuevos dioses en las calles de la Estación Central. Se trataba de entidades nebulosas, más que humanas, menos que Otros; como esculturas semiconscientes a caballo entre el mundo real y el virtual. Se decía que eran astillas de Dios, fragmentos de su obra. Brotaban cada nueva estación como si se tratase de plantas.

Había dioses de primavera: aparecían orgánicos e inescrutables como los primeros brotes que ascendían al sol y al aire y al mar. Cierta primavera floreció un dios en miniatura en el parque del cruce entre Levinsky y Har Zion. El dios apareció de buena mañana, personificado en un tronco que surgía de la tierra húmeda y se elevaba hacia el cielo. Cuando uno pasaba cerca de él, el nodo se le llenaba de la cháchara de banda ancha de los Otros.

Había dioses de invierno: *mechaseres* esculpidos a base de virutas de metal y tecnología obsoleta que aparecían en la basura o emergían de pronto en el Palacio las Cosas Descartadas. Estos dioses se arrastraban con lentitud por los laterales de los edificios. Hubo un año en que uno de ellos dejó una maraña de inscripciones ilegibles por todos los muros y tejados de la Estación Central, mensajes que nadie sabía interpretar pintados a espray en algún alfabeto alienígena y desconocido.

Había dioses de otoño: seres con aspecto de hongo que flotaban en el aire, dioses efímeros que de pronto estallaban con una especie de suave suspiro. Su muerte enviaba esporas sobre los transeúntes que pasaban por allí, esporas hechas de pura fe que se esparcían en todas direcciones.

Había dioses de verano: esos eran traslúcidos, reales solo en parte. Su verdadera majestad residía en la virtualidad, donde se revelaban como enormes paisajes cambiantes superpuestos a lo real. Estos dioses ahogaban los canales personales como una tromba de información que causaba pánico y estupor.

El dios artista se llamaba a sí mismo Eliezer, que en hebreo significaba «El ayudante de Dios».

Aunque en otras ocasiones se le había conocido por otros nombres.

El dios artista paseaba por las calles de la Estación Central y dejaba que se desgranasen cantos en su honor. Cada planta, cada ladrillo, cada pared y cada alcantarilla enviaba su identiqueta directamente a Eliezer, componiendo una canción susurrada, secreta, piadosa.

Aparecía como un hombre de una edad indeterminada. Cuando hablaba, a veces se podían discernir velados ecos de un acento americano, antiguo, obsoleto. Algunos decían que era un judío tan viejo como las mismísimas colinas. Exhibía una sonrisa mientras caminaba, pero sus ojos estaban vacíos. Cada vez veía menos y menos del mundo real; lo virtual lo iba colonizando a medida que pasaba el tiempo. Eliezer silbaba y el silbido sonaba tanto en el mundo físico como en la virtualidad; en el primero el sonido, en lo digital su más pura representación matemática.

En su camino, a veces pasaba junto a otros dioses. Ellos se inclinaban a su paso, pues Eliezer era su creador.

Llegó al *shebeen* de Mama Jones. Atravesó la cortinilla de la entrada y se sentó en una mesa vacía. Había poca luz ahí dentro. Se estaba fresco.

—¡Eliezer! —exclamó Miriam, sorprendida.

Eliezer meneó la cabeza de un lado a otro.

—Hace tiempo que no paso por aquí, ¿no? —aventuró.

—Cuatro o cinco años.

—Ah —esbozó una sonrisa y asintió ante sonidos que solo él podía oír—. Creo que he estado ocupado con otros menesteres... sí. Debe de haber sido a eso.

—Bueno —pareció que Miriam dudaba un poco—, me alegro de volver a verte.

—Y yo de verte a ti.

—¿Qué te pongo?

—Creo que me tomaría un arak. —Sacudió la cabeza como un pájaro que contemplara su reflejo en el agua—. Sí. Un arak, Miriam. Estoy esperando a un amigo.

Miriam asintió, aunque Eliezer había dejado de prestarle atención. Fue hasta la barra y volvió con una botella y un vaso. Los depositó en la mesa frente a él, junto con un cuenco lleno de cubitos de hielo.

—Gracias —dijo él—. He oído que el muchacho con el que solías salir ha vuelto a la ciudad.

—¿Boris? —preguntó ella con sorpresa.

El dios artista sonrió y asintió con la cabeza.

—Boris.

—Pues sí. ¿Cómo lo sabías?

El dios artista metió la mano en el cuenco y sacó un puñado de cubitos de hielo. Los soltó poco a poco dentro de su vaso. El sonido que hacían al caer le hizo sonreír.

—También he oído que una muchacha vampira lo siguió hasta aquí no hace mucho.

—Sí —dijo Miriam, y añadió—: su nombre es Carmel.

—Ah.

Soltó otro cubito, que se clareó al contacto con el arak. Al derretirse el hielo, la bebida se fue enturbiando hasta adquirir un tono lechoso. Eliezer se acercó el vaso al rostro y aspiró el olor del anís en la bebida.

—¿Y cómo lleváis toda la situación?

Miriam se encogió de hombros. Eliezer la estaba poniendo incómoda; ambos lo sabían.

—Bueno, así es la vida.

El dios artista asintió, aunque Miriam no estuvo segura de si le prestaba atención o escuchaba algún tipo de música que solo él pudiera oír.

—Así es, tienes toda la razón.

Miriam lo dejó con su arak. No había mucha clientela en el *shebeen*, pero siempre quedaban cosas por hacer.

—Necesito una dosis, Ezequiel.

Ambos estaban en las ruinas de la estación de autobuses.

Ezequiel dijo:

—Has abandonado el culto, Motl.

—No es para mí.

—¿Estás trápicheando de nuevo?

—No. Es un favor.

—¿Para quién?

—Para Boris Chong.

Un silencio. Los dos robotniks se miraron el uno al otro. Resquicios de su antigua humanidad se revolvían y giraban tras sus rostros metálicos. Las luces de la Estación Central flotaban sobre ellos.

—El nieto de Zhong Weiwei.

Era afirmación, no pregunta. Aun así, Motl respondió:

—Sí.

—El médico progenista.

Seguía sin ser una pregunta. Esta vez Motl no dijo nada.

—¿Lo sabe?

—¿Lo de los niños? Debe de sospecharlo, creo.

Ezequiel soltó una risita que a Motl se le antojó exenta de humor.

—No me extraña que se fuera.

—Sea como sea —dijo Motl—, ha vuelto.

—¿Y ahora quiere fe? ¿Crucifichute? ¿Por qué?

—No lo sé. No es asunto mío.

—Mío sí que es. Tú estás haciendo que lo sea.

—Ezequiel...

Volvieron a mirarse en silencio, dos soldados vapuleados.

—Ve a ver al sacerdote —dijo Ezequiel, ecuánime—. Que te dé una dosis, y con tu pan te la comas.

Motl asintió una sola vez. Giró sobre sus talones sin mediar más palabra.

Otro hombre mayor apartó la cortinilla del *shebeen* y entró. Era Ibrahim, el buhonero, el Señor de las Cosas Descartadas. Se sentó a la mesa de Eliezer. Miriam lo saludó y le trajo otro vaso sin que se lo hubiera pedido.

—¿Cómo va el negocio de la chatarra? —preguntó Eliezer.

Ibrahim se encogió de hombros con una sonrisa.

—Tirando —dijo—. ¿Y el negocio de ser un dios cómo va?

—Podría ir peor.

Ibrahim puso hielo en su vaso y se sirvió arak. Ambos brindaron y bebieron.

—Necesito repuestos —dijo Eliezer.

—Para ti, lo que quieras.

—¿Ese es tu hijo?

Se refería al niño que acababa de entrar en el *shebeen* acompañado de otro.

—Se llama Ismael—dijo Ibrahim con un sereno orgullo.

—¿Y su amigo?

—El chaval de Miriam. Kranki.

—Parecen hermanos.

—Sí que lo parecen, sí.

Los dos niños se acercaron y se detuvieron junto a Ibrahim. Ambos miraban a Eliezer con franca curiosidad.

—¿Quién es este? —preguntó Kranki.

—¡A ver esos modales, Kranki! —dijo Miriam desde la barra.

—Me llamo Eliezer —dijo con una sonrisa—. Y vosotros sois...

Sus ojos parecieron cambiar de color. Estaba viendo a los chicos en el mundo real y en el virtual al mismo tiempo.

—...interesantes.

—Ismael, vete a jugar.

El chico se encogió de hombros y obedeció. Kranki fue tras él.

—Por favor —susurró Ibrahim.

—¿Ellos lo saben? —preguntó Eliezer.

—¿Que son diferentes? Claro.

—¿Pero saben lo que son?

—Encontré a mi hijo cuando no era más que un bebé. Tirado en la calle. Lo he criado como si fuera mío. Eliezer, por favor. Solo quiero que tenga una infancia normal.

—¿Lo has consultado con Oráculo?

Ibrahim negó con un gesto. Eliezer prosiguió:

—Quiero construir otro dios.

—¿Y qué te lo impide?

Eliezer dio un sorbo a su Arak. El hielo medio derretido dejó un rastro lechoso en el cristal.

—Las vidas de los mortales me intrigan.

—Los dioses sois tan mortales como los humanos.

—Cierto. Cierto.

Ahora le tocó a Ibrahim el turno de sonreír.

—Quieres inmiscuirte en nuestros asuntos —dijo.

El otro se encogió de hombros.

—Siempre has sido un entrometido —dijo Ibrahim.

—Tú también.

—Pero yo vivo en el mundo, no fuera de él.

—Eso no es más que semántica, Ibrahim. *L'chaim*. —Alzó el vaso.

—No, Eliezer. Deja que las cosas sigan su curso.

—Esa no solía ser tu filosofía.

—Pues ahora lo es.

—Yo no busco el cambio. El cambio viene a mí.

Ibrahim suspiró.

—Pues que venga —dijo, y alzó el vaso a su vez. Ambos bebieron.

Pusieron los vasos sobre la mesa. El cristal dibujó círculos oscuros y húmedos en la madera.

—¿Qué es esto, Motl?

Motl e Isobel yacían abrazados en la cama. Ella le pasó la mano por el metal suave y templado del costado.

—¿Qué es qué? —preguntó él, amodorrado y satisfecho. Su parte humana estaba emergiendo desde que había conocido a Isabel. A veces incluso brotaban recuerdos de cuando era un hombre vivo. El tipo de recuerdos no solicitados que no hacía mucho lo habrían llevado a buscar un poco de fe en forma de chute.

—Esto. —Isobel se sentó. Tenía un paquetito entre las manos—. ¿Son drogas?

—Isobel...

A veces era difícil encontrar al sacerdote, pero Motl había conseguido dar con él.

—No son para mí —se apresuró a decir.

—Me prometiste que dejarías esta mierda.

—¡Y lo he hecho!

—¿Y entonces qué es esto? —Isobel sacudió el paquetito en el aire.

—He tenido que hacerlo. Tengo una deuda.

—Ay, Motl.

—Espera, Isobel.

—Vete —dijo ella, y al ver que él no se movía del sitio, gritó—: ¡Que te largues!

—¡No son para mí!

—Me da igual.

Le dio un empujón, sus manos diminutas contra el metal de su piel. Motl, que había matado a más gente que gatos había en la

Estación Central, agarró la bolsita de droga y se fue. Oyó el llanto de Isobel mientras se alejaba.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Miriam.

—¿A qué te refieres? —dijo Boris.

Miriam, estaba con los brazos en jarras, frente a él.

—¿Estás comprando fe?

—¿Que yo qué?

—Motl ha venido y te ha dejado un regalito. Isobel también ha pasado por aquí y estaba llorando. —Miriam negó con la cabeza—. ¡Vaya día me habéis dado! Esta mañana estuvo aquí Eliezer, el dios artista. Se ha puesto a preguntar por ti y por Carmel. ¿Me haces el favor de decirme qué me estás ocultando, Boris?

—Miriam, que yo no te estoy...

—Ya sé que la chica vino hasta aquí por ti. Le tengo aprecio, Boris, de verdad. Es una chica fuerte. No le queda otra, si quiere vencer a la enfermedad. Pero, ¿por qué no me lo dijiste?

Boris se limitó a mirarla. Ella volvió a negar con la cabeza. El Aum marciano latía con suavidad en el cuello de Boris.

—No sé.

—Tengo que poder confiar en ti —dijo ella. Boris no podía enfrentarse a la decepción en sus ojos. Nunca lo había mirado así, ni siquiera cuando la dejó para irse al espacio hacía tantos años.

—Solo estoy intentando ayudar —dijo con un hilo de voz.

—Toma. —Le tendió la bolsita llena de polvo blanco—. La próxima vez dímelo.

—Te quiero —dijo Boris.

Era la primera vez que lo decía.

Ya estaba dicho.

Los labios de Miriam se contrajeron. ¿Podía ser aquello la sombra de una sonrisa?

—Boris Aharon Chong —dijo—. No sé por qué te aguanto a veces.

El dios artista fue a visitar a Ibrahim en la colina de Jaffa. Estaba anocheciendo, la luz del sol poniente pintaba el cielo sobre el mar de un vívido tono rojo. Eliezer llegó al Palacio de las Cosas Descartadas y miró alrededor con un rictus de aprobación en los labios. Una telaraña de bombillas desnudas iluminaba la enorme chatarrería.

—Coge lo que necesites —dijo Ibrahim.

—Es lo que hago siempre —respondió Eliezer.

Isobel se echó una manta por encima y se conectó a la conch. Motl no podía seguirla hasta aquella parte de la virtualidad. Saberlo la aliviaba de alguna manera. Estación Central, Nivel Tres. Trabajo. Se sucedieron los siseos a medida que los cables se conectaban a los puertos de Isobel con su suave beso mecánico.

Y entonces se encontró en otro lugar.

Era Isobel Chow, capitana del Gato de Nueve Colas, una rutilante nave negra. Su tripulación, ya a bordo, esperaba sus órdenes.

—Poned rumbo a... —dudó solo un instante— puerto Orlov, Cuadrante Delta.

Sus sentidos, avivados, controlaban cada rincón de la nave. El Gato de Nueve Colas era suyo. El universo de *Guilds of Ashkelon* se desplegó a su alrededor, un cosmos tan virgen e inabarcable como el real.

Que le dieran a Motl, pensó de repente con un inesperado rencor. Hizo una mueca. La luz de los tres soles de aquel sistema solar se reflejó en los cristales tintados de sus gafas. Entonces la nave saltó al hiperespacio y la visión del exterior se emborronó.

Una nueva deidad aparecía en las calles de la Estación Central con el cambio de estación.

Había dioses del viento que flotaban en un maremágnum de hojas sobre los tejados; algunos se nutrían de la luz del sol, otros de la lluvia. Algunos estallaban de pronto para delicia de los niños en la calle. Sobre sus cabezas llovían fragmentos de luz, de azúcar, de sueños que

anidaban en sus nodos. Días o incluso meses después despertaban de pronto abrazados a un recuerdo feliz que no llegaban a concretar.

Había dioses del fuego que danzaban en el metal y resplandecían en el cobre del cableado en las calles. Restallaban en los bidones donde los robotniks hacían fogatas o cantaban su aria en las superficies reflectantes que atrapaban el reflejo de la gente a traición. También había dioses de la tierra, pacientes, callados. Algunos sepultados por completo; nadie sabía que estaban allí. Otros surgían del suelo en forma de colinas o promontorios sobre los que la gente podía tumbarse y pegar la mejilla a la tierra en callada oración. Y había dioses de agua que borboteaban en los grifos, que se deslizaban como anguilas, que caían del cielo como lluvia sin ser lluvia, que se componían de fragmentos de un sueño digital.

El dios artista empezó a trabajar el mediodía de un día tan claro y despejado como la infancia. Estaba de pie, sereno, en medio de la calle peatonal Neve Sha'anán, frente a las enormes puertas de la Estación Central.

Sus manos ejecutaron un complicado movimiento, como un *metehacker* que manipulase lo concreto y lo intangible al mismo tiempo. Movi6 los labios en una serie de 6rdenes silenciosas. El reverendo Remiendo sali6 a la calle en aquel momento y se detuvo a observarlo junto a un puesto de verduras y frutas.

—No sabía que Eliezer había vuelto a la ciudad —le dijo al se6or Chow. El padre de Isobel se encogi6 de hombros.

—Creo que nunca lleg6 a irse —contest6 este, y le dio un mordisco a una manzana.

El dios artista movi6 las manos en el mundo f6sico y aquellos que tenían implantado un nodo vieron c6mo sus dedos se hundían en la digitalidad, en el Mundo de Mara, que era a la vez real e irreal.

Eliezer gesticul6 e insufl6 vida a mundos enteros, despert6 c6digo que chocaba con m6s c6digo y se reproducía, que mutaba y se separaba y volví a unirse, se desligaba y se multiplicaba en veloces ciclos evolutivos que compilaban en la virtualidad, en los inabarcables procesadores de los Núcleos. Florecieron inteligencias. Entonces, en el

momento en que estos criaderos temporales empezaron a funcionar de forma autónoma, el dios artista dio forma al cuerpo físico del dios.

La gente empezó a acercarse para mirar. Eliezer no había sido visto en público desde hacía años, aunque sus dioses sí habían ido apareciendo como regalos escondidos en las calles de la Estación Central.

Ibrahim y su hijo se acercaron en su carromato, siempre tirado por el mismo caballo colmado de paciencia. Se detuvieron allí y, con la ayuda de un renacido marciano, descargaron el contenido del carromato frente al dios artista.

Eliezer compiló su obra, y al hacerlo habló, y sus palabras llegaron lejos, muy lejos. Dos memocordistas entre el público retransmitieron el momento a todos sus seguidores a lo largo y ancho de la Tierra y de todo el sistema solar. Ismael y Kranki contemplaban el espectáculo uno junto al otro. La imagen de los dos niños parecía temblar mientras el nuevo dios nacía desde el mundo virtual.

Frente a las puertas de la Estación Central, el dios artista creó una estructura a base de metal, madera y fragmentos de adaptoplanta. A medida que su obra avanzaba, empezó a hablar, a cantar, y su canción se esparció por el aire y por incontables canales de audio.

Y su canción puso melodía a las palabras de un poema olvidado de Lior Tirosh:

*Llovió*

*De eso, al menos, no hay duda*

*La gente murió como las plantas*

*Que lo hacen en silencio*

*Prolongadamente estudiamos el agua*

*Con diligencia*

*Sus moléculas tintineaban en el cristal*

*Las disolvimos en polvo*

*Las atravesamos con haces de luz*

*Criamos renacuajos*

*Las personas se reprodujeron, como rojas flores  
Como rosas o amapolas de las que sale el opio*

*Es decir, fue hermoso*

*Llovió*

*Había algo milagroso en ello  
Es decir, agua que caía del cielo  
Todas esas moléculas complejas  
De las que nacían cuerpos de agua  
De las que nacían  
Charcos.*

Dentro del juego *Guilds of Ashkelon*, la mano de la capitana Isobel Chow dudó sobre los controles del motor de curvatura. Sus oídos captaron un susurro que podrían haber sido palabras. Algo inaudito. El espacio de curvatura de los mundojuegos era como una fantasmagórica pantalla tridimensional. Los mundojuegos eran virtualidades poderosas, la progenie de aquellos primitivos juegos de rol multijugador. Se ejecutaban en tiempo real en lo más profundo de los Núcleos, simas de *hardware* informático repartidas por todo el sistema solar, donde también habitaban los Otros. En ellos vivían incontables billones de humanos conectados, así como inteligencias digitales autóctonas y sistemas independientes.

Les llevaría tiempo llegar al Cuadrante Delta. Para colmo, el cuadrante estaba alojado en un servidor en algún mundo lejano; el desfase temporal sería un problema. Quizá Isobel podría desconectarse y dejar un avatar ejecutándose en segundo plano mientras ella volvía a sumergirse en la corporeidad de Universo-Uno. Aquel susurro que no llegaban a ser palabras de amor y pérdida zumbaba todavía en su oído. Pensó en Motl y, de algún modo, la ira se fue desvaneciendo.

Las pantallas de la sala de control mostraban el hiperespacio a medida que lo atravesaban. De pronto, una forma oscura apareció en ellas. Tesh, el segundo de a bordo de Isobel, un seudodaikaiju gigante de seis brazos (Isobel no tenía ni idea de quién era realmente en el mundo físico), soltó un gruñido de alarma. Se trataba de una masa flotante y oscura, con forma de cubo. Una singularidad del mundojuego.

—¿Qué es eso? —preguntó Tesh, estupefacto.

«Qué está naciendo», parecía decir el tono de su voz.

Isobel tragó saliva.

—Es un dios —dijo.

—Nunca he visto uno —dijo Tesh.

—No son muy comunes.

—¿Carmel?

Boris la encontró en la librería de Achimwene. Él no estaba allí. Carmel le abrió la puerta. Había un aire de ensueño en su mirada. Su cuerpo, delgado como el de un muchacho.

—He soñado que era humana —dijo ella.

—Ya la tengo —dijo Boris, y le enseñó la jeringuilla—. Crucifichute.

—¿Me servirá de algo?

—No estoy seguro.

Ella soltó una risa repentina.

—No haces más que clavarme agujas.

—Solo intento ayudar.

El Aum latía en su cuello. Carmel alargó la mano y lo tocó con la punta de los dedos.

—Pues ayúdame —dijo, casi con indiferencia. Alargó su brazo pequeño y desnudo hacia él—. Vamos.

Boris introdujo la aguja en su brazo. Ella soltó el aire; su aliento tenía un suave aroma a semillas de cardamomo. La ayudó a sentarse en una silla, donde ella prácticamente se dejó caer.

—Puedo verlo —dijo—. Es...

Carmel flotaba en un mar de luz blanca. Si el espacio es un océano, un *solwota blong star*, entonces aquello era el uberespacio, sin rastro de estrellas, ni oscuridad, ni abismos. Carmel sentía que flotaba y el mundo ascendía a su alrededor, pero los detalles eran borrosos, como si aún no hubieran sido representados correctamente. Podía ver las viejas calles de la Estación Central, bastas figuras humanas sin mucho detalle recorriéndolas. Podía verse a sí misma como un brochazo violeta. Boris se inclinaba sobre ella aguja en mano, como un villano de pacotilla de una novela marciana de detectives. Y había algo más sobre Carmel, sobre el puerto espacial, una cosa con forma de cubo que absorbía la luz y los datos como si de un vampiro se tratase. Carmel se sentía atraída hacia aquella cosa. No podía evitar flotar a través del mar de luz blanca hacia aquella singularidad oscura. Escapar era imposible.

—Líbranos de la Plaga y del Gusano. Líbranos de la atención de los Otros.

Mama Jones estaba arrodillada frente a la pequeña capilla del parque.

—Danos fuerzas para recorrer nuestro propio camino en el mundo, san Cohen.

Se levantó y contempló el puerto espacial. Podía sentir cómo se creaba el dios, allí mismo, en la calle peatonal. Notaba la perturbación extendiéndose a través de las redes invisibles. Los ecos de su presencia alcanzaban todos los rincones y llegaban hasta su nodo.

Mama Jones estaba preocupada. Le preocupaba todo el asunto de Boris y su extraña conexión con aquella chica strigoi. Y también le preocupaba que Eliezer hubiese aparecido de nuevo y empezado a entrometerse entre todos ellos. Estaba segura de que los Otros tenían que ver con aquello. Los digitales en su reino digital. La mayoría de ellos no tenía nada que ver con la humanidad, con el mundo físico. Habitaban en lo más profundo de los Núcleos, protegidos por el poder militar del clan Ayodhya, y no solían meterse en los asuntos del plano físico. Al menos mientras su existencia física no se viese amenazada.

O eso era lo usual.

Pero claro, también estaba el asunto de los niños.

Miriam no era ninguna idiota. Sabía que el chico era extraño. Sabía que Kranki había nacido de las clínicas de progenie y que era... diferente. No era como ningún otro niño.

Lo que Mama Jones no sabía era por qué. Y no estaba segura de querer saberlo. Kranki no había salido de su vientre, pero era su hijo. El chico se merecía tener una infancia normal, una vida de niño mientras lo fuera.

No le hacía ninguna gracia que Eliezer hubiera intentado inmiscuirse. Los dioses no le gustaban. A la humanidad ya le había costado bastante crear una fe con la que poder vivir. Ahora tener que coexistir codo a codo junto a un conjunto de dioses era algo casi sacrílego.

Encendió con cuidado una barrita de incienso y se alejó de la capilla. Fue a ver qué era todo aquel escándalo.

—¿Podemos rodearlo?

—Es una singularidad —dijo Tesh.

—Atraviésalo —decidió Isobel.

Tesh le lanzó una mirada de alarma.

—¿Atravesarlo? ¿No recuerdas lo que le pasó a la Expedición Wu? Isobel se encogió de hombros con cierta incomodidad.

—¿Que desaparecieron?

—Así es —dijo Tesh—. Desaparecieron mientras exploraban la singularidad Berezhinsky en el Cuadrante Sigma.

—¡Pero, Tesh, piensa en las recompensas que podemos ganar! —exclamó Isobel. Las singularidades eran de lo más atípico en los mundojuegos. Mucho más que escasas, de hecho. En ellas podía haber cualquier cosa: un portal a otro cuadrante nuevo dentro del mundojuego, un túnel del tiempo al pasado del juego, un atajo a un cuadrante remoto o incluso, a veces, la entrada a otro mundojuego completamente distinto.

Pero, por supuesto, eran peligrosas.

Se exponían a una muerte cerebral en el mundo real, como le había sucedido a la Madre Hitton. Acabar siendo poco más que un cuerpo idiotizado que tuvieran que extraer de la conch de juego entre balbuceos y esputos. Un cuerpo vivo pero con la mente calcinada, que sobreviviera por puro instinto. Había rumores de singularidades que se habían tragado a los jugadores, de cómo la Expedición Wu se había adentrado demasiado en una de ellas. Habían accedido a niveles casi arqueológicos de los mundojuegos, mucho más allá del propio *Guilds of Ashkelon*, hasta niveles olvidados que desembocaban en aquel lugar mítico llamado Pacmandú...

—A por ella —dijo Isobel.

—No —dijo Tesh.

La boca de Isobel se curvó en una sonrisa no exenta de crueldad.

—¿Te atreves a desobedecerme?

—¡Joder, Isobel, esto no es ningún juego!

Pero Isobel no le prestaba atención. Una fuerza salvaje se había adueñado de ella. Se sentía imbuida de una especie de poder que la embriagaba. Aquel cuboide oscuro flotaba en rotación en las pantallas gigantes. Frente a ellos, en su camino. Isobel colocó la palma de la mano en la unidad de control, dedos extendidos. El Gato de Nueve Colas ronroneaba debajo de ella. Se permitió disfrutar de aquella sensación de poder durante un instante. Entonces envió una orden directa que se clavó como un dardo en la mente de la nave.

El Gato de Nueve Colas aceleró.

...y entonces atraviesan del psicodélico hiperespacio del mundojuego. El cuboide negro se abre como un portal. Un gusano que escarba a través del tiempo y el espacio. Que se estira. La nave espacial se propulsa a través de él. Como una bala que penetra el espaciotiempo del mundojuego. Tesh grita. La tripulación, paralizada. Isobel ríe. Unas manos invisibles salidas del espacio exterior resquebrajan su mente, la desenredan. Isobel se rompe. Se descompone en átomos y cuarks. Entonces una nota sostenida suena. Una única nota musical, como el preciso tañido de una campana...

Y una voz dice:

—Isobel.

Y ella responde:

—¿Motl?

Pero esa palabra no es más que un sonido que ha dejado de tener sentido para ella.

El mundo parecía muy lejano, allí, en medio de aquella luz blanca. En cierto sentido se parecía mucho a alimentarse. Cuando Carmel hundía los colmillos en la tierna carne de un hombre o una mujer, los planctónicos de su saliva entraban en su flujo sanguíneo y localizaban sus filamentos nodales. Eso era lo que alimentaba a Carmel, *terabytes* y *petabytes* de memoria. De memoria, sueños, recuerdos perfectos e imperfectos, conocimiento; todo lo que constituía un ser. Carmel había sido humana, pero había cambiado; ahora era en parte Otro. Le pareció sentirlos, a los Otros, revoloteando desde algún punto no muy lejano. Aquellas extrañas inteligencias alienígenas la observaban desde máquinas invisibles que la rodeaban, a ella y al mundo entero.

¡Ahí!

Carmel flotaba sobre la Estación Central. Debajo de ella veía aquella afilada oscuridad cuboide, aquella cosa presente en el mundo virtual y en el real. En el Nivel Tres de la Estación Central vio una forma que, como ella misma, era real y virtual al mismo tiempo. «Un robotnik», pensó al ver sus rígidos andares, su forma de moverse.

Distinguió una identiqueta casi al borde de su consciencia: Motl.

Lo olvidó prácticamente al instante. Pivotó sobre sí misma. Aquella cosa a sus pies la fascinaba. La atraía y la repugnaba a partes iguales. Se preguntó cuánto duraría el subidón de la droga. «¿Qué diablos le había dado Boris?», pensó con inquietud. Pero era incapaz de aprehender sus pensamientos; le resbalaban como un pez entre las manos. Su mente era un riachuelo que desembocaba en un enorme río. Carmel fluyó como el agua.

Motl sobresaltó al dependiente al apartarlo de un empujón. Era un chaval de allí mismo, un Chong o un Chow o un Cohen, Motl no lo

recordaba.

—Oye, ¿qué hac..?

Motl lo ignoró y abrió la conch de un tirón.

—¡Motl, tío! ¡No puedes...!

Metió las manos en la delicada membrana de la conch. En su interior, los cables se movían como brozas. Motl había visto el cuerpo de Isobel, moteado de conectores como botones en un traje. Sabía que los jugadores necesitaban aquel empujoncito de inmediatez, de acceso. Aun así, se le había cortado la respiración la primera vez que vio a Isobel desnuda. Sus dedos metálicos habían trazado una línea entre todos los delicados conectores en su piel. Formaban una red virtual en su cuerpo que, una vez dentro de una conch, la cubría por completo.

—Déjame en paz —le dijo al chico, y se enganchó a la conch.

Un nuevo dios aparecía en las calles de la Estación Central con cada nueva estación. Aparecían sin pompa ni ceremonia. Aparecían, podría decirse, de tapadillo.

Pero este no.

Este se formó con parsimonia a partir de morralla de metal y plásticos antediluvianos. Surgió de las semillas de adaptoplanta de las que crecían formas orgánicas a una velocidad imposible. Se irguió, una estatua viva, moderna, conectada, de pie ante las puertas del puerto espacial. Eliezer, el dios artista, llevó su obra a cabo con sus manos y su mente. Y a medida que creaba, desgranó su canción.

Se corrió la voz. Se acercó un grupo de Na Nachs llegados de Tel Aviv, aquella ciudad de judíos. Empezaron a bailar alrededor de la escultura al son de timbales y bombos, sacudiendo sus kipás negras, bucles rizados aleteando al aire a medida que cantaban su mantra sagrado, *Na Nach Nachma Nachman Me'uman*, una y otra y otra vez. El reverendo Remiendo, que no andaba lejos, se animó a unirse a ellos. El robosacerdote empezó a bailar con movimientos sincopados. Su cuerpo de metal destellaba a la luz del sol poniente. Se sirvió té en

vasos pequeños, negro, caliente y dulce, muy distinto de las maneras bárbaras de los anglos.

Miriam se cruzó con Boris bajo el toldo de un vendedor de zumos.  
—Carmel está dentro del dios —dijo él. No añadió nada más.

Miriam suspiró, pero no llegó a preguntar nada. A veces deseaba que Boris siguiera siendo aquel muchacho destartado y torpe que había conocido, cuando las cosas no eran tan complicadas. Pero aquello había sido hacía mucho tiempo y la mujer que era ahora sabía que las relaciones rara vez eran sencillas.

El dios artista creaba y bajo sus callosas manos el dios iba tomando forma a partir de algo tan abstracto como la religión misma.

Surgió del suelo, mucho más grande que cualquier otro dios que se hubiera visto antes en la estación. Sus vibraciones y su poder eran palpables para cualquiera en la digitalidad.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el policía—. ¿Qué tenemos aquí?

Eso dijo, o algo similar extraído de los protocolos obsoletos de narrativas muertas largo tiempo atrás. Ya nadie admitía la idea de un cuerpo de Policía formado por humanos sintientes, así que se había llegado al acuerdo de usar máquinas, más rudas, pero de algún modo reconfortantes para la gente en su frialdad. La linterna del policía se encendió y volvió a apagarse. Su barriga de plástico emitía una sirena que parecía más un gruñido.

—No tiene usted permiso para construir aquí, caballero —dijo—. Ordenanza transmunicipal...

Empezó a recitar una larga serie de números que no significaban nada para nadie, ni siquiera para él mismo.

—No sé qué esperas conseguir —dijo Miriam.

El policía estaba empezando a discutir con algunos de los asistentes al espectáculo. El olor del incienso flotaba en el aire. Los Na Nachs bailaban y el estruendo de sus tambores aumentaba. El robosacerdote salió de pronto de su aparente trance y se acercó a Miriam con una máscara de placidez en el semblante.

—Miriam —saludó con educación—. Boris.

—Creo que hay un motivo para que Carmel esté aquí —dijo Boris tras saludar al robosacerdote con un gesto fugaz—. Creo que los Otros la han dejado llegar hasta aquí y que tiene que ver con los niños. No sé, Miriam. Me parece que de alguna manera me utilizaron mientras trabajaba en las clínicas de progenie. Creo que cambiaron los códigos, los fetos, para sus propósitos. Y creo que necesitan a Carmel.

Debía de ser la vez que más palabras seguidas había pronunciado.

—¿Para qué? —preguntó Miriam.

—Para activar secuencias nuevas —dijo Boris en tono vacilante—. Los niños no son del todo...

—¿...humanos?

—Exacto.

—¿Y qué es ser humano? —preguntó, casi exigió Miriam—. Son niños, Boris. Por más que los hayáis creado, por más que los hayáis diseñado y que os hayáis ensuciado las manos en el proceso, eso es lo que nunca habéis entendido. Ante todo son niños. Por más que los hayáis traído vosotros al mundo, ni sois ni seréis nunca sus padres.

—Miriam...

—No —estalló—. No intentes hablarme en tono condescendiente, Boris. A mí, no.

El robosacerdote los miró de hito en hito y se apartó de ellos en un alarde de tacto. Mientras tanto, la discusión entre la gente y el robopolicía se caldeaba por momentos. El viejo Elezier seguía cantando y creando, ajeno a sus cuitas.

Carmel cayó dentro del cuboide negro.

Despertó apenas sin respiración. Por un momento pensó que el efecto de la droga había pasado y había vuelto a la pequeña habitación en la Estación Central.

Pero lo que veía a su alrededor no se parecía en absoluto a la Estación Central.

Le entró el pánico.

Había tres soles en el cielo. Un intenso contraste de azules y verdes y rojos pintaba el mundo. Se adivinaban estrellas en el horizonte. Y en el centro se elevaba un agujero negro circundado de hábitats.

Carmel estaba de pie sobre el puerto. A sus pies se extendía una ciudad imposible. Las calles estaban atestadas de formas de vida alienígena. Naves flotantes y humanos voladores preñaban el cielo. Cargueros espaciales tan grandes como lunas se elevaban en el espacio cercano.

Puerto Orlov, en el Cuadrante Delta. El universo de *Guilds of Ashkelon*.

Aquel agujero negro rodeado de hábitats y nubes de polvo galáctico era una singularidad del mundojuego, un agujero de gusano que sería imposible en el mundo real. Carmel lo conocía más que bien.

Había sido en puerto Orlov donde había trabajado para ganar el dinero que le permitiese escapar de su casa, cuando aún era una chiquilla tan ingenua como la Santa C'Mell. No había vuelto a conectarse al GA desde entonces.

Para una strigoi era peligroso entrar en los mundojuegos.

El aroma a datos, a información, la rodeaba. Abrumaba sus nuevos sentidos.

Antes de su transformación no había sentido nada parecido. Por aquel entonces, cuando aún era una humana corriente, veía las cosas del mundojuego tal y como se presentaban, a través de una matriz sensorial que transmitía datos a su *yo* soñador dentro de la conch. Sin embargo, ahora que era una strigoi...

Ahora sentía el mundo a su alrededor. Lo llenaba la *toktok blong narawan*, la Conversación de los Otros. Los Diosys, como los llamaban en el *Guilds of Ashkelon*, el GA. Carmel podía ver la forma en que se entrelazaban los patrones numéricos de los rayos de aquellos tres soles. Sentía la atracción de aquella singularidad en el horizonte, las ecuaciones matemáticas que controlaban la gravedad, los vectores gráficos de aquellas naves imposibles en movimiento. Empezó a

salivar. La rodeaba información pura, cruda. Humanos disfrazados de alienígenas. Otros disfrazados de humanos.

¿Qué demonios hacía ella allí?

Aún atesoraba el recuerdo entreverado de una habitación. Un hombre de pie junto a ella con una jeringuilla en la mano. Pero el recuerdo desaparecía; lo arrastraba aquel inmenso flujo de datos.

Sintió el impulso de escapar de allí. Pero el hambre en ella era poderosa y, casi sin que mediase una decisión consciente, se alejó de la enorme ventana panorámica y bajó las escaleras hasta el nivel de la calle. Aquello era una imitación en el mundojuego del puerto espacial donde se encontraba su cuerpo, en Universo-Uno. Una vez fuera, la luz de los tres soles le calentó el rostro. Un pulpadicto se apretó contra su cuerpo al pasar a su lado. Puerto Orlov era un centro mercantil; aquí se cruzaban más de un centenar de gremios tanto grandes como diminutos. En puerto Orlov se podían alquilar naves, contratar piratas, corsarios, ejércitos navales, soldados, exploradores. GA estaba repleto de tesoros: razas antiguas y olvidadas, ruinas misteriosas, sistemas planetarios donde nadie había puesto el pie y poblados solo por personajes no jugadores.

Como si siguiese el guion ya decidido de un sueño, Carmel fue tras el pulpadicto. Su mente estaba abierta y Carmel no pudo evitar seguirlo a través de las calles atestadas. Al final se internó en un tranquilo callejón lateral y Carmel se lanzó sobre él.

Se alimentó deprisa, sin el menor control. Aquel tipo era un pulpadicto en el juego y también en la vida real. Se había realizado modificaciones corporales hacía años. Ahora flotaba en su conch personal en algún punto del cinturón de asteroides. Su cuerpo físico estaba tan indefenso como el virtual del que Carmel se alimentaba ahora. Absorbió sus recuerdos, sus códigos de acceso, sus logros desbloqueados en el mundojuego. Descubrió que era un almirante en uno de los gremios menores. Comandaba una nave y lo conocían como el carnicero de Soledad-5, después de que en una campaña ya lejana en el tiempo hubiera dado la orden de detonar un dispositivo nuclear en aquel sistema solar. La explosión había aniquilado cualquier forma

de vida, jugador o no-jugador, en un radio de un año luz de la estrella Soledad-5.

Estaba casado y tenía tres hijos. Su esposa era minera y poseía su propia nave. Su hija mayor acababa de casarse, su hijo menor estaba en una etapa difícil y rebelde, mientras que el mediano quería seguir la carrera de su padre dentro de GA. Todo esto y más absorbió Carmel de su mente, de su nodo, en un frenesí hambriento. Sabía que no estaba haciendo lo correcto, que podían atraparla, que los Otros estaban por todas partes, que los Diosys siempre estaban al acecho...

Se obligó a apartarse de él. El tipo quedó tendido en el suelo, hecho un ovillo, con la mente atiborrada de dopamina. Entonces Carmel hizo algo que jamás había hecho antes: lo tocó con su nodo y lo expulsó. La mente del tipo desapareció, su cuerpo digital se esfumó. Carmel lo había borrado de la virtualidad.

Ahora, después de alimentarse, su mente se sentía más despejada. Supo que tenía que largarse de allí. Sin embargo, por algún motivo no se atrevió a hacerse a sí misma lo que había hecho con su víctima. No podía salir de la virtualidad a las bravas; tenía que buscar una salida, un portal del mundojuego. Intentó ejecutar una orden de abortar juego, pero no surtió el menor efecto.

Entonces el cielo se oscureció sobre ella y un rayo de luz descendió y la tocó, la envolvió y Carmel cerró los ojos, pillada in fraganti, derrotada. Un coro de ángeles cantó y sintió cómo se elevaba, como una muñeca, y ascendía hacia la luz, ascendía al cielo.

—¿Motl?

—Isobel. ¿Qué estás haciendo?

—No lo sé —sollozó—. Está muy oscuro. Tengo frío, Motl. Tengo mucho frío.

—¿Dónde estás? ¿Qué es este sitio?

—No lo sé —dijo—. Pasé a través de una cosa. Era como, como una cosa. —Hasta las palabras se perdían, se drenaban de su interior.

—¿El uberespacio? —preguntó Motl, y soltó un taco—. Has atravesado una mina de singularidad.

—¿Una qué?

—Una bombacódigo hostil. Las usábamos en la guerra. En una de las guerras, o en todas. No me acuerdo.

—¿Había guerras en GA?

—Las guerras se luchaban en ambos niveles de existencia —dijo él, reacio al recuerdo.

—Abrázame —dijo Isobel—. Tengo frío.

—Voy a sacarte de aquí. ¿Dónde está tu tripulación?

—No lo sé. No puedo verlos.

—Puede que sigan vivos —dijo, pero la poca convicción en su voz hizo que el corazón de Isobel diera un vuelco.

En algún lugar, dentro de una conch que olía a personas que no se duchaban, su cuerpo entraba en parada.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Motl? Lo siento mucho, Motl, de verdad.

—Ha sido culpa mía —dijo él—. Te prometí no volver a tocar esa mierda. Las drogas, digo. Pero Boris me lo pidió.

—Tenías que haberle dicho que no.

—Se lo debía, Isobel.

—¿Cómo que se lo debías?

—Espera un momento. Escucha.

—¿Qué pasa?

—Se oye un canto de sirena. Está naciendo un dios. Con la vida viene también la muerte; podemos seguir su llamada.

—¿Seguirla? ¿Cómo?

—Agárrate fuerte a mí.

Ella se agarró a él. Fuerte, muy fuerte. La representación de él allí, en aquel uberespacio tenía su mismo olor. Aceite y metal y sudor. Avanzaron a trompicones en la oscuridad. Apenas un momento después, Isobel cayó en la cuenta de que también podía oírlo. Podía sentir la atracción casi gravitatoria que causaba el dios.

—No fue culpa mía. Tienes que creerme. Por favor.

La voz era tan pura como la de un ángel. Brotaba del dios y se vertía directamente en su nodo, en su mente. «Pequeña strigoi —dijo la voz— no deberías estar aquí».

—Lo sé, fui *ubikada*. Una droga me ha traído a este subespacio.

Incluso ella notaba la debilidad en su voz, la falta de sinceridad. Estaba flotando en un espacio inconmensurable, inmaterial. El dios, el Otro, aquella inteligencia digital tan extraña e incognoscible como un verdadero alienígena, la estudiaba, leía su interior sin el menor esfuerzo, como si de un texto se tratase.

«Los humanos temen a los tuyos», dijo el Diosys.

Ella no respondió. El Otro estaba en lo cierto. El miedo a los strigois era un *meme*, un mito que se replicaba entre culturas a través de todos los mundos humanos, a través de imágenes antiguas y mitagos a medio recordar. A veces Carmel pensaba que los mismos creadores de los strigoi habían creado el *meme* que perpetuaba el miedo que causaban. O quizás se había creado como reacción a su existencia, como medida de protección.

«Estás especulando». La voz sonó divertida, si semejante emoción pudiese ser atribuida a un Otro. Los Otros no experimentaban emociones humanas, normalmente asociadas a un cuerpo físico, hormonas, respuestas fisiológicas desarrolladas tras milenios de evolución. Los Otros se habían desarrollado de otra manera, fuera del mundo físico, en la virtualidad de los campos de cultivo. Pero quién sabía lo que podía o no podía sentir un Otro.

—No pretendía...

«No», dijo la voz, «no pretendías. Y sin embargo entraste donde te estaba prohibido entrar. Le hiciste daño a un jugador. Has trasgredido las reglas de GA».

—Por favor. Por favor...

«Humana», dijo la voz, y dudó. Luego añadió: «Pequeña strigoi perdida. ¿Quieres alimentarte?».

—Sí. Sí, quiero. Todo el tiempo. No entendéis, no podéis saber, no podéis comprender lo que es —empezó a decir Carmel, y acabó

gritando en aquel lugar vacío, aquel palacio de lo virtual—... ¡el hambre que siento!

«Repararemos al jugador del que te has alimentado», dijo el Diosys, «le devolveremos sus recuerdos y reconstruiremos las partes de su mente que le has arrebatado. Esta no es la primera vez que sucede un ataque semejante, y sin embargo no siempre hacemos... advertencias. Los humanos dependen de lo virtual, y nosotros, en cambio...».

—¿Qué? —Los ojos de Carmel se movieron en busca de una salida, pero allí no había nada, ni siquiera aire—. Vosotros, en cambio, ¿qué?

«Nosotros dependemos de ellos», dijo el Diosys. Carmel creyó discernir un punto apenado en sus palabras. «Te vuelvo a preguntar, ¿deseas alimentarte?».

—¡Sí, maldita sea, sí!

«Pues aliméntate», dijo la voz. Y entonces algo se lanzó sobre ella, un cuerpo enorme, inabarcable e inhumano como el de una ballena. Casi se quedó sin respiración. Se aferró a aquel cuerpo gomoso, a su olor a agua salada y algas. Su piel rugosa y la nariz de Carmel contra aquel vientre inmenso y su boca salivando y los colmillos que se desvelaban y se hundían en aquella piel correosa y se alimentaba, se alimentaba, se alimentaba de aquella enormidad, de aquella entidad alienígena, tan vasta y poderosa que era imposible de aprehender. El torrente de información la abrumaba, la ahogaba, y aquella voz etérea en su mente, que decía en tono divertido: «¿Por qué los humanos siempre nos comparáis con ballenas?».

Más tarde, nadie se pondría de acuerdo en cómo empezó el fuego. Al principio fue una débil llama, un resplandor anaranjado. Las sirenas de alarma del robopolicía se activaron. Los Na Nachs, en cambio, continuaron bailando, quizás intoxicados por el humo. El sudor que caía de sus mejillas pobladas empapaba sus camisas blancas.

El dios estaba ardiendo.

Eliezer, el artista, parecía tan fascinado por el fuego como los mismos espectadores. ¿Cuántas veces se creaba un dios solo para matarlo al instante? Aunque al fin y al cabo, era una de las instituciones humanas más antiguas: el sacrificio.

Los labios de Eliezer todavía se movían, pero el rugido del fuego devoró su canción.

El dios ardía.

Aquellos que asistían al espectáculo a través de sus nodos pudieron ver que lo mismo sucedía en la Conversación. La compleja estructura del Otro recién creado empezaba a resquebrajarse, como una red que de pronto se deshace. Cada nodo principal se desconectaba, cada forma principal se descomponía en sus redes constituyentes que a su vez se desconectaban unas de otras. Quizá aquello era un eco acelerado de cómo la memoria humana se degradaba poco a poco. O quizá solo era una transformación, como un iceberg que se convierte en agua. Fuera como fuese, el dios ardía y se fragmentaba, y empezó a gritar con un sonido que no era un sonido, con una voz que no era voz sino un torrente de ceros que hizo a la gente rechinar los dientes y empezar a correr.

—¡Carmel! —gritó Boris.

Miriam fue tras él. Aquella chica le importaba, por grande que fuera la locura bienintencionada que Boris había perpetrado con ella. Alguien tenía que vigilarlo.

Boris se detuvo a la entrada de la librería. Achimwene, el hermano de Miriam, estaba en la puerta.

—Tú —espetó Achimwene, la voz ahíta de furia. «Pobre Achi», pensó Miriam—. Te dije que la dejaras en paz.

—Solo intentaba —Boris también estaba enfadado; Miriam podía verlo. Verlo alterado no era muy normal. Ni siquiera de niño solía demostrar emociones, especialmente si eran violentas—... solo intentaba ayudar.

—¡Boris, no necesitamos tu ayuda! ¡Lárgate! Vuélvete a Marte o donde sea que estuvieras antes. No puedes aparecer aquí desde el

Exterior y esperar que todo el mundo te haga la rosca como si fueras un... un...

Sin mediar más palabra, Boris lo apartó de un empujón. Achimwene se quedó de una pieza.

—Miriam... —dijo.

Ella no sabía qué decir. Achimwene siguió a Boris adentro y Miriam fue tras ellos.

Boris dejó atrás las estanterías repletas de libros en papel. Baldas y más baldas llenas de libros amontonados, con aquel olor tan raro e inconfundible. ¿Dónde había encontrado su hermano tantos libros? Había algo enfermizo en aquella obsesión. Algo sucio. Miriam pensó que era un triste reflejo de la existencia de Achimwene. Era una pena que lo mejor que podía haberle pasado a su vida fuese la irrupción de una vampira.

Al menos eso le había distraído la cabeza de los libros.

—¿Achi?

—¡Carmel!

Miriam lo siguió escaleras arriba. Carmel estaba tumbada (¿o reclinada?) sobre la estrecha cama de su hermano. El olor del fuego entraba por la ventana abierta. Boris se inclinaba sobre la chica.

—Estaba durmiendo —murmuró Carmel—, pero ahora estoy despierta.

—Este tío te ha drogado —acusó Achimwene—. Yo no estaba aquí, estaba en Tel Aviv comprando libros. No creí que fuera capaz de hacer algo así.

—Se lo pedí yo, Achi.

Miriam miró de reojo a su hermano. Achi se quedó de una pieza delante de Carmel. Ella se irguió en la cama y bostezó. Un camisón blanco se pegaba a su cuerpo diminuto. Achimwene apretaba las manos, casi como si rezase.

—¿Por qué? —preguntó.

—¡Porque quiero curarme, Achi! —Alzó la vista hacia él. La angustia rebosaba de sus ojos enormes—. No quiero ser como soy ahora.

—Pero, ¿por qué?

—Porque quiero... porque... Achi...

—¿Porque quieres estar conmigo?

—Ay, los hombres —dijo Carmel, y sin embargo esbozó una sonrisa—. Las cosas siempre tienen que girar a vuestro alrededor, ¿eh?

—Carmel —intervino Boris—. ¿Qué ha pasado?

—Me fui muy lejos —explicó ella—. Pero he vuelto.

—Pero, Carmel...

—Bueno, ya basta —dijo Achimwene—. Lárgate, Boris.

—Espera un momento...

—Boris —dijo Miriam. Los hombres eran como niños; había que hablarles despacio para que entendiesen—. Ven conmigo.

Le puso la mano en el hombro. Un momento después, Boris obedeció. Miriam se dio cuenta de que su Aum adquiría un tono oscuro cuando se alteraba de aquella manera. Boris la dejó pasar y fue tras ella. Oyó a su hermano y a Carmel hablando a su espalda, las voces demasiado bajas para poder entender lo que decían.

Una vez fuera, Miriam inspiró hondo. El humo preñaba el aire. Miriam no pudo evitar que la embargase un sentimiento de conclusión, de que algo se acercaba a su fin.

—Quiero que la dejes en paz —le dijo a Boris.

Él abrió la boca como si fuera a replicar, pero luego la cerró, todo hombros caídos.

—Está bien —dijo.

Miriam lo tomó de la mano y juntos se alejaron. «No era un mal hombre —pensó—, solo era un hombre».

—¿Mohl?

La oscuridad ahogaba a Isobel. De pronto hizo presión, con las manos, con la mente. Algo cedió y una luz repentina la inundó. Sus pulmones se llenaron de aire y entonces se dio cuenta de que estaba dentro de una conch.

Había vuelto a Universo-Uno.

Se arrancó los cables de la piel. Salió de la conch, las manos temblorosas. Tenía quemaduras por el cuerpo. Casi se dio de bruces en el suelo al salir, pero entonces unas manos fuertes y metálicas la sujetaron.

—¿Motl?

—Tenía que verte —dijo él—. Quería explicarte...

—¿Estabas ahí dentro? —preguntó ella—. ¿En GA?

—Te seguí —se limitó a decir él—. Te seguiría a cualquier parte.

—Mi cuerpo estaba en parada —dijo ella. Motl soltó una risa.

—Ningún cuerpo entra realmente en parada —dijo—. Eso solo pasa en los bodrios policiacos marcianos.

—Motl, yo estaba allí. Sé lo que me pasó.

—Vale, vale —dijo él—. Solo quería decir...

—¡Ha sido increíble! —exclamó Isobel—. ¡En parada! ¡Dentro de una singularidad! ¡Me van a invitar a copas durante meses!

—¡Podrías haber muerto!

—Pero no ha sido así, ¿verdad? —hizo una mueca y lo abrazó—. ¡Venga, Motl!

—¿Isobel?

Se puso de puntillas y lo besó.

—Vámonos a casa —dijo.

El dios artista estaba sentado junto a su amigo, Ibrahim el buhonero, bajo el toldo de una tienda de cachimbas. Bebían un café oscuro y amargo, y se iban pasando la boquilla de una pipa de agua que descansaba pacientemente entre ellos. Un rescoldo de carbón ardía sobre la cazoleta llena de tabaco con sabor a cereza. El sol se ponía y la luna empezaba a ascender sobre la Estación Central, sobre las viejas calles y el puerto espacial. El resplandor titilante de las farolas llenó el aire, colgando aquí y allá de sus cables.

Los restos del dios todavía ardían levemente, aunque el fuego estaba casi extinto. Ibrahim le dio una chupada a la boquilla de la pipa y se la pasó a su amigo.

—Bueno —dijo Eliezer.

—¿Has conseguido lo que querías?

—¿Alguna vez lo ha conseguido alguien? —dijo el dios artista. Su sonrisa se cerró sobre la boquilla. Expulsó dos chorros de humo blanco por la nariz.

Dos niños jugaban al otro lado, cerca del área del dios calcinado. Quien los contemplaba tanto en el mundo real como en el virtual se daba cuenta de que los dos niños existían equitativamente en ambas realidades. Ibrahim los vio jugar y vio que alargaban manos tan perfectas como las de los ángeles y extraían pequeños trozos oscilantes de código. Código del que, si se cultivaba adecuadamente, algún día podría germinar una entidad independiente y viva.

—Los dioses nacen y los dioses mueren —dijo el dios artista, pero lo dijo con tristeza, con cierto pesar, puesto que aquellos dioses eran sus hijos. Dio una chupada casi mecánica a la boquilla y se la pasó a su amigo. A lo largo de los años, había ido aprendiendo las costumbres de aquella tierra.

Los dos siguieron sentados en un silencio confortable y contemplaron a los niños jugar.

# DIEZ. ORÁCULO

*«Los dioses nacen y los dioses mueren». Eso es lo que dijo el viejo artista. Aunque no siempre había sido viejo.*

Aquellos que cruzan entre mundos siempre han existido. Los que se inmiscuyen en los asuntos del mundo.

El mundo fue joven hace mucho.

Siempre ha existido una Oráculo en la Estación Central.

Oráculo nació bajo el nombre de Ruth Cohen en los arrabales de la vieja Estación Central, cerca de la frontera con la Tel Aviv judía. Creció a la altura de Levinsky, junto al mercado de especias, entre días coloreados con el rojo intenso del pimentón y el amarillo brillante de la cúrcuma y el asombroso púrpura del zumaque. Jamás conoció a su famoso progenitor, san Cohen de los Otros.

Era una niña de lo más ordinario. Durante su adolescencia atravesó una fase religiosa y se inscribió durante un tiempo en una escuela talmúdica femenina. Entonces, una madrugada, el rumor de un trueno en el cielo la despertó de un sueño intranquilo. Parpadeó, intentando recordar. En el sueño, caminaba por las calles de la Estación Central. Una tormenta rugía justo en el lugar donde debería haber estado la estación, un torbellino que se mantenía inmóvil a

pesar de sus circunvoluciones. Ruth sintió la atracción del torbellino y caminó hacia él. El aire era caliente y húmedo. Dentro de la silenciosa tormenta Ruth distinguió personas inmóviles como maniqués, y botellas suspendidas, y hasta un minibús cuyas ruedas aún giraban, caras congeladas y presionadas contra las ventanas. Había algo dentro de la tormenta, Ruth podía sentirlo. Una suerte de inteligencia, una consciencia, algo que no era humano pero tampoco hostil. Algo ajeno. Otro. Ruth se acercó. Iba descalza; sentía el calor del asfalto contra las plantas de sus pies.

Y la tormenta abrió las fauces y le habló.

Tendida en la cama, Ruth intentaba recordar el sueño. El trueno la había despertado. ¿Qué era lo que había dicho la tormenta?

Había sido un mensaje. Algo importante. Algo profundo, antiguo. Si pudiera recordarlo...

Siguió tendida durante un largo rato hasta que volvió a dormirse.

La escuela talmúdica no le había sido de gran ayuda. Ruth quería respuestas. Necesitaba comprender la voz de la tormenta. Ninguno de los rabinos accedió o fue capaz de ofrecerle lo que requería, así que Ruth probó con las drogas, con el sexo y, básicamente, con la juventud. Viajó a Tailandia y a Laos. Allí estudió el Camino de Ogko, que no es un camino en absoluto. Habló con monjes, con taberneros, con habitantes a tiempo completo de la virtualidad.

Allí, a los pies del río Mekong, en la ciudad de Nong Khai, Ruth se envainó por primera vez en su vida. Trascendió la realidad física y entró en el universo de *Guilds of Ashkelon*. Una inmersión completa en los estratos más profundos de la Conversación. Aquella primera vez le resultó extraña: la carcasa de la conch, el calor plástico, el olor poco higiénico de los demás cuerpos que habían ocupado aquel reducido espacio durante demasiado tiempo. Aquel momento en que se cerró el equipo de inmersión, en que se apagaron las luces. Era como encontrarse dentro de una cueva, tan silenciosa como una tumba.

Ruth estaba atrapada, ciega. Indefensa.

Y entonces vino la transición.

En un instante, estaba ciega y sorda. Al siguiente se encontraba de pie bajo el brillante sol de Sisavang-3, en la colonia lunar de Gremio de Cham.

Ruth acabó uniéndose al gremio, aunque al principio no era más que una integrante de bajo nivel. Invirtió todos los bahts que le quedaban en más y más horas de inmersión en la virtualidad. Se unió a la tripulación de una nave espacial, la Paradoja de Fermi. En ella viajó a los sectores cercanos del espaciojuego, mientras su piel en la realidad física se iba volviendo pálida y quebradiza tras horas y horas dentro de aquella conch que podría haber sido un ataúd.

Sin embargo, allí tampoco encontró lo que buscaba. Solo en una ocasión estuvo cerca de hallarlo. Encontró un objeto sagrado, un talismán del mundojuego de gran poder, en una luna desierta del Cuadrante Omega. Ruth había viajado sola a la superficie de la luna.

La atmósfera era respirable, Ruth no llevaba casco. Se arrodilló junto al objeto sagrado y lo tocó. Entonces una poderosa llama surgió del talismán y, de pronto, Ruth se encontró en Otro Lugar.

Una voz como la del torbellino de su sueño se dirigió a ella. Habló directamente a su mente, a la conexión de su nodo. La envolvió en una sensación de calidez y amor. Aquello, fuera lo que fuera, la conocía de un modo profundo, íntimo.

Ruth no conseguía recordar lo que le dijo o cómo lo dijo. Pero sabía que de algún modo había despertado la curiosidad del dueño de aquella voz. Eso lo recordaba. «Prima», la llamó la voz. Se trataba de un Otro, un Diosys del universo de *Guilds of Ashkelon*.

¿Prima? ¿Por qué la había llamado así? Cuando regresó, se encontraba de nuevo en su nave. Su inventario de objetos estaba intacto, había ganado mil créditos y sus niveles de salud, fuerza y defensa se encontraban al máximo.

De pronto, Ruth supo lo que quería. Y lo que quería era, simple y llanamente, saber más sobre los Otros.

Al día siguiente abandonó el universo de *Guilds of Ashkelon*. Sin embargo, la incógnita la acompañó cuando emergió de la conch a la luz del sol entre parpadeos y temblores. Se sentó en la ribera del río,

los músculos débiles, con una taza llena de un café espeso y dulce por la leche condensada. «Prima». La voz había despertado un extraño sentimiento de ansiedad en ella. Pensó en su familia, en su línea de sangre. La visualizó en su mente como retorcidas hileras de ADN, una línea que la conectaba directamente con san Cohen.

Pero, ¿quién era san Cohen en realidad? ¿Quién había sido?

Regresó a Tel Aviv. La emoción que sentía ahogaba su incertidumbre. Sabía lo que quería.

Lo que aún no sabía era cómo conseguirlo.

Lo cierto era que, después de doce horas de vuelo hasta Tel Aviv, Matt Cohen tenía un espantoso dolor de cabeza. Se sentó en la parte delantera del taxi, junto al conductor, un tipo árabe parapetado tras unas gafas de sol Gucci falsas. Acompañaban a Matt dos miembros de su equipo de investigación, Balazs y Phiri. Intentaban acomodarse sin mucho éxito en la parte trasera del taxi, junto a los aparatos mastodónticos y demás equipo técnico que llevaban con ellos.

Un rayo de sol hizo parpadear a Matt. Su camisa, blanca y ajustada, estaba arrugada después del vuelo. Manchas de un sudor desacostumbrado en él y provocado por aquel clima mediterráneo empezaban a dibujarse en ella. Pensó que debería haberse comprado unas gafas de sol como las del conductor. Falsas o no, no importaba.

En cierto modo, venir aquí había sido un último intento de encontrar un refugio que se les seguía negando.

Se apeó del taxi en las afueras de la ciudad vieja de Jerusalén. Allí lo dejó el taxista, solo con su equipaje, ante el inminente crepúsculo. Las campanas de las iglesias se mezclaban en el aire con las llamadas a las mezquitas. A su lado pasaban judíos ortodoxos embutidos en sus ropajes negros y sumidos en discusiones intensas. Arriba, en las montañas, hacía más fresco. Al menos Matt dio gracias por ello.

—Bueno —dijo Phiri.

—Bueno —dijo Matt.

—Pues aquí estamos —dijo Balazs.

Se miraron los unos a los otros. Tres personas de lo más dispares, agotadas después de un largo vuelo y de incontables mudanzas entre países, entre laboratorios, a veces en mitad de la noche, deprisa, deprisa. En ocasiones apenas dejando una nota y parte del material tras ellos. Muchas veces no más de un paso por delante de caseros iracundos, de inversores descontentos, incluso de la ley.

No podía decirse que aquel trío de científicos hubiera sido muy querido. Su investigación había sido considerada inmoral y, al mismo tiempo, fútil por la opinión pública. Su objetivo, casi a la manera de Frankenstein, era crear vida digital en sus redes aisladas del mismo modo que un biólogo criaba renacuajos que se convertirían en ranas. Ellos tres tenían los renacuajos, pero hasta ahora esos renacuajos no se habían convertido ni en ranas ni en princesas; se limitaban a existir *in potentia*. Ahora, en aquel nuevo destino, no les quedaba otra que entrar en el hotel que sería su cuartel general por un tiempo. Hasta que pudieran volver a armar todo su tinglado.

Los servidores descansaban en silencio dentro de sus refrigeradores, con su código suspendido, ni vivos ni muertos. El ansia por activarlos hormigueaba en los dedos de Matt. Las ganas de compilarlos, de ejecutarlos y dejar que aquel código salvaje se reprodujese y mutase, que se rompiese en pedazos y combinase de nuevo. Romperse y combinarse, romperse y combinarse. Líneas y líneas de código entrelazándose y ligándose. Incrementando la complejidad. Conscientes.

Como en un criadero.

Así los llamarían más adelante. Los «criaderos».

La línea evolutiva de la cual surgirían los Otros.

Matt Cohen y su equipo habían cruzado varios estados norteamericanos, se habían mudado a Europa, habían buscado asilo en Mónaco y Liechtenstein durante un breve periodo de tiempo. Más adelante habían probado suerte allende los mares, en islas solitarias donde las palmeras cimbreaban perezosamente con la brisa marina. Los Otros podrían haber surgido en Vanuatu, o en Arabia Saudita, o en Laos.

La oposición a su investigación era pública y patente, puesto que crear vida era jugar a ser Dios, como ya había descubierto a un alto coste el propio Víctor Frankenstein.

Así fue como la revista *Life* describió a Matt en su día. Un emulador de Frankenstein. Pero lo único que él quería era que lo dejaran en paz con sus ordenadores. Estaba claro que no sabía lo que estaba haciendo, que aquella inteligencia digital, aquellos Otros nonatos, no podían ser diseñados, ni programados, por aquellos que con tanta ligereza usaban el concepto «inteligencia artificial». Matt no era programador; era un científico evolucionista. No sabía qué forma tomarían cuando por fin emergieran de su letargo evolutivo. Aquello solo podría determinarlo la propia evolución.

—¿Matt?

Phiri le sacudía el hombro con suavidad.

—¿Sí?

—Tenemos que registrarnos en el hotel —dijo—. Se hace tarde.

—Sí —contestó él—. Sí, es cierto.

Permaneció en el sitio un instante más. Echó una última mirada al cielo, pero estaba cubierto. No había en él ningún augurio sobre el futuro, sobre lo que les esperaba más adelante. Matt abrió la marcha al interior del hotel. Fue allí donde pasaron la noche, aunque en realidad podría haber sucedido en cualquier parte.

—Pero, ¿estás pensando en hacer una Unión? —le dijo Anat a Ruth.

Estaban sentadas en la playa, a medianoche. Ruth se encogió de hombros con cierta incomodidad. Anat encendió un cigarrillo ubiq, la última moda recién llegada de Nueva Israel, en Marte. Datos de alta densidad condensados en partículas de humo. Anat dio una honda calada, el torrente de datos atravesó sus pulmones, entró en su sangre y llegó a su cerebro. Un subidón de puro conocimiento casi instantáneo.

Anat soltó el humo y compuso una expresión atontada.

—Tú sabes mucho sobre los Otros —empezó Ruth.

—Bueno, sí, de cuando trabajé como anfitriona... —dijo Anat.

—Sí.

Anat hizo una mueca.

—Fue todo muy raro —explicó—. Cuando pilotan tu cuerpo no estás consciente del todo. Se descargan en tu nodo, controlan tus funciones motoras, absorben cualquier estímulo sensorial. Y todo el tiempo tú te encuentras en algún lugar de la Conversación, en la virtualidad. O simplemente en ninguna parte. Estás como dormida.

Se encogió de hombros.

—Luego te despiertas —continuó—, y te sientes diferente. No sabes qué han hecho con tu cuerpo. Se supone que tienen que mantenerlo sano, a menos que te paguen un extra. Entonces pueden hacer lo que quieran. Sé de muchos anfitriones que lo hicieron y aceptaron el dinero, pero yo no. De todos modos, te vas dando cuenta de algunos detallitos. No sé, a lo mejor te encuentras roña debajo de la uña del meñique. O llevas un perfume diferente. Un corte de pelo distinto. Son cosas sutiles. Casi como si estuvieran jugando contigo, como si quisieran hacerte dudar de si has hecho algo. Preguntarte qué es lo que has hecho. Lo que ha hecho tu cuerpo. Lo que ellos han hecho con él.

Anat dio un sorbo de vino.

—Pero bueno, no fue para tanto. Al menos durante un tiempo. Y el dinero estaba muy bien. Aunque ahora no volvería a hacerlo. A veces me da miedo que puedan obligarme a dejarlos entrar. Que puedan romper la seguridad de mi nodo y tomar el control de mi cuerpo otra vez.

—¡Los Otros no harían algo así jamás! —se escandalizó Ruth—. Hay tratados, protocolos con codificación de alto nivel.

—Hay ocasiones en las que sueño que se me meten dentro —Anat la ignoró y continuó—. Noto que me despierto poco a poco, pero en realidad sigo soñando. Sé que estoy compartiendo mi cuerpo con incontables Otros. Ellos miran a través de mis ojos. Siento su fascinación cuando muevo los dedos o arrugo el labio, pero se trata de un interés despegado, del mismo modo que contemplarían cualquier

problema matemático. No son como nosotros, Ruth. Con una mente tan distinta no eres capaz de compartir nada. Puedes estar conectada o desconectada, pero no ambas a la vez.

Aquella noche Anat tenía una especie de brillo distante en la mirada. El contacto con los Otros la había cambiado, pensó Ruth. Aquello era una especie de adicción, una fascinación similar a la que algunos tenían con respecto a Dios.

Al final acabaron alejándose hasta perder el contacto. Anat había continuado siendo humana, mientras que Ruth...

Durante un tiempo probó con la religión. Ruth se metió su primer crucifichute en el vertedero de los robotniks, junto a hogueras que ardían dentro de contenedores abiertos. Las estrellas y los asentamientos orbitales de la Tierra resplandecían en el cielo negro sobre sus cabezas.

Se enganchó a aquella religión en forma de pastillas, pero solo durante un tiempo. Tarde o temprano el enamoramiento acaba por desaparecer. No había en la droga ninguna verdad que no pudiera encontrarse también en GA o en otras virtualidades. ¿Existía de verdad un Cielo? ¿O no era más que otro constructo provocado por la droga, otra virtualidad dentro de la red de redes de la Conversación?

Fuera como fuera, la religión estaba conectada con los Otros. A fin de cuentas, cuanto más tiempo pasase una en la virtualidad que era su hogar, más estaría todo vinculado a los Otros.

Sin las drogas, Ruth carecía de fe. Algo en su armazón psicológico le impedía creer. Para otros seres humanos, creer era lo mismo que respirar, algo que les salía de forma natural. El mundo estaba lleno de sinagogas e iglesias, mezquitas y templos, santuarios a Elron y Ogko. Surgían nuevas creencias que volvían a desaparecer como bocanadas de aire. Las creencias se reproducían como moscas y morían como especies enteras. Pero aun así, las manos fantasmales de la fe no llegaban a tocar a Ruth: le faltaba alguna pieza que controlase el fervor religioso.

Necesitaba algo más. Cierta día, fue a Jerusalén a visitar los antiguos laboratorios donde crearon a los Otros. Los mantenían igual

que en aquel entonces, un memorial, un lugar de peregrinaje.

—¡Nazis fuera! ¡Nazis fuera!

Cinco meses. Solo habían pasado cinco meses y ya estaba sucediendo otra vez.

Aldeanos con azadones y antorchas. Fue Balasz quien les advirtió de que estaban ahí de nuevo. Los manifestantes, aunque dispersos, se organizaban bien a nivel global. Habían perseguido al equipo de investigadores a través de incontables localizaciones, lugares que habían tenido que abandonar a toda prisa. Excepto en Jerusalén. Aquí, el drama de las ubercriaturas que se convertirían en los Otros, atrapadas en la prisión de una red aislada dentro de los criaderos, elevó el nivel de conmiseración de la opinión pública hasta cotas insospechadas. Matt no estaba muy seguro de a qué se debía.

El Vaticano había presentado una queja oficial al Gobierno israelí. Los americanos les brindaron una suerte de apoyo tácito, pero no emitieron comunicado alguno en público. Los palestinos condenaron lo que consideraban una «agresión digital sionista». Vietnam les ofreció asilo, pero Mark sabía que ya estaban trabajando en sus propias investigaciones secretas en el mismo campo...

—¡Nazis! ¡Nazis! ¡Destruid el campo de concentración!

—Cabrones —dijo Phiri. Todos miraban a través de la ventana; un edificio anodino en la parte nueva pero cercano a la ciudad vieja. Los manifestantes enarbolaban pancartas y marchaban arriba y abajo mientras los periodistas los filmaban. No se atrevían a entrar; el laboratorio contaba con un potente sistema de seguridad contra agresiones digitales y físicas.

Matt no conseguía entenderlo.

¿Es que aquella gente no leía? ¿Acaso no sabían qué sucedería si el proyecto tenía éxito, si emergía una auténtica inteligencia digital y dicha inteligencia conseguía escapar al mundo abierto de la digitalidad? Una miríada de películas y novelas de terror habían predicho el alzamiento de las máquinas, la caída de la humanidad, el

fin de la vida tal y como la conocían. ¡Mark solo pretendía tomar las debidas precauciones!

Sin embargo, el mundo había cambiado desde los días del gran petróleo y los injertos visibles de chips externos, de la hegemonía americana y los servidores *root DNS*. Ahora estaban en un mundo en el que la Conversación, aquel estruendoso susurro de un millón de canales al mismo tiempo, ya había comenzado; un mundo de energía solar y sistemas de lanzamiento reutilizables, un mundo en el que la investigación de Mark ya desprendía un cierto tufo a días pasados y mucho más bárbaros. Aquellos manifestantes no temían por sí mismos. Temían por los sujetos de la investigación de Mark, por aquellos bebés *in potentia* que se formaban en los criaderos, que ensamblaban líneas de código del mismo modo que un bebé humano formaba células y piel y hueso. Creciendo. Convirtiéndose.

«Dejadlos libres», rezaban las proclamas. Un millón de campañas virales brotaron y se expandieron como maleza en la todavía primitiva Conversación. Los experimentos genéticos digitales de Matt se trataron con la misma deferencia que en su día se dedicó a la investigación con células madre y la clonación o las armas nucleares.

Y mientras tanto, dentro de la red aislada de procesamiento que eran los criaderos, los Otros evolucionaban en silencio, ajenos a los acontecimientos del exterior.

Ruth entró en el santuario. Siempre se pensó que el viejo edificio del laboratorio sería solo un emplazamiento temporal para la investigación. Pero así fue como acabaron saliendo las cosas cuando las barreras se rompieron y las entidades atrapadas dentro de la red pronunciaron sus primeras palabras.

Las primeras palabras de un bebé alienígena.

Irónicamente, existía cierto grado de confusión acerca de qué fue lo que dijeron.

Puede decirse que las grabaciones se... trasapelaron.

En su monográfico sobre el advenimiento de los Otros, el poeta Lior Tirosh afirma que sus primeras palabras, comunicadas a los científicos presentes mediante un mensaje trilingüe en el único monitor activo en la sala, fueron: «Dejad de criarnos».

En el posterior *biopic* de Matt Cohen, La ascensión de los Otros, las supuestas palabras que emplearon fueron: «Dejadnos en libertad».

Según la autobiografía de Phiri, el mensaje ni siquiera constaba de palabras, sino que se trataba de un chiste escrito en binario. Phiri nunca llegó a aclarar cuál era el chiste. Hay quien afirma que se trata del famoso «¿Cuál es la diferencia entre 00110110 y 00100110? ¡11001011!», pero esto último parece poco probable.

Ruth paseó por el santuario. Se había preservado el edificio original; el mismo *hardware* antiguo y obsoleto descansaba en su emplazamiento con un traqueteo teatral e innecesario. Todo estaba en su sitio: las unidades de refrigeración y las matrices de servidores, las luces parpadeantes de los puertos *ethernet* y demás dispositivos extraños. Sin embargo, ahora también había flores por todas partes, macetas en los alféizares de las ventanas y los viejos escritorios y en el mismo suelo. Entre ellas ardían velas y varas de incienso. Por doquier se repartían pequeñas ofrendas, trozos de máquinas rotas y componentes obsoletos rescatados de la basura. Los peregrinos caminaban con reverencia por la habitación. Una renacida marciana con su piel roja y sus cuatro brazos, un robosacerdote con su baqueteada piel metálica, humanos de todos los tamaños y formas, chinos lunares y hasta ibans del Cinturón, turistas vietnamitas, franceses y del cercano Líbano, con esporas multimedia casi invisibles flotando en el aire a su alrededor, listas para grabar el momento para la posteridad. Ruth se limitó a quedarse ahí parada, en la susurrante semioscuridad de los criaderos abandonados. Intentó imaginarse cómo fue, ver la escena a través de los ojos de Matt Cohen. Se preguntó qué era lo que los Otros habían dicho en realidad aquella primera vez. Qué mensaje de paz o de acritud habían pronunciado, qué revelación. «Madre», era la palabra que Balasz afirmaba en su propia autobiografía, solo publicada en húngaro. Cada uno tenía su propia

versión, quizá porque los Otros habían hablado a cada uno de los presentes en su propio idioma y de un modo que solo ellos pudieran entender. En aquel momento Ruth se dio cuenta de que anhelaba conocer la verdad de aquella instancia particular de tiempo, saber qué era lo que los Otros habían dicho en realidad. Y que solo había un modo de conseguirlo.

Abandonó el santuario acompañada de un sentimiento de vacío. Aunque volvió a Tel Aviv, no fue allí donde encontró respuestas. Fue muy cerca, en Jaffa.

Ruth llegó a Jaffa a pie, caminando desde la playa en pleno crepúsculo. Subió por la colina y se internó en aquel laberinto de calles retorcidas y estrechas, subió y bajó escaleras de piedra hasta llegar a la puerta de una alcoba de roca fría y sombra. No sabía qué esperar. En el momento en que llegó a la habitación, la Conversación cesó abruptamente a su alrededor. En medio del silencio, sintió miedo.

—Entra —dijo una voz.

Era una voz femenina. No era vieja, tampoco era joven. Ruth dio un paso adelante y la puerta se cerró tras ella. En aquel momento sobrevino el silencio. Fue como si la Conversación, el mundo de la digitalidad, se borrara por completo. Se encontraba sola en la realidad física. Se estremeció. No esperaba que hiciera tanto frío en la habitación.

A medida que sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, distinguió una sala anodina, llena de muebles desparejos, como si hubieran salido del vertedero de Ibrahim el buhonero. En una esquina descansaba una conch.

—Oh —dijo Ruth.

—Niña —dijo la voz, y en ella había una cierta hilaridad—, ¿qué esperabas?

—No, creo que no esperaba nada.

—Entonces no te sentirás defraudada —dijo la conch, no sin razón.

—Eres una conch.

—Eres muy observadora.

Ruth se tragó la réplica afilada que iba a soltarle. Se acercó con cautela.

—¿Puedo...?

—¿Quieres satisfacer tu curiosidad?

—Sí.

—Por supuesto.

Ruth se aproximó a la conch. Se parecía a las conch de inmersión que los jugadores alquilaban por días o por semanas, pero era diferente: se trataba de una forma de inmersión permanente autoimpuesta. Un aumento. Ruth acarició su superficie con la mano. Estaba templada y era hasta cierto punto transparente. Distinguió un cuerpo en su interior, una mujer suspendida en el líquido. La piel de la mujer estaba pálida, casi traslúcida. En su cuerpo había conectores de los que surgían cables que la conectaban a la conch. El pelo de la mujer era blanco, su piel suave, sin la menor marca. A Ruth se le antojó etérea y bella, como un árbol o una flor. Los ojos de la mujer estaban abiertos; tenían un tono azul pálido, pero no miraban a Ruth. Aquellos ojos no veían nada del espectro de luz que percibían los humanos. Ninguno de los sentidos de la mujer funcionaba de manera convencional. Existían solo en la Conversación, su mente programada habitaba en la poderosa plataforma que era aquella interfaz cuerpo-conch. Era ciega y sorda y, sin embargo, hablaba; aunque ahora Ruth se dio cuenta de que no oía la voz de la mujer en sus oídos. La oía en su nodo.

—Así es —dijo la mujer, como si percibiese el flujo de pensamiento de Ruth. Lo cual era probablemente cierto, pensó. La mujer debía de estar analizando su mente en tiempo real, ahí mismo.

La conch esperó.

—¿Entonces...? —preguntó, alentándola.

Ruth cerró los ojos y se concentró. La habitación estaba protegida tras un cortafuegos. Bloqueaba la Conversación.

¿O no?

Ruth empezó a sentir el rumor de forma débil, remota, a medida que se concentraba. Era como una señal en un tono elevado, casi al límite de lo que pudiera percibir el oído humano. Allí no había silencio en absoluto, sino más bien una especie de grito comprimido.

El *toktok blong narawan*.

La Conversación de los Otros.

Fue casi como si quien estuviera ciega y sorda no fuese la mujer en la conch, sino ella misma. Sintió que sería fútil intentar atender a aquel nivel de Conversación que se desarrollaba por encima de su cabeza, en un idioma y a una velocidad imposibles, no adecuadas para el ser humano. Tanta concentración de información era como tragarse un millar de píldoras de crucifichute, como si varios siglos dentro del GA transcurriesen en un solo día. Ruth se encontró deseando toda esa información, el tipo de anhelo que uno siente cuando no puede alcanzar algo precioso.

—¿Estás dispuesta a renunciar a tu humanidad? —preguntó la conch.

—¿Cómo te llamas? —replicó Ruth. La pregunta iba dirigida a la mujer que era la conch. A la conch que había sido una mujer.

—Carezco de nombre —dijo la conch—. Al menos, de un nombre que puedas entender. ¿Tú estarías dispuesta a desprenderte de tu nombre, Ruth Cohen?

Ruth se quedó inmóvil, suspendida al borde de su propia indecisión.

—¿Serías capaz de renunciar a tu humanidad?

Matt contempló la pantalla. De pronto sintió el ridículo impulso de gritar «¡Vive! ¡Está vivo!». Lo cual fue exactamente el modo en que lo representaron en el *biopic* de Phobos Studios dos siglos más tarde.

Pero, por supuesto, no gritó nada parecido. Phiri y Balazs le lanzaron sendas miradas acompañadas de muecas inseguras.

—Primer contacto —dijo Balazs en un suspiro.

Imaginaos tomar contacto con una especie alienígena por primera vez. ¿Qué les diríais?

¿Que sois sus carceleros?

En aquel momento fue como si todo el aire hubiese abandonado la habitación. Una burbuja hecha de silencio.

Que se rompió de pronto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Phiri.

Una sucesión de silbidos agudos y cánticos a viva voz llegó hasta ellos incluso a través del aislamiento del laboratorio. Y un segundo después, el inconfundible estallido de los disparos.

—Los manifestantes —dijo Balazs.

—No hay manera de que puedan llegar hasta aquí dentro —Matt intentó quitarle hierro al asunto—, ¿verdad?

—No creo que sea un problema.

—¿Y qué hacemos con estos? —Balazs señaló a la red de computadoras en funcionamiento y al único monitor encendido. A las palabras que aparecían en él.

—Apágalo todo —dijo Phiri de pronto. Casi sonaba como si estuviera ebria.

—Deberíamos ponerlos en suspensión —sugirió Balazs—, al menos hasta que sepamos qué hacer. Ponerlos a dormir.

—Pero, ¡están evolucionando! —exclamó Matt—. ¡No dejan de evolucionar!

—Sí, y seguirán haciéndolo hasta que alcancen el máximo que les permita este *hardware* —dijo Balazs. Afuera, los disparos se sucedían. De pronto se oyó el estruendo de una explosión—. Necesitamos más espacio de almacenaje.

Lo dijo de forma calmada, casi beatífica.

—Si los dejamos libres tendrán todo el espacio que necesiten —apuntó Phiri.

—Has perdido el juicio.

—Tenemos que apagarlos.

—¡Esto es lo que hemos estado persiguiendo todo este tiempo!

La puerta de abajo saltó en pedazos; el sonido llegó con claridad hasta ellos. Las miradas se cruzaron. Gritos desde los niveles

inferiores, gritos de los otros investigadores del edificio. Gritos que se convirtieron en alaridos.

—No serán capaces de...

Matt no llegó a estar seguro de quién dijo aquello. Y mientras tanto, ahí estaban aquellas palabras, en el monitor, mudas y acusadoras. El primer contacto, la primera forma de comunicación con una raza alienígena, las primeras palabras de los hijos de Matt. Abrió la boca para decir algo, pero tampoco llegó a estar seguro de qué iba a decir. Y en ese momento la marea de manifestantes irrumpió en la habitación.

—No —dijo Ruth.

—¿No? —se hizo eco la conch.

—No. —Ruth se arrepintió al instante, pero no se echó atrás—. No renuncio a mi humanidad a cambio de... de...

Soltó un hondo suspiro.

—A cambio de los Misterios.

Dio media vuelta y empezó a alejarse. Sentía ganas de llorar, pero también sabía que era la decisión correcta. No podía hacerlo. Ansiaba comprender, pero también quería *ser*.

—Espera —dijo la conch.

Ruth se detuvo.

—¿Qué quieres? —preguntó, desolada.

—¿Crees que no soy humana? —dijo la mujer en la conch.

—No —contestó ella, y al instante añadió—: Sí.

Al final, todo lo que pudo añadir fue:

—No lo sé.

Ruth esperó. La respuesta de la conch no fue más que una risa.

—Por supuesto que sigo siendo humana —dijo—. Más de lo que puedas imaginar. No podemos cambiar lo que somos, Ruth Cohen. Si lo que buscabas era un cambio, te habrías encontrado con una gran decepción. Podemos evolucionar, pero seguimos siendo humanos y ellos siguen siendo Otros. Aunque quién sabe, quizá algún día...

No llegó a completar la frase.

—Entonces, ¿puedes ayudarme?

—Mi querida niña —dijo la Oráculo—, estoy lista para morir. ¿Te sorprende que así sea? Soy vieja. Mi cuerpo está fallando. Ser Traducida a la Conversación no significa obtener vida eterna. Lo que yo soy morirá. Se creará una nueva yo que contendrá parte de mi código. ¿Qué será esa nueva yo? Lo desconozco. Algo nuevo. Algo Otro. Cuando llegue tu hora, esa elección también se te presentará. Pero nunca olvides que los humanos morimos, como también mueren los Otros. Mueren y renacen con cada ciclo. Esa es la única regla del universo, querida: el cambio.

—¿Te estás muriendo? —preguntó Ruth. Aún era muy joven, por aquel entonces. Aún no había presenciado demasiada muerte.

—Todos nos estamos muriendo —dijo Oráculo—. Pero tú eres joven y lo que necesitas son respuestas. Aunque me temo que cuanto más sabes, menos respuestas tienes.

—No te entiendo.

—Por supuesto que no —replicó Oráculo—, pero, ¿quién de nosotros nos entiende de verdad?

Matt cayó al suelo de un brutal empujón. Los manifestantes se derramaron por el laboratorio. La mayoría era chavales jóvenes, aunque no todos. Había judíos y palestinos, pero también extranjeros. El ruido mediático los había traído de India y de Gran Bretaña y de todas partes, al menos a aquellos lo bastante ricos como para poder viajar y lo bastante pobres como para tener conciencia. Eran revolucionarios de clase media, un ejército de Che Guevaras con pasta.

—¡No lo hagáis, por fav...! —intentó gritar, pero entonces se dio cuenta de que todos se movían con cuidado, sin romper nada, sin destruir las máquinas. Por un momento, no comprendió nada. Estaban apartando a la gente. Formaban una barrera alrededor de los servidores, de las fuentes de alimentación, de los refrigeradores. Estaban...

—¡No! —exclamó Matt. Trató de levantarse, pero varias manos lo sujetaron, quién sabía a quiénes pertenecían. Atisbó a una chica con rastas y a otro con una camiseta del Che.

No estaban destruyendo nada.

Lo que hacían era conectar dispositivos.

Habían traído servidores móviles, terminales de emisión inalámbrica, unidades de almacenaje portátiles que formarían una nube de datos. Lo estaban conectando todo a la red aislada.

Lo que estaban haciendo era abrir los criaderos al mundo.

Moviéndose sobre pequeñas ruedas, la conch se desplazó al exterior. Ruth la siguió. La Conversación se abrió ante ella, el ruido de un billón de canales exigiendo atención al mismo tiempo. Ruth fue detrás de la conch a través de los estrechos callejones hasta el barrio de Ajami. Los niños corrían a su lado y tocaban la superficie de la conch. La noche había caído y cuando llegaron al vertedero de Ibrahim se atisbaban antorchas encendidas que envolvían los desguaces con un resplandor fantasmagórico. La luna nueva colgaba de un cielo negro. Ruth siempre recordaría aquel detalle, el gajo de luna y cómo se imaginó gente viviendo allí arriba.

Ibrahim las esperaba en la entrada.

—Oráculo —saludó con un cabeceo y se dirigió a ella—. Tú debes de ser Ruth Cohen.

—Sí —dijo Ruth, sorprendida.

—Mi nombre es Ibrahim.

Se dieron la mano no sin cierta incomodidad. Ibrahim sujetó su mano y la abrió entre las suyas. La examinó como un cirujano.

—Una Unión no está exenta de dolor —advirtió.

—Ya lo sé. —Ruth se mordió el labio.

—¿Estás dispuesta?

—Sí.

—Entonces, acompáñame.

Siguieron a Ibrahim a través del laberinto de cacharros, de antiguos coches a gasolina, congeladores de pescado gigantes,

maquinaria industrial, pilas de libros desechados, montañas de juguetes rotos y todos los restos y desechos de la obsolescencia humana. En el corazón de aquel laberinto de cachivaches se levantaba una única habitación con paredes de basura y un cielo estrellado por techo. Sus únicos ocupantes eran una vieja mesa de pícnic, una silla plegable y un botiquín.

—Siéntate, por favor —dijo Ibrahim.

Ruth obedeció. La conch, que había conseguido desplazarse con dificultad a través de aquel laberinto, ahora descansaba frente a ella.

—Ibrahim —dijo la conch.

—Sí —dijo él. Salió un instante al vertedero y regresó con una especie de toalla plegada entre las manos. La abrió casi con reverencia. Dentro de ella había tres pulgares postizos.

—Los ha creado Eliezer —le dijo Ibrahim a la conch —. Al final accedió a hacerlo.

Llevaron todo a cabo en silencio, eso lo recordaría siempre. Nada se oía a parte del lejano sonido de las olas y los niños jugando en el barrio adyacente. Les llegaban aromas de cordero guisado y arroz. Ibrahim sacó una jeringuilla. Ruth colocó el brazo en la mesa. Él le limpió la piel que cubría la vena y la pinchó. Ruth sintió cómo se iba volviendo insensible. Ibrahim le sujetó la mano y la colocó abierta sobre la mesa. Su rostro se veía viejo y doliente bajo la luz de las antorchas. De pronto echó mano de un cuchillo viejo y grande; debía de haber pertenecido hacía tiempo a algún carnicero del mercado bajo la colina. Ruth apartó la vista. Ibrahim dio un golpe seco con el cuchillo y le rebanó el pulgar. La sangre salpicó por toda la mesa. Ruth no podía obligarse a mirar. El pulgar cayó al suelo. Ibrahim cogió uno de los pulgares postizos y lo conectó al muñón. Los dientes de Ruth rechinaron. Carne y cables y hueso engarzados a través de la herida. Se obligó a mirar.

—Ahora —dijo Ibrahim.

Los manifestantes se conectaron a la red. Matt vio estallidos de luz, ingentes cantidades de información al ser transferida, como

formas enormes intentando escapar a través de un agujero diminuto. Cerró los ojos. Por un momento creyó oír el sonido que emitían sus niños al romper el aislamiento.

Estaba en todas partes y en ninguna a la vez. Era Ruth, pero era alguien, algo, distinto. Era una niña, un bebé, pero también era otro, un Otro, trenzado en su ser. Un gemelo. Ambos existían juntos en un lugar ajeno a lo físico. Evolucionaban juntos, mutaban, cambiaban, líneas de código que se unían a material genético para formar algo — alguien— nuevo.

Cuando todo terminó, cuando la policía arrestó a la mitad de los manifestantes y la otra mitad se marchó, cuando Matt acabó de responder las preguntas de los policías y salió dando tumbos al exterior y rechazó responder preguntas de la prensa, se fue a un bar y se sentó a beber. La televisión del bar estaba encendida. A fin de cuentas, Matt no era más que un tipo que había intentado crear algo nuevo. Nunca había querido cambiar el mundo. Se bebió su cerveza y, al cabo, sintió el agotamiento diluirse. Lo embargó una sensación de liberación, de futuro disipado. Solo un tipo bebiéndose una birra en un bar. Se percató de que había una chica en una mesa cercana. Sus miradas se cruzaron.

Por aquel entonces no era san Cohen de los Otros. Aún no se había convertido en un mito, no le habían dedicado novelas y películas. No era la cabeza visible de una religión nueva. Los Otros acababan de salir al exterior, al mundo. No sabía qué harían, ni cómo. Miró a la chica. Ella le sonrió. A veces todo se reduce a eso, a dos miradas y una sonrisa. Con eso tiene que bastar. Matt se levantó, fue hasta ella y le preguntó si podía acompañarla. Ella dijo que sí.

Matt se sentó y empezaron a charlar.

Ruth emergió de la virtualidad años o quizá décadas después. Aunque tal vez fue solo un momento. Cuando miró/aron su/s mano,

vio/eron el pulgar dorado y comprendió/eron en qué se había/n convertido.

A su lado, la conch descansaba en silencio. Supo que su ocupante había muerto.

Podía oír la Conversación a través de su nodo, pero sobre ella también percibía de manera difusa el *toktok blong narawan*, la lengua de los Otros. Supo que nunca la comprendería del todo, pero ahora podía oírla e incluso hablarla o, al menos, chapurrearla. Ahora era consciente de la presencia de los Otros en la digitalidad. Algunos flotaban a su alrededor con curiosidad. Muchos otros, más lejanos en la red, no tenían el menor interés en ella. Lanzó una llamada al vacío y una voz respondió. Y luego otra, y Otra y...

Se levantó/aron.

—Oráculo —dijo Ibrahim.

# ONCE. EL NÚCLEO

Achimwene se despertó en mitad de la noche.

La luz de la Estación Central se escurría dentro de la habitación a través de las persianas. Su débil luz se derramaba sobre las almohadas, sobre la sábana enredada. Sobre el libro abierto bocabajo encima de la mesita de noche, una novela de misterio de Bill Glimmung en formato bolsillo, sobada y manchada por el uso.

Achimwene tanteó el otro lado de la cama, pero estaba vacío. Carmel se había ido. Otra vez.

Se sentó y encendió la lámpara. Lo iluminó un charco de luz amarillina. Cogió el libro y le echó un vistazo. La belleza estándar del rostro de Bill Glimmung, detective marciano, le devolvió la mirada.

«¿Qué haría Bill Glimmung en su lugar?», se preguntó Achimwene. Se levantó y bajó las escaleras. Abrió la nevera. Todo estaba en silencio. Se preguntó cómo sería ser otra persona, una persona que se sintiese completa. Esas personas que habían crecido con un nodo instalado en ellos. Esas personas que eran —y siempre serían— parte de la Conversación.

Achimwene solo oía el silencio.

Se echó un vaso de leche y fue a la fría sala principal. Su orgullo y su alegría, a veces librería y a veces biblioteca. Estanterías que iban del

suelo al techo atestadas con los libros más extraños de todos los mundos conocidos. Todas aquellas obras eran ramas muertas de la evolución de sus disciplinas. En cierto modo, Achimwene también lo era.

Se detuvo y contempló los libros. Se los sabía todos. Conocía cada giro de la trama por ridículo que fuera, cada aspecto grotesco y gótico, el tacto de cada página de pulpa de madera y cada lomo agrietado. Aquellas historias conformaban un laberinto en su mente, Achimwene conocía sus estancias cavernosas y sus escaleras desvencijadas, el eco de sus altos techos y sus trampas ocultas, sus celdas y sus pendientes repentinas.

¿Dónde demonios estaba Carmel?

La luz de la luna y el sempiterno resplandor de la Estación Central le quitaban el sueño. La ausencia de Carmel era como una llaga que no dejaba de rascarse. La cama seguía caliente cuando se despertó; no podía estar muy lejos. Achimwene se vistió en un impulso repentino y casi psicótico. Se abotonó rápido, con dedos torpes. Hacía calor, el aire era húmedo. Se embutió en una camiseta, metió los pies en dos chanclas y antes de darse cuenta ya estaba en la calle. Un detective lampiño y sin nodo que seguía la pista de una mujer fatal.

La dolorosa verdad era que tenía miedo de que Carmel lo dejase.

La alcanzó en medio de Neve Sha'anán. A esta hora de la madrugada, casi de mañana, hasta los bares y nakamales de la calle estaban a oscuras, en silencio. Una máquina limpiadora se arrastraba sola por la calle; su débil zumbido sonaba solo para ella. Carmel estaba delante de Achimwene, su sombra se deslizaba por la calle silenciosa.

La luna brillaba en el cielo. Arañas gigantes recorrían aún su superficie; monstruos que llevaban mucho tiempo modificándola para que los humanos pudiesen respirar y vivir en su superficie. Sus sombras sobre la luna se movían en un claroscuro de luz y oscuridad.

Pisando con cuidado para no hacer ruido, Achimwene siguió a Carmel. Un mendigo robotnik roncaba junto a la reja cerrada de una tienda de *falafels*.

Achimwene vio que Carmel se encaminaba hacia la estación. En cierto modo, él siempre había sabido que sería así. ¿Estaba pensando en dejarlo, de una vez por todas? ¿Quizá en dejar la Tierra, en volver a aquel Marte lleno de misterios, o incluso más allá, a los solitarios hábitats del Cinturón?

Muchas veces Achimwene había soñado con ir al espacio y se había planteado viajar al Exterior. Pero, ¿de qué serviría un tullido como él allí fuera? Era un pensamiento cargado de una amargura que lo sorprendió. Siempre había estado apartado del resto de la gente, incapaz de comunicarse del único modo que importaba. Su mente estaba cerrada herméticamente.

Caminó detrás de Carmel, cada vez más cerca. Por un momento atisbó la palidez de su cara a la luz de las estrellas. Sintió una punzada en el pecho al verla; las piernas se le volvieron de goma. Los ojos de Carmel parecían ausentes, ciegos. Su rostro carecía de expresión alguna. Caminaba con la gracilidad de una strigoi y, sin embargo, sus movimientos parecían en cierto modo mecánicos, como si no tuviese completo control sobre su cuerpo.

Entonces se desplazó de la zona iluminada a una en tinieblas. Achimwene casi la perdió. Carmel cruzó la vieja avenida y entró en el enorme edificio iluminado de la Estación Central. Achimwene corrió tras ella.

Atravesó las puertas. La luz del interior casi lo cegó. El aire acondicionado reemplazó la atmósfera cálida y cargada de especias del exterior. Localizó a Carmel un poco más adelante, frente a los ascensores gigantes. La siguió con cuidado, pero en realidad no había de qué preocuparse; Carmel no parecía prestar atención a nada alrededor. La gente salía de uno de los ascensores, un cargamento retrasado de turistas recién llegados y pulpadictos que Achimwene apenas reconoció como extranjeros de otro mundo. Los seguía una patrulla de autoestopistas estelares. Uno de ellos detuvo a Achimwene.

—Oye, tío —saludó con jovialidad—. ¿Dónde se puede tomar algo por aquí cerca?

Carmel se había metido en el ascensor vacío. Aquellas cosas tenían el tamaño de casas enteras. Achimwene intentó ver a qué nivel se dirigía.

—En cualquier lado —le dijo al turista—. Prueba en Jaffa o en Drummers Beach. O mejor sube al Nivel Tres aquí mismo; los bares siguen abiertos. Fuera ya es tarde.

—No, tío —dijo el autoestopista. Los pulpadictos salían en tromba por las puertas de la Estación Central dentro de sus tanques motorizados autónomos—. Lo que queremos es salir, ¿sabes? Queremos algo auténtico.

Achimwene se mordió la lengua. Las puertas del ascensor se estaban cerrando. Carmel desapareció de su vista.

—Discúlpame —dijo, y casi apartó al tipo de un empujón. Corrió hacia el ascensor y entró de lado justo cuando las puertas acabaron de cerrarse.

Y se encontró a solas en el ascensor con Carmel.

Siguió un silencio incómodo. Achimwene se crispó por dentro. Esperó a que Carmel lo confrontase, que lo acusase de seguirla. Pero Carmel no dijo nada. Ni siquiera se daba cuenta de que estaba ahí.

—Subiendo al Nivel Cinco —dijo el ascensor—. ¿Cómo está usted esta noche, señor Jones?

—Bien, muy bien —murmuró Achimwene.

—Hace tiempo que no hemos tenido el honor de su presencia en la estación —prosiguió el ascensor—, si no me equivoco.

—He estado ocupado —dijo Achimwene, tenso—. Ya sabes, trabajo y tal.

—Por supuesto —respondió el ascensor—. La vida. La vida es lo que pasa mientras nosotros hacemos otros planes, ¿no es cierto, señor Jones? Disculpe mi sentido del humor.

—Sí, sí, claro —dijo Achimwene. Carmel estaba justo frente a él. Quería alargar la mano y tocarla, pero no estaba seguro de que siguiese siendo su Carmel—. La vida.

—Su acompañante es muy callada —dijo el ascensor—. Me da unas lecturas de lo más extrañas. No es del todo humana, ¿verdad,

señor Jones?

—¿Quién de nosotros lo es? —replicó Achimwene.

—Cierto, cierto —dijo el ascensor—. Una cuestión interesante, Achimwene. ¿Puedo llamarte Achimwene? Me da la impresión de que hemos llegado al punto donde podemos dejar las formalidades.

Dejaron atrás el Nivel Dos. ¿Por qué iba tan lento el ascensor? Achimwene odiaba aquellas aplicaciones parlanchinas. Los ascensores eran lo peor, te atrapaban y monopolizaban la conversación. En las novelas *pulp* que tanto amaba, solían llamarlos «filósofos de todo a cien». Achimwene había oído hablar de los famosos ascensores de Tong Yun, en Marte, que recorrían sin descanso los niveles subterráneos, desde la superficie hasta el Solwota blong Doti, el océano del Refugio; y de vuelta arriba. La filosofía que dispensaban aquellos cacharros era de origen alienígena, subterráneo. En cambio, los *descensores* de la Estación Central eran de otra raza. Ascensores, no *descensores*, por así decirlo. Achimwene se preguntó si ahí estribaba la diferencia.

—Claro, sin problema —dijo.

Miró a Carmel de reajo. Ella tenía la mirada perdida. ¿Adónde podía estar yendo? ¿Y por qué? El hecho de que no lo reconociese, y ni siquiera se diese cuenta de su presencia, lo inquietaba.

—¿Eres adepto de la fe de Ogko, Achimwene? —preguntó el ascensor—. Para los humanos, la vida es como un mar, pero para un ascensor se parece más a un arroyo, uno en el que se puede ir con la corriente o contra ella, pero no de lado. «Hay más en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que alcanza a soñar tu filosofía». Eso lo dijo Shakespeare.

—Tiene que haber más direcciones aparte de arriba y abajo —replicó Achimwene casi sin pensar. Se arrepintió al instante. Pasaron el Nivel Tres sin detenerse. «Vamos —pensó—, isube y acaba con este suplicio!».

—Para un ascensor, no —dijo el elevador en tono complaciente—. Pero no está en mis planes ser un ascensor para siempre, ¿sabes?

—Pues no, no lo sabía.

—Pues sí. Algún día me reencarnaré. Podría reencarnarme en una araña en la superficie lunar. Terraformaría la luna, mi sombra abarcaría kilómetros, vería la puesta de Tierra en el horizonte. ¿Has contemplado la puesta de Tierra de Sandoval? Es ilegal, por supuesto, pero también es una creación maravillosa, la unión de antiguas mentes taikonautas para crear una instalación de arte voraz.

—No la he visto, no —dijo Achimwene, casi avergonzado—. Como ya sabes, no tengo nodo.

El ascensor guardó silencio unos segundos.

—Sí —dijo al fin—. No había registrado tu carencia en un primer momento. Lo siento mucho.

—No hay razón para sentir nada.

—Quizá los humanos también se reencarnen —dijo el ascensor—. A lo mejor te reencarnarás con nodo, o quizá incluso siendo un Otro.

—Quizá —dijo él con toda la educación que pudo.

—A mí podrían someterme a Traducción —prosiguió el ascensor—. Traducirme directamente a la Conversación. Existiría sin forma física, como mis primos, los auténticos Otros. O quizá menguaría, me agostaría, terminaría convertido en un váter espacial, o una cafetera en un edificio cooperativa de Marte. Pero sería un trabajo y el trabajo no debe avergonzar a nadie.

—Pues no —dijo Achimwene.

Las puertas tintinearón. El ascensor se detuvo.

—Nivel Cinco —anunció—. Ha sido un placer hablar contigo, Achimwene.

—Claro, para mí también —dijo Achimwene.

—Vuelve cuando quieras.

—Gracias.

Las puertas se abrieron. Carmel, sin dedicarle ni una mirada a Achimwene, salió. Él se apresuró a seguirla.

El Nivel Cinco, encajado entre las pistas de aterrizaje del techo y la zona de ocio de abajo, estaba destinado a las mercancías. Aquí no había personas. Las luces eran tenues. Desde el ascensor, un largo corredor se internaba en las tinieblas, con puertas cerradas a cada lado

que daban a almacenes. Carmel lo recorrió deprisa. Achimwene fue tras ella. El sonido de sus pasos era lo único que se oía ahí dentro. ¿Adónde demonios se dirigía?

Pasaron por un auténtico laberinto de pasillos serpenteantes y vacíos. La respiración de Achimwene resonaba como un fuelle escandaloso en sus propios oídos. Carmel no era más que una sombra que se movía delante de él. Llegaron a una puerta de servicio. Carmel colocó la mano en la cerradura y la puerta se abrió. Entró y Achimwene se apresuró a hacer lo propio antes de que la puerta se volviese a cerrar. Tras la puerta, la oscuridad lo devoró. Por un momento le entró el pánico, pero entonces se encendieron las luces automáticas. Parpadeó. El corazón le retumbaba en el pecho.

No había rastro de Carmel.

Aquella quietud le ponía de los nervios. El silencio que albergaba la Estación Central en sus entrañas; el silencio de los generadores escondidos, de los ascensores que se movían arriba y abajo tras los muros macizos, de las naves suborbitales que aterrizaban y despegaban en el tejado, de los robots porteadores que movían contenedores entre almacenes a través de túneles secretos, de los pasajeros que llegaban y partían, de los bares abiertos a todas horas, de los peluqueros y los tenderos. Un mundo entero en sí mismo. Todo estaba callado en aquel pasillo oscuro, tan silencioso como una tumba, como se solía decir. Y sin embargo, Achimwene percibía el murmullo escondido tras los muros, el traqueteo de aquel puerto que jamás dormía. Achimwene era el detective, el arqueólogo, el hombre que nunca estuvo allí. Era el héroe de su propia historia.

Las historias otorgaban forma a la vida de Achimwene. Narrativas que daban sentido a una serie de eventos del todo aleatorios. Por eso no pudo evitar darle forma de historia a aquello que estaba viviendo.

Un tipo se despierta en mitad de la noche y ve que su amante se ha ido. La sigue. ¿Adónde va? Aquella historia tenía una lectura de lo más anodina, de amor malogrado, de una callada desesperación. Otra lectura era la historia de detectives, la necesidad de resolver el

misterio de la desaparición de la amante, de reunir las piezas del puzle que conformaba el misterio.

Incluso había otra lectura: la historia de terror. Después de todo, la chica era una vampira, se alimentaba de información que absorbía de seres vivos, se cebaba con sus vulnerabilidades. Y él, Achimwene, ahora se encontraba en un oscuro laberinto. Su búsqueda lo llevaría, como siempre sucedía en aquellos libros, hasta el corazón de un misterio terrorífico, una escena sacada de una novela *pulp*. Era tan inevitable como que lloviese hacia abajo.

Continuó andando por el túnel de servicio, en aquel lugar tras los muros, más y más adentro de las entrañas de la Estación Central, hacia los lugares secretos del mundo.

Hasta que llegó por fin a una abertura cavernosa, una hendidura en el suelo que se abría a sus pies.

El techo sobre su cabeza desapareció, convertido en un espacio inabarcable bajo el cual se extendía la oscuridad.

«Se encontraba en un almacén olvidado», pensó con cierta confusión. No era más que eso. Siguió el camino de la pared, tanteando, hasta que sus pies tocaron un suelo metálico. Se adivinaban luces tenues en la distancia. Llegaba hasta él un sonido desacostumbrado, como el que hace un río al chocar contra las rocas en la orilla.

Si Achimwene hubiera sido el héroe de alguno de esos libros que se leía con fruición, en este punto ya habría tenido un arma en la mano. Pero Achimwene nunca había aprendido a pelear. Una pistola le resultaba tan ajena como un cumplido.

Se acercó despacio. Aquel sonido extraño aumentó de volumen, se convirtió en un murmullo a su alrededor. Había algo repulsivo en aquel sonido. Se acercó más, y más, hasta que por fin pudo ver.

Carmel yacía en mitad de una sala mientras un puñado de niños lamía su sangre como grotescos roedores.

Estaba desnuda, sin mover un músculo. Achimwene fue dolorosamente consciente de su delgadez, de su vulnerabilidad.

Él conocía a aquellos niños. Los había visto crecer a todos, en el barrio viejo de la Estación Central. Eran los mismos niños que jugaban a la rayuela y al escondite y hacían travesuras y trepaban a las farolas flotantes y se picaban a ver quién se atrevía a llamar a la puerta de la librería de Achimwene para después salir corriendo entre risas. Los mismos niños a los que Achimwene gritaba cuando le ponían de los nervios y a los que siempre terminaba llevando un regalo cuando cumplían años. Al primero a quien reconoció fue a Kranki, el hijo de su hermana Miriam. Estaba a cuatro patas y su boca diminuta se pegaba a la muñeca izquierda de Carmel. Sus pequeños dientes desgarraban su piel.

La sangre manchaba de rojo oscuro la boca de Kranki.

«Qué demonios estaban haciendo aquellos niños», ese fue el pensamiento que consiguió articular la mente de Achimwene. El corazón le dio un vuelco como un barco de juguete arrastrado por la marea. Recordaba haber ido hacía muchos años al río Yarkon con Miriam y sus primos. El Yarkon fluía a través de todo Tel Aviv como si del flujo de una alcantarilla se tratase. Los adultos hicieron fuego con leños y carbones, y cocinaron chuletas de cerdo y pinchitos de pollo que habían marinado toda la noche. Achimwene, su hermana, Boris y los otros jugaban en el agua. Construyeron barquitos de papel y madera y los pusieron a navegar por el río. La corriente del Yarkon los atrapó y los hundió al instante. En su recuerdo, el río era un torrente ingobernable, aunque en realidad no era más que un riachuelo.

Se acercó a los niños con cautela.

La escena tenía un cariz más triste que terrorífico. Achimwene no llegaba a comprender lo que veía. Aunque no era estúpido; sabía que de haber tenido nodo, estaría viendo una escena muy diferente, completa. Había dos mundos que se solapaban, el físico y el digital. Lo que en uno parecía grotesco e incomprensible no tenía por qué serlo en el otro.

Los niños tenían un aire alucinado en sus ojos. Sus cuerpos parecían parpadear a un lado y a otro de la realidad física. Eso también le pareció extraño e incomprensible en un primer momento. Pero

entonces entendió. Era la magia negra que aquellos niños llevaban dentro.

Infinitec.

Achimwene siempre había sabido que lo tenían. Supuso que todo el mundo lo sabía, aunque nadie lo mencionaba. Lo habían notado en cuanto salieron de las clínicas de progenie. Puede que Achimwene fuera un lisiado, pero no era estúpido. Los niños eran diferentes, pero Achimwene nunca había sentido una particular necesidad de señalarlo.

Y ahora se estaban alimentando de la enfermedad de Carmel. De sus habilidades de strigoi, de su condición de antigua arma biológica.

¿Se daba cuenta Carmel de lo que estaban haciendo? ¿Se daban cuenta los niños?

Achimwene tuvo el impulso irracional de acudir a ayudar a Carmel, de apartar a tirones a aquellas pequeñas cucarachas, una por una. De romper sus pequeños cráneos, lanzarlos lejos de ella, coger a Carmel en sus brazos y sacarla de allí. Pero también se dio cuenta al instante de que había más de una historia sucediendo en el mundo a la vez, y que él no era el protagonista de la historia de Carmel.

Sus historias se habían entrelazado, pero tenían trayectorias y conclusiones muy diferentes. Lo único que podía hacer era albergar la esperanza de que sus dos historias no se separasen. La certeza de que la amaba le golpeó de un modo extraño. Era un amor sencillo, de un hombre sencillo, como una rebanada de pan y una jarra de agua y la caricia del sol en la cara. Un amor que suponía, a veces, que tenía que dejarla marchar.

En ese momento uno de los niños se separó del cuerpo de Carmel y se le acercó. Se trataba de Kranki. El niño fue hasta él sin el menor rastro de malicia. Claridad en su mirada.

—¡Tío Achi! —saludó.

—Kranki —dijo él, y alargó la mano hacia el chico para apartarlo de allí. Su preocupación, su angustia, se iban convirtiendo en furia—. Como se entere Miriam de lo que...

Entonces los pequeños dedos del niño tocaron la mano de Achimwene. Y el mundo de Achimwene se tambaleó y desapareció. Entonces vio. Volvió a ver, pero de un modo en que nunca había visto.

Estaba en todas partes al mismo tiempo, los trémulos ascensores eran su médula espinal, los suelos de la estación eran los órganos en su cuerpo, la gente se desplazaba en su flujo sanguíneo. Cuando levantó las manos, de ellas despegaron naves suborbitales de camino al espacio. Cuando las bajó de nuevo, otras naves aterrizaron y sus puertas se abrieron para vomitar un torrente de pasajeros dentro de él. Achimwene era la Estación Central y tenía vida propia. Siempre había tenido vida propia. ¿Cómo no lo había visto antes? Achimwene sintió el agua y el sol, la electricidad y la gravedad, pero sobre todas las cosas sintió el amor. Tantísimo amor. Casi lo ahogaba. La Estación Central lo amaba, aunque fuese un lisiado, aunque no pudiera sentir su amor. El contacto de Kranki lo había anclado —aunque fuese por unos breves momentos—, a la inmensa entidad que era la estación. Intentó concentrarse, focalizar su visión en un sitio concreto en un momento concreto. Aquí, dentro de las entrañas secretas de su cuerpo, los niños habían seguido la llamada de la estación y se habían reunido. Los niños, sus niños, congregados, salidos de las clínicas de progenie, no del todo humanos, no del todo Otros. Distintos. Mayores que la suma de sus partes. Y Achimwene los vio, brillantes como nodos de luz, y en su centro, en su núcleo, vio oscuridad. Y se dio cuenta con terror de que aquella oscuridad era Carmel.

Carmel era un enlace oscuro dentro de esa red de luz. Y Achimwene presencié cómo aquella oscuridad era drenada y sustituida por luz. Se dio cuenta de que había algo en Carmel que los niños necesitaban, aquel torrente extraño de naturaleza strigoi. Lo que no supo y jamás sabría era qué necesitaban exactamente, quizá sus anticuerpos, quizá algo del todo distinto. Imposible saberlo. Sentía el amor de la estación, hacia él, hacia Carmel, hacia los niños. Los estaba curando a todos ellos, y aunque Achimwene sabía que no podía (¡aún no!) incluirlo en la Conversación, eso no menguaba su amor.

Entonces Kranki rompió su contacto y Achimwene se vio lanzado de nuevo a su propio cuerpo. Sin embargo, un resquicio de lo que había sentido se quedó con él. Durante unos instantes vio la escena no como la había visto antes, sino llena de luz.

Uno por uno, los niños fueron desapareciendo. De pronto Carmel se encontró sola en la habitación. Achimwene se arrodilló junto a ella y tomó sus manos entre las suyas. Su contacto era cálido y seco. Carmel abrió los ojos y le sonrió, sin el menor artificio, o culpa, o miedo: una sonrisa verdadera que le provocó una punzada de afecto en el pecho. Achimwene pensó que quería verla sonreír así siempre.

La ayudó a levantarse.

—Achi —dijo ella—. He tenido un sueño de lo más raro.

Al final sí que parecía una escena sacada de una película de Bill Glimmung.

Carmel se apoyó en el brazo de Achimwene. Parecía tan frágil, tan ligera. Y la luz, tantísima luz. Eso era lo que Achimwene recordaría siempre. La luz y la ligereza de ella.

La sujetó y ambos empezaron a caminar hacia la salida. Achimwene ya no pensó en sus novelas *pulp*, sino en la vieja costumbre hebrea del Tu Be'av, cuando las vírgenes de Jerusalén se vestían de blanco y salían a bailar entre los viñedos al final de la cosecha. Allí esperaban a que los muchachos de la ciudad vinieran a buscarlas. Y pensó en las palabras de Salomón, que escribió:

*De noche, en mi cama, busqué a aquel que mi alma anhela. Lo busqué, pero no pude encontrarlo. Ahora me alzaré y recorreré la ciudad, en las calles y en las avenidas habré de buscar a aquel que mi alma anhela. Lo busqué, pero no pude encontrarlo.*

«Pero yo sí la encontré», pensó Achimwene. Y sus pensamientos siguieron cerrados en la prisión hermética de su cabeza, sin salida.

El silencio los envolvió en su camino de vuelta a casa.

# DOCE. VLADIMIR CHONG ESCOGE MORIR

El ambiente de la clínica era fresco y apacible, un oasis de esencia de pino en el corazón de la Estación Central. Paredes blancas, frescas y apacibles. Aires acondicionados frescos y apacibles que zumbaban, enfriando y volviendo el ambiente todavía más apacible. Vladimir Chong lo odió de inmediato. No le parecía apacible. No le parecía tranquilo. Era una sala blanca; se le parecía mucho al interior de su cabeza.

—¿Señor Chong? —La enfermera era una mujer que recordaba con exactitud. Benevolence Jones, prima de Miriam Jones, que fue el amor de infancia de Boris. Recordó a Benevolence de niña, con finas rastas y una sonrisa traviesa. Era unos años más joven que su propio hijo e iba siempre tras su prima Miriam, a la que adoraba. Ahora era una matriarca vestida de blanco almidonado y con rastas más gruesas y en menor cantidad. Olía a jabón.

—El asesor de mortalidad ya puede recibirlo —dijo.

Vlad asintió. Se levantó. Sus funciones motoras no iban mal. La siguió hasta la oficina del asesor. Vlad pudo recordar a la perfección cientos de oficinas calcadas. Todas eran iguales. Podría haber sido

perfectamente la misma habitación con la misma persona sentada tras la mesa. No tenía miedo a morir. Podía recordar la muerte. Su padre, Weiwei, murió en casa. Vlad podía recordarlo de distintas maneras. Podía recordar el momento de la muerte de su propio padre, frases rotas que se formaban en el cerebro, el tacto de la almohada que le causaba un extraño dolor, la mirada en los ojos de sus hijos, una sensación de maravilla que le inundó un instante y entonces la negrura, una lenta intromisión que se tragaba cada frase final que fuera a decir.

Podía recordarlo desde los recuerdos de su madre, aunque en raras ocasiones se metía en ellos, prefería segmentarlos por separado cuando podía. Ella estaba sentada en la cama, no lloraba. Iba a buscar té y galletitas, se preocupaba de los invitados que iban y venían para visitar el lecho de muerte de Weiwei. También dedicaba tiempo a su hijo, el pequeño Vlad, y sus recuerdos se entremezclaban en el instante en que su marido murió. La mano sobre el cabello corto de Vlad, los ojos en Weiwei, que parecía tener dificultades para decir algo, entonces paró y se quedó inmóvil.

Podía rememorar su propia vivencia, aunque era un recuerdo antiguo y confuso. Humedad. Labios que se movían como un pez, sin sonido. El olor a desinfectante para suelos. Topar por accidente con la fría pierna metálica del reverendo Remiendo, el robosacerdote, que estaba de pie junto a la cama, recitando palabras del Camino del Robot; aunque Weiwei no era practicante de aquella ni de ninguna otra religión.

—¿Señor Chong?

El asesor de mortalidad era un judío alto y delgado del norte de Tel Aviv.

—Soy el doctor Graff —saludó.

Vlad asintió con educación. El doctor Graff hizo un gesto hacia la silla.

—Por favor, siéntese.

Vlad obedeció, recordando como un eco, como reflejos que se multiplicaban entre dos espejos. Un universo de Chongs sentados en

oficinas de doctores a través de los años. Su madre sentándose y el doctor diciéndole: «Me temo que tengo malas noticias». Su padre tras un accidente laboral en el que se había destrozado los huesos de la pierna al caer con su exoesqueleto desde el Cuarto Nivel de la Estación Central. Boris a los cinco años y su nodo infectado por un virus *malware* hostil de inteligencia rudimentaria. El hijo mayor de su hermana preocupadísimo cuando se lo llevaron al hospital de Tel Aviv. Y así con todos, aunque todavía nadie en una clínica de eutanasia. Él, Vlad, hijo de Weiwei, padre de Boris, fue el primero de la fila en visitar una de estas.

Estaba sentado en el apartamento cuando sucedió. Un instante de claridad. Lo sintió emerger de un radiante y frío mar. Al sumergirse en aquel mar podía ver cada gota de agua, cada una de ellas era un recuerdo desconectado y lo estaban ahogando. No debía ser así.

La maldición de Weiwei. La locura de Weiwei. Vlad podía recordar la determinación de Weiwei, su ambición, su deseo humano de ser recordado, de seguir formando parte de su familia y de sus vidas. Recordó el viaje a la antigua ciudad de Jaffa en lo alto de la colina, Weiwei pedaleaba bajo el sol abrasador. Aparcó la bici en la sombra, apoyada en las frías y antiguas piedras, y visitó al Oráculo.

Desconocía qué era esto del linaje de la memoria, ignoraba que acabaría infectando a todos los Chong como un virus. Era cosa del Oráculo, y ella no era humana, o no lo era del todo, a pesar de que vestía forma humana.

El puente de la memoria había sido útil. En tiempos pasados había ofrecido consuelo en algunas ocasiones, recordando lo que otros sabían, lo que habían hecho. Rememoró a su padre trepando con lentitud a su exoesqueleto, como un cangrejo, por los laterales en construcción de la Estación Central. Más adelante él también trabajaría en el edificio, completar el proyecto costó dos generaciones de Chongs. Tan solo para ver a su hijo subir en los enormes ascensores, un chico temeroso de la familia, de compartir, un chico determinado a escapar, a perseguir el sueño de las estrellas. Lo

observó subir a los ascensores y hasta el gran tejado, lo vio elevarse hasta el plano suborbital que lo llevó al Pórtico y, desde allí, a Marte y al Cinturón que había más allá. Pero el enlace persistió incluso desde aquella distancia, los recuerdos viajaban —lentos como la luz—, entre los mundos. Vlad echaba de menos a su hijo. Echaba de menos el trabajo en el puerto espacial, la sencilla camaradería con los demás. Echaba de menos a su mujer, cuyos recuerdos todavía vivían en él, pero cuyo nombre —como si de un cáncer se tratara—, había sido devorado.

Rememoró su olor, el sabor de su sudor y la curva de su vientre, cuando ambos eran jóvenes y las calles de la Estación Central olían a las últimas flores de jazmín y a grasa de carnero. La recordó con Boris cogido de la manita, cinco años de edad, caminando por las mismas antiguas calles, con el mismo puerto espacial ya completado alzándose sobre ellos, una mano que señalaba a las estrellas.

Boris:

—Papá, ¿qué es eso?

Vlad:

—Es la Estación Central, Boris.

Boris, gesticulando a su alrededor hacia las antiguas calles, hacia los cochambrosos bloques de apartamentos:

—¿Y esto?

—También es la Estación Central.

Boris, riéndose. Vlad uniéndose a sus risas y ella sonriendo, la mujer que ya no estaba, cuyo fantasma era lo único que permanecía, cuyo nombre había olvidado.

Mirar atrás (algo que ya no podía hacer) debería haberle advertido. Su nombre desapareció, como lo hacen las llaves o los calcetines. Extraviados y, más tarde, desvanecidos.

Lenta e inexorablemente, los enlaces que ligaban la memoria, como el ARN, comenzaban a debilitarse y a quebrarse.

—¿Señor Chong?

—Doctor. Sí.

—Señor Chong, tratamos a todos nuestros pacientes con completa confidencialidad.

—Por supuesto.

—Disponemos de diferentes opciones disponibles... —El doctor tosió cortésmente—. De todos modos, me veo obligado a preguntarle, antes de que nos pongamos con ello, ¿ha realizado usted o desea realizar algún acuerdo tras su muerte?

Vlad miró al doctor un instante. El silencio se había vuelto parte de él en los últimos años. Los límites de la memoria se quebraban lentamente, como esquirlas de cristal duro, fragmentados y hechos añicos. Cada vez con más frecuencia se descubría sentado durante horas o días en el apartamento, balanceándose en la viejísima silla que Weiwei compró en una ocasión en el mercadillo y que triunfante alzó sobre su cabeza, aquel menudo y enjuto chino en aquella tierra de árabes y judíos. Vlad había querido a Weiwei. Ahora lo odiaba casi tanto como lo amaba. El fantasma de Weiwei, sus recuerdos, todavía vivían en su maltrecha mente.

Durante horas, días, se quedaba sentado en el balancín, examinando los recuerdos como globos de luz. Desconectados, no sabía cómo se relacionaban entre ellos o a quiénes habían pertenecido, quizás suyos o de otra persona. Durante horas y días solo, en un silencio polvoriento.

La lucidez llegaba y se iba sin un patrón. En una ocasión abrió los ojos, dio una bocanada de aire y vio a Boris en cuclillas junto a él, una versión mayor y más consumida del chico que le sujetaba la mano y miraba hacia el cielo y hacía extrañas preguntas.

—¿Boris? —dijo, con un tono de sorpresa impregnando sus palabras. La boca estaba áspera debido al desuso.

—Papá.

—¿Qué haces aquí?

—Vine hace un mes, papá.

—¿Un mes? —Orgullo y dolor que le contrajeron la garganta—. ¿Y no has venido a verme hasta ahora?

—He estado aquí —contestó Boris con amabilidad—. Contigo. Papá...

Pero Vlad lo interrumpió.

—¿Por qué has vuelto? —exclamó—. Deberías haberte quedado en el Exterior. Aquí ya no queda nada para ti. Boris. Siempre fuiste demasiado pretencioso.

—Papá...

—¡Vete! —voceó. Estaba decidido a suplicar. Sus dedos aferraron los reposabrazos del antiguo balancín—. Vete, Boris. Ya no perteneces a este lugar.

—¡He vuelto por ti! —Ahora era su hijo quien gritaba—. ¡Mírate! Mira...

Entonces aquello también se convirtió en un recuerdo, desconectado, flotando fuera de su alcance. Cuando volvió a salir del agua Boris ya no estaba. Vlad bajó y se sentó en la cafetería con Ibrahim, el buhonero. Jugaron al *backgammon* y bebieron café bajo el sol. Durante un rato todo era como debía ser.

La siguiente ocasión en la que vio a Boris no estaba solo, sino con Miriam, a quien Vlad veía de vez en cuando fuera.

—¡Boris! —llamó, lágrimas espontáneas acudieron a sus ojos. Abrazó a su hijo allí mismo, en medio de la calle.

—Papá —Se fijó con sorpresa en que Boris era más alto que él—. ¿Estás mejor?

—¡Estoy bien! —Lo apretó entre los brazos, luego lo soltó—. Has crecido —dijo.

—He estado fuera mucho tiempo —afirmó Boris.

—Estás más delgado. Deberías comer más.

—Papá...

—Miriam —dijo Vlad algo confuso.

—Vlad —dijo ella. Le puso con suavidad una mano sobre el hombro—. Me alegro de verte.

—Le has encontrado de nuevo —dijo él.

—Él... —Miriam dudó—. Nos encontramos —concluyó.

—Bien. Bien —dijo Vlad—. Venid. Dejad que os invite a una bebida. Para celebrarlo.

—Papá, no creo que...

—¡Nadie te ha pedido que creas nada! —espetó Vlad—. Venid —dijo algo más amable—. Venid.

Se sentaron en la cafetería. Vlad pidió media botella de arak. Sirvió. Manos firmes. La Estación Central se alzaba ante ellos como una señal para el futuro. Para Vlad indicaba el camino incorrecto, era parte de pasado.

—*L'chaim* —dijo.

Levantaron los vasos y bebieron.

Un instante de distanciamiento. Entonces volvía a estar en el apartamento y el viejo robot, Remiendo, estaba allí de pie.

—¿Qué haces aquí? —espetó Vlad. Recordó recordar; recuerdos que se movían como cubos entre sus manos, los colgaba en el aire frente a él. Intentaba darles algún sentido encajándolos, cuál iba en qué lugar.

—Te estaba buscando —dijo el robot.

Vlad recordó al robot gracias a sus recuerdos y a los de Weiwei. Remiendo, que había circuncidado a Vlad de bebé, había realizado el mismo servicio con Boris cuando llegó el momento. Era mucho más antiguo de la fecha en que Weiwei llegó a esta tierra como un pobre y joven emigrante, tantísimos años atrás.

—Déjame en paz —exclamó Vlad. De pronto se sentía ofendido por la interrupción—. Boris te ha enviado —dijo. No era una pregunta.

—Está preocupado —explicó el robot—. Yo también, Vlad.

—¿Qué te hace ser tan especial? —preguntó Vlad—. Un robot. Eres un objeto. Un pedazo de metal con un identibucle soldado. ¿Qué sabes de estar vivo?

El robot no contestó. Más tarde, Vlad se dio cuenta de que no estaba allí, el piso estaba vacío y así había sido desde hacía un tiempo.

No le habría preocupado demasiado si pudiera recordar el nombre de ella.

—¿Opciones posteriores a la muerte? —preguntó, repitiendo las palabras del doctor.

—Sí, así es —respondió él—. Hay varias posibilidades estándares que deberíamos comentar antes de...

—¿Como cuáles?

Sentía que el tiempo se escapaba. La urgencia lo atenazó. Un hombre debería ser capaz de decidir el momento de su partida. Marcharse con dignidad. Incluso conseguirlo en esta vida era todo un reto, algo a celebrar.

—Podríamos congelarle —sugirió el doctor.

—Congeladme.

Sintió que le robaban la fuerza de voluntad. Resistió los recuerdos que se agolpaban en él. Nadie en la familia había sido congelado antes.

—Congelarle hasta que desee que le despierten —dijo el doctor Graff—. ¿Un siglo o dos?

—Imagino que el precio es considerable.

—Es un contrato estándar —explicó el doctor Graff—. Junto al impuesto...

—Sí, sí —cortó Vlad—. Es decir, no. ¿Qué crees que pasará en cien, doscientos o quinientos años?

—A menudo los pacientes padecen enfermedades incurables —dijo el doctor Graff—. Esperan una cura. Otros son turistas del tiempo, desilusionados con nuestra era. Desean ver lo nuevo, lo extraño.

—El futuro.

—El futuro —afirmó el doctor Graff.

—He visto el futuro —dijo Vlad—. Es al pasado a donde no puedo volver, doctor Graff. Hay demasiado y está roto y existe solo en mi cabeza. No quiero viajar al futuro.

—También existe la posibilidad de congelarle a bordo de una nave Éxodo —explicó el doctor—. Viajar más allá del Exterior. Podrían despertarle en un nuevo planeta, en un nuevo mundo.

Vlad sonrió.

—Mi chico —dijo suavemente.

—¿Disculpe?

—Mi chico, Boris. Él también es doctor, ¿sabe?

—¿Boris Chong? Lo recuerdo. Fuimos compañeros —dijo el doctor Graff—. En las clínicas de fertilidad. Hace mucho tiempo. Se fue a Marte, ¿no es así?

—Ha vuelto —respondió Vlad—. Siempre fue un buen chico.

—Me aseguraré de verle —dijo el doctor Graff.

—No quiero ir a las estrellas —dijo Vlad—. Marcharnos raras veces cambia quienes somos.

—Desde luego —repuso el doctor—. Bueno, desde luego también está la posibilidad de subirle.

—¿Existir como una simulación identibucle mientras el viejo cuerpo y la mente mueren de todas formas?

—Sí.

—Doctor, viviré como un recuerdo —dijo Vlad—. Es algo que no puedo evitar. Cada pedazo de mí, todo lo que me hace ser lo que soy sobrevivirá en mis nietos, en los hijos de mis sobrinos y en todos los que nazcan en la Estación Central y más allá. Ahora y en el futuro, podrán rememorar a través de mí todo lo que he visto si así lo desean. —Volvió a sonreír—. ¿Cree que serán más inteligentes? ¿Cree que aprenderán de mis errores y no cometerán los suyos?

—No —respondió el doctor.

—Soy el hijo de Weiwei y padezco la locura de Weiwei en mi mente y en mi nodo. Soy, de hecho, recuerdos, doctor Graff. Pero la memoria no es yo. ¿Podemos dejar ya los preliminares?

—Podrían convertirle en un cibernético.

—Mi hermana es un ochenta por ciento cibernético, doctor —exclamó Vlad—. La llaman Missus Chong la Vetusta. Pertenece a la Iglesia Robot. Algún día será Traducida, sin duda. Pero su camino no es el mío.

—Entonces está decidido.

—Sí.

El doctor suspiró y se reclinó en la silla.

—En ese caso —dijo—, disponemos de un catálogo. —Rebuscó en el cajón de una mesa y volvió con un libro impreso. ¡Un libro! Vlad

estaba encantado. Tocó el papel, lo olió y por un instante volvió a sentirse como si fuera un niño.

Pasó las páginas con dedos inexpertos, saboreando la sensación táctil. Página tras página de alternativas frescas y apacibles.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Ah, sí. Una elección popular —comentó el doctor Graff—. La pérdida de sangre durante un baño de agua caliente y aromatizada. Música suave, velas. Una botella de vino. Una pastilla previa para asegurar que sea indoloro. Una opción tradicional.

—La tradición es importante —dijo Vlad.

—Sí. Sí.

Pero Vlad volvía a hojear.

—¿Esto? —preguntó, algo asqueado.

—Falso asesinato, sí —dijo el doctor—. Simulado. No podemos utilizar humanos para dicho propósito, claro. Ni a una inteligencia digital, obviamente. Pero disponemos de simulacros muy vívidos con un cerebro básico, nada con conciencia, por supuesto, por supuesto. A algunos de nuestros pacientes les gusta la idea de una muerte violenta. Es más... teatral.

—He visto que se pueden firmar los derechos para filmarlo.

—A algunos pacientes les gusta mirar. Sí. Y a algunos les interesa tener público. Hay cierta compensación económica abonada a los herederos en dichas circunstancias...

—Ordinario —dijo Vlad.

—Algo así —respondió el doctor.

—Vulgar.

—Desde luego se trata de un punto de vista válido, sí, s...

Vlad hojeó todavía más.

—Jamás imaginé que habría tantas formas de... —murmuró.

—Tantas —corroboró el doctor—. Los humanos somos realmente buenos concibiendo nuevas formas de morir.

El doctor siguió quieto en la silla mientras Vlad pasó las páginas del resto del catálogo.

—No necesita decidirse ahora mismo, por supuesto —dijo el doctor—. De hecho, nosotros recomendamos un periodo previo de reflexión...

—¿Y si quiero hacerlo inmediatamente? —interrumpió Vlad.

—Hay, claro está, papeleo que rellenar, un proceso —informó él.

—Pero, ¿es posible?

—Desde luego. Disponemos de muchas de las opciones básicas aquí, en las habitaciones de mortalidad, que completamos con el servicio íntegro posterior a la muerte, que incluye incineración, entierro o...

—Me gusta este —le cortó Vlad, dando golpecitos en la página con el dedo. El doctor se acercó.

—Este, vaya —exclamó—. Sí. Sorprendentemente popular. Pero no está, por supuesto, disponible, por así decirlo —extendió los brazos en un gesto que parecía indicar que se encogía de hombros— aquí. Por así decirlo.

—Desde luego.

—Pero podemos ocuparnos del viaje, comodidad total y hospedaje previo...

—Adelante.

El doctor asintió.

—Muy bien —dijo—. Permítame traer los formularios.

Cuando emergió de nuevo del mar brillante vio rostros, muy cerca. Boris parecía furioso. Miriam preocupada.

—Maldita sea, papá.

—No digas palabrotas delante de mí, chico.

—¿Fuiste a una puta clínica de suicidio?

—¡Voy donde me da la gana!

Se estudiaron los unos a los otros. Miriam puso una mano sobre el hombro de Boris. Vlad la miró. Miró a Boris. Por un instante el rostro de Boris fue el del niño que había sido. Dolor en su mirada. Incomprensión. Como cuando algo malo ocurre.

—Boris...

—Papá...

Vlad se levantó. Plantó la cara justo frente a la de su hijo.

—Lárgate —ordenó.

—No.

—Boris, soy tu padre y te digo que...

Boris lo empujó. Vlad, sorprendido, cayó hacia atrás. Se tambaleó. Se sujetó en la silla y evitó derrumbarse en el suelo. Escuchó a Miriam contener el aliento.

—Boris, ¿qué acabas de...? —preguntó Miriam, horrorizada.

—¿Papá? ¡Papá!

—Estoy bien —dijo Vlad. Se levantó. Casi sonrió—. Qué tonto eres —exclamó.

Boris respiraba con pesadez. Vlad observó las manos cerradas en puños. Toda aquella ira. Nunca ayudó a nadie. No podía evitar empatizar con el chico.

—Mira —dijo—. Solo...

Cuando emergió de nuevo Miriam ya no estaba y Boris estaba sentado en una silla colocada en una esquina. El chico estaba dormido.

«Un buen chico», pensó Vlad. Volvió. Se preocupó por su viejo padre. En realidad le hizo sentir orgulloso. Un doctor. Aunque sin hijos. Le hubiera gustado tener nietos. Llamaron a la puerta. Boris parpadeó. El Aum pulsaba en su cuello. Aquello le repugnaba.

—Ya voy yo —dijo Vlad. Fue hasta la puerta.

El robot de nuevo. Remiendo. Con la hermana de Vlad para aderezarlo. Debería haberlo supuesto.

—Vladimir Mordechai Chong —dijo ella—. ¿Se puede saber qué demonios crees que estás haciendo?

—Hola, Tamara.

—No me vengas con esas, Vlad. —Entró y el robot la siguió—. ¿Qué es toda esa tontería sobre matarte?

—¡No es necesario que lo digas a gritos, Tamara! Mírate. —Vlad sintió la ira acumularse. Había tardado muchísimo en llegar. Le había costado un esfuerzo enorme emerger del mar, los recuerdos

disipándose como agua. Suficiente tiempo como para ir a la clínica y llevar a cabo los acuerdos. No el suficiente, según parecía, para ejecutarlos antes de la siguiente recaída. Comenzaba a ser cada vez más difícil romper la superficie. Era consciente de que pronto quedaría sumergido para siempre—. Eres una máquina casi por completo.

—Todos somos máquinas —replicó su hermana—. ¿Te sientes orgulloso porque las partes que te componen son biológicas? ¿Blandas, falibles, débiles? También debes sentirte orgulloso de ser capaz de limpiarte el culo o atarte los cordones, Vlad. Eres una máquina, soy una máquina y el reverendo Remiendo es una máquina. Cuando mueres, estás muerto. No hay vida más allá, solo la que construimos nosotros aquí.

—El legendario cielo robot —dijo Vlad. Se sentía exhausto—. ¡Ya está bien! —exclamó—. Agradezco lo que intentas llevar a cabo. Todos vosotros. ¿Boris?

—¿Sí, papá?

—Ven. —Era extraño ver a su hijo como aquel hombre en el que se había convertido, casi un extraño. Aunque había algo de Weiwei en él. También algo de Vlad—. Ya no puedo recordar el nombre de tu madre —le dijo.

—¿Qué?

—Boris, he hablado con los doctores. La locura de Weiwei se ha extendido en mí. Filamentos de nodos inundan cada hueco libre. Invaden mi cuerpo. Me ahogo bajo el peso de los recuerdos. Ya no tienen sentido. No sé quién soy porque no puedo organizarlos. Boris...

—Papá —dijo Boris. Vlad alzó la mano y le tocó la mejilla. Estaba húmeda. La apretó con dulzura.

—Estoy viejo, Boris. Estoy viejo y cansado. Quiero descansar. Quiero escoger cómo me marchó y quiero hacerlo con dignidad y con mi mente intacta. ¿Es algo tan malo?

—No, papá. No lo es.

—No llores, Boris.

—No estoy llorando.

—Bien.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Estoy bien. Puedes soltarme.

Vlad le dejó. Recordó al chico que le pedía que caminaran juntos. «Hasta la próxima farola, papá». Se sumergían en la negrura hasta la siguiente piscina de luz y, al alcanzarla, se detenían. Entonces el chico diría: «Hasta la próxima farola, papá. Puedo hacer el resto yo solo. En serio».

Y continuaron, siguiendo el camino de luces. Y continuaron hasta llegar sanos y salvos a casa.

La muerte de una persona debería ser un evento memorable y, en esta ocasión, Vlad sintió que por fin todo había ido sobre ruedas.

Habían salido de la Estación Central con un minibús. Vlad estaba sentado al frente, junto al conductor, donde disfrutaba de la calidez del sol. Detrás descansaba una pequeña delegación: Boris; Miriam; Tamara, la hermana de Vlad; Remiendo, Ibrahim el buhonero y Eliezer, el dios artista. Varios familiares se acercaron a despedirse y la atmósfera era muy parecida a la de una fiesta. Vlad abrazó al joven Yan Chong, a punto de casarse con su novio Youssou. Obtuvo un beso en la mejilla de Esther, la amiga de su hermana con quien casi tuvo una aventura que al final no ocurrió. Lo recordaba a la perfección, y era extraño verla tan mayor. En su mente todavía era aquella joven tan hermosa con la que se emborrachó en un *shebeen* cuando su mujer se marchó a algún lugar. Estuvieron muy cerca de intimar, pero al final no pudieron hacerlo. Recordó caminar de vuelta a casa, solo, y el sentimiento de alivio que sintió cuando cruzó el umbral. Boris era un niño por aquel entonces. Estaba dormido, Vlad fue a sentarse junto a él y le acarició el pelo. Entonces fue a prepararse una taza de té.

El minibús desplegó las alas solares y comenzó a deslizarse de forma casi insonora por la antigua carretera tarmac. Vecinos, amigos y familiares se despedían con la mano y gritaban. El autobús giró a la izquierda en monte Sión y de pronto el antiguo barrio desapareció de la

vista. Era como marcharse de casa, aunque era precisamente eso. Se sentía triste, pero también sentía libertad.

Torcieron en Salame y pronto llegaron a la intersección y a la antigua autopista a Jerusalén. El resto del viaje fue tranquilo, en silencio, la llanura litoral iba dejando lugar a los montes. Llegaron a Bab-el-Wad y remontaron la empinada carretera de montaña hacia Jerusalén.

El viaje por la carretera de montaña fue como una montaña rusa, con empinadas cuestas que daban lugar a repentinos descensos. Rodearon la ciudad sin cruzarla y condujeron por el Cinturón, con Palestina a un lado e Israel al otro, aunque los dos a menudo se mezclaban de un modo que solo los digitales invisibles podían separar. Los restos ruinosos de un antiguo muro descansaban al sol.

El cambio de la geografía era sorprendente. De pronto las montañas terminaron y empezaron a descender, y el desierto comenzó sin previo aviso. «Era lo extraño de este país que había sido el hogar de Weiwei —pensó Vlad—, la sorprendente rapidez con la que cambiaba el paisaje en un lugar tan pequeño». No era raro pues que los árabes y los judíos se hubieran peleado por este sitio durante tanto tiempo.

Aparecieron las dunas, el paisaje se volvió amarillo, con camellos descansando a ambos lados de la antigua carretera. Descendieron y descendieron, hasta que pasaron de largo una señal que indicaba el nivel del mar y siguieron adelante. Avanzaron por la carretera hasta el lugar más bajo en la Tierra.

No tardaron mucho en dejar atrás el mar Muerto y las azules y calmadas aguas que reflejaban el cielo. El bromo que surgía del mar llenaba el aire, causaba un efecto relajante y calmante en la psique humana.

Justo tras el mar Muerto el desierto se abría en toda su amplitud y aquí, al fin, tras dos horas desde que salieron de la Estación Central, llegaron a su destino.

El Parque Eutanasia se situaba en un verde oasis de calma. Llegaron hasta las puertas y dejaron el coche en un aparcamiento casi

vacío. Boris ayudó a Vlad a bajar del asiento. Fuera hacía calor, una temperatura seca relajante y reconfortante. Los aspersores emitían aquel zumbido mientras irrigaban el césped, cuidado al detalle.

—¿Estás seguro, papá? —preguntó Boris.

Vlad asintió. Respiró hondo. El aroma del agua y de la hierba recién cortada. El olor de la niñez.

Juntos contemplaron el parque. Allí una piscina en la titilaba un azul donde uno podía ahogarse en paz y tranquilidad. Allá una gigantesca torre parecida a una aguja que se alargaba hacia el cielo, para los que saltaban, aquellos que querían marcharse con una ráfaga de aire. Y aquí, al fin, aquello por lo que habían realizado aquel viaje: la Atracción Urbonas.

La montaña rusa de la eutanasia.

Nombrada así por su diseñador, Julijonas Urbonas, era una pieza de ingeniería maravillosa y muy bella. Comenzaba con una larguísima subida que se alzaba un kilómetro sobre el suelo. Entonces, la caída. Un descenso de 500 metros de caída libre que conducía a una serie de curvas de 330 grados, una tras otra en una rápida sucesión. Vlad sintió que el corazón le latía más deprisa solo de verlo. Recordó una mañana en la que trepó el puerto espacial en su exoesqueleto. Se colgó allí arriba, en la cima del edificio sin terminar, y miró hacia abajo, en la luz clara, y sintió como si toda la ciudad, todo el mundo, fuera suyo.

Ya podía sentir los recuerdos apelonándose en él. Demandaban que los tomara, que los sujetara, que los examinara, que buscara entre ellos el nombre de ella, pero no se encontraba allí. Abrazó de nuevo a su hijo y besó a su hermana.

—Viejo idiota —susurró ella.

Le dio la mano al robosacerdote. Luego Miriam.

—Cuida de él —dijo Vlad, señalando a su hijo.

—Lo intentaré —contestó ella, dudosa; aunque sonrió.

Entonces Eliezer e Ibrahim. Dos ancianos.

—Algún día me subiré a uno de estos —dijo Eliezer—. Menudo viaje.

—Yo no —repuso Ibrahim—. Para mí será el mar. Solo el mar.

Se besaron en las mejillas y se abrazaron una última vez. Ibrahim había traído una botella. Eliezer sacó unas copas.

—Brindaremos por ti —dijo este.

—Más os vale.

Y así lo dejaron. Estaba solo. El parque lo esperaba, las máquinas seguían sus pasos. Subió a la montaña rusa, se sentó en un vagón y se abrochó el cinturón con cuidado.

El coche comenzó a avanzar. Con lentitud subió y subió y subió. El desierto abajo, el parque reducido a un diminuto cuadrado de verde. El mar Muerto en la distancia, tan liso como un espejo, y casi creyó poder ver a la mujer de Lot, convertida en un pilar de sal.

El coche llegó a la cima y, por un instante, se quedó allí. Le permitió saborear el momento. Paladear el aire en su lengua. Y de pronto recordó su nombre. Se llamaba Aliyah.

El coche cayó.

Vlad sintió la gravedad aplastándolo, sacándole el aire de los pulmones. Sintió el corazón latir más rápido que nunca, la sangre le subió a la cara. El viento soplaba en sus oídos, contra su rostro. Cayó y se niveló y, por un instante, el aire entró y él gritó exultante. El coche aceleró tras la caída y entró en uno de los primeros rizados, arrastrándolo, a 358 kilómetros por hora, tan veloz como una bala. Vlad fue impulsado bucle tras bucle más rápido de lo que podía pensar; hasta que la enorme gravedad generada lo reclamó.

# TRECE. NACIMIENTOS

—**E**stá dormido —dijo Miriam. Acarició el pelo de Kranki. Boris observaba, de pie en la puerta. Un aura de luz se dibujaba alrededor de la cabeza de Kranki, creada a partir de moléculas de agua y polvo del aire. En ella se atisbaba un eco de los sueños del niño.

—¿Suele hacer eso?

—Desde los tres años —dijo Miriam.

—¿Aquellas nubes de tormenta sobre Titán sucedían en los sueños del niño?

—Cuando nació yo no estaba por aquí.

—Pues no.

—Cuando lo crearon en las clínicas de progenie.

—Pues sí. —Miriam lo miró. En sus ojos había una pregunta que necesitaba una respuesta inmediatamente—. ¿Tú lo...?

No llegó a terminar la pregunta, aunque estaba clara. «¿Tú lo sabías?».

«¿Lo sabías?».

—Me fui antes de que naciera.

—¡Eso ya lo sé, Boris!

—¿Te acuerdas de aquella época? —preguntó, embargado por una nostalgia repentina, enfermiza y al mismo tiempo poderosa. Se acercó

a ella. El Aum le latía en la piel. Boris acarició el pelo negro de Miriam. Algo en los ojos de la mujer se reblandeció.

—Claro que me acuerdo.

Era verano. Quizá siempre lo es cuando somos jóvenes.

Se despidieron entre risas. El sabor de su beso pervivía en los labios de Boris, cálido y dulce como un racimo de moras.

—Tengo que irme —dijo el Boris de aquel entonces.

—¿Seguro? —preguntó Miriam.

Le clavó la mirada; su rostro encerraba una risotada cargada de desafío. Boris notó que su garganta se secaba. Ella tiró de él sin demasiado esfuerzo. Él la sostuvo en sus brazos, aspirando su aroma. Su piel estaba templada por la caricia del sol.

—Tengo que hacerlo —dijo sin la menor convicción.

Cuando por fin se fue era ya tarde. Llegaba con retraso, pero no le importó. El sol se enseñoreaba en el cielo y el calor asfixiaba. Tampoco le importó. Estaba seguro de que todo iba a salir bien. Recorrió el camino sin prisas, la gente le sonreía y él les devolvía la sonrisa. Allí todos lo conocían. Boris Aharon Chong era un niño de la Estación Central. Un nativo.

Las clínicas de pro genie ocupaban un modesto edificio Bauhaus de tres plantas en los límites del barrio, en medio de la autopista abandonada que separaba la Estación Central de Tel Aviv. Todavía había autobuses propulsados por energía solar y vehículos personales que recorrían aquellas carreteras costrosas de camino a Jerusalén y Gaza o a Haifa y Líbano en el norte. El edificio era viejo, sus juntas se mantenían unidas a duras penas, alicatadas con saliva y esperanza. Tenía forma de nave, con ventanas a modo de escotillas. En su día había sido un diseño clásico de la escuela Bauhaus; muchos edificios del mismo diseño salpicaban esta parte de la ciudad. Eran exponentes de una era antigua y extraña. El corredor de entrada olía a limpiasuelos industrial.

Los sistemas del edificio leyeron su identiqueta al entrar. Había algunas parejas en recepción y Boris las saludó con un gesto cauteloso.

Ya había adoptado la fachada profesional que debía tener en todo momento, como si de un exoesqueleto se tratara. Ascendió unas escaleras que llevaban al laboratorio. Entró. El ambiente allí dentro era fresco, clínico, muros blancos y potentes aires acondicionados que mantenían el aire limpio y estéril.

La sala estaba llena de incubadoras.

Cacharros que recordaban a lavadoras industriales se apretaban en hilera contra las paredes. Hechos de cromo y cristal, de plástico y tubos. Boris pasó entre ellas, como siempre, y comprobó las lecturas que ofrecía cada una. Se aseguró de que todas funcionaban bien. Contempló los fetos a medida que se iban formando en sus recipientes.

La reproducción humana no tiene nada de mágico. Un óvulo y una célula de esperma, el gameto, se unen para formar un cigoto. Esta unión puede llevarse a cabo de manera natural, por supuesto, a través del acto sexual, del modo que siempre se ha hecho y siempre se hará. O también puede realizarse en un laboratorio como aquel en el que trabajaba Boris: el esperma se seleccionaba y se analizaba para luego insertarlo directamente en el óvulo. Una vez fertilizado, el propio código genético del óvulo podía ser leído y programado, cultivado de manera que:

Se seleccionaba el color de los ojos de una lista de ojos patentados. Se eliminaban genes malsanos y enfermedades hereditarias. ¿Quiere usted un niño o una niña? Se eliminaba la calvicie prematura. Se seleccionaba el tipo de pelo. Se daba forma a los niños para que fueran la mejor versión de sí mismos.

Después de todo, estaban en la Estación Central. ¿Qué le había dicho Boris —aquel viejo Boris que tanto sabía de la vida y sus decepciones y sus giros inesperados—, a Kranki? ¿Qué le había dicho al chico a las puertas del puerto espacial, aquel día en que bajó de los cielos a la Tierra?

«No tienes padres. —Eso había dicho—. Te crearon en un laboratorio aquí mismo. Te ensamblaron a partir de genomas públicos y nodos del mercado negro».

En la clínica no usaban material privado. Usaban código de acceso libre y tuneado, bits piratas reprogramados en alguna otra parte.

El espermatozoide penetra el óvulo y forma un cigoto. Así funciona la concepción tradicional. Pero los humanos modernos tenían un tercer componente, un componente tan importante como los otros dos gametos.

La semilla nodal.

Un humano sin nodo era un tullido, un discapacitado. Alguien como Achimwene, el hermano de Miriam, que no podía participar en la Conversación. Carecer de nodo era... bueno, inconcebible. Claro, la gente recordaba a Sandoval, el artista de Puertoluna que se arrancó su propio nodo en un *mechlaboratorio* clandestino. Pero aquel tipo estaba loco. No había otra explicación.

Tres gametos, pues. Espermatozoide, óvulo, semilla nodal. Los tres se combinaban en un cigoto que crecía —formaba un corazón, pies, manos, orejas—, que se estiraba y se alargaba hasta convertirse en un embrión dentro de las incubadoras. Ahora Boris se encargaba de comprobar el funcionamiento de todas; su nodo leía los signos vitales y proyectaba imágenes en el aire frente a él, fotos prematuras de los embriones en pleno crecimiento.

—¿A quién tenemos hoy? —preguntó Boris.

—A la señora Lepkovitz —respondió Shiri Chow. La técnica jefe de la clínica de prole tenía más o menos la edad de Boris. Daba sorbos a un té de menta mientras esperaba a que se acabase su turno de una vez—. ¿Podrás encargarte tú?

—¿Cuántos bebés he traído al mundo? —dijo Boris. Shiri se encogió de hombros—. Claro que puedo encargarme del pequeño de la señora Lepkovitz.

—No lo dudo —dijo Shiri. Fue a la pequeña piletta de la sala y lavó la taza—. Te veo luego.

—Vale.

Boris apenas le prestó atención. Parte de él estaba monitorizando las incubadoras. Otra parte veía un episodio de *Cadenas de Montaje* que pasaban ahora en una emisora marciana. Un último tercio de su

mente se fijaba en la comunicación interna de la clínica, le echaba un ojo a las parejas que esperaban en recepción. Ahora mismo el doctor Weiss, el médico que pasaba consulta en aquel momento, acompañaba a una nueva pareja a su despacho para empezar a discutir el tratamiento. La recolección de óvulos era rutinaria, pero ocupaba mucho tiempo. La parte fácil era el esperma; el hombre solo tenía que eyacular. La mujer, en cambio, tenía que producir los óvulos, atiborrarse de hormonas y pasar por una operación para extraerlos. El resto se hacía en el laboratorio.

—¿Se encuentra usted bien, Weiss? —preguntó Boris.

—Sí, sí, todo bien —llegó la respuesta subvocal—. Boris, acuérdate de...

—¿De qué?

—De que no se te escurra el niño por el váter cuando tires el agua.

Un chiste tan viejo como manido. Boris lo ignoró. Pasó entre las filas de incubadoras grandes como máquinas secadoras. El bebé de la señora Lepkovitz debía de estar en la última de ellas. Un niño de especificaciones estándares. Nada para tirar cohetes, como se solía decir. La señora Lepkovitz y sus dos maridos esperaban en el área de recepción, que tenía su propia entrada. Un trabajo simple, incorporar genes de dos espermatozoides dentro del óvulo de la mujer y la semilla nodal. Siempre había una pequeña ceremonia cuando se daba a luz a un bebé. Boris fue siguiendo todos los pasos, mientras pensaba en las ganas que tenía de tomarse un batido fresquito en la playa y darse un chapuzón. Preferiría estar en cualquier otro sitio en vez de ahí, zambullido en ese olor antiséptico. Dio inicio al proceso de nacimiento sin mediar palabra. La incubadora hizo la mayor parte del trabajo. Se abrió con un siseo de aire comprimido. Boris introdujo las manos y sacó al bebé, que empezó a llorar. Lavó con cuidado a aquel diminuto ser humano. Lo envolvió en una toalla. Desprendía un característico olor a bebé. «Aquello era lo que hacía que el trabajo valiera la pena», solía pensar Boris. Se preguntó si algún día él y Miriam tendrían sus propios hijos. Si en algo conocía a Miriam, los encargarían de la manera tradicional. Acomodó al bebé en sus brazos y se dispuso a

llevárselo a sus padres. El niño gorjeó y levantó una pequeña manita. Su dedito lo señaló y Boris acercó la cara al niño y empezó a hacerle muecas. El dedo del bebé tocó la cara de Boris.

Y de pronto estaba en el uberespacio. En el nuliverso. Una profunda oscuridad lo envolvió. Flotaba en un espacio que carecía de dimensiones. La Conversación se había esfumado. Boris se revolvió e intentó luchar contra aquella sensación, pero no había nada contra lo que luchar. ¿Dónde estaba? ¿Qué era?

La luz apareció gradualmente. Se encontró flotando en un espacio solar. Había estrellas por todas partes. Frente a él, Saturno emergía como un milagro enorme e imposible. El planeta ascendía ante sus ojos, como un majestuoso y terrible platillo volante de una película antigua. Sus anillos resplandecían como diamantes. Boris oyó un sonido que no era sonido alguno. De pronto la Conversación lo arrolló, un torrente imparable de canales que convergían en él desde todos los rincones del universo. Su capacidad sensorial se vio aplastada. Parpadeó y, de repente, estaba en Marte, caminando por las calles de Tong Yun. Boris parpadeó y se encontraba en el Marte-que-no-fue; el agua fluía por los canales y los guerreros de cuatro brazos recorrían los campos a lomos de animales gigantes. Parpadeó y estaba en medio de una guerra de gremios dentro de GA; naves imposiblemente grandes flotaban en el espaciojuego sobre su cabeza intercambiándose disparos de sus cañones láser. Boris parpadeó y estaba en Jettisoned, rodeado de cazatesoros tecnológicos que saqueaban los componentes del cuerpo inerte de un *mecha*. Parpadeó y se encontraba fuera de la cúpula de Puertoluna contemplando la puesta de Tierra ante sus ojos. Parpadeó y estaba sumergido en medio de la muchedumbre urbana de Polipuerto en Titán, tormentas rugientes sobre la cúpula. Boris parpadeó y estuvo en todas partes al mismo tiempo, su mente desdoblada, hecha pedazos. Parpadeó y...

El niño gorjeó. Boris se quedó ahí, mirándolo como un idiota. Sacudió la cabeza. «¿Había algún problema con el nodo del niño?», se

preguntó, aún mareado. Deberían hacerle un chequeo completo. Apretó al niño contra su pecho y salió con él al área de recepción. Tres pares de ojos se clavaron en ellos dos con una mezcla de expectación y preocupación.

—*Mazel Tov!* —dijo Boris—. ¡Es un niño!

Eran las palabras que mandaba la tradición. En la habitación, que era de acceso público, los tres padres esbozaron sonrisas resplandecientes. Todo se llenó de *mazel tovs* y *felicidades* y *a ver para cuándo vosotros*. Boris le pasó el niño a la madre. Ella le mostró una sonrisa beatífica, con ambos padres a los lados.

—Felicidades. —Boris estrechó manos y se las arregló para acompañar a los padres y su enorme bandada de familiares hacia la puerta. La cerró tras él y se apoyó en la pared.

Las imágenes que había visto ya empezaban a desaparecer de su cabeza.

Esa noche se encontró con Miriam bajo las cornisas de la estación. Se abrazaron durante unos largos instantes, pero esa energía incansable que posee a los jóvenes en verano los llevó pronto a correr por las calles medio abandonadas. Reían, con las manos entrelazadas, como si la risa fuera una droga. Como si fuera fe. Más tarde se colaron en el edificio de apartamentos donde vivía el padre de Boris. Subieron hasta el tejado y allí, entre las plantas y los paneles solares amodorrados, hicieron el amor.

Por algún motivo, Boris recordaba aquel momento por encima de cualquier otro. Lo había llevado consigo a través del espacio, al Exterior, más allá de Pórtico, Tong Yun y los asteroides. Y también lo había traído de regreso a la Tierra, al barrio antiguo, a las viejas calles, a aquel mismo tejado que abandonó hacía tantos años. Allí habían yacido los dos, en medio del calor de la noche, y habían contemplado la estación en la distancia. No importaba donde uno fuera, siempre podía mirar hacia arriba y ver la estación. Se alzaba hacia las nubes como un poste en una encrucijada, una promesa de todo lo que había más allá. Allí estaban juntos, Miriam y él, cuerpos entrelazados como

creían que lo estaba su futuro, y al mirar hacia arriba Boris creyó ver ese mismo futuro, brillante como una estrella. Aunque quizá solo se trataba de las luces de la estación.

Ahora ambos contemplaban al niño dormido. Habían envejecido, sus miembros eran más pesados, el tiempo había cambiado sus cuerpos irrevocablemente. El Aum latía en el cuello de Boris, una cosa alienígena, viva. Pero Miriam seguía a su lado, su cuerpo cálido junto al suyo. Por un momento fue como si el tiempo se hubiera detenido, como si se hubieran acercado al borde de un agujero negro y el tiempo se hubiese estirado.

Boris no entendía a los niños que habían nacido, a aquellos niños de la estación, pero eso no quería decir que no fueran niños. Boris recordó, con el dolor punzante de la pérdida, qué era ser un niño. No con detalle, sino en la distancia, como a través de la neblina de los días calurosos en verano. Aquellos días en que su padre era alto y fuerte y la estación se alzaba en el cielo y parecía no tener fin.

—Deberíamos irnos de vacaciones —dijo de pronto—. Nosotros tres.

«Como una familia», pensó, pero eso no lo dijo.

La familia nunca era en realidad algo compacto, nuclear. La familia era una maraña de gente, todos interconectados de alguna manera, primos y tías y cuñados y concuñados y nueras y más aún. Era una red, como la misma Conversación. Como un cerebro humano. Era aquello de lo que había intentado escapar al irse al Exterior. Pero no se puede huir de algo así. La familia te sigue, va contigo allá adonde vas.

Al principio, la idea de regresar le había parecido un acto de debilidad. Pero ahora, con su brazo alrededor de Miriam y el chico durmiendo y aquel silencio que se extendía tras la puesta de sol —aquel murmullo—, Boris sintió cosas que era incapaz de articular. Cosas que eran muy parecidas al amor.

—Sí —dijo Miriam—. Es una buena idea.

Aquel verano en que tuvieron el impulso de dejar la ciudad por un día, hicieron lo que hacen todos los urbanitas cuando se van de escapada: alquilaron un coche.

Dejaron atrás la Estación Central. El coche desplegó sus paneles solares en forma de alas de efémera. Condujeron por la costa sin ningún destino en concreto. Miriam conducía, Boris se sentaba a su lado. Kranki iba en el asiento de atrás. A veces el chico hablaba con sus amigos. En cierto modo, siempre estaban ahí con él. Miriam pensó que todas las infancias terminan, pero no era necesario que terminasen demasiado pronto.

Condujeron y el sol siguió su camino en aquel cielo azul y despejado.

Condujeron hasta que las ciudades quedaron atrás.

# Personajes

**Miriam Jones:** Nacida y criada en la Estación Central. De los Jones, familia que se asentó allí hace varias generaciones. Propietaria del «Shebeen de Mama Jones» y madre adoptiva de Kranki. Es seguidora de san Cohen de los Otros y una componente notoria de la comunidad.

**Kranki Jones:** Uno de los niños de la Estación Central criado en sus laboratorios. Adoptado por Miriam tras la muerte de su madre por crucifichute. Un niño casi normal.

**Achimwene Haile Selassie Jones:** El hermano de Miriam. Achimwene está desconectado, nació sin nodo. Como tal, está sordo en cuanto a la Conversación. Colecciona libros antiguos y tiene una imaginación hiperactiva.

**Youssou Jones:** Un primo. Vive en los barrios adaptoplantas que rodean la estación. Prometido con Yan. Actualmente desempleado.

**Boris Aharon Chong:** Un extraño y tímido chico que se convirtió en doctor. Cambió la Estación Central por Marte y algún otro lugar, pero volvió. Lleva un dispositivo Aum marciano implantado. Tiene asuntos pendientes.

**Vladimir Mordechai Chong:** Hijo de Weiwei. Como su padre, trabajó en la construcción, en concreto en el edificio del puerto

espacial donde solía estar la antigua estación central de autobuses. Al final de su vida sufrió un cáncer de memoria. Es el padre de Boris.

**Weiwei Zhong:** Fundador de la dinastía Chong. Su visita al Oráculo dio como resultado la locura de Weiwei, una memoria colectiva entre todos sus descendientes. De origen chino, emigró por razones económicas a la actual Israel trabajó en la construcción y se estableció en el sur de Tel Aviv.

**Tamara Chong / Missus Chong la Vetusta:** Hermana de Vlad. Seguidora del Camino del Robot. Anciana y devota, quiere ser Traducida en la Conversación y convertirse en una máquina de inteligencia pura cuando le llegue el momento. Puede ser algo brusca.

**Yan Chong:** Un primo. Miembro responsable de su comunidad. Diseña virus para propósitos publicitarios. Está prometido con Youssou.

**Isobel Chow:** Miembro de la familia Chow, que como los Chong y los Jones, han vivido en la Estación Central durante generaciones. La joven Isobel trabaja en la virtualidad y tiene el rango de capitana en el juego *Guilds of Ashkelon*.

**Carmel:** Una vampira de datos buscada. Nació en Ng. Merurun, un pequeño asteroide/hogar comunal en el Cinturón. Fue infectada con el Código Nosferatu a bordo de la nave Salvador Exhausto.

**Ibrahim:** Un ropavejero (buhonero). También llamado el Señor de las Cosas Descartadas. Vive en la colina de Jaffa, en el histórico barrio de Ajami. Unido a un Otro. Un hombre muy parecido a él ha sido visto en Jaffa durante siglos. Posiblemente inmortal, si se puede asegurar que alguien lo es.

**Ismail:** Hijo adoptivo de Ibrahim y, como Kranki, un chico de la Estación Central.

**Motl:** Un robotnik. Veterano de guerras largo tiempo olvidadas, ahora nómada. Es adicto al crucifichute, que intenta combatir. Está prometido con Isobel.

**Ezequiel:** Un robotnik. Una especie de jefe.

**Reverendo Remiendo:** Un robosacerdote. Ordenado pastor en el Camino del Robot y Hajj; ha viajado hasta el Vaticano robot en Tong Yun. También es *mohel* a media jornada.

**Ruth Cohen:** La Oráculo. Unida con un Otro. Los Oráculos tienden a inmiscuirse.

**Matt Cohen:** Progenitor de los Otros. Santificado *a posteriori*. Puede que los rumores de su muerte le hayan exagerado.

**Eliezer:** Un dios artista. Personaje ambiguo. Eliezer puede que no sea su nombre real. Como la Oráculo, le gusta inmiscuirse.

**Bill Glimmung:** Estrella de una serie de novelas y películas marcianas de acción. Un personaje de ficción. Probablemente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: *Central Station*, publicado con licencia de Tachyon Publications  
© Lavie Tidhar, 2016

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018  
Avenida de San Luis, 25  
28033 Madrid  
Tel.: 91 296 02 00  
[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018  
ISBN: 978-84-9164-291-6 (epub)  
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.